Tyers Kathy - La tregua de bakura - star wars

Título: LA TREGUA DE BAKURA

Autor: (1994) Kathy Tyers

Título Original: The Truce at Bakura

Traducción: (1994) Adolfo García

Edición Electrónica: (2002) Pincho

No puedo pensar en *La guerra de las galaxias* sin recordar la fanfarria que abre la banda sonora. No puedo imaginar la larga silueta triangular de un Destructor Estelar Imperial sin oír los ominosos tresillos. ¿Quién es capaz de recrear en su mente la cantina de Mos Eisley sin aquella inimitable orquesta de jazz?

Dedico esta novela con mi mayor admiración al hombre que compuso las bandas sonoras para las tres películas de *La guerra de las galaxias*: john williams.

1

Sobre un planeta muerto, una luna habitada colgaba suspendida como una turquesa velada por las nubes. La mano eterna que sujetaba la cadena de su órbita había espolvoreado su telón de fondo aterciopelado de estrellas brillantes, y energías cósmicas bailaban sobre las arrugas del espacio tiempo; cantaban su música intemporal, ajenas por completo al Imperio, la Alianza Rebelde, o sus breves e insignificantes guerras.

Pero en aquella insignificante escala humana de la perspectiva, una flota de astronaves giraba alrededor del planeta primario de la luna. Cicatrices de carbono estriaban los costados de varias naves. Enjambres de androides efectuaban reparaciones alrededor de otras. Fragmentos metálicos que habían sido componentes fundamentales de naves espaciales, así como cadáveres humanos y alienígenas, giraban con las naves. La batalla para destruir la segunda Estrella de la Muerte del emperador Palpatine había costado enormes pérdidas a la Alianza Rebelde.

Luke Skywalker cruzó la rada de aterrizaje de un crucero, con los ojos enrojecidos, pero todavía emocionados por la victoria, después de la celebración de los ewoks. Cuando pasó junto a un grupo de androides, captó el olor a refrigerantes y lubricantes. Sentía todos los huesos del cuerpo doloridos, después del día más largo de su vida. Hoy (no, ayer) se había enfrentado al emperador. Ayer, casi, había pagado con su vida la fe depositada en su padre. No obstante, un pasajero que viajaba en la lanzadera procedente del poblado Ewok, con rumbo al crucero, ya había preguntado si Luke había matado al emperador, y a Darth Vader, con sus propias manos.

Luke aún no estaba preparado para anunciar que «Darth Vader» era, en realidad, Anakin Skywalker, su padre. De todos modos, había contestado con firmeza que Vader había matado al emperador Palpatine. Vader le había arrojado al núcleo de la segunda Estrella de la Muerte. Luke supuso que debería explicarlo durante semanas seguidas. De momento, sólo deseaba comprobar el estado de su caza X.

Descubrió, sorprendido, que el equipo de mantenimiento se le había adelantado. Una magnogrúa había bajado a Erredós Dedos, encajándolo en su nicho cilíndrico, detrás de la cabina.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke, y se detuvo para recuperar el aliento.

—Ah, señor —respondió un tripulante vestido con un uniforme caqui, mientras desenganchaba una manguera de combustible plegable—, su piloto de relevo se ha ido. El capitán Antilles regresó en la primera lanzadera y salió de patrulla al instante. Interceptó una nave teledirigida imperial, una de esas reliquias que utilizaban para transportar mensajes antes de las Guerras Clónicas. Llegó desde las profundidades del espacio.

Llegó. Alguien había enviado un mensaje al emperador. Luke sonrió.

—Imagino que aún no se habrán enterado. ¿Wedge quiere compañía? No estoy tan cansado. Podría acompañarle.

El tripulante no sonrió.

—Por desgracia, el capitán Antilles accionó un mecanismo de autodestrucción mientras intentaba extraer los mensajes codificados. Está bloqueando manualmente una brecha peligrosa...

—Olvídese del piloto de relevo —exclamó Luke.

Era amigo de Wedge Antilles desde los días de la primera Estrella de la Muerte, cuando habían volado juntos en el ataque final. Sin esperar a oír más, Luke se volvió hacia el vestidor. Un minuto más tarde, se estaba poniendo un traje presurizado naranja.

Los tripulantes se dispersaron. Subió por la escalerilla, se acomodó en su asiento acolchado, se colocó el casco y accionó el generador de fusión de la nave. Un conocido zumbido de alta energía se elevó a su alrededor.

El hombre con quien había hablado subió tras él.

—Pero, señor, creo que el almirante Ackbar quería oír su informe.

—Volveré enseguida.

Luke cerró la cubierta corrediza de la cabina y efectuó una rápida inspección de sus sistemas e instrumentos. Nada llamó su atención.

Conectó el comunicador.

—Jefe Rogue, preparado para despegar.

—Compuerta abierta, señor.

Conectó el propulsor. Un segundo después, un dolor feroz recorrió su cuerpo. Todas las estrellas desplegadas ante su campo de visión se dividieron en binarias y giraron unas alrededor de otras. Las voces de los tripulantes resonaron en sus oídos. Aturdido, buscó en su interior el centro de serenidad que el Maestro Yoda le había enseñado a tocar...

Tocar...

Ya.

Exhaló un tembloroso suspiro y ejercitó su control sobre el dolor. Las estrellas volvieron a transformarse en destellos. Fuera cual fuese la causa, ya pensaría en ella más tarde. Proyectó la Fuerza y localizó a Wedge. Su manos se movieron sobre los controles del caza casi sin esfuerzo, mientras se desviaba hacia aquel extremo de la flota.

De camino, pudo echar un buen vistazo a los estragos de la batalla, el enjambre de mecánicos androides y naves remolcadoras. Los cruceros Estelares Mon Calamari estaban blindados y acorazados para aguantar múltiples impactos directos, pero creyó recordar que había visto más de aquellas enormes y abultadas naves. Absorto en luchar por su vida, su padre y su integridad en el salón del trono del emperador, ni siquiera había percibido las perturbaciones en la Fuerza provocadas por tantas muertes. Confió en que no se acostumbrara a ellas.

—Wedge, ¿me oyes? —preguntó Luke por la radio subespacial. Eligió una trayectoria entre las enormes naves de la flota. Los analizadores indicaron que el transporte pesado más próximo se estaba alejando con cautela de algo mucho más pequeño. Cuatro cazas A se colocaron detrás de Luke—. Wedge, ¿estás ahí?

—Lo siento —respondió una voz apenas audible—. Estoy casi fuera de tu alcance. He de... —Wedge se interrumpió y gruñó—. He de mantener apartados estos dos cristales. Es una especie de artilugio autodestructivo.

—¿Cristales? —preguntó Luke, para que Wedge continuara hablando.

Había dolor en aquella voz.

—Conductores de cristal electrónicos. Reliquias de los viejos días «elegantes». El mecanismo intenta aproximarlos hasta que se juntan. Si llegan a tocarse, ¡puf! Todo el motor de fusión.

Luke sobrevoló lentamente el resplandor azul de Endor y vio el caza X de Wedge. A su lado flotaba un cilindro de nueve metros de largo con los distintivos imperiales, tan largo como el caza y casi todo motor, un tipo de nave teledirigida que la Alianza aún no podía permitirse. Por algún motivo, la nave le produjo un siniestro presagio. El Imperio ya no utilizaba aquellas reliquias. ¿Por qué, quienes la habían enviado, no habían usado los canales imperiales habituales?

Luke silbó.

—No, no tenemos el menor deseo de que ese motor tan grande estalle.

No era extraño que el transporte se estuviera alejando.

—Exacto.

Wedge estaba sujeto a un extremo del cilindro, con un traje presurizado que le conectaba a su caza mediante un cable de apoyo vital. Debía de haber liberado el aire de la cabina, con el fin de dirigirse hacia el control principal del cilindro en cuanto comprendió que había activado por accidente el mecanismo de detonación. Podría sobrevivir en el vacío durante varios minutos, provistos de su traje presurizado de piloto y el casco de emergencia hermético.

—¿Desde cuándo estás ahí fuera, Wedge?

—No lo sé. Da igual. El panorama es fantástico.

Luke se acercó e invirtió los motores con cuidado. Wedge tenía una mano en el interior de un panel. Volvió la cabeza para seguir con la vista al caza de Luke, cuando éste acompasó su velocidad a la del cilindro.

—Me vendría bien otra mano. —Wedge habló con desenvoltura, pero el tono traicionó su tensión. Debía tener la mano medio aplastada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Admirando el panorama.

Luke sopesó sus opciones. Los pilotos de los cazas A deceleraron y se rezagaron, tal vez asumiendo que Luke sabía lo que hacía.

—Erredós —llamó—, ¿cuál es el alcance de tu brazo manipulador? Si me acerco lo bastante, ¿podrías ayudarle?

No: 2,76 metros como mínimo, en un ángulo óptimo, apareció en la pantalla.

Luke arrugó el entrecejo. Gotas de sudor perlaron su frente. Cualquier cosa pequeña, sólida y desechable serviría de ayuda. Si no se daba prisa, su amigo moriría. La Fuerza concentrada en Wedge ya empezaba a oscilar.

Luke echó un vistazo a su espada de luz. No estaba dispuesto a desprenderse de aquello.

¿Ñipara salvar la vida de Wedge? Además, podría recuperarla. Deslizó con todo cuidado la espada en el interior del tubo de alimentación de la portilla de eyección. La lanzó y extendió una mano hacia el arma, separada por diez metros de vacío. La envió hacia Wedge. Cuando ya estaba cerca del objetivo, torció la muñeca.

La hoja blancoverdosa apareció, silenciosa en el vacío del espacio. Los grandes ojos pardos de Wedge parpadearon detrás de su visor.

—Cuando dé la señal, salta —ordenó Luke.

—Perderé los dedos, Luke.

—Suéltate —repitió Luke—. Perderás algo más que los dedos si te quedas ahí.

—¿Existe alguna posibilidad de que me bloquees un poco los nervios con tus capacidades Jedi? Me duele horriblemente.

La voz de Wedge sonó más débil. Encogió las piernas y se dispuso a soltarse.

En momentos como aquéllos, la granja del tío Owen en Tatooine no le parecía tan mal.

—Lo intentaré —dijo—. Enséñame los cristales. Míralos fijamente.

—De acueeerdo.

Wedge dio la vuelta para mirar al interior de la escotilla. Luke dejó que la espada derivara y buscó la presencia amiga de Wedge. Confió en que no se resistiera, en que le dejara...

A través de los ojos de Wedge, y mientras combatía el terrible dolor que sufría la mano del piloto, Luke divisó un par de joyas redondas y multifacetadas, una en su palma, mientras la otra, al extremo de un mecanismo de resorte, se clavaba en el dorso de su mano. Del tamaño de un puño, arrojaban reflejos dorados, producidos por la espada de luz, sobre el traje naranja de Wedge. Luke pensó que el guante de vuelo no bastaría para mantenerlas apartadas, de lo contrario habría indicado a Wedge que se desprendiera de él. Una breve despresurización no afectaba demasiado a las extremidades.

Si Wedge saltaba, Luke sólo contaría con un segundo, a lo sumo, para liberar un cristal, y muy poco tiempo más antes de que Wedge se desmayara.

Wedge estaba conectado al cable y seguiría respirando, pero perdería mucha sangre. La visión era borrosa en los bordes.

Luke pellizcó la percepción del dolor de Wedge.

Demasiados malabarismos. Luke empezaba a perder el control sobre su propio dolor.

—Lo tengo —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Wedge con voz desmayada.

—El panorama. Salta cuando cuente tres. Salta con fuerza. Uno.

Wedge no puso objeciones. Luke apretó los dientes y se acercó más a la espada. Siempre que mantuviera la vista clavada en la espada, lograría mantener el control.

—Dos.

Mientras contaba, experimentó la espada, los cristales y la brecha crítica, todo como partes de la totalidad del universo.

—Tres. —No ocurrió nada—. ¡Salta, Wedge!

Wedge se soltó. Luke se zambulló en el interior. Un cristal quedó libre y reflejó un calidoscopio verde remolineante sobre la superficie del caza X.

—Oooooh —canturreó la voz de Wedge en su oído—. Fantástico.

Giró en redondo, aferrándose la mano.

—¡Wedge, enderézate!

No hubo respuesta. Luke se mordió el labio. Estabilizó la espada y desactivó la hoja. El cable de Wedge se tensó sobre el otro caza X. Sus extremidades oscilaron al azar.

Luke conectó la radio de emergencias.

—Jefe Rogue a Hogar Uno. Explosivos desarmados. Necesito ayuda médica.

¡Ya!

Detrás de los cazas A, alejados de la zona de peligro, apareció una nave médica.

El cuerpo de Wedge se alzaba y hundía cada vez que respiraba, mientras flotaba erguido en el depósito de fluido bacterial cicatrizador de la flota. Luke había averiguado con gran alivio que salvaría los dedos. El cirujano androide Dos-Unobé dispuso el tablero de control y se volvió hacia Luke. Esbeltos miembros articulados se agitaron frente a su reluciente sección media.

—Ahora usted, señor. Póngase detrás del analizador.

—Estoy bien. —Luke apoyó su taburete contra la mampara—. Sólo cansado.

R2-D2 gorjeó con suavidad a su lado, como preocupado.

—Por favor, señor. Sólo será un momento.

Luke suspiró y arrastró los pies hacia un panel rectangular de la altura de un hombre.

—¿Vale? ¿Ya puedo marcharme?

—Un momento más —respondió la voz mecánica. A continuación, unos ruidos metálicos—. Un momento —repitió el androide—. ¿Ha experimentado visión doble en los últimos tiempos?

—Bueno... —Luke se rascó la cabeza—. Sí, pero sólo un momento.

Aquel breve mareo no debía de ser significativo.

Mientras el panel de diagnóstico se hundía en la mampara, una cama flotadora médica se proyectó desde la pared contigua a 2-1B. Luke retrocedió.

—¿Para qué es eso?

—Usted no se encuentra bien, señor.

—Sólo estoy cansado.

—Señor, mi diagnóstico es repentina y masiva calcificación de su estructura cerebral, de un tipo poco común debido a una grave exposición conductora a campos eléctricos y de otras energías.

Campos de energía. Ayer. El emperador Palpatine, que sonreía burlonamente mientras chispas blancoazuladas brotaban de sus dedos y Luke se retorcía sobre la cubierta. Luke rompió a sudar, tan reciente era el recuerdo.

Pensó que iba a morir. Estaba muriendo.

—La brusca disminución de minerales en la sangre está provocando microparálisis musculares en todo su cuerpo, señor.

Por eso le dolía tanto. Hasta una hora antes, no había tenido la oportunidad de sentarse erguido y notarlo. Miró a 2-1B, desolado.

—No se trata de daños permanentes, ¿verdad? ¿No tendrá que sustituir huesos?

Se estremeció de sólo pensar en ello.

—El estado se cronificará, a menos que usted descanse y me permita tratarle —respondió la voz mecánica—. La alternativa es inmersión bacteriana.

Luke desvió la vista hacia el depósito. *Otra vez no*. Había notado el sabor de bacterias en su aliento durante toda la semana posterior. Se quitó las botas de mala gana y se extendió sobre la cama flotante.

Despertó, sobresaltado, un tiempo después.

La cara metálica de 2-1B apareció junto a su cama.

—¿Un sedante, señor?

Luke siempre había leído que los humanos tenían tres huesos en cada oreja.

Ahora, estaba convencido. Podía contarlos.

—Me siento peor, en lugar de mejor —protestó—. ¿No han hecho nada?

—El tratamiento ha terminado, señor. Ahora, ha de descansar. ¿Me permite ofrecerle un sedante? —repitió con paciencia el androide.

—No, gracias —gruñó Luke.

Como Caballero Jedi, debía aprender a controlar las sensaciones, y cuanto antes mejor. El dolor era un riesgo del oficio.

Erredós gorjeó una pregunta.

Luke adivinó la traducción.

—Muy bien, Erredós. Puedes quedarte a vigilar. Echaré otra siesta.

Rodó sobre su costado. Poco a poco, su peso dibujó otro surco en el contorno flexible de la cama. Ésta era la parte mala de ser considerado un héroe. Había sido mucho peor cuando perdió la mano.

Pensándolo bien, la mano biónica no dolía.

Un punto a su favor.

Había llegado el momento de recrear el antiguo arte Jedi de autocurarse.

Las lecciones esquemáticas de Yoda dejaban mucho a la imaginación.

—Voy a marcharme, señor. —2-1B giró en redondo—. Procure dormir, se lo ruego. Llame si necesita ayuda.

Una última pregunta impulsó a Luke a levantar la cabeza.

—¿Cómo está Wedge?

—La convalecencia va bien, señor. Le daremos el alta mañana.

Luke cerró los ojos y trató de recordar las lecciones de Yoda. Pies calzados con botas pasaron con rapidez ante la escotilla abierta. Ya concentrado en la Fuerza, percibió una presencia alarmada que corría por el pasillo. Por más que forzó el oído, no reconoció al individuo. Yoda había dicho que el discernimiento perfecto, incluso de los extraños, llegaría con el tiempo a medida que aprendiera el profundo silencio del yo que permitía a un Jedi distinguir las oscilaciones que producían los demás en la Fuerza.

Luke rodó sobre su costado, deseoso de dormir. Le habían ordenado dormir.

Pero seguía siendo Luke Skywalker, y tenía que saber lo que había alarmado a aquel soldado. Se incorporó con cautela y se puso en pie. Con el dolor localizado en un extremo de su cuerpo, podía disminuirlo fingiendo que sus pies no existían..., o algo por el estilo. La Fuerza no podía explicarse.

Era algo que se utilizaba..., cuando te dejaba. Ni siquiera Yoda lo había visto todo.

Erredós lanzó un silbido de alarma. 2-1B rodó hacia él, agitando los miembros.

—Acuéstese, señor, por favor.

—Dentro de un momento. —Asomó la cabeza al largo pasillo y gritó—: ¡Alto!

El soldado paró en seco.

—¿Ya han descodificado el mensaje de esa nave teledirigida?

—Siguen en ello, señor.

Entonces, el lugar debía ser la sala de guerra. Luke retrocedió hacia Erredós y apoyó una mano sobre la cúpula azul del pequeño androide.

—Señor —insistió el médico androide—, acuéstese, por favor. Su estado se cronificará rápidamente, a menos que descanse.

Al imaginarse torturado por el dolor durante toda su vida, o la alternativa (otra estancia en el tanque pegajoso), Luke se sentó en el borde de la cama flotante y se removió inquieto.

Entonces, una idea acudió a su mente.

—2-1B, apuesto a que tienes...

La sala de guerra de la nave insignia, con capacidad para cien personas, estaba casi vacía. Un criado androide siguió la curva de un banco, y pasó entre un tubo lumínico y unas mamparas blancas centelleantes. Cerca de la mesa de proyección circular que ocupaba el centro de la sala, cerca del único técnico que estaba de servicio, Mon Mothma, la mujer que había fundado y lideraba ahora la Alianza Rebelde, estaba de pie al lado del general Crix Madine. La presencia de Mon Mothma resplandecía visiblemente en su larga túnica blanca, aunque era invisible para la Fuerza, y la confianza del barbudo Madine había aumentado desde la batalla de Endor.

Ambos miraron en dirección a Luke y fruncieron el ceño. Luke sonrió sin gran convicción y sujetó los apoyabrazos de la silla repulsora que había encontrado en el hospital. Avanzó hacia los dos sobre los peldaños.

—Nunca aprenderás, ¿verdad? —Las arrugas que habían aparecido en el ceño del general Madine se suavizaron—. Tu lugar está en el centro médico. Esta vez, ordenaremos a 2-1B que te ate a la cama.

Un músculo se agitó en la mejilla de Luke.

—¿Y el mensaje? Algún comandante imperial ha—dilapidado un cuarto de millón de créditos en esa reliquia.

Mon Mothma asintió y regañó a Luke con su plácida mirada. Una consola lateral, que también era una pequeña mesa de proyección, se encendió.

Sobre ella se materializó un holograma en miniatura del almirante Ackbar, cuyos enormes ojos sobresalían a ambos lados de su cabeza alta y cónica.

Aunque el calamariano había dirigido la batalla de Endor desde una silla, bajo el amplio mirador situado a la izquierda de Luke, Ackbar se sentía más cómodo en su viejo crucero. El apoyo vital estaba más adaptado a los patrones calamarianos.

—Comandante Skywalker —resolló. Peludos zacillos se agitaron bajo su mandíbula—. Debería reflexionar sobre los riesgos que corre... con más atención.

—Lo haré, almirante. Cuando pueda.

Luke inclinó la silla flotante y la estabilizó junto al borde de acero gris de la mesa principal. Un silbido electrónico surgió de la escotilla situada a su espalda. R2-D2 no le dejaba escapar de su alcance fotorreceptor ni treinta segundos. El androide tuvo que dar una larga vuelta. Eclipsó diminutas luces parpadeantes de los instrumentos y rodó junto al banco informático superior hasta una plataforma de descenso.

Bajó, se acercó a la silla flotante de Luke y emitió una serie de reprimendas, transmitidas por 2-1B, probablemente. El general Madine sonrió.

Luke no había entendido ni un solo silbido, pero en este caso también adivinó la traducción.

—De acuerdo, Erredós. Retrae tus ruedas. Yo estoy sentado. Esto puede ser interesante.

El joven teniente Matthews se irguió sobre la consola lateral y volvió la cabeza.

—Ya lo tenemos —anunció.

Madine y Mon Mothma se inclinaron hacia la pantalla. Luke estiró el cuello para ver mejor.

El gobernador imperial Wilek Nereus del sistema de Bakura, a su excelentísimo amo imperial Palpatine: saludos apresurados.

No se habían enterado. Pasarían meses, tal vez años, antes de que gran parte de la galaxia recibiera la noticia de que el reinado del emperador había terminado. Incluso a Luke le costaba creerlo.

BAKURA ESTÁ SIENDO ATACADA POR FUERZAS ALIENÍGENAS PROCEDENTES DEL EXTERIOR DE NUESTROS DOMINIOS. CALCULAMOS CINCO CRUCEROS, VARIAS DOCENAS DE NAVES DE APOYO, MÁS DE MIL CAZAS PEQUEÑOS. TECNOLOGÍA DESCONOCIDA. HEMOS PERDIDO LA MITAD DE NUESTRAS FUERZAS DEFENSIVAS Y TODOS LOS PUESTOS AVANZADOS. ` LAS TRANSMISIONES A CENTRO IMPERIAL Y A LA ESTRELLA DE LA MUERTE DOS NO HAN OBTENIDO RESPUESTA. ENVÍEN MILICIANOS CON URGENCIA, REPITO, CON URGENCIA.

Madine tocó un panel.

—Más datos —exclamó—. Necesitamos más.

La voz de un androide de inteligencia se filtró por el comunicador.

—Tenemos a su disposición imágenes confirmativas, señor, así como bancos de datos introducidos accesibles mediante códigos imperiales.

—Eso me gusta más. —Madine apoyó una mano sobre el hombro del teniente—.

Proyecte las imágenes.

Una unidad de proyección se elevó sobre la mesa central. Apareció una escena que provocó una descarga aterradora de adrenalina. «Yoda me daría un palmetazo en los nudillos —pensó Luke—. Emoción... Aventuras... Un Jedi no se pirra por esas cosas.» Adoptó la calma Jedi. Un planeta aterrorizado necesitaba ayuda.

En el centro de la imagen flotaba un patrullero imperial, de un tipo que Luke había estudiado, pero contra el cual jamás había combatido, que se proyectaba como una red de líneas tridimensionales, de un brillo rojoanaranjado. Se acercó para examinar su batería de láseres, pero antes de que pudiera echarle un buen vistazo, estalló en silencio. Un objeto anaranjado más grande apareció ominosamente en su campo de visión, y dominó la escena gracias a su tamaño: mucho más voluminoso que el patrullero, más rechoncho que los esbeltos cruceros Mon Calamari, de forma ovoide, pero erizado de protuberancias similares a burbujas.

—Lleve a cabo un estudio del diseño de la nave —ordenó Madine.

Al cabo de unos tres segundos, el androide de inteligencia respondió en tono monótono.

—Se trata de un diseño que no utilizan ni el imperio ni la Alianza.

Luke contuvo el aliento. El inmenso navío aumentó de tamaño sobre la mesa.

Ahora, distinguió medio centenar de cañones..., ¿o se trataba de antenas direccionales? No disparó hasta que seis cazas TIE escarlatas se acercaron; a continuación, los cazas Roguen al mismo tiempo y aminoraron la velocidad. Cazas y botes de escape aceleraron en dirección a la nave alienígena, atrapados obviamente por un haz de arrastre. La escena disminuyó de tamaño. Quien había grabado aquellas imágenes había huido a toda prisa.

—Han hecho prisioneros —murmuró Madine, muy preocupado.

Mon Mothma se volvió hacia un androide, alto hasta su hombro, que se había acercado en silencio.

—Introdúcete en los bancos de datos almacenados. Aplica nuestros códigos imperiales más normales. Localiza ese planeta, Bakura.

Luke experimentó cierto alivio cuando comprobó que hasta la dirigente de la Alianza, a pesar de sus conocimientos, ignoraba el emplazamiento del sistema.

El androide giró hacia la mesa y volvió a conectar su brazo. La escena de la batalla se desvaneció. Destellos de estrellas aparecieron en una conformación que Luke reconoció como aquel extremo de la región Límite.

—Ya está, señora —anunció el androide—. Según este registro, su economía se basa en la exportación de componentes para re—pulsores, y del azúcar y el licor extraídos de una fruta exótica. Fue colonizado por una empresa minera dedicada a la especulación durante los últimos años de las Guerras Clónicas, y ocupado por el Imperio hace unos tres años, para apoderarse de sus fábricas de componentes repulsores.

—Subyugado hace lo bastante poco para recordar bien su independencia. —Mon Mothma apoyó su delgada mano sobre el borde de la mesa—. Ahora, muéstrame Endor. Posición relativa.

Otra partícula lanzó un destello azul. Olvidado al lado de Luke, Erredós silbó por lo bajo. Si Endor estaba bastante alejado de los planetas del Núcleo, la distancia a Bakura era todavía mayor.

—Está en el borde de los planetas del Límite, por así decirlo —observó Luke—. Aun viajando por el hiperespacio, se tardarían días en llegar. El Imperio no puede ayudarles.

Resultaba extraño pensar en que alguien prestara su ayuda al Imperio. La decisiva victoria de los rebeldes en Endor condenaba a los bakuranos a un destino desconocido, porque el ejército imperial más próximo no podía ayudarles. Las fuerzas de la Alianza lo habían dispersado.

La voz de Leia se oyó con claridad desde un altavoz situado a su izquierda.

—¿Es muy grande la fuerza imperial destacada en el sistema?

Leia se encontraba en la superficie de Endor, en la aldea ewok. Luke ignoraba que estaba escuchando, pero tendría que haberlo imaginado.

Proyectó la Fuerza y rozó la cálida presencia de su hermana. Notó una tensión muy justificada. Leia se había quedado a descansar con Han Solo, para recuperarse de la quemadura del hombro y ayudar a los diminutos ewoks a enterrar a sus muertos; no tendría ganas de nuevos problemas. Luke se humedeció los labios. Amaba a Leia desde hacía mucho tiempo, y deseaba...

Bien, era cosa del pasado. El androide de inteligencia respondió mediante una transmisión por radio subespacial.

—Una guarnición imperial defiende Bakura. El transmisor del mensaje ha añadido un subtexto, recordando al emperador Palpatine que las fuerzas defensoras del planeta están anticuadas, debido a la lejanía del sistema.

—Es evidente que el Imperio no pensó en que nadie le disputaría Bakura —replicó con desdén Leia —, pero ahora ya no hay flota imperial que pueda ayudarles. Los imperiales tardarán semanas en volver a reunirse, y para entonces Bakura habrá caído en poder de los invasores..., o formará parte de la Alianza Rebelde —añadió, en un tono más ligero—. Si los imperiales no pueden ayudar a los bakuranos, nosotros tendremos que hacerlo.

La imagen del almirante Ackbar plantó sus manos palmeadas en las cercanías de la parte inferior de su torso.

—¿Qué quiere decir, Alteza?

Leia se apoyó contra la pared, fabricada a base de mimbre y argamasa, de una casa arbórea ewok y alzó los ojos hacia la cúpula de su alto techo de paja. Han se estiró junto a su asiento, apoyado en un codo, y retorció una rama entre sus dedos.

Leia levantó un comunicador.

—Si enviáramos ayuda a Bakura —contestó al almirante Ackbar—, es posible que Bakura desertara del Imperio por gratitud. Podríamos colaborar en la liberación de su pueblo.

—Y hacernos con la tecnología de los repulsores —musitó Han a la ramita.

Leia sólo había hecho una pausa.

—Esa posibilidad merece que destaquemos una pequeña fuerza de choque.

Necesitarán un negociador de categoría.

—Métete en un planeta imperial —murmuró Han, con las manos enlazadas detrás de la cabeza—, y alguien te incluirá entre sus futuras ganancias.

Tu cabeza tiene un precio.

Leia frunció el ceño.

—¿Podemos permitirnos el lujo de enviar tropas, en el estado que nos encontramos? —preguntó la voz de Ackbar—. Hemos perdido el veinte por ciento de nuestras fuerzas, y sólo hemos luchado contra una parte de la flota imperial. Cualquier destacamento militar imperial haría un trabajo mejor en Bakura.

—Y el Imperio continuaría manteniendo el control. Necesitamos Bakura, como necesitamos Endor. Todos los planetas que podamos añadir a la Alianza.

Han se apoderó por sorpresa del comunicador y lo atrajo hacia sí.

—Almirante —dijo—, dudo que podamos permitirnos el lujo de no ir. Una fuerza invasora tan enorme representa un problema para todo este confín de la galaxia. Leia tiene razón: deberíamos ir nosotros. Debería enviar una nave veloz, por si a los imperiales se les ocurriera alguna idea.

—¿Y el precio por tu cabeza, cerebro de láser? —susurró Leia.

Han aguantó el chaparrón.

—No irás sin mí, Alteza.

Luke estudió la expresión y el estado de ánimo de Mon Mothma mediante la Fuerza.

—Tendrá que ser un grupo pequeño —dijo con calma—, pero una sola nave no es suficiente. Almirante Ackbar, elija algunos cazas que presten su apoyo al general Solo y a la princesa Leia.

Luke extendió una mano.

—¿Qué están haciendo los alienígenas? ¿Por qué toman tantos prisioneros?

—El mensaje no lo dice —señaló Madine.

—Entonces, será mejor que envíe a alguien para que lo averigüe. Podría ser importante.

—Usted no, comandante, y me da la impresión de que no podemos esperar a que se recupere. —Madine tabaleó sobre un pasamanos blanco—. El grupo debería partir antes de un día.

Luke no quería quedarse, aunque confiaba ciegamente en que Han y Leia se cuidarían mutuamente.

Por otra parte, antes de poner manos a la obra, debía curarse, porque el general Madine, de repente, se había duplicado. Sus nervios ópticos le estaban aconsejando que se pusiera horizontal lo antes posible, so pena de sufrir un desmayo, doblemente humillante, en la sala de guerra. Echó un vistazo hacia la barandilla que se alzaba sobre la doble fila de bancos blancos, y se preguntó si la silla repulsora lograría pasar por encima.

Detestaba quedar en ridículo.

Erredós canturreó con acento maternal.

Luke manipuló los controles de la silla flotante.

—Vuelvo a mi camarote. Manténganme informado.

El general Madine cruzó los brazos sobre su uniforme caqui.

—Dudo que le enviemos a Bakura. —Las ropas de Mon Monthma crujieron cuando se cuadró de hombros—. Piense en lo importante que es usted para la Alianza.

—Tiene razón, comandante —resolló la pequeña imagen rubicunda del almirante Ackbar.

—No sirvo de nada si me limito a permanecer acostado.

Sin embargo, debía deshacerse de su reputación de imprudente, si deseaba obtener el respeto de la flota rebelde. Yoda le había encargado que transmitiera sus enseñanzas. En la mente de Luke, eso significaba reconstruir la Orden de los Jedi, en cuanto tuviera la oportunidad.

Cualquier otra persona podía pilotar un caza. Nadie más podía reclutar y formar a nuevos Jedi.

Frunció el ceño, se dirigió a la plataforma elevadora, giró la silla y contestó a Mon Mothma y al almirante Ackbar cuando se levantó.

—Al menos, podré ayudarles a reunir la fuerza de choque.

2

Los dirigentes continuaron conferenciando mientras Luke flotaba hacia una escotilla. El guardia de pelaje gris, un gotal, se encogió de temor cuando saludó. Luke recordó que los gotales sentían la Fuerza como un vago zumbido en sus cuernos sensores en forma de cono, y aceleró el paso para no causar dolor de cabeza al fiel gotal.

Erredós emitió un sonido estridente detrás de él. Ya en el pasillo, Luke aminoró la velocidad de su silla flotante y dejó que el pequeño androide le alcanzara. Erredós aferró la barra estabilizadora izquierda de la silla y la remolcó, sin dejar de emitir estática electrónica.

—Sí, Erredós.

Luke apoyó una mano sobre la cúpula azul de Erredós. Permitió, agradecido, que le transportara hacia el centro médico. Imaginó un millar de naves alienígenas que convergían en..., en un planeta que aún era incapaz de recrear. Quería verlo con el ojo de su mente.

Y saber por qué los alienígenas tomaban prisioneros.

Cuando llegó a la clínica, se quitó las botas y se tendió sobre la cama de flotación. Se sentía de maravilla cuando cedía bajo su peso. Después de echar un vistazo al tanque bacteriano de Wedge, cerró los ojos e imaginó que podía escuchar las conversaciones de la sala de guerra.

Que se ocuparan ellos. De momento, él estaba acabado. Literalmente.

Erredós gorjeó una pregunta.

—Repite, por favor —dijo Luke.

Erredós rodó hacia la escotilla abierta y proyectó un brazo manipulador.

La puerta se cerró.

—Ah, gracias.

Erredós habría pensado que le gustaría desnudarse en privado. Pero Erredós ignoraba que estaba demasiado cansado para desnudarse. Extendió las piernas sobre la cama.

—Erredós —dijo—, pídele a 2-1B una pantalla do datos portátil. Introdúcete en esos archivos de datos almacenados de la nave mensajera. Les echaré una ojeada mientras descanso.

Erredós canturreó una respuesta desaprobadora mientras se alejaba, pero volvió menos de un minuto después con un carrito de ruedas. Lo detuvo junto a la cama de Luke y le enchufó un conector.

—Bakura —dijo Luke—. Archivos de datos.

Mientras el ordenador analizaba su pauta de voz para confirmar que tenía permiso de la seguridad, Luke se estiró y parpadeó. Jamás había agradecido tanto una visión normal.

Un planeta azul cubierto de nubes apareció en la pantalla.

—Bakura —anunció una voz femenina, desapasionada y madura—. Inspección Imperial seis—cero —siete—siete—cuatro.

La capa de nubes se acercó. Debajo, apareció una inmensa cadena de montañas verdes. Dos anchos ríos paralelos atravesaban un valle profundo, se internaban en las montañas y serpenteaban hasta un delta verde. Luke imaginó olores intensos y húmedos, como en Endor.

—Salis D'aar, la capital, es la sede del gobierno imperial. La contribución bakurana a la seguridad imperial incluye una modesta cantidad de metales estratégicos...

Tan verde. Tan húmedo. Luke cerró los ojos. Su cabeza cayó.

... Estaba tendido sobre la cubierta de una nave extraña. Un enorme alienígena reptiliano, de escamas marrones, cabeza gigantesca y roma, cargó hacia él, empuñando un arma. Luke encendió la espada de luz. Cubierta por las huellas dactilares del emperador, resbaló entre sus dedos. Entonces, reconoció el «arma» del gran lagarto: un cepo Propietario, utilizado para controlar androides. Lanzó una carcajada y adoptó una postura de combate. El Propietario del alienígena zumbó. Luke se quedó petrificado.

—¿ Cómo ?

Bajó la vista, incrédulo. Tenía cuerpo de androide, con las articulaciones rígidas. El alienígena alzó su artilugio...

Luke se esforzó por recuperar la conciencia. Notó una potente presencia en la Fuerza y se incorporó con excesiva rapidez. Martillos invisibles repiquetearon en sus sienes.

La pantalla estaba apagada. Ben Kenobi se encontraba sentado al pie de su cama, ataviado como de costumbre con ropas sencillas sin blanquear, que brillaban bajo las tenues luces nocturnas del camarote. —¿Obi—wan? —murmuró Luke—. ¿Qué ocurre en Bakura?

Aire ionizado bailó alrededor de la silueta.

—Irás a Bakura —fue la respuesta.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó atontado Luke, sin esperar respuesta. Ben las proporcionaba en muy pocas ocasiones. Daba la impresión de que venía sobre todo para regañar a Luke, como un profesor que persiguiera a un estudiante incluso después de la graduación (aunque Ben no había estado presente para completar su adiestramiento).

Obi—wan se sentó sobre la cama, pero la cama no se movió. La manifestación no era física, en un sentido literal.

—El emperador Palpatine fue el primero que se puso en contacto con los alienígenas que atacan Bakura —explicó la aparición—, durante una de sus meditaciones en la Fuerza. Les propuso un trato, que ya no puede cumplirse.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Luke en voz baja—. ¿Qué peligro corren los bakuranos?

—Debes ir. —Ben seguía sin hacer caso de las preguntas de Luke—. Si no te encargas personalmente del asunto, Luke, Bakura, y todos los demás planetas, tanto aliados como imperiales, sufrirán un desastre mucho mayor de lo que imaginas.

Por lo tanto, era tan grave como temían. Luke meneó la cabeza.

—He de saber más. No puedo lanzarme a ciegas, y además, estoy...

El aire osciló y brilló cuando la imagen se desvaneció.

Luke lanzó un gruñido. Tendría que ingeniárselas para convencer al comité médico de que le diera el alta, para luego convencer al almirante Ackbar de que le encomendara la misión. Prometería descansar y autocurarse en el hiperespacio, si inventaba un método. De pronto, la idea de entrar en batalla ya no le entusiasmó.

Cerró los ojos y suspiró. El maestro Yoda se sentiría complacido.

—Erredós —dijo—, llama al almirante Ackbar.

Erredós farfulló.

—Ya sé que es tarde. Discúlpate por despertarle. Dile... —Miró a su alrededor—. Dile que si no quiere ir al salón de la clínica, nos veremos en la sala de guerra.

—Bien, pues...

Luke levantó la vista. La puerta del salón de la clínica se abrió. Han y Leia aparecieron en la escotilla, y se apretujaron entre el general Madine, que se encontraba de pie, y Mon Mothma, sentada en una unidad de éxtasis.

—Perdón —gruñó Han.

2-1B había dado su aprobación a la conferencia, siempre que Luke no abandonara el centro médico. El abarrotado saloncito, de un blanco inmaculado como el resto del centro, hacía las veces de almacén transitorio para guardar unidades de éxtasis fría. El «asiento» de Mon Mothma albergaba a un ewok herido de muerte, que descansaba en animación suspendida hasta que la Alianza le trasladara a un hospital bien equipado.

Han se apoyó contra la mampara. Leia se sentó al lado de Mon Mothma.

—Prosiga.

La imagen proyectada del almirante Ackbar (en miniatura) brillaba sobre el suelo al lado de Erredós, el cual, en posición de firmes, se encargaba de mantener la proyección.

—¿El general Obi—wan Kenobi le dio órdenes?

—Sí, señor.

Luke deseó que Leia y Han no hubieran interrumpido su explicación en el momento más impresionante.

El almirante Ackbar se mesó los tentáculos de la barbilla con una mano palmeada.

—He estudiado la ofensiva de Kenobi. Fue magistral. Tengo poca fe en las apariciones, pero en general Kenobi fue uno de los Caballeros Jedi más poderosos y, por lo general, se puede confiar en la palabra del comandante Skywalker.

El general Madine frunció el ceño.»,

—El capitán Wedge Antilles se habrá recuperado por completo cuando un batallón llegue a Bakura. He pensado darle el mando del grupo. No se ofenda, general —añadió, y dirigió una leve sonrisa a Han.

—En absoluto —replicó Han—. Sepárenme de la embajadora aquí presente, y dimitiré de mi cargo.

Luke disimuló una sonrisa con la mano. Mon Mothma ya había asignado a Leia la representación de la Alianza en Bakura, y ante las fuerzas imperiales destacadas en el planeta. Incluso le había pedido que intentara ponerse en contacto con los alienígenas. *Imagina la fuerza que podría oponer la Alianza al Imperio, si ese ejército alienígena se sumara a nuestras filas,* había dicho con cautela Mon Mothma.

—Pero el estado del comandante Skywalker es mucho más grave —adujo Ackbar.

—Para cuando lleguemos a Bakura, ya me habré recuperado.

—Hemos de pensar en todas las contingencias. —Ackbar meneó su cabeza rubicunda—. Ahora, hemos de defender Endor, y hemos prometido ayuda al general Calrissian para liberar Ciudad Nube...

—He hablado con Lando por comunicador —interrumpió Han—. Dice que tiene sus propias ideas, pero gracias de todos modos.

Las fuerzas imperiales se habían apoderado de Ciudad Nube cuando Lando Calrissian (su barón—administrador) había huido con Leia y Chewie, en persecución del cazador de recompensas que había escapado con Han, al que mantenía aprisionado en carbono helado. Lando se había visto

obligado a olvidar Ciudad Nube cuando dirigió el ataque sobre Endor. Le habían prometido todos los soldados de que pudieran desprenderse.

Pero Lando siempre había sido un jugador.

—En ese caso, enviaremos a Bakura una fuerza de choque pequeña pero fuerte —dijo Ackbar—, para apoyar a la princesa Leia, que negociará en nuestro nombre. La mayoría de las batallas en que participen tendrán lugar en el espacio, no en tierra. Cinco Cañoneras corellianas y una Corbeta escoltarán a nuestro carguero, de mucho menor tamaño. ¿Será suficiente, comandante Skywalker?

Luke se sobresaltó.

—¿Me entrega el mando, señor?

—Creo que no nos queda otra alternativa —dijo con placidez Mon Mothma—. El general Kenobi ha hablado con usted. Sus logros militares son inmejorables. Ayude a Bakura en nuestro nombre y reúnase con la nota de inmediato.

Luke, abrumado por el honor, la saludó militarmente.

A la mañana siguiente, temprano, Luke examinó los informes sobre el estado general del carguero rebelde *Frenesí*.

—Está dispuesto para despegar —observó.

—Dispuesto y ansioso.

La capitán Tessa Manchisco le dio un codazo. Recién llegada de la Guerra Civil Virgiliana, la capitán Manchisco llevaba su cabello negro distribuido en seis gruesas trenzas que colgaban sobre su uniforme color crema. Había aceptado la misión de Bakura con entusiasmo. Su *Frenesí*, un pequeño carguero/crucero muy poco convencional, renovado con todos los componentes imperiales que los avispados virgilianos habían podido amontonar a bordo, llevaba una tripulación de puente virgiliana: además de Manchisco, tres humanos y un timonel duro, carente de nariz y con los ojos rojos. Los hombres del almirante Ackbar habían embutido en las bodegas del *Frenesí* veinte cazas X, tres cazas A y cuatro cazas B de asalto, lo máximo que la Alianza se podía permitir.

Desde el mirador triangular del *Frenesí*, Luke vio dos de sus Cañoneras corellianas. Sobre el carguero (solían establecer un «nivel inferior» en todas las formaciones, aun en gravedad cero), flotaba el carguero más trucado de aquel cuadrante de la galaxia, el *Halcón Milenario*. Han,

Chewbacca, Leia y Cetrespeó habían subido al *Halcón* menos de una hora antes.

El júbilo inicial de Luke por haber recibido el mando ya se había desvanecido. Una cosa era volar en un caza bajo las órdenes de otro, con la Fuerza como aliado, y otra muy distinta la estrategia. Sobre sus hombros descansaba la responsabilidad de todas las vidas y todas las naves.

Empero, había estudiado manuales sobre estrategia y táctica. Y ahora...

Bien, a decir verdad, casi lo deseaba...

De pronto, sintió un hormigueo en los nudillos. Oyó o recordó la suave risa de Yoda.

Arrugó el entrecejo, cerró los ojos y se relajó. Aún le dolía todo, pero había prometido a 2-1B que descansaría y se autocuraría. Deseó sentirse mejor.

—Puestos de hiperpropulsión —gritó Manchisco—. Quizá quiera apretar el botón, comandante.

Luke paseó la vista por el espartano puente hexagonal. Tres puestos, además de su silla de mando, una hilera de tableros de batalla, ahora apagados en previsión del salto, y un solo empalme de androide R2, ocupado por la unidad virgiliana. Pulsó el botón, y se preguntó qué «desastre» acechaba a Bakura a menos que él se ocupara personalmente.

En una cubierta exterior de un gigantesco crucero de guerra llamado *Shriwirr*, Dev Sibwarra apoyó su esbelta mano morena sobre el hombro izquierdo de un prisionero.

—Todo irá bien —dijo en voz baja. El miedo del otro humano golpeó su mente como un látigo de tres colas—. No duele. Te espera una maravillosa sorpresa.

Una auténtica maravilla, de hecho, una vida sin hambre, frío o deseos egoístas.

El prisionero, un imperial de tez mucho más clara que la de Dev, había dejado de protestar, y su respiración era entrecortada. Estaba derrumbado sobre la silla de tecnificación. Correas flexibles sujetaban sus miembros delanteros, cuello y rodillas, pero sólo para mantener el equilibrio. Con su sistema nervioso desionizado en los hombros, no podía revolverse. Un fino tubo intravenoso inyectaba una solución magnetizadora azul pálido en ambas arterias carótidas, mientras diminutas servo bombas zumbaban.

Bastaban unos pocos milímetros de magsol para armonizar los fluctuantes campos magnéticos de las ondas cerebrales humanas con los aparatos de tecnificación Ssi-ruuvi.

Detrás de Dev, el maestro Firwirrung gorjeó una pregunta en ssi-ruuvi.

—¿Ya se ha calmado?

Dev dedicó una breve reverencia a su amo y cambió del idioma humano al ssi-ruuvi.

—Lo bastante —contestó—. Casi está a punto.

Escamas bermejas y lustrosas protegían los dos metros de largo de Firwirrung, desde el morro picudo hasta el extremo de la cola musculosa, y una prominente cresta negra en forma de V coronaba su frente. De mediano tamaño para ser un Ssi-ruu, aún estaba en período de crecimiento, y sólo se veían unas pocas marcas de edad donde las escamas que crecían sobre su hermoso pecho empezaban a separarse. Firwirrung bajó un amplio arco de captación metálico, que cubría al prisionero desde la mitad del torso a la nariz. Dev miró por encima y vio que las pupilas del hombre se dilataban.

En cualquier momento...

—Ahora —anunció Dev.

Firwirrung tocó un control. Su musculosa cola se agitó de placer. La caza del día había sido fructífera. Dev trabajaría hasta bien entrada la noche, junto con su amo. Antes de la tecnificación, los prisioneros eran ruidosos y peligrosos. Después, sus energías vitales dieron impulso a los androides seleccionados por los *Ssi-ruu* vi.

El zumbido del arco de captación adoptó un tono más agudo. Dev retrocedió.

En el interior de aquel cráneo humano redondo, el cerebro impregnado de magsol estaba perdiendo el control. Aunque el maestro Firwirrung le había asegurado que la transferencia de energía incorpórea era indolora, todos los prisioneros chillaban.

Al igual que éste, cuando Firwirrung tiró del interruptor del arco de captación. El arco vibró, a medida que la energía del cerebro saltaba a un electromagneto perfectamente sintonizado con el magsol. Un grito de angustia indescriptible se transmitió por mediación de la Fuerza.

Dev trastabilleó y se aferró al conocimiento recibido de sus amos: los prisioneros sólo creían sentir dolor. El sólo creía sentir su dolor.

Cuando el cuerpo chillaba, todas las energías del sujeto habían saltado al arco de captación. El cuerpo ya había muerto.

—Transferencia.

El silbido aflautado de Firwirrung delató que se estaba divirtiendo.

Aquella actitud paternal consiguió que Dev se sintiera violento. Era inferior. Humano. Blando y vulnerable, como una larva blanca antes de la metamorfosis. Anheló ser destinado a la tecnificación y transferir su energía vital a un poderoso androide de batalla. Maldijo en silencio el talento que le había sentenciado a seguir esperando.

El zumbido del arco de captación aumentó de intensidad, cargado por completo, más «vivo» que el cuerpo derrumbado sobre la silla. Firwirrung se volvió hacia una mampara erizada de escamas metálicas hexagonales.

—¿Preparados ahí abajo?

Su pregunta surgió como un silbido labial ascendente, rematado por un chasquido del pico dentado, y seguido por dos silbidos sibilantes apagados en la garganta. Dev había tardado varios años en dominar el ssi-ruuvi, además de incontables sesiones de acondicionamiento hipnótico, tras las cuales anhelaba complacer a Firwirrung, jefe de tecnificación.

La labor de tecnificación era interminable. La energía vital, como cualquier otra, podía ser almacenada en las baterías adecuadas, pero la actividad eléctrica de las ondas cerebrales, que penetraba junto con la energía vital en las cargas del androide, solía desencadenar frecuencias armónicas destructivas. Los circuitos de control vitales del androide «morían» a causa de una psicosis fatal.

De todos modos, las energías humanas duraban más que las de cualquier otra especie en la tecnificación, tanto sometidas a circuitos de navegación como a androides de batalla.

La cubierta 16 del enorme crucero de batalla silbó por fin una respuesta.

Firwirrung apretó un botón con su garra delantera de tres dedos. El arco de captación enmudeció. La energía vital del afortunado humano centelleaba ahora en una bobina de reserva, situada detrás de los grupos sensores de un pequeño androide de combate piramidal. Ahora podría captar más longitudes de onda y ver en todas direcciones. Jamás necesitaría oxígeno, control de temperatura, alimento o descanso. Liberado de la engorrosa necesidad del libre albedrío, de tomar sus propias decisiones, su nuevo cuerpo obedecería todas las órdenes de los Ssi-ruu.

Obediencia perfecta. Dev inclinó la cabeza y deseó ocupar su lugar. Las naves androide no padecían tristeza ni dolor. Una metamorfosis gloriosa, hasta que un día, un rayo láser enemigo destruía la bobina..., o aquellas armonías psicóticas destructivas lo desconectaban de los circuitos de control.

Firwirrung retiró el arco de captación, las intravenosas y las correas.

Dev levantó el cuerpo fláccido de la silla y lo introdujo en un sumidero hexagonal de la cubierta. Cayó hacia la oscuridad.

Firwirrung se alejó de la mesa, con la cola relajada. Se sirvió una taza de ksaa rojo, en tanto Dev bajaba un brazo pulverizador y rociaba la silla varias veces. Dos subproductos biológicos desaparecieron por los desagües del centro del asiento.

Dev levantó el brazo pulverizador, lo cerró y movió la mano en dirección a un interruptor de la silla, para que ésta se secara.

—Preparado —silbó, y se volvió hacia la escotilla.

Dos menudos p'w'ecks jóvenes trajeron al siguiente prisionero, un hombre arrugado con ocho rectángulos rojos y azules, separados por espacios muy breves, sobre la parte delantera de su túnica imperial grisverdosa, y el pelo .blanco alborotado. Se revolvió para liberar sus brazos de las garras

delanteras de sus guardias. La túnica le había proporcionado escasa protección. Sangre roja humana brotaba de su piel y de las mangas desgarradas.

Ojalá supiera lo innecesaria que era su resistencia. Dev dio un paso adelante.

—Tranquilo. —Guardaba su ionizador en forma de paleta, un instrumento médico que también podía utilizarse como arma de a bordo, en las franjas laterales azules y verdes de su larga túnica—. No es lo que usted imagina.

El hombre abrió tanto los ojos que obscenas escleróticas blancas aparecieron alrededor de los iris.

—¿Qué imagino? —preguntó el hombre, aterrado—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? Espere, usted es el...

—Soy su amigo.

Dev apoyó la mano derecha sobre el hombro del prisionero, con los ojos entornados para ocultar sus escleróticas (sólo tenía dos párpados, en lugar de los tres de su amo).

—Estoy aquí para ayudarle. No tenga miedo.

Por favor, añadió en silencio, *duele si me tiene miedo*. Está de suerte. *Será rápido*. Apretó el ionizador contra la nuca del hombre. Sin soltar el activador, recorrió con el aparato la espina dorsal del hombre.

Los músculos del oficial imperial se distendieron. Sus guardias le dejaron caer a la cubierta de losas grises.

—¡Torpes! —Firwirrung avanzó sobre sus fuertes patas traseras, con la cola tiesa mientras regañaba a los pequeños p'w'ecks. Dejando aparte el tamaño y el tono deslustrado de la piel, casi se parecían al maestro *ssi-ruuk*..., de lejos—. ¡Un respeto al prisionero!

—canturreó Firwirrung. Podía ser joven para el rango que ostentaba, pero exigía deferencia.

Dev ayudó a los tres a levantar al sudoroso y maloliente humano.

Totalmente consciente (el arco de captación no podía funcionar en caso contrario), el hombre resbaló de la silla. Dev le aferró por los hombros, doblando la espalda.

—Relájese —murmuró Dev—. No pasa nada.

—¡No haga esto! —gritó el prisionero—. Tengo amigos poderosos. Pagarán un buen precio por mi rescate.

—Nos encantaría conocerles, pero no le negaremos esta alegría.

Dev dejó que su centro espiritual flotara sobre el miedo del desconocido, y después lo apretó como una manta confortable. Una vez los p'w'ecks aseguraron las correas, Dev aflojó su presa y se masajeó la espalda. La garra delantera derecha de Firwirrung se alzó y aplicó una intravenosa. No había esterilizado las agujas. No era necesario.

Por fin, el prisionero quedó indefenso y preparado. Un líquido transparente brotó de un ojo y de la comisura de la boca. La servo bomba envió un fluido magnetizador por la intravenosa.

Otra alma liberada, otra nave androide preparada para conquistar el imperio humano.

Dev intentó hacer caso omiso del rostro húmedo y el inquietante temor del prisionero, y apoyó una esbelta mano morena sobre su hombro izquierdo.

—Todo irá bien —dijo con voz suave—. No duele. Le espera una sorpresa maravillosa.

Por fin, todos los prisioneros del día fueron tecnificados, salvo una hembra, que se liberó de los guardias p'w'ecks y se golpeó la cabeza contra una mampara antes de que Dev pudiera atraparla. Tras esforzarse varios minutos en revivirla, el maestro Firwirrung dejó caer la cabeza y la cola.

—Es inútil —silbó con pesar—. Una triste pérdida. Recicladla.

Dev limpió. La tecnificación era un trabajo noble, y se sentía orgulloso de su participación en el proceso, aunque su papel era el de un mero criado que calmaba a los sujetos mediante la Fuerza. Deslizó su ionizador en la parte inferior de una estantería, con la parte plana hacia arriba, y después introdujo su extremo puntiagudo en la vaina hasta que se oyó un clic. La nudosa culata, especialmente diseñada para su mano de cinco dedos, quedó colgando bajo la paleta.

Firwirrung condujo a Dev por espaciosos pasillos hasta sus aposentos, donde sirvió un ksaa tranquilizador para ambos. Dev bebió agradecido, sentado en la única silla del camarote circular. Los *ssi-ruuk* no necesitaban muebles. Firwirrung siseó complacido y descansó su cola y cuartos traseros sobre la cálida cubierta gris.

—¿Estás contento, Dev? —preguntó.

Sus líquidos ojos negros parpadearon sobre la taza de ksaa y reflejaron el amargo tónico rojo.

Era una oferta de consuelo. Siempre que la vida afligía a Dev, siempre que echaba de menos la sensación de totalidad que le acompañaba cuando la Fuerza de su madre se unía a él, Firwirrung le llevaba a presencia del Anciano Sh'tk'ith para una nueva terapia.

—Muy contento —contestó con sinceridad Dev—. Un buen día de trabajo. Muy agradable.

Firwirrung asintió.

—Muy agradable —repitió. Sus lenguas olfativas asomaron por las fosas nasales, para saborear y oler la presencia de Dev—. Proyéctate, Dev. ¿Qué ves esta noche en el universo oculto?

Dev sonrió levemente. El amo le había hecho un cumplido. Todos los *ssi-ruuk* eran ciegos a la Fuerza. Dev sabía ahora que era el único ser perceptivo, humano o no, que habían encontrado.

Gracias a él, los *ssi-ruuk* habían sabido la muerte del emperador pocos momentos después de que ocurriera. Porque la Fuerza existía en toda vida, había sentido la onda de choque energética que se había transmitido mediante el espíritu y el espacio.

Meses atrás, Su Potencia el Shreeftut había respondido de inmediato cuando el emperador Palpatine ofreció prisioneros a cambio de diminutos cazas androide de dos metros. Palpatine ignoraba cuántos millones de *ssi-ruuk* vivían en Lwhekk, aquel distante racimo de estrellas. El almirante Ivpikkis capturó e interrogó a varios ciudadanos imperiales. Averiguó que aquel imperio humano abarcaba pársecs. Sus sistemas estelares se extendían como fértiles arenas sembradas de nidos, ideales para plantar la semilla de la vida ssi-ruuvi.

Y entonces, el emperador murió. No habría trato. Los traidores humanos les habían abandonado para volver a casa como pudieron, casi agotada la energía de la flota. El almirante Ivpikkis se había adelantado con el crucero de batalla *Shriwirr* y una pequeña fuerza de avanzadilla compuesta por media docena de naves de combate, con equipos de apoyo tecnificados.

La flota principal se mantuvo alejada, a la espera de noticias que confirmaran el éxito o el fracaso.

Si podían apoderarse de un planeta humano importante, aquel equipo de tecnificación, propiedad del maestro Firwirrung, les conseguiría el imperio humano. Cuando cayera Bakura, les proporcionaría la tecnología necesaria para fabricar docenas de sillas de tecnificación. Cada bakurano tecnificado significaría energía o protección para un caza de combate androide, o infundiría nueva vida a algún componente fundamental de un gran crucero. Con docenas de grupos de tecnificación adiestrados y equipados, la flota ssi-ruuvi podría conquistar los populosos planetas humanos del Núcleo. Había doce mil planetas que liberar. Una labor muy agradable.

Dev casi reverenciaba la valentía de sus amos al ir tan lejos y arriesgar tanto por el bien del imperio ssi-ruuvi y la liberación de las demás especies. Si un ssi-ruuvi moría lejos de un planeta natal consagrado, su espíritu vagaría por las galaxias por siempre jamás.

Dev meneó la cabeza y contestó.

—Afuera, sólo percibo los silenciosos vientos de la vida. A bordo del *Shriwirr*, dolor y confusión en tus nuevos hijos.

Firwirrung acarició el brazo de Dev, y sus tres garras oponibles apenas enrojecieron la suave piel sin escamas. Dev sonrió, solidario con su amo.

Firwirrung no tenía compañeros de nido a bordo, y la vida militar significaba horas de soledad y peligros terribles.

—Amo —dijo Dev—, ¿algún día volveremos a Lwhekk?

—Es posible que tú y yo nunca volvamos a casa, Dev, pero pronto consagraremos un nuevo mundo natal en tu galaxia. Enviaremos a buscar a nuestra familias...

Mientras Firwirrung contemplaba el nido de dormir, una vaharada de acre aliento reptiliano azotó la cara de Dev.

Dev ni siquiera pestañeó. Estaba acostumbrado a aquel olor. Sus olores corporales mareaban a los *ssi-ruuk*, de modo que se bañaba y bebía disolventes especiales cuatro veces al día. En las ocasiones especiales, se afeitaba todo el vello.

—Un nido de tu especie —murmuró.

Firwirrung ladeó la cabeza y miró con un ojo negro.

—Tu trabajo me acerca más a ese nido, pero ahora estoy cansado.

—Te estoy manteniendo despierto —dijo Dev, arrepentido—. Ve a descansar, por favor. No tardaré.

Cuando Firwirrung se aovilló en su montón de almohadas, el cuerpo caliente gracias a los generadores situados bajo la cubierta y los párpados triples cubriendo sus hermosos ojos negros, Dev tomó su baño vespertino y bebió el medicamento desodorante. Para distraer su mente de los calambres abdominales que siempre le producían, acercó su silla a un largo escritorio/mostrador curvo. Sacó un libro de la biblioteca que había dejado sin acabar y lo cargó en su lector.

Durante meses, había trabajado en un proyecto que tal vez beneficiaría a la humanidad más que sus propios esfuerzos. De hecho, temía que los *ssi-ruuk* le tecnificaran en circuitos para completar su obra, y no en el androide de combate al que aspiraba.

Sabía leer y escribir antes de que los *ssi-ruuk* le adoptaran, tanto letras como música. Combinando aquellas simbologías, estaba diseñando un sistema para escribir ssi-ruuvi, destinado al uso de los humanos. En el aspecto musical, anotaba tonos. Los símbolos que había inventado equivalían a silbidos con toda la lengua, la mitad de la lengua y guturales. Las letras significaban vocales y combinaciones con un chasquido final. *Ssi-ruu* exigía toda una línea de datos: el silbido con media lengua se elevaba a una quinta perfecta, mientras la boca formaba la letra e. Después, un silbido labial con la boca fruncida, bajando a una tercera menor. *Ssi-ruu* era el singular. El plural, *ssi-ruuk*, finalizaba con un chasquido de garganta. El ssi-ruuvi era complicado pero hermoso, como el canto de los pájaros que Dev recordaba de su juventud, en el planeta G'rho.

Dev tenía un buen oído, pero la compleja tarea le abrumaba en la última hora de su tiempo libre. En cuanto los calambres y las náuseas cesaban,

cerraba su lector y reptaba en la oscuridad hacia el olor algo fétido del lecho de Firwirrung. De sangre demasiado caliente, amontonaba almohadas para aislarse del calor procedente de los aposentos situados bajo la cubierta. Después se acurrucaba lejos de su amo y pensaba en su hogar.

Las habilidades de Dev habían llamado la atención de su madre desde una edad muy temprana, allá en Chandrila. Una aprendiza de Jedi que no había terminado su adiestramiento le había enseñado algunas cosas sobre la Fuerza. Dev lograba comunicarse con ella desde lejos.

Después, llegó el Imperio. Se produjo una purga de candidatos a Jedi. La familia huyó al aislado G'rho.

Apenas se habían instalado, cuando aparecieron los *ssi-ruuk*. El sentido de la Fuerza de su madre se desvaneció, y le dejó lejos de casa, solo y aterrorizado de las naves espaciales invasoras. El maestro Firwirrung siempre había dicho que sus padres habrían matado a Dev de haber podido, antes que dejarlo en manos de los *ssi-ruuk*. Una idea terrible: ¡su propio hijo!

Pero Dev había escapado a la muerte en ambos casos. Los exploradores ssi-ruuvi le encontraron escondido en un barranco erosionado. Fascinado por los gigantescos lagartos de redondos ojos negros, el diminuto niño de diez años había aceptado su comida y afecto. Le llevaron de vuelta a Lwehekk, donde vivió durante cinco años. Por fin, descubrió por qué no le habían tecnificado. Sus increíbles facultades mentales le convertirían en un explorador ideal para acercarse a los demás sistemas humanos. También le permitieron calmar a los sujetos tecnificados. Deseaba recordar lo que había dicho o hecho para revelar aquel talento.

Había enseñado a los *ssi-ruuk* todo cuanto sabía sobre la humanidad, desde las pautas mentales y las costumbres hasta la indumentaria (incluyendo los zapatos, lo cual les divertía). Ya les había ayudado a capturar varios puestos de avanzadilla humanos. Bakura sería el planeta clave... ¡y estaban ganando! Pronto, los bakuranos imperiales huirían de las naves de guerra y los *ssi-ruuk* podrían acceder a los centros poblados de Bakura.

Una docena de naves de aterrizaje p'w'eck iban cargadas con botes paralizadores, dispuestos a ser lanzados.

Dev ya había anunciado a los bakuranos, mediante una frecuencia de comunicación corriente, la buena noticia de su inminente liberación de las limitaciones humanas. El maestro Firwirrung afirmaba que su resistencia era muy normal. Al contrario que los *ssi-ruuk*, los humanos temían a lo desconocido. La tecnificación era un cambio sin posibilidad de regreso.

Dev bostezó. Sus amos le protegerían del Imperio, y algún día le recompensarían. Firwirrung le había prometido estar a su lado y bajar el arco de captación en persona.

Dev se acarició la garganta. Las intravenosas se clavarían... allí. Y allí. Algún día, algún día.

Se cubrió la cabeza con los brazos y durmió.

3

Las estelas de estrellas se encogieron en el mirador triangular de Luke cuando el *Frenesí* y sus siete naves de escolta salieron del hiperespacio.

Una vez comprobados los escudos deflectores, giró en su silla para recibir el informe sobre el estado de los sistemas, suministrado por el ordenador principal, en tanto el oficial de comunicaciones de la capitán Manchisco analizaba las frecuencias de comunicación imperiales habituales. Luke se sentía mejor, siempre que se moviera con lentitud.

Los analizadores mostraron ocho planetas, ninguno en el punto de su órbita que el Navegante Principal de la Alianza había proyectado. Ahora se alegró de que Manchisco hubiera hecho caso omiso de su impaciencia, planeado la maniobra con toda cautela y salido del hiperespacio en el sistema exterior. La mujer le dirigió una mirada significativa. Se tocó una ceja a modo de saludo, y después asintió en dirección al navegante duro, que parpadeó con sus enormes ojos rojos y farfulló algo ininteligible.

—Dice que de nada —tradujo Manchisco.

Media docena de ovoides erizados de burbujas se habían congregado alrededor del tercer planeta del sistema, rodeados en sus pantallas por un enjambre de cazas pequeños. Todos habían encendido la luz roja de «amenaza», pero maniobraban locamente en la pantalla, rompían la formación y volvían a agruparse, se aproximaban y alejaban. Era obvio que no todos pertenecían al mismo bando. Miró a la niña de los ojos del general Dodonna, el Ordenador de Análisis de Batalla. Había accedido a traer un prototipo OAB, y ahora necesitaba datos para alimentarlo.

—Eso parece una fiesta, pequeñín.

Oyó a Han por el altavoz situado a su lado.

—Estoy de acuerdo —contestó Luke—. Hemos enviado una llamada a los imperiales. Es absurdo...

—Señor —le interrumpió el responsable de las comunicaciones.

—No cuelgue. —Luke se volvió con brusquedad y sufrió una rampa en la pierna. Casi se había curado—. ¿Ha captado algo?

El joven virgiliano de pecho ancho señaló una luz verde que parpadeaba en su consola. Alguien había dado el visto bueno a la transmisión. Luke carraspeó. Antes de abandonar Endor, Leia le había dado una lista de lo que podía decir. Pero no era su estilo.

Además, no iba a tratar con un político o un diplomático. Se trataba de un comandante enfrascado en una batalla, que sólo podía dedicar unos segundos a cada decisión.

—Marina Imperial —habló Luke—, al habla un grupo de combate de la Alianza.

Hemos izado bandera blanca. Da la impresión de que necesitan ayuda.

¿Aceptarían la nuestra, como hermanos de raza?

Había alienígenas entre los rebeldes, por supuesto, además de Chewbacca y el navegante duro de Manchisco. Diecisiete mon calamari componían la tripulación de una Cañonera, pero los chovinistas humanos imperiales no tenían por qué saberlo... todavía.

El altavoz crepitó. Luke conectó con una frecuencia de la Alianza, e imaginó a un curtido veterano imperial examinando frenéticamente el procedimiento establecido para tratar con los rebeldes.

—A todos los cazas: mantengan la formación defensiva. Protéjannos. No sabemos qué van a hacer.

Fragmentos musicales y voces diversas resonaron en el puente del *Frenesí*.

—Grupo de combate de la Alianza, al habla el comandante Pter Thanas, de la Marina Imperial. Anuncien sus propósitos —se oyó a continuación; la voz poseía un timbre autoritario.

Durante los tres días pasados en el hiperespacio, Luke había vacilado entre fingir ignorancia y admitir la situación real. La capitán Manchisco enarcó una ceja, como si preguntara «¿Y bien?».

—Interceptamos un mensaje del gobernador Nereus a la flota imperial, que en estos momentos se encuentra, hum, dispersa, en su mayor parte. Tuvimos la impresión de que el problema era grave. Como ya he dicho, hemos venido en su ayuda, si es posible.

Luke cortó la transmisión y se dio cuenta, por los espasmos que sacudían sus pantorrillas, de que se había levantado. Frustrado, volvió a sentarse.

Había descansado mucho en el hiperespacio. Las Cañoneras solicitaron información por el canal interno del grupo. Vio por la ventana panorámica que se habían agrupado en parejas.

Leia habló en voz baja desde el *Halcón*.

—Luke, utiliza la sutileza. Estás hablando con imperiales. Nos considerarán hostiles y se lanzarán en nuestra persecución.

—En este momento, no están para lanzarse en persecución de nadie —señaló Luke—. Están a punto de ser borrados...

—No me extraña que nadie captara las transmisiones de auxilio habituales —interrumpió la voz seca del comandante imperial Thanas—. Grupo de combate de la Alianza, agradeceríamos su ayuda, Voy a enviar un informe codificado de la situación en una frecuencia inferior en veinte ciclos a ésta.

—De acuerdo.

Sólo alguien que ya se considerara derrotado aceptaría refuerzos identificados sólo en parte. Luke miró al oficial de comunicaciones Delckis, que abrió el canal indicado por Thanas. Al cabo de unos momentos, un pequeño porcentaje de los puntos remolinantes que aparecían en el tablero de situación viró a un tono dorado amarillento, por parte de los imperiales. Luke silbó por lo bajo. Los seis ovoides y la mayor parte del enjambre seguían con la luz roja de amenaza.

El OAB empezó a escupir información. El comandante Thanas poseía menos potencia de fuego que los invasores, y el ochenta por ciento estaba concentrado en un sólo crucero de clase Galeón. No se trataba de una gran nave, y sólo contaba con una quinta parte de la tripulación que solía albergar un Destructor Estelar, pero superaba por amplia ventaja al armamento del *Frenesí*..

—¿Está seguro de que quiere hacer esto? —murmuró Manchisco. *

Luke tocó el botón que enviaba a los pilotos rebeldes escaleras arriba.

Los cazas habían sido preparados para despegar, aprovisionados de combustible y trasladados a las ensenadas durante el último día transcurrido en el hiperespacio.

—Informe a su formación —dijo Luke a su interlocutor imperial. No estaba seguro de cómo proceder. Se calmó y pidió consejo a la Fuerza. Una corazonada, como decían los demás...

—¿Están... listos...? —empezó Thanas.

Un siniestro silbido enmudeció al comandante imperial.

Luke tabaleó con los dedos sobre la consola. Cuando se oyó de nuevo la voz de Thanas, sonó serena y controlada.

—Lo lamento. Una perturbación. Si pudieran lanzar una cuña de naves por el hueco que dejan los tres cruceros centrales *ssi-ruuk*, quizá les obligarían a retroceder. Ganaríamos tiempo.

Ssi-ruuk. Luke archivó el nombre de los alienígenas en el fondo de su mente. Por fin, su subconsciente lanzó una sugerencia.

—Comandante Thanas, vamos a descender desde el norte solar para rodear a esos tres cruceros. Pongan rumbo —murmuró.

El navegante de la capitán Manchisco se acercó al ordenador de navegación.

—Valtis —farfulló el duro en idioma corriente, con sus labios delgados y elásticos—, curso ocho—siete norte, seis rotación lateral.

El piloto virgiliano efectuó correcciones en el ordenador. Luke notó que el *Frenesí* cobraba vida. Los paneles de la cubierta transmitieron las vibraciones de los motores a sus pies y a la silla de mando. La escotilla de acceso, que habían dejado abierta para la ventilación, se cerró de golpe.

Thanas habló de nuevo al cabo de unos momentos.

—Nos encontramos en un gran apuro, grupo de la Alianza. Vengan... y gracias. Manténganse alejados de la influencia gravitatoria.

—¿Qué opinas, muchacho? —se oyó a Han por el altavoz—. Mal asunto.

—He de llegar a Bakura —insistió Leia por el mismo altavoz—. He de convencer al gobernador Nereus de que declare una tregua oficial. De lo contrario, no podrán colaborar con nosotros. No podemos desafiar a toda la Marina imperial.

—Han, ¿te has enterado de cómo vamos a movernos? —preguntó Luke.

—Oh, ya lo creo. —Su amigo parecía divertirse—. Buena suerte, héroe. Sólo temo que nuestra única diplomática con experiencia tendrá que esperar a que termine esto.

—Buena idea —dijo Luke.

—¿Cómo? —Luke oyó los puntos de exclamación que seguían a la pregunta de Leia—. ¿De qué estáis hablando?

—Perdónanos.

Se imaginó a Han volviéndose, para intentar explicar razonablemente una desagradable verdad al gemelo Skywalker más tozudo. Tal vez su hermano debería intervenir.

—Leia —dijo—, echa un vistazo al tablero. Bakura está bloqueado. Todas las comunicaciones al exterior deben de estar intervenidas. No hemos oído ni pío, salvo fragmentos de emisiones procedentes de emisiones recreativas.

Eres demasiado valiosa para arriesgar tu vida en la zona de batalla.

—¿Y tú no? —replicó su hermana—. He de hablar con el gobernador. Nuestra única esperanza es persuadirle de que venimos en son de paz.

—Estoy de acuerdo —contestó Luke—, y podríamos utilizar el *Halcón* para una maniobra rápida, pero no vamos a ponerte en peligro. Da gracias de contar con cañones.

Silencio sepulcral. Luke dio más órdenes y dispuso a sus hombres en formación para el difícil salto entre sistemas.

—Muy bien —rezongó Leia—. El sexto planeta no se encuentra lejos de nuestra trayectoria. Tomaremos esa dirección. Si parece seguro, aterrizaremos y os esperaremos.

—El sexto planeta me parece bien, Leia. Luke percibió su indignación, que no sólo iba dirigida hacia él. Han y ella debían aprender a resolver sus desacuerdos. A desarrollar su propio sistema. Cerró el estado de ánimo de su hermana a su percepción.

—Sigue en contacto, Han. Utiliza las frecuencias de la Alianza normales, pero sintoniza las imperiales.

—Afirmativo, pequeñín.

Luke vio por su mirador que el carguero ligero abandonaba la formación. El arco blancoazulado de sus motores se perdió en la negra distancia. Según su tablero de situación, los pilotos de los cazas estaban preparados, y Wedge Antilles se encontraba pasando revista a la situación general del escuadrón. Hoy, su puesto no estaba en el espacio. Su frío caza X reposaría en una oscura bodega, y Erredós en sus aposentos, conectado mediante el *Frenesí* al Ordenador de Análisis de Batalla. La próxima vez, tal vez podría conseguir que Erredós le conectara con el puente de mando del carguero, para dirigir la batalla desde un caza, pero ¿dónde instalaría los tableros de control y situación?

—Cálculos terminados —anunció—. Preparados a saltar.

Las luces azules de las naves viraron a verde.

Luke se aferró a los brazos de su asiento.

—Ahora.

Han Solo no apartó la vista de los sensores del *Halcón* mientras desviaba de su ruta al carguero. Demasiado experimentado para quedar atrapado en el remolino que se produciría cuando el grupo saltara al hiperespacio, no pudo dejar de observar el carguero de Luke (¡pensar que el muchacho estaba al mando de un grupo de portacazas!), hasta que la nave de Luke desapareció. Leia se encogió.

Ahora, Han había vuelto al *Halcón*, donde debía estar. Los equipos de reparación de la Alianza no habían perdido tiempo en poner a punto su amado carguero, después de que Lando lo lanzara contra la segunda Estrella de la Muerte (*... no te culpo, Lando. Fue por una buena causa*). Su lugar estaba en esta cabina, al lado de su buen amigo Chewie.

Pero ya nada era igual. Leia estaba sentada detrás del gigantesco wookie, vestida con un mono de batalla gris ceñido a la cintura. Sí, había manejado muy bien el *Halcón* durante un par de emergencias, pero hasta para un contrabandista había límites.

Cetrespeó ocupaba la otra silla posterior. Su cabeza dorada se movía de un lado a otro.

—Le estoy muy agradecido de que haya reconsiderado su postura, ama Leia.

Si bien mi experiencia se desperdiciará más de lo habitual en estas lejanas regiones del sistema, nuestra seguridad es de vital importancia.

¿Puedo sugerir...?

Han puso los ojos en blanco y habló en un tono burlón y amenazador al mismo tiempo.

—¿Leia?

La joven desconectó el interruptor situado en la nuca de Cetrespeó, que se quedó petrificado.

Han exhaló un suspiro de alivio. Chewbacca aportó un gruñido sarcástico y agitó su pelaje color canela. Han extendió la mano hacia el panel de control.

—Siete minutos para el acercamiento.

Leia se desabrochó las correas de seguridad y se acercó a la consola.

Apretó su cálida pierna contra la de Han.

—Los imperiales no pueden estar muy lejos. ¿Dónde están los analizadores?

Han los conectó. El sexto planeta llenó las pantallas. Chewbacca emitió varios gruñidos.

—Hielo y polvo —tradujo Han a Leia—. El sistema de Bakura sólo posee un gigante gaseoso y una miríada de cometas que le siguen. —Hizo una pausa—.

Si el *Halcón* se calienta, se derretirá en la superficie.

—Mira —dijo Leia—. Una especie de poblado cerca del terminador.

—Ya lo veo. —Han mantuvo el rumbo hacia el grupo de formas regulares—.

Pero no hay satélites de comunicaciones o defensa, y no captamos la menor transmisión.

Chewie aulló su acuerdo.

Las cúpulas no tardaron en aparecer ante su vista, Han aumentó la imagen y divisó una hilera doble de paredes destrozadas entre cráteres mellados recientes.

—Qué desastre —comentó Leia.

—Diez a uno a que nuestros misteriosos alienígenas ya han bombardeado este lugar.

—Bien. —Leia sacudió polvo del cabello de Han. Éste, sobresaltado, se volvió—. Eso significa que no volverán —explicó.

—Bórralo de la lista —admitió Han.

—Y se dirigen hacia un objetivo más importante. Espero que Luke sea precavido.

—No le pasará nada. Muy bien, Chewie, parece un barrio muy tranquilo. Nos esconderemos mejor si aterrizas... Nos confundiremos con las rocas, ya sabes. Bajemos y aminoremos la velocidad, sólo lo suficiente para neutralizar la gravedad. Vamos a probar suerte.

No aclaró a Leia lo difícil que iba a resultar. Sus sensores registraban una gravedad inferior a 0,2 en aquella bola de hielo, y ninguna atmósfera que recalentara una' nave dispuesta a descender, pero mantener la temperatura no sería fácil. El calor del núcleo seguía siendo intenso después del salto hiperespacial, y la fricción no era moco de pavo; aun en la completa frialdad del espacio exterior al sistema, habían chocado con millones y millones de iones y átomos. Han tocó un control que utilizaba pocas veces y elevó al máximo los radiadores dorsales. Deseó que las aletas de aterrizaje poseyeran refrigerantes, pero si los deseos se cumplieran, los calamarianos ostentarían el mando del cuartel general de la Alianza.

Justo al otro lado del terminador, localizó un cráter lo bastante amplio y profundo para albergar al *Halcón*. Apagó los radiadores, hizo descender al aparato y lo dejó flotar. Ahora, nada de cohetes de frenado...

A punto de descender, distinguió un charco oscuro y brillante en el fondo del cráter.

No era agua helada, sino amoníaco u otro gas oloroso, que se fundía a una temperatura tan superfría que hasta los chorros de los motores lo enturbiaban.

Y ahora, ¿qué?

Chewie gruñó una sugerencia.

—Sí —contestó Han—. Órbita sincrónica. Buena idea.

—¿No vamos a aterrizar?

Leia se relajó en su asiento de respaldo alto cuando el *Halcón* pasó sobre las ruinas y ganó altitud.

Chewbacca aulló un pequeño problema.

—Funciona bastante bien —dijo Han.

—¿Qué funciona bastante bien? —preguntó Leia.

Han miró a Chewie con el ceño fruncido. *Gracias, colega*.

—El rastreador estelar del *Halcón*. Para mantener la órbita con el piloto automático conectado. Depende de un circuito que no suele cubrir estas coyunturas.

—¿Por qué?

Han lanzó una breve carcajada.

—Es imposible llevar a cabo tantas modificaciones en un carguero sin pulirse algunos circuitos. El rastreador funciona bastante bien, pero...

Chewie, procura que no nos salgamos del rumbo. Mientras nos mantengamos cerca, nadie nos localizará. —Han pulsó un sensor—. Parece que el hermano Luke se dirige hacia el lado de los imperiales. Supongo que querrás quedarte a mirar.

Leia arrugó el entrecejo.

—Con este analizador, es imposible distinguir quién está a cada lado.

Además, toda esta situación me pone nerviosa...

—Oh. —¿Era otro insulto el comentario sobre el analizador?—. Oh —añadió, en tono alegre. Quizá, por fin, tendrían un momento de respiro. Sus así llamadas vacaciones, después de la gran fiesta ofrecida por los ewoks, había sido un fracaso Leia estaba muerta de cansancio. Pero durante el salto, con todas las manos ocupadas y Cetrespeó yendo de un lado a otro, había indicado con discreción a Chewie que hiciera algunas modificaciones en la bodega principal del *Halcón*, que no constaban en la *Guía de Campo de Cracken*.

Esperaba que Chewie lo hubiera hecho bien. El enorme wookie era un genio de la mecánica, pero su sentido de la estética no era..., bueno..., humano.

Han Solo no se había apuntado a aquella excursión sólo por aportar su granito de arena a la guerra.

Leia volvió a conectar a Cetrespeó y siguió a Han hacia la popa. Después de la batalla de Endor, habían hablado durante horas. Tras la máscara de cínico contrabandista, aquel hombre albergaba ideales similares a los suyos, pero se los habían destrozado. Además, temía estar sola desde que Luke le había comunicado la terrible noticia: Darth Vader era su...

No.

Su mente esquivó las defensas que había alzado y atacó de nuevo. Mientras contemplaba la destrucción de Alderaan desde la Estrella de la Muerte, había pensado que estaba asistiendo a la muerte de su familia. En realidad, su padre estaba...

¡No! Jamás le aceptaría como padre. Aunque Luke sí lo hiciera.

Se agachó para no tropezar con una manguera colgante. Si tenía que encontrar un escondrijo y sepultar la cabeza durante horas, debía de aprovechar ese tiempo. Ya había desperdiciado demasiados días en su recuperación. Se frotó el hombro derecho. Ni siquiera la símilipiel contrarrestaba por completo la comezón de una quemadura de desintegrador al curarse. Como había dicho a Han, no dolía..., pero era difícil de olvidar.

Han se detuvo cerca de la rampa de entrada. Se apoyó contra una mampara y la miró.

—¿Qué queda por arreglar?

El *Halcón* era el primer amor de Han. Cuanto antes aceptara Leia aquella realidad, menos se molestaría él. Además, era absurdo tener celos de una nave espacial.

Han dejó caer las manos a lo largo de sus costados.

—Supongo que gozaremos de tranquilidad durante unas horas. Chewie mantendrá los ojos abiertos.

De pronto, Leia comprendió que sus ojos no brillaban por la perspectiva del combate.

—Creía que debías reparar algo. —Desechó el desafío—. Bien, ¿no hay que poner a prueba algunas modificaciones?

—Sí. Ahí, en la bodega de carga grande.

Han avanzó por el curvo pasillo, abrió el panel y entró en la bodega de popa del *Halcón*. Abrió una escotilla que permitía el acceso al compartimiento de estribor.

—Aquí están los generadores de campo.

La bodega olía a cerrado. Leia siguió a Han.

—¿Qué llevas de contrabando esta vez?

—Algo que recogí en Endor.

—Que recogimos en Endor —corrigió ella.

Pilas de cajas, que sujetaban otras cajas, se amontonaban al fondo del compartimiento. Han apartó una caja y dejó al descubierto una especie de armario. Leia pensó que era una unidad de refrigeración. Han introdujo la mano, tanteó y extrajo una botella de cristal.

Leia la cogió sin cambiar de expresión. Cristal primitivo, sellado con un tapón de corcho, de aspecto muy poco higiénico.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de hechicero Ewok, aquel que nos nombró miembros honorarios de la tribu.

—Sí, ya me acuerdo. —Leia se apoyó contra las cajas y le devolvió la botella—. No has contestado a mi pregunta.

Han sacó el tapón.

—Bayas... Una especie de vino —gruñó. El tapón saltó—. El tipo vino a decir algo así como «Para encender el corazón que ha empezado a inflamarse».

Así que eso tramaba.

—Oye, estamos en guerra.

—Siempre estaremos en guerra. ¿Cuándo vas a vivir?

Leia notó calor en sus mejillas. Prefería hablar, discutir, incluso pelear con Han que esconderse y beber... ¿vino de bayas?, en plena guerra. Como Bail Organa señalaría, aquel hombre no era una compañía adecuada para alguien de su clase. Quería solucionar todos sus problemas con un desintegrador. Ella era una princesa por adopción, si no de cuna.

De nuevo, la sombra de la máscara negra irrumpió en sus pensamientos:

Vader. Le había odiado con toda su alma.

Sirvieron el turbio vino púrpura en copas de gres. Debía de ser de una cosecha no apta para palacio.

—No... —empezó Leia, pero luego calló. Ya había decidido que no podía hacer ningún bien a Luke si estaba pendiente de la radio subespacial.

—Oye —Han le tendió una copa—, ¿qué estás pensando? ¿De qué tienes miedo?

—Demasiado.

Entrechocaron las copas. La cerámica tintineó suavemente.

—¿Miedo, tú?

Leia se vio obligada a sonreír. Lo único lógico era ser valiente y decidida. Bebió, olió la copa y arrugó la nariz.

—Demasiado dulce.

—Creo que no hacen otra cosa. —Han dejó la copa sobre el jergón—.

Acércate. —Cogió su mano y la condujo detrás de la mampara que separaba las cajas. Leia dejó la copa junto a la de él—. Yo...

Se interrumpió.

Leia vio un montón de almohadas hinchables.

—Chewie... —Gruñó Han. Soltó la mano de Leia—. Creo que es un poco descarado. Jamás tendría que haber confiado en un wookie.

Leia rió.

—¿Chewie preparó esto?

—Voy a decirle a esa bola de pelo...

Sin dejar de reír, Leia se apoyó contra una mampara y le empujó. Han cogió su mano y los dos cayeron.

Chewbacca confiaba en haberlo hecho bien. El sentido de la estética de Han no era civilizado, pero sus intenciones eran buenas. Leia ya lo comprendería. Parecía una hembra muy vivaz.

Cetrespeó parloteó detrás de él. Chewbacca manipuló el mando de comunicación, y siguió de vez en cuando la batalla de Luke. Ya no sabía cuál de aquellos puntos destellantes era el *Frenesí*.

—Además, es un escondite bastante precario —añadió Cetrespeó—. Al planeta Seis se le ha negado con todo el derecho la dignidad de un nombre apropiado. Es apenas más grande que un peñasco de hielo. Ni siquiera un poblado, sólo los restos de un puesto militar avanzado. —Enmudeció de repente—. ¿Qué ha sido eso, Chewbacca? Baja unos cuantos kilobits.

Chewie se encogió de hombros y sugirió que Cetrespeó se fuera a paseo.

—No me iré a «paseo», saco de pulgas maleducado —chirrió el androide—. Qué cara más dura, no tener en cuenta mi experiencia. He oído algo con toda claridad.

¿En los límites del sistema? Chewie sopesó la posibilidad de arrancarle un brazo metálico. Le serviría de lección a Cetrespeó, pero tendría que volver a soldar todas aquellas conexiones.

—He detectado algo que no era un fenómeno natural. Baja la sintonía unos cuantos kilobits.

Bien, era posible. Chewie apretó los auriculares contra un oído y conectó el analizador de baja frecuencia para que barriera de nuevo el espacio cercano. Algo zumbó fugazmente, una señal demasiado débil para disparar la pausa del analizador. Chewie giró un control para elevar el volumen.

Varios segundos de sintonía fina dieron como resultado un zumbido electrónico bajo.

Cetrespeó ladeó su cabeza dorada y habló con autoridad.

—Esto es muy extraño, Chewbacca. Suena como un código de mando para la comunicación entre androides. ¿Qué harían androides activos por aquí?

Quizá se trate de un superviviente mecánico de aquel puesto avanzado imperial abandonado, o de una maquinaria que todavía funcione. Sugiero que actives el comunicador y alertes al general Solo y la princesa Leia.

Han había insinuado que no le molestara, como no fuera por una pérdida de presión catastrófica. Chewie se lo comunicó a Cetrespeó.

—Bien, no me quedaré tranquilo hasta descubrir el origen de esa señal. Al fin y al cabo, hemos entrado en zona de guerra. Podríamos estar en gran peligro. Espera... —Cetrespeó se inclinó hacia el otro lado—. No es un código utilizado en ningún sistema de la Alianza o el Imperio.

¿Los invasores? Chewie, sin vacilar, activó el comunicador.

Sonó en el bolsillo de la camisa de Han.

—¡General Solo! —canturreó Cetrespeó—. ¡General Solo!

Leia se removió en los brazos de Han.

—Lo sabía —masculló éste. Justo cuando Leia estaba a punto de relajarse.

Sacó el comunicador—. ¿Qué? —rugió.

—Señor, he captado una transmisión cercana. Al parecer, una unidad de control de androides está operando en las proximidades. No estoy seguro, pero da la impresión de que la fuente se acerca.

—Oh, oh —dijo en voz baja Leia.

Se puso en pie.

—Muy bien, Chewie, enseguida vamos.

Han procuró que sus palabras sonaran más como una amenaza que una promesa.

Leia vertió su vino dulzón en la botella y volvió a taparla. Antes de lanzarse hacia el pasillo, extendió las manos y repitió las palabras que Han le había dicho a ella:

—No es culpa mía.

Han acababa de entrar en la cabina, cuando un chirrido electrónico brotó de la consola principal. —¿Qué es eso? —preguntó Leia.

Fantástico. Maravilloso. Chewie ya estaba transmitiendo energía a los motores.

—Nada bueno, corazón —cortó Han—. Nos acaban de sondear.

—¿Quién?

Leia se dejó caer en el asiento, detrás de él.

—¿Y bien? —preguntó Han a Cetrespeó.

—Señor —empezó el androide—, aún no he determinado...

—De acuerdo —interrumpió Leia—, cierra el pico. ¡Allí! —Apuntó al centro del mirador—. ¡Fijaos! ¿Qué es eso?

Desde detrás del helado planeta Seis, ocho o nueve formas pequeñas aparecieron en mitad del espacio y se lanzaron hacia el *Halcón*.

—No pienso quedarme a averiguarlo —gruño Han—. Chewie, carga los cañones principales.

Chewbacca mostró su aprobación a pleno pulmón.

—Sabemos que los alienígenas toman prisioneros —murmuró Leia—. No quiero entablar negociaciones desde esa posición.

—No lo harás. Vamos, Chewie. Nos pondremos a los cañones, Veremos de qué están hechos. Leia, llévanos a donde sea. No me fío del planeta Seis.

Leia ocupó el asiento del piloto. ¿No acababa de jurar Han que jamás les arrebataría el *Halcón* a él y a Chewie?

Sí, pero esto era diferente. Mientras salía, Han oyó la voz de Cetrespeó.

—El *Halcón Milenario* está mejor configurado para huir que para enfrentarse a cazas enemigos...

Han trepó a la torreta, se sentó y distinguió una explosión.

—Se acercan a gran velocidad —informó a Leia por el micrófono de sus auriculares—. ¿Ha conseguido Vara de Oro algún dato? ¿Qué son?

—Bien, general Solo... —empezó Cetrespeó.

—Naves androides —intervino Leia—. Es lo único que sabe.

Los androides se pusieron a tiro. Tres pasaron sobre el plato asimétrico del carguero y lanzaron rayos energéticos hacia el motor principal.

—Analiza esos rayos, Vara de Oro —gritó Han mientras disparaba—. ¿Son cañones láser o qué?

Chewbacca aulló por sus auriculares.

—Sí —contestó Han—, ¡para naves de ese tamaño!

—¿Qué? —gritó Leia—. Para naves de ese tamaño, ¿qué?

—Escudos muy resistentes.

Han disparó sobre un solo androide durante el tiempo necesario para destruir a un caza TIE. Por fin, el objeto estalló.

El *Halcón* osciló cuando otro androide disparó. Han se relajó en su asiento. Era el mismo juego de siempre. Otro androide se colocó paralelo al borde del carguero, justo en el límite de su visión.

—Esos androides son muy listos —murmuró—. Aprenden rápido.

De repente, el campo de estrellas se ladeó, y el androide quedó expuesto al fuego de Han.

—¿Mejor? —oyó la voz de Leia en sus oídos.

—Bastante.

El objeto estalló. Llegaron dos más, que siguieron disparando sobre los motores, sin hacer caso de la batería de cañones ni la cabina. *Quieren prisioneros, no cabe duda*. Bien, ¿dónde estaba Mamá Grande, la nave capitana? ¿O aquellos bebés estaban programados para atacar por su propia cuenta?

—¿Qué apuestas a que son los rezagados del ataque alienígena al puesto avanzado? —murmuró Leia, como si hubiera leído sus pensamientos.

Han consiguió por fin destruir los escudos de un androide. Una onda expansiva alcanzó a su compañero, que se perdió de vista girando locamente.

—Bien pensado —dijo.

Silencio.

—¿Estás de acuerdo, Chewie?

Un rugido afirmativo.

Han bajo a la cabina, con la respiración entrecortada.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó a Leia.

La joven manipuló una palanca.

—Al interior del sistema. Puede que haya más de ésos por ahí. Tú no sé, pero yo me sentiré más segura con el resto de nuestro grupo. —Mientras se levantaba de la silla, el zumbido del motor se desvaneció con un estertor.

Las luces de la cabina se apagaron—. Y ahora, ¿qué? Este trasto supertrucado siempre me desconcierta.

¿Y su superconfiado capitán? Adelante, princesa, dilo. Han manoteó una consola. Las luces parpadearon y los motores resucitaron. Se sentó en su silla con un ademán elegante.

—Nos hemos librado.

Leia se cruzó de brazos y le miró con aire desafiante. —Teniendo en cuenta la protección que he recibido, podríamos hacer algo por Luke.

Bien, corazón, sujétate. Vamos a darnos prisa.

Inmóvil, a excepción de los ojos, Luke paseó la vista desde la ventana panorámica a la unidad OAB. Las naves imperiales del comandante Thanas se estaban replegando.

Y no a causa de la llegada de Luke. Era evidente que su grupo de combate había surgido del hiperespacio en el momento que los *ssi-ruuk* pensaban aprovechar su ventaja sobre la superficie de Bakura. Eso significaba que los alienígenas habían reducido su arco exterior para empujar hacia adelante. Un crucero ligero estaba prácticamente indefenso, y creaba una zona que la pequeña fuerza de Luke podría conquistar con facilidad.

—Delckis, pásame con los jefes de escuadrón.

Sus auriculares sisearon. Ajustó y apretó contra sus oídos los pequeños y duros componentes.

—Bien, vamos a llamar su atención.

Tocó un panel OAB para transmitir su evaluación a los ordenadores de tiro y destacar al crucero solitario.

—Jefe Oro, Rogue Uno, es todo tuyo.

—Recibido, *Frenesí* —respondió Wedge Antilles en tono confiado—. Grupo Rogue, en posición de ataque.

Luke se sintió vulnerable por apuntar a un blanco tan obvio como aquel crucero.

—Jefe Rojo, divida su escuadrón. De Rojo Uno a Cuatro, mantengan abierta una vía de escape detrás de los grupos Rogue y Oro. Les alejaremos del planeta.

Todos los datos con que los sensores de sus naves pudieran alimentar al OAB contribuirían al análisis de las características de las naves alienígenas.

Meneó la cabeza. Los puntos dorados de su pantalla eran cazas imperiales... y él los estaba defendiendo.

—Rojo Cinco y el resto, quedaos con el *Frenesí* —terminó Luke.

Sentada a su lado en la silla de capitán, más elevada, la capitán Manchisco se apartó del ordenador principal. Tres trenzas negras caían a ambos lados de su cabeza.

—Caramba, comandante. Gracias.

Escrutó el estado de ánimo de la mujer con la Fuerza. Ansiosa por entrar en combate, tenía fe en su nave y en la tripulación.

Los escuadrones Oro y Rogue remontaron el vuelo y confundieron a la retaguardia alienígena con un veloz barrido. Luke proyectó sus sensaciones, apenas consciente de su cuerpo. Captados por la Fuerza, los pilotos hormigueaban como industriosos insectos. Intentó llegar a las presencias alienígenas, pero no encontró ninguna. Siempre resultaba difícil tocar las mentes extrañas.

Cuando Wedge se acercó a un diminuto caza enemigo (el OAB lo mostró a unos dos metros de distancia), Luke contuvo la respiración. Algo tan pequeño podía ser una nave teledirigida. O los alienígenas podían ser del tamaño de elfos...

Wedge disparó. Algo débil e inexplicablemente pútrido lanzó un breve chillido agónico, se apagó y murió. Luke contuvo sus náuseas. ¿Había captado los gritos de dos presencias? Tamborileó con los dedos. Los cazas enemigos no eran auténticas naves teledirigidas, sino que iban pilotadas.

Algo había muerto.

Casi antes de terminar aquel pensamiento, otra ristra de cazas enemigos apareció detrás de Jefe Oro. Esta vez, se abrió de forma deliberada. La espiral de torturada aflicción era tan débil como un gemido..., pero humana.

Luke fue incapaz de imaginar pilotos humanos a bordo de cazas alienígenas de aquel tamaño. Sobre todo, por parejas.

El OAB pitó. Luke reprimió su inquietud y contempló el círculo rojo de cruceros alienígenas. Destelló: vulnerable.

—*Frenesí* a Rogue Uno. Ve a por ese crucero. Ya.

—Estoy en ello —graznó Wedge, apenas audible sobre un siniestro silbido en dos tonos. Cazas X pasaron ante el mirador de Luke.

De repente, varios escuadrones más de diminutas pirámides centelleantes surgieron por un extremo del crucero alienígena.

—Aborta, Wedge —gritó Luke—. Han lanzado otra oleada.

—Sí, ya lo he visto. —El silbido aumentó de potencia: interferencia. Wedge no parecía preocupado —. OAB no acaba de decidirse, ¿eh?

Los cazas X se dispersaron por parejas, arrastrando tras de sí a las naves piramidales.

Tendría que estar allí fuera. Su talento era inútil en el puente.

El OAB pitó de nuevo y llamó la atención de Luke hacia una ristra de símbolos. Había contado y calculado las posiciones de las naves, evaluado la potencia de fuego conocida y observada, resistencia del escudo, velocidad y otros factores. La retirada de los imperiales se estaba convirtiendo en un contraataque en el lejano flanco inferior del frente alienígena. Pter Thanas era un estratega de primera clase. Luke se volvió hacia su oficial de comunicaciones. Una agitación en la Fuerza, vagamente ominosa, le puso los pelos de punta.

Se acercó más al OAB. Wedge se dirigía hacia el crucero ligero. Buena señal. La posición de los imperiales se había fortalecido en un quince por ciento. Excelente señal.

No, espera.

Una cañonera alienígena, mucho más pequeña que el crucero, pero armada sin duda hasta los dientes, se había apartado de la batalla principal. Se aproximaba al escuadrón de Wedge, protegida por el crucero ligero, en un ángulo de acercamiento invisible para Wedge. Supuso que el capitán de la cañonera había esperado a que Wedge y sus chicos volvieran la espalda.

—Rogue Uno —dijo Luke—. Wedge, mira atrás. Cañones grandes abajo. Rojo Cinco y su grupo, salgan de ahí y libren a Wedge de esos cazas.

—¿Qué ha sido eso?

Apenas pudo oír a Wedge por culpa de la interferencia. Los cazas X se dispersaron. Dos se pusieron a tiro de la nave. Un destello apareció en el mirador de Luke.

Dos explosiones de angustia humana, dolorosamente familiar, estrujaron la espina dorsal y el estómago de Luke cuando los pilotos de la Alianza murieron. *No ha sido Wedge*, se apresuró a confirmar, pero eran personas, de todos modos. *Amigos de alguien. Les echarán de menos. Les llorarán.*

Se serenó y trató de protegerse mejor. Aún no podía entregarse al dolor.

La nave de escolta, representada por un destello rojo en la pantalla OAB, seguía pegada a la cola de Wedge.

Detrás de Luke, la capitán Manchisco carraspeó.

—Perdone, comandante, pero está dejando el *Frenesí* expuesto a...

Luke iba a volver la cabeza, cuando una señal de alerta carmesí apareció en el tablero OAB. El *Frenesí* iba a sufrir un ataque.

Cazas alienígenas pasaron ante el mirador y reflejaron locos destellos de luz.

—Ya lo creo —contestó Luke—. Ellos también se han dado cuenta. La tripulación es suya.

Los ojos negros de Manchisco brillaron. Giró en redondo y ladró una serie de órdenes a sus tripulantes. El duro farfulló una pregunta y agitó sus manos largas y nudosas sobre los controles de navegación. Manchisco respondió. El *Frenesí* llevaba de todo, desde artillería a operadores de escudo. Luke se concentró en el peligro que corría Wedge y olvidó el suyo.

Minicazas alienígenas rodeaban casi por completo a Wedge y su escuadrón.

Les tenían atrapados en el interior de un globo de escudos energéticos y fuego graneado a prueba de huidas. Luke controló el pánico y fundió su energía emocional en la Fuerza, a su alrededor y en su interior.

Proyectó su punto de presencia hacia la diminuta nave alienígena situada ante el caza de Wedge. La tocó y sintió con claridad dos presencias casi humanas a bordo del pequeño caza. Luke reprimió la sensación de sufrimiento, que casi le provocó náuseas, y rozó cada presencia. Una controlaba los escudos; la segunda, las restantes funciones de la nave.

Luke se concentró en ésta, y lanzó energía de la Fuerza hacia su interior.

Aunque débil y desmayada. Opuso una torturada resistencia. Su dolor le llenó de desesperación. Nadie merecía vivir libre, proclamaba todo su ser.

En su opinión, Luke no podía hacer nada por Wedge, nada por salvarse y nada por salvar a los dos humanos que se hallaban a bordo del caza alienígena. Todos estaban condenados.

Luke se esforzó por ver a través de la visión del desconocido. Toda la esfera del espacio se abrió ante él. Sobrecargó sus sensaciones. Fue preciso que estrechara su campo visual para localizar el caza X de Wedge.

A ambos lados de su presencia proyectada, una pirámide flotaba, al parecer inmóvil, y volaba en formación. Un sensor/analizador, similar a un ojo compuesto, le devolvió la mirada desde cada cara del triángulo. Un cañón láser sobresalía en cada vértice.

Miedo, ira, agresividad: son el lado oscuro. Yoda le había enseñado que sus métodos eran tan precarios como sus motivos. Si utilizaba el poder oscuro, incluso para defenderse, el coste sería desastroso para su alma.

Se relajó en la Fuerza. Sin perder el control, por el bien de su alma y su cordura, amplificó la desgarrada voluntad. Su sentido de la humanidad alcanzó el grado máximo, inútil victoria para un espíritu torturado. En otro tiempo había vivido, libre. Deseaba seguir viviendo, con toda la intensidad de los condenados.

En respuesta, Luke planteó una sugerencia. *Pero una buena muerte es mejor que vivir esclavo del odio, y la paz es mejor que la angustia*.

Con una brusquedad que le sorprendió, la nave alienígena alteró su rumbo y se dirigió hacia una de sus compañeras. Aceleró hasta embestirla. Luke se liberó de la otra voluntad humana y se derrumbó en la silla, jadeante y sudorosa. Se apartó el cabello empapado de la cara.

Un alarido transmitido por los auriculares de Luke perforó su cerebro.

Tardó un segundo en concentrar su mente en el puente de mando del portanaves, y otro segundo en enfocar la vista y calmar el estómago.

El caza de Wedge huyó por la brecha creada al colisionar las dos naves alienígenas.

—Señor —dijo la capitán Manchisco. Luke recobró más o menos la conciencia—. ¿Se encuentra bien?

—Lo estaré. Dentro de un minuto.

—Quizá no nos permitan ese minuto, señor.

El OAB seguía destellando en rojo. El *Frenesí* se bamboleó por efecto de un intenso bombardeo. La artillería de Manchisco había destruido un enjambre de cazas diminutos, pero detrás llegaban más, y otras tres naves de escolta alienígenas. En una esquina del tablero, seis triángulos rojos

destellaban un aviso de erosión de escudo. Había atraído la atención de los alienígenas, no cabía duda. Le invadió la desesperación.

—No puede proporcionarnos más energía —dijo la capitán—. ¿Guarda algún otro as en la manga..., señor?

En otras palabras, ¿podía ayudarles a salir del lío el famoso Jedi? Seguía altiva, pero también iba acumulando adrenalina.

El navegante farfulló algo.

—No —ordenó la mujer, alarmada—. Quédese en su puesto.

El duro se pasó una larga mano sobre su plumosa cabeza gris.

—A todos los escuadrones —llamó Luke—. *Frenesí* necesita refuerzos.

La nave osciló de nuevo. Las luces del puente parpadearon.

—Ya está —anunció un tripulante desde su tablero—. Los escudos se han apagado. Ahora veremos lo resistente que es el casco.

Pirámides de dos metros pasaron ante el mirador. Luke cerró un puño.

Bullían numerosas ideas en su cerebro, pero ninguna útil.

Algo brilló en la confusión de la batalla, el disco asimétrico de un carguero que había aparecido del hiperespacio entre el enjambre de cazas alienígenas. Una nave escolta se interpuso en su línea de fuego y se evaporó.

—He pensado que necesitabas ayuda —dijo una voz familiar en sus oídos.

—Gracias, Han —murmuró Luke—. Muy amable por tu parte.

Los cazas enemigos, uno tras otro, se alejaron del *Frenesí* en busca de espacio despejado. Las luces rojas de alerta viraron a ámbar.

—¿Cuántas me debes ya, pequeñín?

—Varias —contestó Luke.

Quizá estaba en deuda con Leia. Tal vez había aprendido a percibir las señales de la Fuerza.

El encarnizamiento de la batalla se apaciguó lentamente. En el OAB no paraban de desfilar cifras, pero Luke hizo caso omiso. Más tarde, tal vez utilizara la información para asesorar a sus pilotos sobre las características de las naves alienígenas, pero de momento, observó por el mirador y examinó la situación. Entregarse a la Fuerza era un acto reflejo, pero no estúpido.

—Escuadrón Rojo —ordenó Luke—, colóquese detrás de ese crucero, pase por delante de su proa y dé la vuelta.

Se rascó el pulgar y espero a que la enorme nave diera la vuelta; contuvo el aliento y se aferró al muslo con la misma mano. Poco a poco, el punto rojo enemigo empezó a girar en su pantalla. Se lanzó hacia adelante, tal como había supuesto, atraído por la presencia del Escuadrón Rojo. Unos metros más, y el Escuadrón Rojo podría...

—¿Jefe Rojo? —transmitió Luke.

—Allá vamos —chilló una voz joven.

Luke tuvo que apretar su otra mano contra el borde del tablero. La próxima vez, dejaría que Ackbar diera el mando a otra persona. Aquello era ridículo. Odiaba mandar. A la primera oportunidad, presentaría la dimisión.

Sintió la destrucción del crucero mediante la Fuerza. Milisegundos después, el estallido iluminó el mirador.

—¡Sí! —graznó la voz de Wedge—. ¡Buen trabajo, Jefe Rojo!

Luke imaginó a su jefe de escuadrón más joven sonriendo en la cabina.

—Bien hecho —coreó Luke—, pero no cierres los ojos todavía. Queda mucho por hacer.

—De acuerdo, *Frenesí*.

El racimo de puntos azules que representaban a los cazas X se dispersó en cuatro direcciones diferentes. Los analizadores de cada aparato reunieron datos que transmitieron a los tableros de batalla de la flota. *Magnífico logro, Dodonna*, felicitó mentalmente al inventor del OAB. Sus sofisticados circuitos eran tan útiles (y limitados) como los ordenadores de tiro de los cazas.

—Señor —dijo el teniente Delckis detrás de él—. ¿Un vaso de agua?

—Gracias.

Luke cogió un recipiente de fondo llano. Una nueva configuración en el OAB le intrigó. Alguien del otro bando acababa de dar una orden importante, porque los puntos rojos iban abandonando el combate.

—Jefes de escuadrón, se preparan a saltar. Manténganse alejados de su camino, pero neutralicen a cualquiera que les ataque.

Había madurado en la Fuerza. Su primera elección ya no era matar, sino intimidar, sobre todo a un grupo de combate que se hubiera revuelto contra el agonizante Imperio. Cambió de canal.

—¿Ha visto eso, comandante Thanas?

No hubo respuesta, pero el comandante imperial Thanas también estaba ocupado. Luke observó con alivio que los racimos iban desapareciendo uno tras otro.

—Se acabó —dijo en voz baja—. De momento, lo hemos conseguido. Conecte los analizadores extrasistema, Delckins. Creo que no irán muy lejos.

—Sí, señor.

Luke vertió agua reciclada en su garganta seca. Había estado respirando con fuerza. *La próxima vez, será mejor que te controles*, se dijo.

—Señor —dijo Delckis—, tenía razón. Han aparecido a escasa distancia del sistema.

—Mmmm.

Le gustaba tener razón, pero mejor que hubieran vuelto a casa.

Estiró sus cansados miembros. Y ahora, ¿qué? Dejó el recipiente sobre el OAB. Resultaba una mesa mejor que el consejero de estrategia.

—Delckis, envíe un mensaje codificado al almirante Ackbar. Necesitamos más naves. Incluya las grabaciones que ha efectuado el OAB de la batalla. Así sabrá contra qué nos enfrentamos. ¿Podrá hacerlo en media hora?

—Está hecho, señor.

Gracias a la Fuerza por los transceptores imperiales de contrabando.

—Hazlo. —A continuación, reponer el combustible y descansar—. Jefes de escuadrón, aquí el *Frenesí*. Buen trabajo. Volvamos a casa.

Manchisco exhaló un suspiro, agitó las trenzas y palmeó la espalda del duro.

Los puntos azules de la Alianza convergieron hacia el *Frenesí*. La radio de Luke crepitó.

—Comandante de la Alianza, aquí el comandante Thanas. ¿Tiene sistema holográfico?

—Sí, pero es lento. Dénos cinco minutos.

El teniente Delckis ya estaba bajando palancas y enviando energía a los componentes recién colocados. Luke adelantó su silla.

—Avíseme cuando esté preparado.

Sobre un panel de instrumentos apareció la imagen de un hombre que aparentaba unos cincuenta años, de rostro enjuto y ralo cabello castaño, cortado lo suficiente para impedir que se rizara.

—Gracias —dijo el comandante Thanas—. Les felicito.

—No han ido muy lejos.

—Ya lo veo. Estaremos atentos. Tal vez deseen, hum, abandonar la zona de batalla. Esas naves alienígenas dejan cascotes muy calientes.

—¿Calientes?

Luke echó un vistazo al indicador de temperatura del casco.

—Los aparatos teledirigidos ssi-ruuvi queman fusionables muy pesados.

Nuevo término: ssi-ruuvi. Y lo más importante, si los alienígenas pretendían invadir Bakura, ¿por qué llenaban el sistema de cenizas radiactivas?

¿Y por qué se tomaba la molestia Thanas de sostener aquella conversación por holotransmisión?, se preguntó Luke, cuando la imagen de Thanas se desvaneció. O bien el comandante Thanas quería ver a su colega o, sabiendo que los rebeldes contaban con holotransmisores, quizá sospechaba que habían robado otros ingenios imperiales. Luke contempló los puntos dorados «aliados».

—Analiza eso —ordenó al OAB.

La lectura apareció al instante, y movió el vaso para verla. El crucero imperial se alejó, visiblemente dañado. Las fuerzas restantes de Thanas se habían retirado de la batalla para establecer una red defensiva alrededor de aquella nave.,, y de Bakura.

Supuso que no debía confiar en imperiales que afirmaran querer ayudarle.

Leia sería la encargada de lograr que ambos bandos desarrollaran una confianza mutua.

—Gracias de nuevo, *Halcón* —dijo por el canal privado—. ¿No salieron bien las cosas en el sexto planeta?

—Ya te lo contaremos en otro momento —respondió la voz de Leia.

5

La senadora imperial bakurana Gaeriel Captison estaba sentada, sin parar de remover los pies e improvisar configuraciones con las teclas de su tablero. Bajo un techo enlosado que se alzaba hasta un punto situado sobre su centro, la cámara del Senado Imperial Bakurano estaba en silencio, salvo por un tenue goteo procedente de cuatro columnas de lluvia translúcidas que se alzaban en las esquinas, con una altura de dos pisos.

Los canales del tejado conducían el agua de lluvia hasta las columnas. Iluminadas desde abajo, brillaban con el latido líquido de la biosfera de Bakura.

Gaeriel había salido a la lluvia aquella mañana para verla repiquetear sobre las hojas de pokkta danzarinas, dejando que empapara su piel, cabello y ropas. Aspiró una profunda bocanada del aire húmedo y sedante de Bakura, y enlazó las manos sobre la mesa. Centro Imperial era ahora el único planeta donde un estudiante podía llevar a cabo trabajos de postgraduado sobre el arte de gobernar, uno de los medios empleados por el emperador para lograr que su filosofía se introdujera en los planetas dominados. Después del año obligatorio de adoctrinamiento en Centro, había regresado el mes anterior. Confirmada ya en el cargo senatorial que había ganado de joven, había sido convocada a su primera reunión de urgencia.

Sobre la escalera situada a la izquierda de Gaeriel, la enorme butaca repulsora del gobernador Nereus seguía vacía. El Senado, cuyo poder disminuía cada año, aguardaba a Nereus.

Al pie de la escalera, había un par de mesas en el largo nivel intermedio de Gaeriel; en un tercero, más bajo, dos mesas interiores delimitaban un espacio abierto. Orn Belden, el senador de mayor antigüedad, agitó un dedo desde la mesa central.

—¿Es que no lo ve? —graznó Belden al senador Govia—. Comparados con los sistemas que el emperador quiere realmente controlar, nuestras naves y servicios son... Bueno, las naves son más viejas que yo, y los servicios cuentan con pocos hombres. En cuanto al personal, somos un vertedero...

—De pie todo el mundo —ladró una voz, cerca de la puerta de la cámara.

Un celador ataviado con casaca y calzones violeta al viejo estilo golpeó el suelo alfombrado con el extremo de una vara. Gaeri volvió a ponerse los zapatos y se levantó, junto con los otros treinta y nueve senadores. Sólo los Guardias Imperiales saludaron. La mujer confió en que la sesión no significara más impuestos, sobre todo ahora, con la amenaza de los *ssi-ruuk* cerniéndose sobre sus cabezas.

El gobernador imperial Wilek Nereus entró en la sala, flanqueado por cuatro milicianos de la Marina tocados con cascos negros. Recordaron a Gaeri escarabajos de largas patas. El gobernador Nereus llevaba un uniforme especialmente diseñado, rebosante de galones y cordoncillos dorados; la chaquetilla corta le asemejaba a un huso desde los hombros a la cintura, y los guantes negros de piel le habían granjeado la fama de remilgado. Sus rasgos eran duros, a excepción de los labios afeminados, y caminaba con el contoneo típico de los imperiales.

—Siéntense —dijo.

Gaeri alisó su larga falda azul y se sentó. El gobernador Nereus siguió de pie cerca de la entrada. Más alto que nadie, utilizaba su estatura para intimidar. A Gaeri siempre le había caído mal, pero había aprendido a tolerarle en parte tras los años pasados en Centro Imperial..., por comparación.

—No les robaré mucho tiempo —dijo el hombre—. Sé que la pacificación de sus circunscripciones les mantiene muy ocupados. Algunos de ustedes lo están haciendo muy bien. Otros, no.

Gaeri frunció el ceño. Los habitantes de su circunscripción habían abandonado el trabajo para excavar refugios, pero al menos se trataba de una actividad productiva. Desvió la vista hacia su primo, el primer ministro Yeorg Captison. En Salis D'aar, Captison se dedicaba a sofocar los disturbios, y empleaba la policía bakurana para impedir que Nereus enviara milicianos de la guarnición.

Nereus alzó una mano enguantada para acallar los murmullos. Cuando recuperó la atención, volvió poco a poco la cabeza y carraspeó.

—Las naves de la Alianza Rebelde han llegado al sistema de Bakura.

Gaeri sintió un escalofrío. ¿Rebeldes? El Imperio no toleraba la disidencia. Después de que Bakura se integrara en el Imperio, tres años antes, dos rebeliones de menor importancia habían sido aplastadas con gran eficacia. Gaeri recordaba demasiado bien aquel período. Sus padres habían muerto, sorprendidos en mitad de una batalla entre insurgentes e imperiales. Entonces, había ido a vivir con sus tíos. No esperaba vivir lo suficiente para ver otra rebelión, y las sangrientas purgas que seguían a continuación.

Tal vez aquellos alborotadores deseaban la fábrica de componentes para repulsores de la circunscripción de Belden. ¿Podrían las fuerzas de Nereus proteger Bakura de los guerrilleros rebeldes y los *ssi-ruuk*?

Nereus carraspeó de nuevo.

—El *Dominante*, el único crucero que nos queda, ha sufrido graves daños. A instancias de mis consejeros, he ordenado a nuestras fuerzas que se retiraran de la batalla principal para proteger Bakura. Solicito que den su aprobación a esa orden.

Belden irguió la cabeza y manipuló el amplificador que llevaba en el pecho.

—¿Se cubre las espaldas, gobernador, por si sucede algo irremediable, y así poder acusarnos? Me pregunto quién está conteniendo a los *ssi-ruuk*.

No era prudente atraer la atención de un gobernador imperial, pero daba la impresión de que Belden no tenía miedo. Quizá si Gaeri tuviera ciento sesenta y cuatro años, un segundo corazón protésico y un pie en la tumba, poseería aquella valentía.

Consultó la hora. Había prometido al senador Belden que aquella noche visitaría a su anciana esposa. Clis, la enfermera de la señora Bleden, se marchaba a las 20.30, y Gaeri se había ofrecido a acompañarla hasta que el senador Belden terminara la reunión del comité. La briosa mente de la pequeña Eppie se estaba desgastando, con tan sólo ciento y treinta y dos años (¿Desgastando? Había empezado a desmoronarse tres años antes). La devoción del viejo Orn Belden y el auténtico afecto de unos pocos amigos de la familia, como Gaeriel, la sostenían. Eppie había sido la primera amiga «adulta» de Gaeriel.

El gobernador Nereus se pasó una mano sobre su cabello negro. Intentaba imitar a los clásicos políticos de la Antigua República, y utilizaba las amenazas mínimas necesarias para obligarles a mantener a raya a la población. En consecuencia, había erigido un nuevo orden, lejos de las rutas de paso del Núcleo Imperial, con un mínimo de violencia..., después de las purgas sangrientas ocurridas tres años antes.

Nereus esbozó una pálida sonrisa.

—La acción que he ordenado se limita a impedir que los rebeldes ataquen Bakura.

—¿Quiénes dañaron al *Dominante*, los rebeldes o los *ssi-ruuk*?

—Aún carezco de informes completos, senador Belden. Por lo visto, su fábrica, de momento, se encuentra a salvo. Enviaré tres escuadrones de la guarnición para defenderla.

La idea desagradó a Belden. El primer ministro Captison volvió a levantarse. Las hombreras verdes de su túnica parecieron flotar en lo alto de su espalda, perfectamente recta. Gaeriel se había quedado sorprendida cuando vio su cabello blanco, al volver de la universidad. La dignidad de Captison se impuso a la ficción desplegada por Nereus. Deslizó dos dedos sobre la raya del pantalón: calma. Al parecer, Belden también se dio cuenta. Se sentó poco a poco, en deferencia hacia el primer ministro.

—Gracias, senador Belden —dijo Captison—. Es evidente que, de momento, los rebeldes se interponen entre nosotros y los *ssi-ruuk*. Quizá sea el lugar más apropiado para ellos. —Paseó la vista por la mesa. Cuarenta senadores, todos humanos a excepción de dos pálidos kurtzen de la circunscripción de Kishh, le devolvieron la mirada. Al igual que el Senado, el primer ministro Captison perdía autoridad cada vez que se cruzaba con los deseos imperiales—. Apoyemos al gobernador Nereus —dijo sin entusiasmo— y aprobemos su orden de retirada.

Se llevó a cabo la votación. Gaeri extendió la palma abierta con la mayoría. Sólo Belden y otros dos cerraron el puño.

Gaeriel suspiró. Belden no era seguidor del Equilibrio Cósmico. No se resignaba a creer que cuando permitía al destino disminuirle, otros eran exaltados. La rueda no paraba de girar, y aquellos que se humillaban ahora, recibirían un día generosas recompensas.

—Gracias por su apoyo —ronroneó Nereus. Su escolta de escarabajos le siguió cuando salió.

Gaeriel le vio desaparecer. Antes de que llegara el Imperio, un primer ministro y un senado gobernaban Bakura, y ni tres miembros del gobierno se ponían de acuerdo sobre un programa. Cuando Gaeri empezó a ir al colegio, el curso duraba medio año. Después, se adoptó un ritmo consistente en dos meses de trabajo y uno de descanso. Más tarde, alguien modificó de nuevo la situación. Si el gobierno no se ponía de acuerdo sobre el calendario escolar, hasta un niño se daba cuenta de que no se pondría de acuerdo sobre nada. Como hija de un senador y sobrina de un primer ministro, había estado al corriente de interminables maquinaciones y disputas sobre otros temas: justicia social, exportaciones de componentes para repulsión e impuestos.

Lo más importante era que ni dos senadores se habían puesto de acuerdo sobre la estrategia defensiva. En consecuencia, Bakura no tardó en caer en manos del Imperio.

Enderezó los hombros. Tal vez esa conquista tan fácil explicaba por qué el gobernador Nereus apenas había efectuado modificaciones en el gobierno original. La experiencia de Gaeri en Centro Imperial la había enseñado a mantener la boca cerrada sobre el senado de Bakura. Algunos residentes del sistema reaccionaban con indignación al conocer su existencia.

La paz imperial compensó a Bakura por la autonomía que había perdido, o eso dedujo Gaeri a partir de su limitada experiencia. Había eliminado el caos y las luchas intestinas civiles, y expandido el comercio bakurano.

Aun así, los senadores de más edad disentían, y cuando hablaban en voz baja, Gaeri escuchaba.

Y hablando de disidentes, sería mejor que se encaminara al apartamento de Belden. Se puso los zapatos, una vez más, y se dirigió al aeródromo del tejado.

Dev solía pasar el tiempo que duraban las batallas en los aposentos del maestro Firwirrung, donde trabajaba febrilmente en su proyecto de traducción. Así evitaba sentir el miedo de los cazas enemigos cuando resultaban atrapados por los haces de arrastre. Hoy, sin embargo, el maestro

Firwirrung le había pedido que llevara bandejas con comida y un paquete de cubetas para bebidas al puente de mando.

El almirante Ivpikkis, muy ocupado en defender a las fuerzas avanzadas, había ordenado habilitar androides de combate adicionales, en lugar de reforzar el complemento normal de esclavos androides del *Shñwirr*, a excepción de los androides de seguridad que custodiaban el puente, de modo que Dev ocupó un puesto de sirviente muy diferente a su trabajo habitual.

El capitán del *Shñwirr* se mantuvo apartado de la batalla, con el fin de proteger vidas Ssi-ruuvi y mantener líneas de comunicación abiertas, que se extendían mediante una hilera de balizas subespaciales hasta la flota principal.

Siempre que eran llevados a bordo prisioneros humanos, Dev experimentaba un secreto alivio al estar en su compañía..., pero sólo por un rato. Los tecnificaban demasiado pronto, para enfocar la presencia de su Fuerza en androides de combate. No les negaría aquel gozo por el bien de su alivio psicológico, pero en secreto (con egoísmo) le entristecía. Sin que sus amos lo supieran, a veces proyectaba la Fuerza durante las batallas y consolaba a presencias humanas. Con cierto sentimiento de culpabilidad, pero sin poder evitarlo, proyectó la Fuerza...

Y tocó poder. Se quedó inmóvil, aferrado a su carrito repulsor. Alguien, algo externo al *Shriwirr*, poseía la fuerza, serena y profunda, que siempre había asociado con su madre. Sus ojos se humedecieron. ¿Habría vuelto a buscarle? ¿Era posible? Había oído hablar de visitaciones, pero...

No. Si se trataba de una presencia humana, y el humano no se encontraba en Bakura, teniendo en cuenta la proximidad, era la presencia de un enemigo.

Por otra parte, era mucho más fuerte que la de su madre. Había oído comentar al almirante que un grupo se acercaba, pero este enemigo le impulsó a pensar en..., en su hogar. El Extraño estaba concentrado en los combatientes, pero sin la sombra de pasión que Dev sentía. Se concentró más en la Fuerza. Su parecido le llamaba y seducía. Por lo visto, el Extraño no descubrió su sondeo.

Dev impulsó hacia adelante el carrito. No debía pensar en aquello. Deseó que la sensación no se repitiera.

Siguió avanzando. Casi había llegado al puente, cuando un silbido se impuso al sistema de alarma general. Emergencia: a los arneses para reorientación.

Dev soltó el carrito, sobresaltado. Se zambulló por la escotilla abierta más próxima y divisó varias hamacas de emergencia, colgadas del techo hasta la cubierta. Enormes *ssi-ruuk* bermejos y pequeños p'w'ecks morenos se iban introduciendo en los arneses. Dev vio uno vacío. Se lanzó hacia él, aferró la cuerda roja del extremo, la apretó contra su esternón y dio vueltas para quedar rodeado. Más que nunca, envidió los gigantescos cuerpos ssi-ruuvi. Delgado y sin cola, tuvo que dar media docena de vueltas antes de que la red se cerrara a su alrededor.

Luego, tuvo varios segundos para pensar en la alarma. Para intentar recordar si aquella mañana había arreglado el nido de almohadas. También había dejado un carrito cargado en el pasillo.

Peor aún, el invencible *Shriwirr* aceleró de manera inesperada para saltar al hiperespacio. No debía tratarse de una retirada. La victoria estaba tan cercana. Si...

La mampara cercana se transformó en cubierta, y después en techo. El estómago de Dev protestó enérgicamente. La aceleración aplastó su cara contra seis capas de redes. Incapaz de sujetarse a la cubierta, hundió los dedos en la malla y giró locamente. Cerró los ojos y rezó para que todo terminara cuanto antes.

Cuando la gravedad volvió, el silbido de alarma calló. Dev, mareado, luchó para desenredarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de sus vecinos—. No recuerdo una reorientación de emergencia desde Cattamascar.

Una inquietante voz familiar contestó.

—Hemos perdido un crucero. Casi todos los nuevos cazas teledirigidos han desaparecido. Hemos de desperdiciar humanos para proteger las naves restantes. Será preciso analizar la táctica de los recién llegados antes de proseguir. Este grupo es diferente. Tipos de nave diferentes, estilo de mando diferente.

¿Estilo de mando? ¿Tendría el nuevo grupo un comandante inmerso en la Fuerza? ¿Tal vez un... auténtico Jedi, que había completado el adiestramiento apenas iniciado por su madre?

Pero el Imperio había exterminado a los Jedi.

Sí, y el emperador había muerto. Un verdadero Jedi osaría salir a la luz.

Todo eran suposiciones. Dev saltó por fin de la hamaca. Frente a él, mirándole con sus líquidos ojos negros, se alzaba el gigantesco *Ssi-ruu* que llevaba a cabo sus consoladoras «renovadores»: Sh'tk'ith, el anciano al que llamaban respetuosamente Escama Azul. Escama Azul procedía de una raza ssi-ruuvi diferente a la de Firwirrung, de diminutas escamas azules brillantes, rostro más estrecho y cola más larga. La raza de Escama Azul destacaba en el planeta natal como Firwirrung destacaba en lo militar.

Debía contar a Escama Azul lo que había sentido..., pero eso significaría confesar su culpable costumbre secreta. Dev parpadeó, con la vista fija en la cubierta.

—Te saludo, anciano...

—¿Algo va mal? —preguntó Escama Azul.

Sus negras lenguas olfativas se agitaron y saborearon el aire. De todos los *ssi-ruuk*, era el más sensible a los sutiles cambios que experimentaba el olor de los humanos debido a la tensión.

—Esta enorme... tragedia —dijo con cautela Dev—. Tantos androides de combate perdidos. Esos pobres humanos... Su nueva vida, su nueva felicidad, cortadas tan de raíz. Deja que llore a mis..., a los otros humanos, Anciano. Qué triste habrá sido para ellos. Qué triste.

La audacia de su mentira provocó que tartamudeara.

Triples párpados se removieron. Escama Azul lanzó un graznido gutural, el equivalente ssi-ruuvi de un «hummm» pensativo. Escama Azul tabaleó con sus garras delanteras y contestó.

—Más tarde. Después de que hayas llorado sus muertes, ven a verme. Te renovaré para suscitar tu felicidad.

—Gracias, Anciano. —La voz de Dev se quebró mientras retrocedía—. He de limpiar el pasillo. El trabajo me dará tiempo para pensar.

Escama Azul movió una garra delantera a modo de despedida.

Dev huyó por la escotilla, con un sentimiento de culpa mayor que nunca.

¿Habría puesto en peligro a la fuerza de avanzada? No, desde luego. El almirante Ivpikkis triunfaría. El problema más urgente de Dev era borrar de su recuerdo aquel toque momentáneo, antes de que Escama Azul le llamara y convenciera de que confesase.

Las mamparas estaban manchadas de comida fría, y la cubierta de losas grises sembrada de vasos. Dev corrió hacia un armario de suministros.

Limpiar era trabajo de p'w'ecks, pero se sentía responsable.

Nunca había logrado engañar a Escama Azul. ¿No era una traición ocultar pensamientos? Sus amos le habían salvado del hambre y la muerte. Les debía todo. Sin embargo, nunca había tenido un motivo tan poderoso. Su mente había tocado un alma gemela. Aún no podía traicionarla. Abrió el armario de suministros, cogió un aspirador y corrió hacia la mancha más cercana.

6

—Salvoconducto para Salís D'aar, la capital. Los controladores les darán instrucciones —terminó una voz obsequiosa procedente del espaciopuerto.

—Gracias.

Han cortó la comunicación y se reclinó en su silla.

Leia exhaló un suspiro.

—Bien. Ya podemos ponernos a trabajar.

Han arqueó una ceja. Tenía la impresión de que ya estaban trabajando.

Leia no se dio cuenta.

—Hemos de decidir lo que vamos a hacer.

Alisó una de las trenzas que rodeaban su cabeza.

—Exacto —contestó Han, contento al verla pensar con sensatez—.

¿Aprovechamos este salvoconducto y aterrizamos en Bakura, o no? Ahora, están en mejor forma. Sería un buen momento para coger nuestras tropas y largarnos.

Leia contempló la cubierta del *Halcón*.

—No me refería a eso, pero tienes razón". No ceso de preguntarme si seremos capaces de tratar directamente con imperiales.

Luke habló desde el *Frenesí*.

—¿Te encuentras mal, Leia?

La joven carraspeó y se inclinó hacia el tablero de control.

—Estoy nerviosa, Luke. Quizá estoy empezando a pensar como Han. Esta situación no acaba de convencerme. Estoy más nerviosa de lo normal.

Han desvió la vista hacia Chewie, que rugió por lo bajo. Sí, quizá Leia empezaba a adquirir cierto instinto de conservación. Daba la impresión de que los Skywalker habían nacido sin él.

—Todos estamos nerviosos —contestó Luke—. Aquí ocurre algo más de lo que parece, y quiero averiguarlo.

Han miró por la portilla del *Halcón* al *Frenesí*. Flotaba cerca del *Halcón*, con aspecto torpe y desmañado, en una órbita de aparcamiento exterior a la red de defensa imperial.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó—. Sería un buen momento para volver a casa.

—Estoy seguro. Leia, tú diriges las negociaciones. ¿Quieres transbordar y realizar un aterrizaje digno en el *Frenesí*!

—Espera un momento. —Han enderezó la espalda—. No voy a aterrizar en otra cosa que no sea el *Halcón*. Quiero este trasto de cara al planeta, por si tenemos que largarnos con viento fresco otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Luke—. ¿Qué pasó?

—Después. —Leia tamborileó con los pulgares sobre los dedos enlazados—.

¿Qué impresión daremos, si aterrizamos en...? Bueno, ya sabes qué impresión causa la primera vez él a quien no lo conoce.

Muchísimas gracias, Alteza.

—A eso se le llama camuflaje.

Leia extendió las manos.

—Ésa será la primera impresión de nuestro grupo que recibirán los imperiales, Han. Les queremos como aliados. Piensa en el futuro.

—Primero, hemos de sobrevivir en el presente.

Luke carraspeó.

—El *Halcón* no cabrá en la bodega del *Frenesí*. Está llena.

Leia lanzó una mirada hacia el inmaculado panel de control, y luego a una mampara rota, y sujetada mediante cables sobrantes. La mirada fue larga y sombría.

—Muy bien, Luke —dijo por fin Leia—. Aterrizaremos en el *Halcón*, pero sólo si todo el mundo se viste de gala.

Han cerró un puño sobre la cadera.

—Bien, yo no...

—Excepto tú, capitán —replicó Leia con voz dulce, pero él distinguió un brillo malicioso en sus ojos—. Es tu trasto. Será mejor que lo cuides.

Un rato después, Leia contempló por la ventana las configuraciones de nubes que flotaban en un mundo asombrosamente azul. Chewie examinó los tableros, y después se levantó, satisfecho en apariencia, y se alejó por el pasillo.

Luke apareció con el cabello mojado y alborotado. Había escuchado con calma el relato de los acontecimientos vividos por Leia en el planeta Seis, y luego había dicho algo sobre fregar.

—¿Te sientes mejor? —preguntó ella.

—Puedes estar segura. —Luke se dejó caer en la silla del copiloto—. Vamos a ver si podemos hablar de nuevo con el comandante Thanas.

—Sigo diciendo que huele a trampa. —Han se deslizó en el asiento del piloto—. A lo mejor Thanas opina que se está portando con amabilidad, dejándonos entrar en esa red defensiva, pero si dividimos nuestras fuerzas, la mitad quedará enredada en algún ceremonial imperial, y sólo la otra mitad permanecerá alerta en su sitio.

Luke pulsó varias teclas de la consola.

—Sus naves van a necesitar turnos de reparación más largos que los nuestros. Las que vi habían sufrido graves daños.

—Y aún no sabemos qué traman esos alienígenas —dijo Leia. Miró de soslayo a Luke. Estaba dispuesta a jurar que sabía más de lo que decía—. Tengo un mal presentimiento.

—Nos estamos jugando el cuello, tanto como los bakuranos —añadió Han.

—Ésa era la idea —admitió Leia—. Demostrarles que les apoyamos, compartiendo el peligro que corren.

—¿Fuerzas de la Alianza? —rugió el comandante Thanas por el altavoz.

Leia se inclinó sobre el hombre de Luke. Su cabello, casi seco ya, captaba las tenues luces de la cabina como una aureola.

—Le oímos, comandante Thanas —respondió Luke.

—He autorizado a las naves de la Alianza a engrosar la red defensiva en las posiciones que ustedes solicitaron, mientras su grupo negocia en Salis D'aar. Será un placer conocerles en persona.

—El sentimiento es mutuo. Alianza fuera. —Luke esperó un segundo a cambiar de la frecuencia imperial a otra—. ¿Lo han captado?

—Almacenado en el OAB —contestó por el altavoz la capitán Manchisco—. Que se diviertan.

Luke exhaló un largo suspiro.

—Tendrás que decirles a los imperiales quién eres, Luke, tarde o temprano —comentó Han, con una mueca irónica.

Leia se sobresaltó

¡No, tú no!

—Preferiría hacerlo cara a cara —contestó con calma Luke.

Ah. Se refería a revelar su nombre, no su parentesco. Leia se apresuró a dar su aprobación.

—Él tiene mejor control, mejor... discernimiento en persona, Han. Notará si traman algo.

Han resopló.

—Sigue oliendo a trampa. No me gusta.

Sin embargo, extendió la mano hacia el panel de control. Luke abandonó el asiento de Chewbacca y ocupó otro de atrás.

—Y Luke es un Jedi —le recordó Leia.

Luke asintió.

—Mantendremos los ojos abiertos.

El *Halcón* adoptó una trayectoria que le conduciría a la capital bakurana, Salis D'aar. Cuando atravesaron la red defensiva, Leia divisó una enorme estación de reparaciones, en forma de platillo, pero no esférica, menos mal. Ya estaban hartos de Estrellas de la Muerte. Han bajó en picado. Leia vigiló entre los asientos de Han y Chewie la pantalla del analizador.

Entre los ríos gemelos, un gigantesco saliente de roca blanquísima centelleaba, iluminado por una luz oblicua. Deslumbró sus ojos.

Han parpadeó y activó un filtro visual.

—¿Mejor?

—Fíjate en eso —susurró Leia.

Una ciudad se asentaba en la parte más ancha del saliente, donde describía una curva hacia el este. Al sur de la ciudad, un doble anillo de grandes cráteres rodeaba una torre metálica alta. El espaciopuerto civil, supuso Leia.

Miró hacia el norte. Círculos radiales y concéntricos de su sistema de carreteras la dotaban de una configuración semejante a una red, y el considerable tráfico aéreo pasaba en ambas direcciones entre varias torres puntiagudas, próximas a su punto central.

—¿Cuál es la hora local? —preguntó Leia.

—Acaba de amanecer. —Han se frotó el mentón—. Va a ser un día muy largo.

Parches verdes irregulares sugerían que frondosos parques habían sido construidos en bolsas de tierra distribuidas sobre el saliente rocoso.

—Mira.

Luke señaló un punto situado a un kilómetro al sur del espaciopuerto. En el interior de una desnuda superficie artificial negra, enormes tórrelas con turboláseres custodiaban un complejo hexagonal.

Leia se cruzó de brazos.

—El modelo habitual de una guarnición imperial.

—Habrá miles de milicianos ahí dentro —observó Han.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cetrespeó desde su puesto habitual, en la zona de juego—. ¿Alguien ha visto milicianos?

—No sobrecargues un circuito —dijo Han—. Estarán por todas partes.

El murmullo de respuesta de Cetrespeó sonó a un «Oh, cielos, oh, cielos».

Luke se desabrochó las correas y salió de la cabina.

Chewbacca aulló algo.

—Luke debe de esperar un aterrizaje suave —tradujo Han—. No sé por qué no —añadió.

Leia prefirió quedarse en su asiento y alisó una arruga de su falda blanca. Había pedido una copia de la toga blanca senatorial. Aún confiaba en disipar la mala fama de los rebeldes, si ello era posible después de aterrizar en el *Halcón*.

Han sobrevoló dos veces el perímetro de Salis D'aar, y pasó por encima de los dos ríos que flanqueaban el sorprendente saliente blanco que les impedía confluir.

—No van a dispararnos —dijo—. Será mejor que terminemos de una vez.

Los controladores dirigieron a Han hacia un cráter, con capacidad para numerosas naves, situado en el extremo oeste del espaciopuerto. Las sombras del amanecer, arrojadas por varios andamios de reparación móviles, caían sobre el quebrado suelo blanco.

—¿Qué es esa superficie? —murmuró Leia, cuando Han realizó el descenso final.

Han echó un vistazo al analizador.

—Aquí dice que el saliente es de cuarzo casi puro. El cráter parece cristal de roca, pero alguien lo manipuló de cualquier manera.

El *Halcón* tocó tierra con suavidad.

—Ya está. ¿Lo veis? —dijo Han—. No hay nada de qué preocuparse.

Chewie ladró. Leia se volvió para mirar hacia dónde apuntaba su mano peluda. Unas veinte personas estaban congregadas alrededor de una larga lanzadera repulsora, cerca de un andamio que se alzaba al borde de su cráter de aterrizaje.

—Date prisa, Luke —gritó Han.

—De acuerdo.

La voz ahogada de Luke despertó ecos en el pasillo. Leia saltó de su asiento y se reunió con él.

Cetrespeó cabeceó en señal de aprobación cuando vio el uniforme blanco sin galones de Luke. Mientras Leia le examinaba de arriba abajo, su hermano se ciñó un cinturón del que colgaban un desintegrador, tres cartucheras y la espada de luz.

—¿Bien?

Clavó los ojos en Leia. Eran muy azules e inocentes.

—Creo que es la indumentaria propia de un Jedi —contestó ella, no muy convencida. *Ojalá parecieras mayor*.

Luke dirigió una mirada angustiada a Han. Éste se encogió de hombros. Leia rió.

—¿Qué más da lo que él piense? —pregunto a Luke.

—Tiene un aspecto espléndido, amo Luke —intervino Cetrespeó—. General Solo, va bastante desaliñado. ¿No cree que el peligro disminuiría si...?

—Chewie —dijo Han—. ¿Quieres quedarte a bordo?

Era una pregunta importante. Chewbacca representaría bien a la Alianza si les acompañaba. Por principio, los imperiales despreciaban a los alienígenas, pero la Alianza había sido fundada por humanos y alienígenas sojuzgados por el Imperio.

Chewie rugió.

—De acuerdo —contestó Han—. Supongo que otro par de ojos no nos irán mal. Que todo el mundo esté atento.

Leia pensó que Cetrespeó reía con disimulo, si algo semejante era posible. Erredós canturreó en voz alta.

—Muy bien —interrumpió Han—. Vamos allá.

Leia se colocó en el centro del grupo, con Luke a la derecha, Han a la

izquierda, y Chewie detrás, escoltado por Cetrespeó y Erredós. Chewie dejó caer la rampa de entrada. Leia descendió con parsimonia y olió el aire frío y húmedo, impregnado del perfume de plantas exóticas. Su primera inhalación en un nuevo planeta siempre constituía una prueba.

Cuando pisó la pálida superficie del espaciopuerto, crujió bajo sus pies.

Miró hacia atrás. El *Halcón* se había posado sobre un lecho lustroso de roca blanca y tierra gris del espaciopuerto.

Basta de explorar. Al trabajo. Avanzó hacia el grupo imperial que aguardaba junto a la lanzadera.

—Ooooh —dijo Han con sarcasmo—. Qué bonitas armaduras blancas.

—Corta el rollo —masculló Leia—. Yo también voy de blanco.

Pensó en sus días de senadora imperial, el doble juego practicado entre la camarilla imperial y la incipiente Alianza por la que su padre había muerto.

Su auténtico padre, Bail Organa, que la había educado, adiestrado y alimentado su sentido de la dignidad y la capacidad de sacrificio. Dejando de lado la biología, jamás llamaría de aquella forma a otro hombre. Punto.

Entrar datos. Fin de programa.

El hombre que se erguía en el centro del grupo tenía que ser el gobernador imperial Wilek Nereus. Alto, de cabello oscuro y facciones marcadas, llevaba un uniforme caqui que podría haberle prestado Grand Moff Tarkin, con el aditamento de un par de guantes negros. Los demás integrantes del grupo cambiaban de postura sin cesar para mirarle. Estaba absolutamente Al Mando.

Tranquila, se dijo Leia. *Fluye con la Fuerza. Ahí residen mis energías, en un sendero diferente al de Luke.*

La delegación del gobernador Nereus formó un semicírculo a su alrededor.

—Princesa Leia de Alderaan. —Ejecutó una media reverencia—. Es un honor recibirla.

—Gobernador Nereus. —Le devolvió la reverencia, sin inclinarse ni un milímetro más—. Es un honor estar aquí.

—En nombre del emperador, bienvenida a Bakura.

No habría podido pedir mejor principio que el saludo de protocolo.

—Gracias por su bienvenida —contestó con placidez—. Quizá me considere terriblemente grosera si corrijo sus amables palabras, pero ya no es válido darnos la bienvenida en nombre del emperador Palpatine. Murió hace varios días.

Nereus arqueó una ceja oscura y poblada, y enlazó sus grandes manos a la espalda.

—Mi querida princesa —avanzó un paso—, ¿ha venido a Bakura para propagar rumores y mentiras?

—Es algo más que eso, Excelencia. Le mató su aprendiz, Darth Vader.

—Vader. —Nereus se irguió varios milímetros para dominarla con su estatura. El tono delató su desagrado, un sentimiento que Leia comprendió a la perfección—. Vader —repitió—. Su Majestad imperial jamás tendría que haber confiado en un señor de Sith. Estaba dispuesto a no creerla, Alteza, pero sí creo que Vader es un asesino.

—Lord Vader también ha muerto, Excelencia.

Vio por el rabillo del ojo que Luke alzaba el mentón, para indicarle que añadiera algo. Quizá la muerte de Vader había sido heroica, pero diez minutos de arrepentimiento no borraban años de atrocidades.

Los acompañantes del emperador se apartaron en parejas y susurraron. Leia recobró la iniciativa.

—Gobernador, permita que le presente a mi escolta. Primero, el general Han Solo.

Han debía hacer una reverencia, o estrecharle la mano, como mínimo, pero se limitó a mantenerse inmóvil, con expresión desaprobadora. A este paso, jamás llegaría a ser diplomático.

—Su copiloto, Chewbacca de Kashyyyk.

Chewie emitió un gruñido mientras ejecutaba una reverencia. Los wookie habían sido objeto de una terrible traición por parte del Imperio. Confió en que Chewie no perdiera el control y empezara a desmembrar imperiales.

La brisa helada de la mañana agitó su pelaje.

Leia exhibió su mejor triunfo con elegancia.

—Y el comandante Skywalker de Tatooine, Caballero Jedi.

Luke realizó una reverencia magnífica; ella le había entrenado. Nereus cuadró los hombros. Al cabo de un momento, devolvió el saludo.

—Jedi. —Arrugó su larga nariz—. Tendremos que ir con pies de plomo.

Luke enlazó las manos delante de él. *¡Bien!,* le felicitó en silencio Leia.

Dejaba que ella respondiera, tal como le había suplicado. Ahora, se sentía compensada por haberle cedido el mando de la batalla. Tal vez tenía futuro su división del trabajo, mientras no fuera demasiado lejos.

—Sí, Excelencia —dijo. El gobernador Nereus volvió la cabeza hacia ella—.

Pretendemos restablecer la Antigua República, incluyendo la Orden de los Caballeros Jedi. El comandante Skywalker es el jefe de la orden.

Una vez más, adivinó lo que él deseaba que añadiera: y también el único miembro. *¡Borra esa expresión de timidez, Luke!*

—Comandante Skywalker —repitió Nereus, en un tono tan untuoso como lubricante de androides —. Ah, ahora reconozco su nombre, comandante. Por suerte para usted, la balanza comercial de Bakura goza de buena salud.

Quizá sepa que, desde hace años, se ofrece una..., una recompensa astronómica por su captura. Vivo, naturalmente. Debe de significar una especie de distinción entre las fuerzas rebeldes.

—Lo sé —respondió Luke con calma. No era ninguna novedad. Todos constaban en la lista de los delincuentes más buscados.

—Y veo a dos androides —dijo el gobernador—. Se les deberán aplicar cepos durante su estancia en Bakura.

Se trataba de un procedimiento habitual en la mayoría de los planetas, obsesivo en los dominios imperiales y estaciones de combate.

—Nos ocuparemos de ello —accedió Leia. Segura ya de que se había ganado el respeto de Nereus, se dejó de rodeos—. Gobernador, las fuerzas de la Alianza interceptaron su llamada de socorro. La flota imperial ha sido expulsada de esta parte de la galaxia. Hemos venido para ayudarles a rechazar a los invasores. Una vez cumplido este objetivo, nos marcharemos. Bakura ha de decidir su propio destino. No intentamos imponer el nuestro a su..., al pueblo bakurano —se corrigió.

El gobernador Nereus exhibió una semisonrisa gélida. La parte izquierda de su cara se contrajo, y aquel lado de la boca se alzó en una mueca. El lado derecho bien habría podido estar moldeado en acero.

Luke estaba en posición de firmes. Así como el rostro de Nereus albergaba dos expresiones, también su mente se encontraba dividida. Sería difícil para un hombre semejante aceptar como aliados a los rebeldes.

La Fuerza analizó al enguantado gobernador. Nereus poseía la compulsión incontrolable de dominar a la gente, por eso su delegación se mantenía en posición de firmes. Luke conocía el tipo; sólo se regía por sus propias leyes, las únicas que consideraba lógicas. Cualquiera que le llevara la contraria atraería su atención el tiempo suficiente para ser machacado: el gobernador imperial por antonomasia.

Luke no cesó de escudriñar las intenciones de quienes le rodeaban.

Temblaban tantas vibraciones en la Fuerza, que el simple hecho de aparentar calma ponía a prueba su control. No tenía el menor deseo de que un miliciano de gatillo fácil le dejara seco antes de que Leia pactara una tregua.

Mientras Leia y el gobernador continuaban hablando en voz baja, se abrió de nuevo hacia ellos. Leia, serena y equilibrada, sin dejarse intimidar por Nereus. El gobernador, una fachada de modales estudiados, la compulsión de dominar y, subyacente, una tremenda sensación de terror.

Pero no hacia nosotros. Una vez más, Luke pensó en aquellas afligidas presencias, no del todo humanas, a bordo del caza ssi-ruuvi. ¿Se habría puesto en contacto con cautivos bakuranos?

Era obvio que el gobernador pensaba saltar en cualquier dirección que le ofreciera protección. Pese a la hostilidad que manifestaba delante de sus milicianos, se pasaría fácilmente al bando de la Alianza. Por un tiempo.

Luke comentó aquella impresión a Han, *en la lanzadera* civil que les conducía a la ciudad.

—Sí —murmuró Han en voz baja—. Podría pasarse a nuestro bando, sin duda alguna. O torpedearlo. ¿Quieres apostar?

Los pantalones de Luke se pegaban a sus piernas debido a la omnipresente humedad bakurana. Leia estaba sentada delante de él, adorable en su toga senatorial blanca provista de capucha. Miraba por la ventana de la lanzadera, lujosamente tapizada. Sin duda, el senado de Bakura había solicitado que asistieran a una sesión de urgencia inmediata.

De pronto, Leia se enderezó.

—Cetrespeó, ¿qué he de saber acerca del protocolo?

—Temo que no consta en mi programa.

Cetrespeó ya llevaba su cepo magnético, y hablaba en un tono más quejumbroso que nunca. Erredós le interrumpió con un silbido electrónico.

—¿Cómo? ¿El amo Luke eliminó los archivos de datos introducidos por aquella sonda en tus bancos de memoria? ¿Por qué no lo dijiste, cilindro reciclado sobrecargado?

Erredós se explayó a modo.

—Sólo sé con certeza —contestó después Cetrespeó a Leia— que Bakura fue gobernado en otro tiempo por un primer ministro y un senado, pero toda la autoridad descansa hoy en el gobernador imperial.

—Dinos algo nuevo —masculló Han.

Un piloto/guía bakurano hizo descender el aparato sobre un enorme edificio en forma de cuña, atravesado por dos amplios arcos de césped.

—Éste es el complejo Bakur —anunció la ayudante del piloto, mientras pasaba un brazo alrededor de una barra estabilizadora plateada.

Miró a Chewbacca. Luke supuso que jamás había visto a un wookie.

Daba la impresión de que el complejo abarcaba varias hectáreas, entre dos autopistas radiales, y bordeaba el redondo parque central de la ciudad a lo largo de su arco sudoeste.

—El complejo incluye alojamiento para invitados y residentes, oficinas imperiales, un centro médico y el viejo edificio situado junto al parque, que fue la sede de nuestro gobierno durante la Corporación Bakur.

Leia miró hacia abajo, como si contemplara los enormes árboles cubiertos de enredaderas que rozaban el tejado del complejo. En realidad, adivinó Luke, estaba repasando mentalmente el protocolo imperial. La libertad de Bakura dependía de su habilidad para negociar la tregua. Han, sentado a su lado en el asiento delantero de la lanzadera, acariciaba su desintegrador.

Al bajar en una plataforma de aterrizaje del techo, transbordaron una vagoneta repulsora, para desplazarse con rapidez por el inmenso complejo.

Su guía les fue informando.

—El ala de la corporación del Edificio Bakur —concluyó— fue construida hace más de cien años, dominando el Parque de Estatuas del centro de la ciudad. Permanezcan sentados hasta que el vehículo se detenga por completo.

La vagoneta pasó bajo un arco cubierto de enredaderas y deceleró.

—Espera, Leia.

Han se puso en pie de un salto.

Luke salió por su lado de la vagoneta. Leia continuó sentada unos segundos.

—Creo que esta arcada es bastante segura. —El dictamen de Cetrespeó se oyó por una escotilla abierta—. De todos modos, debemos asegurarnos.

Leia asomó la cabeza por el lado de Luke.

—Escucha —dijo—, si albergan malas intenciones, la misión ya ha fracasado por completo.

Han miró por encima de la vagoneta.

—Muy bien. Sin novedad por este lado, Luke.

Luke retrocedió hacia la parte posterior del vehículo y bajó a Erredós. El androide silbó alegremente y extendió sus ruedas. Han y Chewie pasaron delante de Leia y Cetrespeó. Luke les siguió, con Erredós pisándole los talones. Los guardias de la puerta, ataviados con casacas y calzones violetas ribeteados de oro, les dieron paso a un espacioso vestíbulo alfombrado de negro. Tracerías doradas corrían como venas de metal precioso sobre una hilera de columnas construidas al estilo cuña doble, y después se entrecruzaban en el techo abovedado.

—Mármol rojo —murmuró Leia.

—Valdría una fortuna, si lograra pasarlo de contrabando —contestó Han sin volverse.

Siguió a uno de los guardias. Después de imitar unos momentos su paso afectado, volvió a adoptar sus zancadas cautelosas, mirando a derecha e izquierda, detrás de cada columna y hacia toda puerta abierta. Luke escuchaba con atención mediante la Fuerza cualquier intento de agresión.

No percibió nada. Leia caminaba con serenidad delante de él, en el centro del grupo, al lado de su androide de protocolo.

El guardia de calzones violeta se detuvo ante un arco tallado en la reluciente piedra blanca. Un tosco muro de madera lo ocultaba casi por completo. Cuatro milicianos imperiales montaban guardia, y a cada lado flotaban analizadores, montados sobre silenciosos repulsores. Cuando Luke vio a los milicianos, experimentó la vieja sensación de «lucha o huye», seguida de una descarga de adrenalina.

—Su presencia aquí es ilegal —murmuró Leia—. Somos los legítimos enviados de la galaxia a Bakura.

—Díselo.

Han inspeccionó a los milicianos. Luke levantó la vista hacia el lustroso ojo redondo de un sensor. La cúpula de Erredós giró sin cesar, mientras sus propios sensores analizaban el vestíbulo.

—Verificación de armas. —Un miliciano se inclinó sobre Leia y habló con voz metálica—. Depositen todas las armas en una taquilla de seguridad.

Señaló una hilera de receptáculos, activados mediante la impresión palmar, al otro lado de la arcada.

Leia extendió sus manos vacías, y después las enlazó, en un gesto burlón de sumisión. Luke cruzó el arco, seleccionó un cubículo, y después apoyó la palma, al tiempo que apretaba un botón, para adaptar la cerradura de la taquilla a su impresión palmar. Extrajo el desintegrador de su funda y lo depositó en el interior.

—Vamos, Han —dijo en voz baja.

Han le había seguido, mientras Chewie y Leia se acercaban con parsimonia.

Han no parecía nada complacido, pero elogió un cubículo y dejó dentro el desintegrador.

Leia carraspeó.

Han le dirigió una mirada capaz de fundir el plomo, y después sacó el cuchillo de la bota, el desintegrador de bolsillo de la funda oculta bajo la manga, y su vibrocuchillo favorito. Chewbacca ya iba a quitarse la bandolera de su ballesta, cuando el subconsciente de Luke susurró una sugerencia.

—Chewie —dijo en voz baja—, quédate junto a las taquillas. Tú también, Erredós.

Chewie hizo una mueca de placer y arrugó su negra nariz. El enorme wookie despreciaba la política y desconfiaba de los imperiales. Quedarse de guardia le complació en grado sumo.

Leia condujo el grupo de vuelta al arco.

—Deténganse ahí —dijo el miliciano que había hablado antes. Indicó la espada de luz de Luke—. Eso también es un arma.

Luke proyectó un zarcillo de energía de la Fuerza y contestó con gran seriedad.

—Esto es un símbolo de honor, no un arma ofensiva. Déjeme pasar.

—Dejadle pasar —repitió el miliciano, en el mismo tono serio. Se recuperó y añadió—: Yo dejaría al androide en la puerta. El mal funcionamiento de los androides casi mató al primer grupo de colonos bakuranos.

—Señor —protestó Cetrespeó—, mi funcionamiento...

—Gracias —cortó con firmeza Leia. Ninguno había olvidado el cepo—.

Cetrespeó esperará en el interior.

—Senadora princesa Leia Organa, de Alderaan —anunció un guardia de la puerta; agitó la mano de una forma vaga— y su escolta.

7

Leia les precedió a través del arco y subió cuatro amplios peldaños hasta entrar en una inmensa sala cuadrada. Luke la siguió, amoldando su paso al de Han, y confió en haber procedido correctamente al conservar su espada.

No quería ofender a todo el senado de Bakura por ir armado, pero tal vez pensaran que no corrían peligro. También suponía que Leia le habría increpado de haberlo considerado importante.

El techo era de losas, y en cada esquina de la sala se alzaba una columna alta y lustrosa. La mayoría de los senadores eran humanos, salvo dos excepciones, un par de individuos altos, de piel blanca y cuero cabelludo arrugado en lugar de pelo. Luke escuchó mediante la Fuerza. Le rodeaba un parloteo, las texturas de cuarenta o cincuenta mentes nerviosas. Estrechó el foco y se concentró en una enorme butaca repulsora, dorada y púrpura, a excepción de dos filas de controles en los apoyabrazos, situada al otro extremo de la cámara. Wilek Nereus habría utilizado una lanzadera más rápida. Ya estaba sentado, más falso que nunca.

Luke dejó que su atención derivara hacia la izquierda, para observar la reacción que causaba Leia en los senadores. Percibió curiosidad teñida de hostilidad, pero también una corriente subterránea de miedo, que impregnaba la sala. El planeta era víctima de un ataque.

—Quédate ahí, Cetrespeó. —Leia se detuvo en lo alto de la escalera y se volvió hacia el gobernador Nereus—. Buenos días de nuevo, gobernador.

El hombre bajó sus pobladas cejas.

—Entre —dijo—. Acérquese.

Descendieron hacia el rectángulo central. Las junturas del suelo delataban que podía abrirse en secciones. Un recuerdo fugaz asaltó a Luke, que incluía una trampilla y un enorme Rancor que casi le devoró. Desechó la imagen y paseó la vista por la cámara. Los senadores bakuranos desplegaban todos los tonos habituales de la piel humana, una sutil mezcla de lazos de sangre.

Un hombre bien parecido, de aspecto atlético, abundante cabello cano, sentado debajo del gobernador Nereus a una mesa interior, extendió una mano.

—Bienvenidos a Bakura —dijo—. Soy el primer ministro Yeorg Captison. En circunstancias normales, se habría celebrado una ceremonia protocolaria, y les pido disculpas por las prisas con que se ha convocado esta reunión, pero estoy seguro de que sabrán comprenderlo.

Leia, que apenas había dirigido una mirada al gobernador Nereus, dedicó una reverencia completa y deliberada al anciano. Luke le inspeccionó. El carisma del primer ministro provocaba un destello en la Fuerza sólo un poco más tenue que el de Mon Mothma. Luke desvió la vista hacia Nereus, y se preguntó por qué el gobernador no le había eliminado. Captison habría sido muy cauteloso. ¿O tenía relaciones con los imperiales?

—No se disculpe, por favor —contestó Leia—. La situación es desesperada.

Otro hombre sentado a la mesa interior se levantó.

—Blaine Harris, ministro de defensa. No tiene ni idea de lo desesperada que es. Todos nuestros puestos avanzados en los demás planetas del sistema han sido destruidos. Nuestros equipos de salvamento que sobrevivieron para volver a informarnos no encontraron cadáveres ni supervivientes.

El miedo de Harris provocó un escalofrío en la espina dorsal de Luke. Se apresuró a desviar su atención hacia la izquierda de aquella mesa, y percibió ecos de miedo, esperanza y hostilidad. Cuando llegó al final, continuó hacia la derecha, por la mesa exterior, más elevada.

La tercera persona por la izquierda sentada a la mesa era una joven de barbilla puntiaguda. Luke se detuvo, sorprendido por la forma en que la Fuerza rebotaba en ella. Su presencia, como un tamborileo profundo y lento, respondía como un eco a su sondeo. No se trataba de que poseyera Fuerza (al menos, él no lo creía), sino de un efecto amplificador único sobre su conciencia. Cerró todas sus percepciones, excepto los cinco sentidos, para no distraerla.

La voz estridente de Nereus se oyó con claridad desde el otro extremo de la sala; había situado su trono en un punto focal acústico.

—Princesa Leia, ¿tiene idea de a qué se enfrenta?

Leia apoyó una mano sobre la mesa interior.

—No —admitió—. Vinimos en respuesta a una llamada de auxilio, para demostrar que la Alianza no guarda rencor a los pueblos gobernados por el Imperio, sino sólo al imperio.

Nereus frunció los labios.

—Ya me lo imaginaba. Ellsworth —dijo al aire—, pase la grabación de Sibwarra. Alteza, suba a reunirse conmigo. Traiga a sus escoltas.

Luke miró hacia la izquierda de nuevo, mientras subía la escalera alfombrada detrás de Leia, y desvió de nuevo la vista hacia la izquierda.

La joven sostuvo su mirada, con la barbilla apoyada sobre una mano abierta. Cabello castaño claro caía alrededor de su cara, absorta, y enmarcaba su piel pálida como pétalos de flor. Aunque estaba inclinada hacia adelante, tenía los esbeltos hombros erguidos con orgullo. No se atrevió a tocarla otra vez con la Fuerza, aún no, pero su presencia la electrificaba. Visualmente impresionante. No una belleza arrebatadora, sino impresionante. *¡Contrólate!,* se recordó. *¡Has venido para ayudar a Leia!*

Unos servomotores zumbaron detrás de él. Leia, que ya había llegado a la silla del gobernador Nereus, se volvió para mirar. Luke se detuvo en el peldaño inmediatamente anterior y adoptó la misma posición. Cetrespeó centelleaba al otro lado de la sala. Una proyección holográfica apareció sobre el lugar que ocupaban segundos antes. Era un joven humano de piel cremosa algo oscura, cabello negro corto y rostro dulce de pómulos prominentes. Vestía una túnica blanca con franjas laterales azules y verdes.

—¡Humanos de Bakura, alegraos! —dijo el... ¿muchacho? ¿Hombre?—. Soy Dev Sibwarra, de G'rho. Os traigo el saludo caluroso del imperio ssi-ruuvi, una cultura formada por muchos planetas que os extiende la mano. Nuestra nave insignia es el poderoso *Shriwirr*, una palabra ssi-ruuvi que significa «rebosante de huevos». Nos estamos acercando a vuestra galaxia a instancias de vuestro emperador. , Luke desvió la vista hacia la joven senadora. Al aparecer la imagen del invasor, se había echado hacia atrás, con los puños apretados sobre la mesa y la espalda muy erguida. La acarició cautelosamente con la Fuerza.

Proyectaba miedo y asco, pero bajo aquellas oscuras emociones se ocultaba una sensación tan profunda como un pozo lleno de colores brillantes.

Confuso, meneó la cabeza. No tenía sentido, pero era lo que percibía.

Le bastó un solo instante para captar todo aquello. La imagen holográfica continuó hablando.

—¡Regocijaos, bakuranos! El placer que os traemos trasciende la mera felicidad sensorial. Vuestro será el privilegio de ayudar a los *ssi-ruuk* a liberar —el ademán del muchacho implicaba más conquista que liberación— a los demás planetas de la galaxia. ¡Vosotros seréis los primeros, la punta de lanza! ¡Qué inmenso honor!

»Como humanos, poseéis un valor incalculable para mis amos. Gracias a ellos, recibiréis una vida sin dolor, sin necesidades, sin miedo.

—Fíjense en eso —murmuró Nereus.

La escena cambió. Varios alienígenas saurianos de color castaño oscuro estaban congregados alrededor de una pirámide metálica que Luke reconoció al instante. Antenas y cañones láser sobresalían de sus cuatro vértices, las cuatro caras estaban erizadas de impulsores, y grupos de analizadores/sensores rodeaban cada impulsor. Descansaba sobre una especie de consola de control.

Una súbita comprensión invadió la mente de Luke. También reconoció a los seres... de su inquietante sueño en Endor.

La voz del muchacho continuó hablando.

—Aquí tenéis la más hermosa nave de combate de toda la galaxia. Aunque jamás soñarais en viajar por las estrellas, hay uno de estos cazas para cada uno de vosotros. Vuestras energías vitales serán transmitidas a una de estas naves de combate teledirigidas. Vagaréis entre los planetas...

Energías vitales. Luke recordó las presencias humanas que había tocado, desesperadas y angustiadas. Se inclinó hacia adelante.

El joven reapareció.

—Para aplacar vuestros temores, permitidme que os enseñe parte del procedimiento de tecnificación. Después, cuando llegue el momento, acogeréis vuestro destino con alegría.

Una imagen más pequeña apareció a su lado. Un hombre sentado en una silla, sujeto a ella con ligaduras transparentes, la cabeza colgando. Luke forzó la vista. ¿Aquellos tubos estaban clavados en su garganta? Otra imagen holográfica más pequeña aún del muchacho bajó un arco de metal blanco resplandeciente alrededor del hombre. La imagen pequeña se congeló.

—Es alegría —dijo la imagen más grande—. Es paz. Es libertad. Es el regalo que os traemos.

Extendió una palma pálida.

Habían luchado contra humanos. Luke cerró los puños. Los *ssi-ruuk* no eran simples esclavistas, sino ladrones de almas...

La senadora Gaeriel Captison se estremeció y se subió el chal azul sobre los hombros.

—¿A quién piensa que está engañando? —susurró.

—Le capturaron joven —respondió el senador de su derecha—. Fíjese en él.

Actúa como un Flauta. Hasta debe pensar como ellos.

Gaeri dejó de mirar. Había visto la grabación diez veces, desde la tarde que invadió de improviso todas las pantallas tridimensionales, los vídeos y los canales televisivos del planeta. El senado la había estudiado y desmenuzado, en busca de algún significado... esperanzador. La única conclusión posible había sido rechazar a aquellos alienígenas o enfrentarse a un destino horrible.

¿Los rebeldes habían venido en su ayuda, tal como afirmaban? Si habían acudido con el propósito de robar bobinas de repulsión, habían caído en la trampa de los ssi-ruuvi, junto con Bakura. Ahora tendrían que ayudar a los bakuranos, aunque sólo fuera para escapar.

Gaeri examinó a los delegados. La princesa senadora Leia Organa, de su misma edad, era conocida a lo largo y ancho del Imperio como uno de los cabecillas de la Rebelión. Quizá era un alma engañada que luchaba por una causa perdida, como Eppie Belden cuando era joven e idealista, pero había llegado a ocupar un puesto de responsabilidad. Gaeri confió en poder intercambiar opiniones.

El escolta moreno de la princesa Leia no era un idealista. Se fijaba en todo y en todos, sobre todo en descubrir una vía de escape. Según los datos que el gobernador Nereus se había apresurado a enviar a tío Yeorg, el hombre, un tal Solo, era un contrabandista de pasado turbio, con antecedentes penales y varios delitos de sangre.

Pero el rubio no constaba en los ficheros. Estaba en posesión de una serenidad atrayente. Mientras la imagen de Dev Sibwarra se explayaba sobre los placeres de la tecnificación, el escolta número dos se había inclinado hacia adelante para ver mejor, sin que su postura erguida pareciera cambiar.

Varios gorjeos estridentes atrajeron de nuevo la atención de Gaeri hacia el holograma: un vislumbre del enemigo. Un inmenso lagarto erecto, con una V negra sobre su rostro, apareció en escena y miró con un ojo negro calculador.

—Mi amo, Firwirrung, siempre me ha tratado con la mayor bondad, amigos míos.

—Malditos Flautas —masculló el senador sentado a la derecha de Gaeri.

—Hasta la vista. Ardo en deseos de conoceros en persona a cada uno. Venid pronto.

La imagen se desvaneció.

Ahora que los rebeldes habían averiguado qué hacían los *ssi-ruuk* con los prisioneros, el rostro de la princesa Leia hacía juego con su vestido blanco. Tocó el brazo del contrabandista, y éste se inclinó para escuchar sus susurros. De pronto, Gaeri comprendió que era su compañero. El hombre más joven paseaba la vista por las mesas.

Había llegado el momento de hablar.

—¿Ha visto? —dijo Gaeri sin levantarse—. Se trata de una amenaza contra la cual carecemos de experiencia y defensas.

El joven asintió en su dirección. Había comprendido bien la situación.

—Si me permiten intervenir —habló el androide plateado desde el otro lado de la sala—, considero de lo más espantoso este espectáculo. Los seres mecánicos de cualquier tipo se quedarán consternados ante esta perversa exhibición de...

Fue silenciado con silbidos. Mientras los proyectores se hundían bajo los paneles del suelo, los rebeldes permanecieron inmóviles, bajo la silla del gobernador. La princesa Leia descendió un peldaño.

—Bakuranos —gritó—, penséis lo que penséis de los androides, escuchadme a mí. Dejad que os cuente mi historia.

Gaeri apoyó la barbilla en su mano. La princesa rebelde extendió una mano, como el típico conferenciante.

—Mi padre, Bail Organa, fue virrey y primer presidente del sistema de Alderaan, un oficial de confianza de la República desde los días de las Guerras Clónicas.

»Cuando el senador Palpatine se proclamó emperador, mi padre empezó a intentar reformas. El cambio se demostró imposible. Al Imperio nunca le han interesado las reformas. Sólo desea poder y riqueza.

Gaeri torció la boca. Muy cierto, aunque subjetivo. El sistema imperial desalentaba los cambios y forjaba la estabilidad económica. Se removió en su silla repulsora.

—Apenas era una niña cuando empecé a servir a mi padre como correo diplomático, y no mucho mayor cuando fui elegida senadora imperial. —Miró de reojo al gobernador Nereus—. La Rebelión ya había nacido y, como el emperador adivinó, yo no era la única senadora joven implicada. Apenas mi padre manifestó su abierto apoyo, fui capturada por el sicario del emperador, lord Darth Vader, y conducida a bordo de su primera Estrella de la Muerte.

»El emperador afirma que Alderaan fue destruida para dar ejemplo a los demás planetas rebeldes. Eso es verdad sólo en parte. Yo estaba a bordo de la Estrella de la Muerte. Vi cómo daban la orden. Se dio para aterrorizarme y obligarme a proporcionarles información.

El gobernador Nereus se balanceó hacia adelante.

—Princesa Leia, ya es suficiente..., a menos que desee ser detenida por sus crímenes en este mismo momento.

La barbilla de la princesa Leia se alzó, desafiante.

—Gobernador, me he limitado a fortalecer su posición. El Imperio gobierna mediante el terror. Acabo de dar a los bakuranos un motivo más para temerle.

Pero no para respetarle. Gaeri cruzó las piernas, con el deseo de seguir escuchando, cuando no de aceptar el punto de vista rebelde. Aquello habría podido ocurrir en Bakura, si los rebeldes no hubieran destruido la Estrella de la Muerte. Gaeri observó a dos senadores que lanzaban miradas suspicaces en dirección al gobernador.

—Tras la destrucción de Alderaan —prosiguió en voz baja la princesa Leia—, huí al cuartel general de la Alianza. He vivido con sus líderes, trasladándome de un lugar a otro continuamente, mientras el Imperio insiste en querer borrarnos del mapa. Tenemos la intención de ayudarles. La Alianza ha enviado a uno de sus más dotados mandos militares, el comandante Skywalker, de la Orden Jedi.

¿Jedi? Sorprendida con las defensas bajas, Gaeri alzó una mano hacia un colgante de su cuello, el aro esmaltado, mitad blanco mitad negro, del Equilibrio Cósmico. Según su religión, los Jedi habían trastornado el universo en virtud de su misma existencia. Toda cosa tenía su contrapartida. Gaeri creía que cada vez que un individuo aprendía a concentrar tanto poder, disminuía a un desventurado equivalente en otro lugar de la galaxia. Los Jedi, hambrientos de poder, habían explotado su talento sin pensar en los desconocidos que destruían. Su desaparición se había convertido en un cuento moral, y la muerte de sus padres la había empujado hacia la religión. Al menos, en el Equilibrio había encontrado consuelo.

¿Había sobrevivido algún Jedi? El comandante Skywalker parecía muy joven, y no cuadraba en absoluto con su idea de un Jedi, excepto por su intensidad. La había mirado fijamente mientras ella hablaba. Debía estar escuchando los pensamientos de alguien.

¿Era un solo Jedi tan poderoso que el Cosmos había creado a los *ssi-ruuk*, que habían reducido a tantos humanos a la condición de circuitos de autopropulsión, para equilibrar sus enormes poderes?

El Jedi se volvió. Sus ojos azules la escrutaron de nuevo.

La joven parpadeó y sostuvo su mirada, y no la apartó hasta que el volvió la cabeza. Al menos, obtuvo la satisfacción de ver que su compostura flaqueaba. La miró otra vez, removió los pies y clavó la vista en el suelo.

Una vez neutralizada la amenaza, siquiera por unos momentos, Gaeri le observó un rato más. Algo en él recordaba a tío Yeorg.

Chewbacca estaba apoyado contra la hilera de taquillas y devolvía con descaro las miradas de los seis milicianos. Creía adivinar sus intenciones: confiscar las armas del grupo y dejarles indefensos. Un miliciano se había acercado unos minutos antes. Un solo gruñido, enseñando los dientes, bastó para devolverle a su sitio, pero sólo de momento. El androide astromec de Luke se mantenía cerca del arco, y sus antenas giraban. Erredós no serviría de gran cosa en una pelea.

A Chewbacca no le importaban las probabilidades. Un wookie armado contra seis milicianos constituía una confrontación equilibrada.

Oyó pasos. Otro imperial avanzaba por el pasillo de mármol rojo. Éste vestía uniforme caqui de oficial. Los milicianos se congregaron a su alrededor y hablaron entre susurros.

Chewie acarició su ballesta.

Leia no había pasado por alto los susurros y las miradas de soslayo a Luke procedentes de los senadores. Se hizo una idea de hasta qué punto influiría en la gente si fuera una Jedi adiestrada. Luke se había ofrecido con frecuencia a darle clases, pero tal vez no era una buena idea. Aquél era el legado de Vader: hasta el talento de Luke, utilizado para defender la justicia y la libertad, atemorizaba a la gente.

Tenía que recuperar su atención. Se acercó a la silla repulsora del gobernador.

—¿No lo ve, gobernador Nereus? Ha de aceptar la ayuda rebelde, o poner en peligro a toda la población. Somos su única esperanza. Déjenos ayudarles a combatir contra los *ssi-ruuk*. Nuestras fuerzas son escasas, pero estamos bien coordinados y equipados con mejores naves de ataque que las suyas.

Luke le había enseñado los informes del OAB.

Nereus apretó sus femeninos labios.

—Por la ayuda que nos han proporcionado, les dejaremos abandonar el sistema de Bakura sin ser molestados, para que regresen a Endor.

—Si la Alianza está tan ansiosa por ayudarnos —dijo en tono burlón un senador, desde la mesa superior—, ¿por qué no ha enviado más naves?

Luke extendió las manos.

—Hacemos todo cuanto podemos sin...

—Nuestras fuerzas destacadas en Endor desean regresar a sus hogares —le interrumpió Leia—. Puede que algunas ya se hayan marchado.

Nereus aferró los apoyabrazos de la silla, divertido por el diálogo.

—No obstante, hemos solicitado refuerzos a Endor —insistió Luke.

A Leia no le hacía ninguna gracia el ceño fruncido del gobernador.

—Pero nuestras tropas de Endor están agotadas. Los refuerzos podrían llegar dentro de unos días, o nunca.

No conspires contra mí, Luke.

Han extendió una mano rígida.

—La cuestión es que hemos venido a ayudarles. Pienso que deberían aprovechar la oferta, mientras siga en pie.

—¿Querrían proporcionarnos datos? —se apresuró a preguntar Leia—. Sobre los ssi-ruuk, por supuesto, y aquellos de Bakura que no comprometieran su seguridad.

El gobernador Nereus cubrió su boca con una mano enorme. Leia, que empezaba a sentirse como una bacteria bajo la lente de un microscopio, hizo acopio de serenidad e intentó inducirle mentalmente a colaborar. Si la reunión terminaba sin un compromiso de ayuda mutua, estaban acabados.

Un anciano alto se levantó, en una de las mesas inferiores.

—Nereus —dijo—, acepte la ayuda ofrecida. Todos los habitantes del planeta saben para qué han venido los rebeldes. Si rechaza su ayuda, provocará un levantamiento.

—Gracias, senador Belden. —El gobernador Nereus entornó sus ojos de espesas pestañas—. De acuerdo, princesa Leia. Tendrá sus datos. Serán transmitidos al centro de comunicaciones instalado en su apartamento.

¿Desea solicitar algo más, antes de que su guía les conduzca a sus aposentos?

—¿Va a dejar la tregua en el aire?

Leia reprimió su frustración.

—Usted ya ha dicho lo que quería. Lo discutiremos.

—Muy bien. Primer ministro Captison —Leia bajó a la mesa inferior y extendió una mano, que el caballero enjuto estrechó unos momentos—. Espero que volvamos a hablar.

Leia atravesó el rectángulo central seguida de su grupo, y luego subió los peldaños del otro lado.

—Muévete, Vara de Oro —susurró Han cuando pasaron junto a Cetrespeó—. Y mantén cerrada tu caja vocal.

Se encaminó a las taquillas. Chewbacca le saludó con un rugido y le advirtió de que los milicianos querían quitarles las armas.

—Qué lástima.

Han cogió su desintegrador.

Luke se apartó a un lado, empuñando la espada desactivada, en una postura ambigua, previa al ataque. Han vio que sus ojos se abrían de par en par.

—Todo va bien —dijo Luke—. Ese oficial les tiene bajo control.

—¿Quién es? —Leia giró en redondo. Observó con atención a los imperiales que conversaban—. Es el Alderaan —susurró—. Lo sé por su forma de hablar.

—Ummm. —No era muy tranquilizador. Han guardó el cuchillo en su bota y el láser de bolsillo—. ¿Cuáles son las posibilidades de que guarde una conciencia alderaaniana en su uniforme imperial?

—No muchas —replicó Leia, pero mirando a Luke.

Han se enderezó y miró al oficial de cabello negro. Se parecía a cualquier otro imperial, como un blanco, con la diana definida por cuadrados rojos y azules. Se volvió y caminó hacia ellos. Han bajó la mano hacia su desintegrador.

Luke sujetó la espada al cinto y enfundó el desintegrador. Después fue al encuentro del oficial. Leia siguió a Luke, y Chewie se quedó con los androides.

—Cúbrenos, Chewie —murmuró Han, y también les siguió.

—Alteza —ronroneó el oficial, mientras se inclinaba ante Leia—. Es un honor conocerla por fin. Capitán Conn Doruggan, a su disposición.

A Han no le hubiera importado deshacerse de él, por si acaso, pero Leia había vuelto a adoptar sus modales de senadora.

—Capitán Doruggan —contestó, con un elegante movimiento de cabeza—. Le presento al comandante Skywalker, Caballero Jedi. —Después condescendió a fijarse en él—. Y al general Han Solo.

Luke estrechó la mano del oficial, pero Han no movió su mano derecha. Miró a Chewie. El wookie le devolvió la mirada, mientras observaba y les cubría. Chewie podía dar algunas lecciones de constancia a Leia.

—Hemos de irnos —dijo la princesa—. Gracias por presentarse.

El capitán imperial extendió la mano en dirección a la de Leia.

Han apretó su palma contra el desintegrador, con el dedo muy cerca del gatillo. Leia aceptó el apretón y dejó que el hombre estrujara sus dedos.

Al instante, Luke miró a Han y movió apenas la mano. Habría hecho algo con la Fuerza. Los celos de Han se enfriaron unos cien grados, pero se mantuvieron a raya. Leia caminó al frente del grupo por el pasillo hasta el aeropuerto del tejado.

Han, seguido de Chewie, alcanzó a Luke y le fulminó con la mirada.

—No me hagas eso —dijo—. No vuelvas a hacerlo nunca más.

Ya había tenido celos de Luke en otras ocasiones. Había sido innecesario.

Y ahora también, probablemente.

—Lo siento —murmuró Luke, con la vista clavada enfrente—. Tuve que hacerlo. No podíamos permitir que hicieras aquello.

—Me controlo yo sólito, gracias.

Leia se volvió y retrocedió.

—¿Qué ocurre, Luke?

Han, no. Luke.

—Nada. —Luke meneó la cabeza—. Quiero hablar con... un par de esos senadores. El comandante Thanas prometió que hoy se pondría en contacto con nosotros. Vamos a investigar nuestros nuevos datos.

8

Su guía/conductor les trasladó en la vagoneta hasta un apartamento del segundo piso. En cuanto la puerta de la suite se cerró detrás de Chewie, Han giró en redondo. Leia adivinó lo que iba a decir por la expresión furiosa de su cara. Habría agriado la leche de bantha.

—Hablaste demasiado —agitó un brazo—, en especial sobre las tropas de Endor. Esos imperiales no necesitan saber que nuestras tropas están agotadas. Reunirán a todos los cazas en pársecs a la redonda y liquidarán nuestra flota.

—No, no lo harán. No pueden ponerse en contacto con nadie. Lo han intentado.

Aliviada, Leia apoyó las manos sobre el pecho de Han y miró sus ojos oscuros y brillantes. Sospechaba un discurso sobre aquel alderaaniano renegado. Por un instante, el planeta muerto había revivido; recuerdos amargos mezclados con dulces. La política imperial nunca había recibido la aprobación de Alderaan. Los individuos que se presentaban voluntarios al servicio imperial eran considerados raros y sospechosos.

—Bueno, tú lo hiciste —murmuró Han—. No les digas tantas cosas.

—Supondrán...

—Guárdatelo —interrumpió Han—. ¿Oísteis al humano de los alienígenas decir que venían «a instancias de vuestro emperador»? Estos bakuranos no hacen caso.

—Lo oí. —Leia se apartó de Han—. Intento imaginar cómo utilizarlo.

—Estupendo.

—Pero tú... —empezó de nuevo Leia.

—Ahórratelo.

Han paseó en círculo por la habitación principal del apartamento, y escudriñó todas las esquinas del suelo y el techo. La habitación principal, chapada en madera natural amarillo pálido, tenía una sola ventana que daba a uno de los jardines. Un saloncito hexagonal ocupaba el centro de la habitación, acolchado en verde con pequeñas almohadas azules que flotaban a unos centímetros de altura. Han dio la vuelta a todas las almohadas, y después empezó a dar golpecitos en las paredes.

—No me importa decirte que preferiría dormir en el *Halcón*.

—Yo no —suspiró Leia.

Cetrespeó estaba de pie junto a la puerta, y cubría con una mano su cepo, como si estuviera avergonzado. A veces, su programación pseudoemotiva divertía a Leia.

—Señor, los androides no necesitan descansar. ¿Puedo sugerir que ustedes los humanos duerman un rato? Erredós montará guardia...

Erredós le interrumpió con un grito burlón, desde debajo de una lámpara colgada.

Han se detuvo frente a una pared larga y curva que exhibía un mural de un bosque. Un viento intangible movía sus ramas. Examinó los detalles.

Leia meneó la cabeza. Era obvio que los imperiales les espiaban. Quizá habían dispuesto sensores de voz, para escucharles desde el extremo opuesto del complejo.

—Resulta evidente que Nereus es el auténtico poder de Bakura —dijo—, pero intenta aplacar a los bakuranos con ese gobierno de pacotilla.

Han se volvió y se apoyó en el mural.

—Ya puedes apostar. Y tiene tantas ganas de permitir la presencia de naves rebeldes armadas en su sistema como de tirarse a un pozo de vibroestacas.

—Pero el pueblo no —insistió Leia.

—No —intervino Luke—. El pueblo sólo desea sobrevivir, al igual que Nereus —añadió con sequedad.

—De modo que, cuando esté a salvo —dijo Han—, se volverá contra nosotros y nos vaporizará..., si no vamos con tiento.

—Iremos. —Luke desvió la vista hacia el centro de comunicaciones—. Tenemos un mensaje —añadió, sorprendido.

Se acercó y tocó un control.

Han miró por encima del hombro de Luke. Leia se apretujó entre ambos. La cabeza y los hombros de un oficial imperial aparecieron en la pantalla tridimensional: rostro enjuto, cabello rizado y escaso.

—Comandante Skywalker, hemos de hablar, tal como acordamos. Reúnase conmigo en mi despacho lo antes posible.

La pantalla se apagó.

—El comandante Thanas —murmuró Luke.

—¿Dónde está su despacho? —preguntó Han.

—En algún lugar del complejo. Voy a averiguarlo.

Leia se alejó del ángulo de visión.

—Ven, Han.

Deseaba perder de vista a los imperiales, siquiera por unos minutos. Este lugar la estaba poniendo nerviosa. Cada vez que se daba la vuelta, casi esperaba ver una capa negra aleteante. ¡ Vader estaba muerto! ¡Derrotado!

No debía permitir que negros recuerdos la distrajeran de su vital misión.

—Creo que el comandante Thanas ha dejado un mensaje... —dijo Luke a la unidad empotrada en la pared.

Silencio. Después:

—Sí, perfecto. Estaré ahí dentro de una hora.

Se encaminó hacia el saloncito.

—¿Y bien? —preguntó Leia.

Luke enlazó las manos a la espalda.

—Tenernos naves ssi-ruuvi en el patio trasero otra vez. Thanas dice que parece un bloqueo, justo fuera del alcance de la red defensiva. A la distancia orbital de la segunda luna de Bakura, aproximadamente. También estoy invitado a visitar la, hum, guarnición imperial.

—¿Solo? —exclamó Leia.

Luke asintió.

—No lo hagas —dijo Han—. Cítales en algún lugar neutral.

Luke se encogió de hombros.

—Bakura no es neutral. Debe de haber mejores instalaciones allá arriba para discutir de tácticas que en el complejo Bakur.

—En ese caso, llévate a Chewie. Ese Thanas podría detenerte sólo por ser un Jedi, aparte de cargarte al emperador.

—Pero yo no...

—Aún no creen que el emperador haya muerto —interrumpió Leia—, pero llévate a Chewie, de todos modos. Aun desarmado es formidable.

Han acarició la mira de su desintegrador.

—¿Tardarías mucho en pedir ayuda?

—Tengo un comunicador. Un escuadrón de cazas X del *Frenesí* podría acudir en... digamos una hora.

—Eso podría ser demasiado tarde —insistió Leia.

El wookie rugió su acuerdo.

—Creo que yo debería quedarme aquí —sugirió Cetrespeó.

—Han, Leia, Chewie, sé cuidarme. —Luke se dejó caer en una esquina del saloncito, dispersando pequeñas almohadas azules—. Cuanto más actuemos como si confiamos en ellos, más nos seguirán la corriente. Leia ha hecho muchos progresos con el senado.

—No los suficientes. —Leia se humedeció los labios—. Una conversación sincera es nuestra única esperanza de conseguir un tratado duradero, un tratado que podría lograr la deserción de muchos imperiales desilusionados.

—Adelante. —Han agitó un brazo—. Decidme que os sentís bien trabajando con esta gente, pero miradme a los ojos cuando lo hagáis.

—Bueno... —Leia miró a Luke en busca de apoyo. Su hermano enarcó una ceja—. No —admitió por fin.

—Mmm, no —contestó Luke—. No me siento bien. Alerta.

—Exacto —dijo Leia—. La sensación de inquietud no puede interferir en nuestras negociaciones. Debemos empezar por algo. Lo haremos en Bakura.

Luke carraspeó.

—Prefiero llevarme a Erredós.

Erredós gorjeó una pregunta desde el rincón donde permanecía ignorado.

—Para compartir información.

—Oh —dijo Leia. Si Luke había ideado un plan, nadie le haría cambiar de opinión—. Háblame de los senadores. ¿Qué percibiste?

Se sentó al lado de Luke y cruzó las piernas sobre el saloncito. El campo repulsor era como un líquido invisible que les separara de la superficie.

—Eran hostiles —contestó Luke—. ¿Quién eres tú, qué haces aquí, de qué vas? Eso, al principio. Pero ese tal Belden se alegró de vernos. Y también otros. Otros... —Miró a Han, que se había alejado hacia la esquina situada entre las ventanas—. La historia de Leia les abrió los ojos. Produjo el primer cambio real en su actitud.

—Me alegro mucho —comentó Cetrespeó desde su puesto de protocolo, junto a la puerta—. Me gustaría regresar con los nuestros lo antes posible.

Erredós trinó algo que Leia consideró aprobación.

—¿Lo ves?

Leia miró a Han, con el deseo de que se volviera y diera alguna señal de que había aprobado su discurso. Una pared invisible se había alzado entre ellos en cuanto aquel alderaaniano la reconoció.

—Tiene que ser duro —concedió— trabajar a cara descubierta, después de tantos años de clandestinidad.

Han se volvió por fin, con los pulgares encajados en el cinturón.

—Es como exhibir tu juego demasiado pronto en una partida de sabacc. Ves cambiar las caras que te rodean. No me gusta. No me gusta esta gente. No me gusta Nereus, en especial.

Leia asintió vigorosamente.

—Es un burócrata imperial perfectamente normal. Luke, ¿qué más sentiste?

Su reacción ante ti...

Luke frunció el ceño.

—La previsible, puesto que no estaban advertidos. ¿Por qué?

Leia analizó sus sentimientos para encontrar las palabras adecuadas.

Luke fue el primero en encontrarlas.

—Vader te vuelve a obsesionar, ¿verdad?

Ella le apuntó con un dedo, dolida.

—No quiero saber nada de cualquier cosa relacionada con Vader.

—Yo soy producto de Vader, Leia...

La joven cerró los puños a sus costados.

—Entonces, déjame en paz.

Luke cerró la boca sin terminar la frase que ella temía: Y tú también.

Habría podido pronunciarla, pero herir con palabras no era su estilo. Leia ya se estaba arrepintiendo de su exabrupto. No era propio de ella perder los nervios con tanta facilidad.

—Oye —gritó Han—, arriba esos ánimos, princesa. Él sólo trataba de ayudar.

—¿Qué esperas de mí? —Leia se levantó de un salto y caminó hacia él—. ¿Que me lo tome con calma? ¿Que lo anuncie a Mon Mothma?

—Otra vez no —murmuró Han.

Leia plantó sus puños sobre las caderas. No sabía si amaba a aquel hombre, o si iba a matarle.

—¿Otra vez? —murmuró Luke.

—Escucha —dijo Han—, nadie va a revelar tu secreto. Ni siquiera Luke.

¿Verdad, Luke?

—Estamos de acuerdo. —Luke se encogió de hombros—. Durante un tiempo, al menos, nadie excepto nosotros sabrá que estás relacionada con quien sea.

Extendió una mano.

Leia la aferró. Han, de improviso, se acercó y cerró su mano alrededor de las otras dos.

Se oyó un rugido a su espalda. Una gigantesca pata peluda aterrizó sobre el hombro de Leia, mientras Chewie continuaba aullando y rugiendo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Leia a Han.

La otra pata de Chewie se posó sobre la cabeza de Han.

—Que somos su Familia de Honor. —Han intentó agacharse. El pelaje del antebrazo cosquilleó su cara—. Es la unidad básica de la sociedad wookie.

Es la mejor prueba de lealtad que jamás recibirás, Leia.

Esta vez, nada de sobrenombres, nada de bromas, sólo Leia.

Era la mejor prueba de lealtad que jamás recibiría de Han.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Hay trabajo que hacer. Aprovechemos cada momento, hasta que Luke se marche o nos convoquen a otra sesión.

Chewbacca gruñó. Luke dejó caer la mano y se acercó al centro de comunicaciones.

—De acuerdo. —Han se zafó de un copiloto—. También hemos de comprobar las reparaciones. Nuestro grupo ha establecido una base provisional en el espaciopuerto. Plataforma Doce. Es la de Chewie.

—Ah. —Luke ya estaba tecleando—. Ya he encontrado nuestros nuevos datos.

Erredós, ocúpate de buscar lo que no obtuviste de la nave teledirigida.

Erredós silbó alegremente.

—mantén los ojos abiertos, muchacho —dijo Han.

—¡Y ten cuidado! —exclamó Cetrespeó.

Una lanzadera de la Alianza recogió a Luke en el aeródromo del tejado. Una vez cargado Erredós en el compartimento posterior, Luke vio la ciudad pasar de largo bajo sus pies, aposentada en círculos concéntricos sobre aquella increíble veta rocosa blanca.

Temía que su propio estado de nervios hubiera irritado a Leia, pero aún no se había atrevido a contar nada a sus amigos. Sólo él conocía los desesperados sufrimientos de los humanos tecnificados, y por tanto, el peligro que arrastraban todos si Bakura caía. Si eso ocurría, los recursos (y la población) bakuranos ayudarían a los alienígenas a conquistar otro planeta, donde se reaprovisionarían de más androides de combate teledirigidos para conquistar otro y otro, una reacción en cadena que podría extenderse hasta los planetas del Núcleo.

Tal vez tenían la intención de exterminar a toda la humanidad, o fundar planetas prisión para criar poblaciones. No le sorprendería averiguar que contaban con otros tipos de androides que funcionaban con energía humana.

Ni él, ni Thanas, ni siquiera Nereus podían estar seguros de que se enfrentaban a toda la flota ssi-ruuvi.

Teniendo en cuenta la enormidad de la crisis, no tendría que haberse dejado distraer por la senadora Gaeriel Captison.

No obstante, las sensaciones que había experimentado cuando su presencia respondió al sondeo aún le producían cosquilleos. Antes de su repentina alteración, por supuesto. Jamás había experimentado un cambio tan radical de la atracción al desagrado. Ahora tenía que hablar con ella. Si se oponía a los Jedi con tal vehemencia, podría arruinar las negociaciones de Leia. Prefería su honrada oposición que ser ignorado. En principio, al menos.

Antes de que Luke se sintiera preparado, la lanzadera aterrizó en el borde de la oscura superficie artificial donde habían instalado a la guarnición.

El nervioso piloto de la Alianza ayudó a Luke en la descarga de Erredós, y luego se alejó hacia el norte, en dirección al espaciopuerto. Luke contempló el perímetro de la guarnición. Tras una verja de alto voltaje, los milicianos paseaban por pasillos elevados que comunicaban enormes torres de

observación. Un campo de fuerza destellante bloqueaba la entrada situada entre las torres de guardia. Patrulleros androides convergieron sobre él desde tres direcciones distintas.

Esto era el Imperio, no cabía duda. Luke avanzó con audacia hacia la puerta.

—Vamos, Erredós.

Un par de milicianos navales salieron de detrás de una caseta. El campo de fuerza se desactivó.

—¿Comandante Skywalker? —preguntó un miliciano, con la mano sobre su desintegrador.

Vengo en son de paz. Luke juntó las palmas frente a su pecho.

—Vengo a hablar con el comandante Thanas.

—¿Y el androide?

—Almacén de información.

El miliciano lanzó una breve carcajada.

—Espionaje.

—Creo que proporcionaré más información al comandante Thanas de la que obtendré a cambio.

—Espere aquí.

El miliciano desapareció en el interior de la caseta.

Luke miró a través de la valla. Un explorador caminante AT—ST pasó no muy lejos, como una enorme cabeza metálica gris con patas. La guarnición principal se alzaba al otro lado de una amplia zona despejada. Debía de ser «corriente», pero desde cerca parecía inmensa. Luke calculó que tendría ocho pisos de altura. Tórrelas de turboláseres brillaban en cada nivel superior, como guardianes de un gigantesco castillo. Desde aquel ángulo, divisó dos grandes rampas de lanzamiento que apuntaban al cielo.

El número de cazas TIE almacenados en su interior era un misterio. No habría osado acercarse a este lugar con un escuadrón de cazas X. Solo, era más seguro. Eso esperaba, al menos.

El miliciano regresó con un cepo Propietario y un disco repulsor con aletas laterales gemelas.

—El androide entrará con el disco cerrado —dijo—. Puede llevar su Propietario personal, pero cualquier reactivación no autorizada será considerada un acto de hostilidad.

Erredós lanzó un pitido nervioso.

—No pasa nada —dijo Luke—. Tranquilo.

Dejó que el miliciano desactivara el principal convertidor de energía de Erredós. Una vez sujeto el silencioso androide al disco repulsor, Luke comprobó los cierres para asegurarse de que su amigo metálico no se caería. Tocó su Propietario, que colgaba junto a la espada de luz. También le recordó su sueño de Endor.

En cualquier caso, nunca le habían gustado los cepos. Era probable que el personal del gobernador Nereus también tuviera Propietarios, que les permitieran controlar a Erredós y Cetrespeó pese a la programación prioritaria de los androides.

—Sígame —dijo el miliciano.

Le condujo a un esquife abierto. Luke ocupó un asiento del medio y enganchó el cable de remolque del disco repulsor a un costado. Volaron sobre la base. La superficie, que le había parecido muy oscura cuando llegó, parecía ahora permacreta llana de color gris oscuro. *Pero cuenta con que la burocracia imperial cubrirá cualquier cosa natural.*

La lanzadera atravesó unas enormes puertas situadas entre un par de monstruosas torres de vigilancia, y entró en una rada para vehículos impregnada de los olores militares habituales a combustibles y maquinaria.

Los milicianos aparcaron el esquife en una cubierta para bicicletas de alta velocidad, invadida por técnicos de mantenimiento. Luke experimentó una gran curiosidad. *Lo siento, no soy un prisionero. Todavía no.* Mientras soltaba a Erredós, la curiosidad se convirtió en hostilidad. Levantó un dedo y lanzó una línea de Fuerza. Algo cayó desde un lado de la cubierta.

Los técnicos se precipitaron hacia el ruido. Luke, olvidado, pasó entre ellos, detrás del miliciano que manejaba el disco repulsor de Erredós. Se internaron por un estrecho pasillo de paredes desnudas que ascendía hasta un techo más estrecho, y entraron en un turboascensor. El estómago de Luke protestó cuando el ascensor subió.

Salieron a otro nivel, al final de un pasillo largo y recto. Casi todo era gris (las paredes, el techo, el suelo, los muebles, las caras), de modo que los contrastes se notaban al instante. Un oficial uniformado de negro corría de una puerta a otra. Había milicianos apostados ante cada puerta, con armaduras blancas. Luke pasó de largo, con la vista clavada en el frente, pero sus sentidos Jedi atentos a todo cuanto le rodeaba y la mano cerca de la espada.

En una zona de recepción circular, Luke divisó a un hombre que se acercaba desde el otro extremo de un pasillo. Su postura erecta y andar sereno le delataron. El rostro enjuto y el ralo cabello rizado confirmaron la suposición de Luke, que se adelantó a saludarle.

—Comandante Thanas.

—Comandante Skywalker. —Thanas le miró desde lo alto de su nariz aguileña—. Sígame, por favor.

Giró sobre sus talones y volvió sobre sus pasos. Alto y flaco, proyectaba una seguridad en sí mismo absoluta que puso sobre aviso a Luke de los ojos imperiales que les rodeaban, por si necesitaba algún aviso. Luke contó las armas visibles en el pasillo, mientras guiaba el disco repulsor.

Al final del pasillo, Thanas entró en un despacho, seguido por Luke. Los muebles eran sencillos, salvo por el curioso suelo, que recordaba espeso musgo. Parecía un lugar consagrado a asuntos serios, pero no al placer.

Incluso las paredes grises estaban desprovistas de adornos o recuerdos, como si Thanas careciera de pasado. Luke sólo distinguió un teclado empotrado en el sencillo escritorio rectangular.

—Siéntese. —Thanas indicó una silla repulsora. Luke tomó asiento, dejando desconectado a Erredós. Thanas señaló una servounidad—. ¿Le apetece algo de beber? El licor local es asombrosamente bueno.

Luke vaciló. Aunque no estuviera drogado, sería lo bastante fuerte para enturbiar su cabeza. En cualquier caso, no le apetecía.

—No, gracias.

Thanas se sentó sin servirse una copa. Enlazó las manos sobre la mesa.

—Le confesaré, Skywalker, que no esperaba que viniera. Pensaba que me propondría otro lugar de encuentro.

Luke se encogió de hombros.

—Éste me pareció práctico.

Escudriñó el estado de ánimo de Thanas. Vigilante, con una pizca de admiración, suspicaz, pero carente de doblez; confiado de momento, con un fondo bondadoso tangible.

—Es cierto. —Thanas tocó un panel de su escritorio. Antenas proyectoras retráctiles asomaron sobre la superficie. Sobre ellas apareció un globo verdeazulado grande—. ¿Echamos un vistazo a la batalla que ustedes interrumpieron con tanta audacia?

—Me parece excelente. ¿Puedo?

Luke indicó el cepo Propietario de Erredós.

—Se lo ruego.

Luke activó al androide. La cúpula de Erredós giró una vez y luego se detuvo, con el fotorreceptor azul encarado al holograma de Thanas.

La batalla había empezado con un ataque relámpago de toda la línea ssi-ruuvi. Como Luke había intuido, se trataba del empujón final a un adversario debilitado, paso previo a la invasión del planeta. Sus fuerzas habían llegado justo a tiempo.

—¿Puedo verlo de nuevo? —preguntó Luke, cuando los puntos azules imperiales se reagruparon para contraatacar.

Thanas se encogió de hombros y rebobinó unos segundos la grabación.

—¿Es una maniobra normal? —preguntó Luke.

Thanas juntó los dedos.

—Discúlpeme si declino contestar.

Luke asintió y archivó mentalmente la maniobra en el apartado Máxima Seguridad.

—Dígame —habló Thanas—, ¿los analizadores de mis fuerzas se han equivocado, o sus pilotos llegaron a la batalla con un carguero espacial?

Luke sonrió. No iba a revelarle lo que ignoraba acerca del *Halcón*.

—Debo recordarle que gran parte del apoyo que recibe la Alianza procede de los límites de la legalidad.

—¿Contrabandistas?

Luke se encogió de hombros.

—Probablemente modificados más allá de las normas legales.

—El equipo imperial robado se cotiza mucho.

—Sólo después de preguntarle, comprendí las implicaciones de que su nave insignia poseyera equipo holográfico.

Basta de aquel tema.

—¿Es consciente de lo que está en juego? —Luke refirió sus conclusiones sobre las intenciones de los *ssi-ruuk*—. ¿Por qué se puso en contacto con ellos el emperador?

Thanas se rascó el cuello, aparentando indiferencia, pero las arrugas producidas por la tensión que rodeaban sus ojos se oscurecieron.

—Aunque lo supiera, no podría decírselo.

—Pero no lo sabe.

Thanas se limitó a sostener su mirada. Si la tregua se prolongaba, sería delicada.

—Hemos de hablar sobre la actual situación táctica —sugirió Luke—. Según mis datos, entre ambos bandos contamos con dos cruceros, siete cañoneras de mediano tamaño y unos cuarenta cazas monoplazas, de los cuales, dos tercios están desplegados en la red defensiva, y un tercio sometido a reparaciones. ¿Estoy en lo cierto?

Thanas dedicó a Luke un fruncimiento de labios irónico.

—Excelentes datos. Ustedes también tienen un carguero bastante irregular.

—En efecto. —Luke se removió en la silla—. ¿Han tenido oportunidad de contar las fuerzas de los *ssi-ruuk*?

Thanas asintió.

—Dentro del sistema, tres cruceros. Dos naves de tamaño mediano que se mantienen rezagadas, de momento, cerca de la órbita del planeta Cuatro; suponemos que se trata de naves de asalto planetarias. Unos quince cazas grandes o pequeñas naves de escolta, justo fuera de la red defensiva. Pero nadie sabe cuántos cazas pequeños tienen, o qué crucero los transporta.

Quizá todos van llenos.

En síntesis, la situación era mala.

—¿De dónde sacan la información? —preguntó Luke, intrigado por lo que Thanas podía contarle sobre la inteligencia interna del sistema.

Thanas enarcó una ceja.

—Las fuentes habituales. ¿De dónde la sacan ustedes?

—Manteniendo los ojos abiertos.

El diálogo siguió punteado por más callejones sin salida frustrantes, pero cuando Luke se levantó, dos horas más tarde, se había hecho una idea mejor de la situación táctica, conocía datos precisos sobre las trayectorias orbitales de la red defensiva, y otros detalles diversos almacenados en su mente y en los bancos de memoria de Erredós.

—Comandante Skywalker —dijo Thanas con suavidad—, me pregunto si sería tan amable de hacerme una demostración con esa espada de luz. He oído hablar de ellas.

—Creo que no —respondió con educación Luke—. No quiero alarmar a sus milicianos.

—No se alarmarán. —Thanas tocó otra tecla del escritorio. La puerta se abrió. Dos milicianos provistos de armaduras blancas entraron—. Me gustaría que su androide astromec se quedara aquí. Vosotros dos, lleváoslo.

—Prefiero que Erredós se quede conmigo.

Luke no pensaba que la amenaza de Thanas fuera en serio, pero desenganchó, alzó y activó la espada con un solo movimiento. Pese a su predisposición a hablar, Thanas pensaba como un imperial. Quería una demostración. La tendría.

Los milicianos hicieron fuego milisegundos después. Luke rechazó los rayos. Diminutas llamas se apagaron en los paneles grises de Thanas.

—Alto el fuego. —Thanas levantó una mano—. Marchaos.

Los milicianos salieron.

—No lo entiendo. —Luke estaba alerta y conservaba la espada encendida—.

Podía haber perdido a dos de sus hombres.

Thanas contempló la zumbante espada verde.

—Estaba seguro de que no les mataría. Tendría que haberle encarcelado, en ese caso. Me pregunto si habría intentado huir a través de toda la guarnición.

Luke proyectó su foco de control.

—En caso necesario, lo habría hecho.

Percibió un rastro de diversión en el hombre. Tal vez Thanas era hostil más por costumbre profesional que por auténtica fe en el Imperio, pero Luke no confiaba todavía en él. Apagó la espada.

—Necesito examinar los daños que han sufrido las naves de mis fuerzas, comandante.

Thanas asintió.

—Puede irse. Y llévese a su androide.

Luke encajó los pulgares en su cinto.

—Mi lanzadera volvió al complejo Bakur. Le agradecería que me trasladaran a la Plataforma Doce del espaciopuerto.

Thanas vaciló un segundo, y luego sonrió.

—De acuerdo.

Si Thanas pretendía impedir que Luke y su grupo abandonaran Bakura, gozaba de numerosas posibilidades.

Un noncom condujo a Luke en un aparato repulsor. Todas sus preocupaciones habían regresado. El día estaba resultando muy largo, en efecto. Hizo una lista mental de deberes: llamar a Leia e informarla de que había salido de la guarnición sano y salvo, comprobar que el *Halcón* continuara ileso, comprobar que los cazas habían pasado la revisión y los pilotos estaban descansando...

De pronto, Luke se dio cuenta de que no había pensado en aquella fascinante senadora bakurana desde hacía más de una hora. Intentó apartar de nuevo su imagen, y borrar de su recuerdo la forma en que el aura de su Fuerza había activado la suya. Olvidar no era tan fácil, rodeado de imperiales. No eran el momento ni el lugar apropiados para dejar que deseos personales le distrajeran.

Sin embargo, tampoco la primera Estrella de la Muerte había sido el lugar apropiado para el romance, ni tampoco el momento, y su amor desesperado por Leia había desencadenado una cadena imparable de acontecimientos. Si al menos fuera preciso rescatar a Gaeriel Captison...

Poco después de que la lanzadera de Skywalker abandonara la guarnición, Pter Thanas dejó de dar golpecitos sobre su escritorio con una navaja adornada con perlas de Alzoc. Había seguido el rastro del carguero ilegal hasta la Plataforma 12 del espaciopuerto civil. Información importante, pero no vital, todavía.

Desplegó una hoja de la navaja y la balanceó sobre su dedo índice. Jamás habría admitido ante el joven Skywalker lo mucho que ansiaba ver en acción una espada de luz. Cuando Vader y el emperador habían exterminado a los Jedi, había perdido toda esperanza. Era fascinante la manera en que desviaban los rayos láser. Su eficacia en un combate sería limitada, pero su apariencia era muy atractiva.

Al igual que su joven usuario. Ahora, comprendía por qué era tan alta la recompensa por su captura.

Thanas imaginó qué podría hacer con tanto créditos. Había sido transferido a aquella ratonera después de negarse a arrasar una aldea de recalcitrantes mineros esclavos talz en Alzoc III.

No intentaba jugar a ser un héroe... Se había limitado a aumentar la ración alimenticia de sus mineros. La mayoría de los seres sensatos trabajaban más duro cuanto mejor alimentados, y los almacenes estaban llenos. Sin que él lo supiera, los peludos talz de cuatro ojos le consideraban su benefactor. Un día, en una de las minas, se había acercado demasiado al borde de un pozo. Tres talz se lanzaron a salvarle. Les debía la vida.

Seis meses después, un coronel con más codicia que sentido común volvió a reducir la ración alimenticia. El cabecilla talz formuló una cautelosa protesta verbal. El coronel ordenó que su aldea fuera arrasada para dar ejemplo. Thanas hizo caso omiso de la orden. El coronel envió milicianos, y después ordenó a Thanas que subiera a su nave, «pendiente de nuevo destino».

Thanas sonrió con amargura. Le habían dicho que podía considerarse afortunado. Si hubiera actuado de aquella manera delante de lord Vader, habría muerto por asfixia. En cambio, estaba sentado en Bakura, aislado, con una paga miserable y pocas esperanzas de ser trasladado a los planetas del Núcleo.

Pensó de nuevo en aquella recompensa... y en la jubilación anticipada.

Acarició el mango de perlas iridiscentes. Podría casarse otra vez y vivir plácidamente en algún planeta no alineado. La recompensa por Skywalker le tentaba, pero si alguien reclamaba en Bakura aquellos créditos, sería el gobernador Wilek Nereus.

Thanas frunció el ceño, dobló la navaja y la dejó caer en su bolsillo. No tendría jubilación anticipada. Había sido incapaz de repeler a los alienígenas invasores sin refuerzos... de la Alianza Rebelde. Jamás abandonaría Bakura.

Leia borró el mensaje de Luke de la pantalla y pasó a los datos siguientes. Le habría sido útil una memoria fotográfica. Tardaría semanas en absorber tantos datos. Ya había averiguado por mediación de Erredós que Bakura poseía tecnología de nivel informático, fabricación y exportación de bobinas repulsoras (gracias a ingentes depósitos minerales en las montañas situadas al norte de Salis D'aar) y árboles namana, una variedad tropical que proporcionaba sorprendentes márgenes de beneficios. Una nueva información consistía en que los descendientes del primer capitán de la nave perteneciente a la Corporación Bakurana siempre habían sido jefes de gobierno. Y también, que el senado, y no el populacho, elegía a los senadores que sustituían a los que fallecían o dimitían.

Ahora, reflexionó, era el órgano que aprobaba la política del gobernador imperial Wilek Nereus. Le habría gustado entrevistar en privado a algunos ciudadanos y averiguar el grado de los sentimientos anti—Imperio que los rebeldes podían aprovechar.

Bostezó, extendió los brazos y abatió su silla repulsora. Los pies de Han se veían por la puerta de su dormitorio. La suite tenía cuatro habitaciones privadas, dos con ventanas y dos con murales de tiempo real.

Si Han había caído dormido en el suelo, harto de estudiar los datos de Erredós, le daba igual.

Contemplar tan sólo aquella ínfima parte de su cuerpo aumentó su tensión sanguínea. Menuda jeta, insinuar que quería coquetear con un imperial ex alderaaniano. Un renegado, un colaboracionista.

No oía a Chewbacca. Cetrespeó debía seguir donde le había dejado, enchufado en el centro de comunicaciones principal, cerca de la puerta, y Luke...

En cuanto Luke se hubo marchado, recobró un poco la calma. No debía enfurecerse por el hecho de que Vader fuera su padre. Ni siquiera Han había formulado algún comentario irónico cuando ella se tragó la humillación en Endor y le habló de Vader. No había dicho nada, sólo la había abrazado. Pese a todos los problemas que Vader le había causado (enviar a la peor escoria de la galaxia en su persecución, utilizarle como conejillo de Indias para probar una unidad de congelación de carbono, dejar como un colador su amada nave con cañones láser de los cazas TIE), Han no iba a guardar rencor a Leia o Luke. Mientras se mantuviera alejada de cosas y personas que la recordaran a Vader o a la Fuerza, se sentiría bien.

Escasas posibilidades, en este viaje. *Contrólate,* se ordenó.

—¿Ama Leia? —llamó Cetrespeó.

La princesa caminó hacia la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Un mensaje para usted del primer ministro Captison.

—Pásalo a la terminal de mi dormitorio.

Corrió hacia el equipo tridimensional. La puerta se cerró sobre un canal sin fricción. Jamás había visto tantos minirrepulsores.

Leia se sentó. Habría reconocido la imagen sin necesidad de que Cetrespeó la anunciara. Recobró la compostura y le saludó con respeto.

—Espero que el senado haya votado a favor nuestro, primer ministro.

El hombre sonrió con la triste y autoritaria dignidad que tanto le recordaba a Bail Organa.

—Aún no hemos llegado a ninguna conclusión —contestó—. Espero que usted y su grupo se encuentren cómodos.

—Ha sido un placer hablar tanto rato con ustedes, pero creo que nos costará más convencer a los militares imperiales de que hemos venido a trabajar, y luego volveremos a casa.

—Alteza. —El tono del primer ministro indicaba un suave reproche—. No han venido por ese motivo, ¿verdad? —Captison levantó una mano—. Da igual.

Nuestro pueblo necesita una distracción. Desde hace una semana, lo único que ocupa sus mentes son los *ssi-ruuk*.

—Lo comprendo —murmuró Leia—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor primer ministro?

—Usted, y su grupo, podrían reunirse conmigo en mi casa esta noche. La cena será servida a las diecinueve cero cero.

Leia ardía en deseos de acostarse y dormir, pero...

—Será un placer —contestó. También podía ser una maravillosa distracción, una auténtica ruptura —. Acepto, en nombre del general Solo y el comandante Skywalker.

¿Y Chewie?, pensó de repente. No encajaría, teniendo en cuenta lo que esta gente sentía hacia los alienígenas. Bien, esperaba que lograría explicárselo. Quizá podría dormir.

—Muchas gracias.

—Les enviaré una escolta poco después de las dieciocho treinta. Oh —añadió—, también he invitado al gobernador Nereus. Es una oportunidad de establecer contacto fuera de los márgenes oficiales.

Eso la mantendría despierta. Garantizado.

—Un gran detalle, señor primer ministro. Gracias.

Leia cortó la comunicación. Era la oportunidad perfecta. Había llegado el momento de interrogar a los imperiales sobre lo que opinaban acerca de las intenciones del emperador Palpatine, cuando había llamado a los *ssi-ruuk*.

Esperaba que Luke volviera del espaciopuerto a tiempo de acicalarse.

Esperaba que Luke volviera, punto.

9

Cuando Dev terminó de raspar repugnantes coágulos de comida mezclada, había transcurrido una hora. Debía presentarse ante el Anciano Sh'tk'ith (Escama Azul) antes de su baño de mediociclo. No era que deseara una renovación, pero si Escama Azul pensaba que Dev le rehuía, investigaría a fondo. Escama Azul era increíblemente sensible a los cambios en el olor de Dev. Además, el anciano tenía talento para el control hipnótico, aunque era tan ciego a la Fuerza como los demás. Dev debería ser capaz de oponerle resistencia, porque la hipnosis no era nada comparada con el poder de la Fuerza.

Pero no podía controlarla bien, y no tenía a nadie que le enseñara.

Dev había sentido la presencia de alguien de su propia especie. ¿Y si era un auténtico Jedi? Los *ssi-ruuk* estarían muy interesados, pero Dev no quería que Escama Azul lo supiera todavía.

Por otra parte, quizá no sería tan malo. Buscarían al otro, y Dev tendría un amigo humano...

No, el Extraño poseía una Fuerza superior, un concepto que su madre le había inculcado mucho antes del fatídico día de la invasión. Dev evadiría la atención de su amo. No obstante, al final le tecnificarían. Avanzó por el amplio pasillo a paso ligero. Se cruzó con muchos *ssi-ruuk* que caminaban en ambas direcciones, con sus enormes cabezas colgando.

Por otra parte (caminó más despacio), quizá intentaran tecnificar al Extraño. Los humanos chillaban en la silla de tecnificación. Alguien tan poderoso en la Fuerza tal vez mataría a Dev en su agonía.

No, no. Sólo el cuerpo experimentaba dolor.

Pero ¿y si era un Jedi bien adiestrado?

Dev se zambulló en un turboascensor y corrió hacia el puesto de trabajo de Escama Azul, en la cubierta de los androides de combate. No estaba allí.

Varios trabajadores p'w'eck, pequeños y morenos, estaban inclinados sobre pirámides erizadas de antenas, recuperadas por los haces de arrastre. El grupo estaba compuesto por jóvenes, de cola corta y ágiles movimientos. En cuanto terminaran de reparar aquellos androides, éstos estarían preparados para el próximo contingente de prisioneros que serían tecnificados.

Dev les observó unos instantes. Todos los p'w'ecks trabajaban sin expresar la menor satisfacción. Aquella raza de criados cortos de entendederas sólo se parecían superficialmente a sus brillantes y musculosos amos. Los ojos embotados y la piel fláccida demostraban que incluso los p'w'ecks jóvenes no se molestaban en comer bien. En comparación, los androides de combate relucían.

Subió al puente y envió a uno de los androides de seguridad cilíndricos último modelo en busca de Escama Azul. Esperó fuera. Una red conductora rodeaba el puente, lo bastante fuerte para estabilizar la gravedad y repeler oleadas de energía durante la batalla. Podía recargarse, como un reactor, y un impacto directo lanzado por una nave grande sobrecargaría la red y convertiría el puente en una trampa mortal. El almirante Ivpikkis se encargaba de que ninguna nave hostil se acercara al *Shriwirr*.

El androide no encontró a Escama Azul. Dev, cada vez más ansioso, fue a buscarle en la sala de tecnificación del maestro Firwirrung.

Escama Azul se encontraba en el pasillo, dando órdenes a un grupo de p'w'ecks. Dev se mantuvo a una distancia respetuosa. En cuanto los p'w'ecks se dispersaron, se acercó.

—Me ordenaste presentarme ante ti, Anciano.

Escama Azul abrió una escotilla.

—Entra.

Una vez en el interior, Dev paseó la vista a su alrededor. No era el centro de trabajo habitual de Escama Azul En un rincón, barandillas altas hasta la rodilla y la cintura rodeaban una zona hundida de un metro cuadrado. Un portal estaba abierto. Cuando Escama Azul la cerró, quedó convertida en un recinto. Casi parecía una jaula construida para albergar a un p'w'eck. A veces, les aislaban como medida de disciplina. Nunca lo había visto. Le invadió el pánico.

—¿Ahí?

—Sí.

Escama Azul se deslizó hasta una mesa pequeña. Incapaz de hacer otra cosa, Dev entró en el recinto.

Por lo general, las renovaciones a que le sometía Escama Azul empezaban con una invitación a tenderse sobre la cubierta. Al menos, no parecía que fuera a ser disciplinado..., de momento.

—¿Qué deseas? —silbó inquieto Dev—. ¿Qué puedo hacer para complacerte?

—Hablar conmigo. —Escama Azul depositó su masa reluciente junto a Dev—.

¿Cómo va tu proyecto?

Dev, complacido por la atención que le prestaba el anciano, descargó su peso sobre la barandilla superior.

—Va muy bien. Mi último esfuerzo es la traducción del anuncio que transmitimos a Bakura, hace unas semanas...

—Basta.

Escama Azul acercó su enorme cabeza a Dev y le escrutó con un ojo.

Dev le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Eres humano —dijo Escama Azul—. Piensa por un momento en lo que eso significa.

Dev se subió una manga y contempló su brazo suave y cubierto de vello.

—Significa... inferior.

—¿Estás seguro?

Dev, confuso, cerró los ojos. Desde las profundidades de su ser, liberó algo controlado, reprimido, apestoso, detestable y...

El inmenso lagarto se acercó más. Dev aulló y golpeó su extremidad delantera.

r—Más fuerte —dijo el alienígena—. Puedes hacerlo mejor, canijo.

Dev apretó los dientes y hundió los puños en la extremidad.

—Vosotros matasteis mi planeta. A mis padres, a mi pueblo. Todos desaparecidos, absorbidos, asesinados, mutilados...

Enmudeció, sollozante.

—¿Ningún motivo nuevo de irritación?

Dev levantó los puños a la altura de su pecho. ¿Qué estaba haciendo aquel lagarto, extrayéndole información? Esta vez, no la obtendría.

El Anciano se acercó aún más. Un hedor a lagarto inundó las fosas nasales de Dev.

—Sé que te gustaría vaciarme este ojo.

Dev contempló el ojo. Dio la impresión de que aumentaba de tamaño y le rodeaba de negrura. Le absorbió. Se precipitó en sus profundidades, aferró los bordes resbaladizos de la libertad.

Se tambaleó.

Horrorizado, cayó aovillado sobre las frías losas grises de la cubierta.

Había ofendido a Escama Azul. Su suerte estaba echada.

—Dev —dijo en voz baja Escama Azul—, no deberías decir esas cosas.

—Lo sé —dijo, afligido.

Escama Azul emitió un suave ronroneo gutural.

—Nos debes todo.

¿Cómo había podido pensar lo contrario?

—Dev —silbó Escama Azul.

El joven levantó la vista.

—Te perdonamos.

Exhaló un profundo suspiro y se puso de rodillas, sin soltar la barandilla inferior del recinto.

—Toma, Dev.

Escama Azul sostenía un hipovaporizador. Dev, agradecido, hundió su hombro en otro aguijón. Su vergüenza se disipó como por arte de magia.

—Te irrité a propósito, Dev. Para demostrarte lo cerca que está de la superficie tu mal carácter. Jamás debes demostrar irritación.

—No lo haré más. Gracias. Lo siento.

—¿Qué te ha perturbado tanto esta tarde, Dev?

Recordaba vagamente que había confiado en no revelarlo, pero no recordaba por qué. Los *ssi-ruuk* le protegían y atendían a todas sus necesidades. Le proporcionaban placer, incluso cuando no lo merecía.

—Fue extraordinario —empezó—. La sensación de otro usuario de la Fuerza, muy cercana.

—¿Usuario de la Fuerza? —repitió Escama Azul.

—Alguien como yo. No es que me sienta solitario, pero los iguales se buscan. Ojalá pudiera localizarle, pero sospecho que es un enemigo de la flota, porque llegó con los nuevos. Me entristeció.

—¿Un enemigo? ¿Es macho?

Dev alzó la cabeza, con un esfuerzo y sonrió a Escama Azul. Hubiera lo que hubiese en el hipo vaporizador, le estaba dando tanto sueño que apenas podía moverse.

—Quizá soñaré con él —murmuró, y se soltó de la barandilla.

Gaeriel descansaba en el aire, sobre una cama repulsora circular. Una colcha de piel trenzada la envolvía de los hombros a las rodillas. La cama flotaba sobre una alfombra algo desteñida. La casa de Yeorg y Tiree Captison era una de las mejores de Bakura, según le habían contado, pero a medida que aumentaban los impuestos imperiales, hasta el primer ministro se veía obligado a aplazar reparaciones y sustituciones. El nuevo sueldo de Gaeri ayudaba a pagar el mantenimiento. No le importaba «lo más elegante», pero sí le importaban tío Yeorg y tía Tiree.

Hacía meses que no necesitaba descansar después de la sobremesa, y la siesta había sido inútil. Había despertado sobresaltada, y la cama repulsora había contribuido a acentuar su terror. El Jedi

Luke Skywalker había aparecido en un sueño inquietante, flotando sobre su cabeza en un campo repulsor generado por sus poderes Jedi. Antes de que pudiera despertarse, la piel y el cabello de Skywalker se habían ennegrecido, para transformarse en el enviado de los ssi-ruuvi, Dev Sibwarra. Este descendió hacia el campo repulsor, atravesó la colcha, succionó vida de su ser...

Frustrada, se desembarazó de la colcha y pulsó un control mural. La Orquesta Sinfónica Imperial interpretó una melodía relajante alrededor y dentro de sus oídos. Había regresado de Centro fascinada por la última tecnología sonora imperial, un sistema de música hidrodinámico. Como regalo de graduación, tío Yeorg había encargado un sistema empotrado en las paredes de su habitación. Cada superficie, incluida la larga ventana, funcionaba como un enorme altavoz. Un fluido que circulaba lentamente entre los paneles transportaba y amplificaba el sonido. Los obreros habían transformado su habitación larga y rectangular en un óvalo, con el fin de obtener una acústica mejor.

Sin embargo, Wilek Nereus poseía los únicos catálogos en disco duro adecuados al sistema. Grabaciones de datos, literarias y musicales tenían que pasar por su despacho. Hasta el momento, todos los tratos con ella podían justificarse como «patrocinio», pero Wilek Nereus no hacía nada gratis.

Las armonías adoptaron un ritmo más lento y metales apagados iniciaron una melodía. Quizá Bakura tendría posibilidades mejores de repeler la invasión con los refuerzos rebeldes. De pronto, recordó la forma en que se había sentido atraída hacia el Jedi Skywalker antes de saber quién era. De haber sido diez años más joven, reflexionó mientras se daba la vuelta en el campo repulsor, habría deseado que fuera otra cosa, y que se quedara una temporada..., o poder retroceder en el tiempo y olvidar lo que sabía.

Pero la Rueda Cósmica sólo rodaba hacia adelante, creaba tensión y la equilibraba, creaba y equilibraba.

Sonó un timbre. Gaeriel se incorporó cuando la puerta se deslizó un lado.

Tía Tiree entró, muy elegante con su túnica azul de ejecutivo y un collar de torc dorado.

—¿Te encuentras mejor, Gaeriel? ¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?

Se sintió obligada a decir la verdad.

—Sí, gracias.

—Estupendo. Tenemos invitados a cenar. Es muy importante. Ponte guapa.

—¿Quién viene?

Gaeriel cerró el sistema sonoro. Aquél no era el estilo de tía Tiree. Por lo general, utilizaba el interfono o enviaba un criado.

Tiree estaba tan inmóvil como un maniquí. Al igual que tío Yeorg, había servido a Bakura durante treinta años normales. Su aplomo se había convertido en una marca de fábrica.

—La Alianza Rebelde y el gobernador Nereus necesitan hablar en terreno neutral. Nuestro deber es proporcionarles la oportunidad.

—Oh.

Maldición. ¿Los rebeldes y Nereus? Por segunda vez en diez minutos, Gaeriel deseó tener diez años menos. Habría sido capaz de suplicarlo.

—Contamos contigo para que nos ayudes a—evitar las discusiones, querida.

Había venido a darle la noticia en persona para que Gaeri comprendiera su importancia. Bakura necesitaba la ayuda rebelde para rechazar a los *ssi-ruuk*, pero desairar al gobernador Nereus podría provocar nuevas purgas.

—Comprendo. —Pasó las piernas por encima de la cama. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su último paseo descalza por el Parque de las Estatuas?—.

Bajaré. Vestida.

Ante su sorpresa, tía Tiree se sentó a su lado, sobre la cama repulsora.

—La atención que te presta Nereus nos tiene preocupados, querida —dijo, en tono sereno y confidencial—. Aún no ha hecho gran cosa, que nosotros sepamos, pero éste es el momento de pararle los pies.

—Estoy de acuerdo —contestó Gaeri, aliviada al oír las palabras de su tía.

—Te sentaré con la princesa Leia Organa, a menos que algo estropee mis planes.

En otras palabras, a menos que tío Yeorg tuviera otra idea.

—Tal vez podrías invitar al senador Belden.

Una cara amiga más, y una voz más serena, facilitarían el trabajo.

Gaeri bostezó y se tendió en la cama, pero sólo un momento. Bakura la necesitaba. Era una hija de la sociedad, vinculada al Imperio, a Bakura y a la familia Captison por sus obligaciones.

Pero no en aquel orden, y no quería vivir de ninguna otra manera. Ya era hora de volver al trabajo.

—Ya están aquí, Luke.

—¡Voy!

Luke hundió la cabeza bajo el chorro de agua y se frotó con vigor.

Mientras ayudaba a ajustar las abrazaderas de un motor, había rozado el borde de una ducha lubricante. ¿Es que el día no iba a terminar nunca?

Se dijo que debía dejar de protestar como Cetrespeó, pero había soñado con una ducha larga y relajante en una bañera pasada de moda. Después de crecer en el desierto de Tatooine, jamás se cansaría de la lluvia, o de una bañera llena de agua. Por desgracia, Leia había salido a recibirle en la puerta para comunicarle la invitación a cenar.

—Les daré largas.

Leia cerró el comunicador.

Luke se vistió de blanco a toda prisa, y después se reunió con Han y Leia en la habitación central. Leia, resplandeciente en un vestido largo rojo que dejaba un hombro al descubierto, y Han ataviado con un elegante uniforme negro satinado, con rebordes plateados de estilo militar. Luke se preguntó dónde, y en qué aventura anterior a la Alianza, había encontrado aquella indumentaria.

Después, Leia exhibió su mano derecha, oculta hasta entonces a su espalda.

Una pulsera maciza, hecha a base de largos zarcillos rizados, colgaba de su muñeca. Captaba la luz y la enviaba en todas direcciones.

La joven movió la cabeza de un lado a otro.

—El jefe Ewok me la regaló. Intenté negarme. Tienen tan pocos metales...

Era un tesoro de la tribu, sin duda, y de otro planeta. Pero insistieron.

Luke comprendió. A veces, se hacía preciso aceptar un regalo excesivo, so pena de ofender al que lo ofrecía.

Chewie, inmaculadamente cepillado de pies a cabeza, salió de la puerta situada al lado de Luke. Una mujer de edad incalculable que esperaba junto a la puerta principal retrocedió a toda prisa.

—Oh —exclamó—. Es un placer contar también con su... amigo.

Luke miró a Leia y a Han. Supuso que habrían discutido sobre la conveniencia de incluir a Chewbacca en la invitación. Han había ganado la batalla, evidentemente, pero estaba perdiendo la guerra, porque Leia, cuyo cabello se aplastaba contra el cráneo por delante, pero caía suelto por detrás hasta la mitad de la espalda, como un animal liberado, miraba a todas partes, excepto a Han. Éste no llevaba el desintegrador a la vista.

«Lo ha ocultado —supuso Luke—. Atuendo formal.»

—Vámonos. —Leia echó hacia atrás la cabeza—. Es tarde. Graba los mensajes que lleguen, Cetrespeó.

Su escolta les condujo hasta la planta baja, en lugar de al aeródromo del tejado. Un vehículo blanco repulsor cerrado les esperaba, ya en marcha, en un garaje de la autopista radial este. Subieron. El chofer estabilizó el peso del vehículo y partieron.

Luke miró a todas partes mientras el vehículo corría cerca del suelo. Un par de luces blanco azuladas brillantes flotaban en el aire sobre la esquina de la calle, que parecía ser del mismo tono blanco azulado. *Pero la piedra blanca reflejaría cualquier color*. En un punto situado entre torres altas, un torrente continuo de vehículos aéreos volaba en ángulos rectos a su avenida. Nada más pasar bajo ellos, la escolta torció a la izquierda por una avenida que se curvaba para seguir los círculos de la ciudad.

Luke estiró el cuello. Las luces de aquella zona eran cálidas y amarillas, no blanco azuladas, pero en aquel mismo momento la escolta se adentró en un corto camino que desembocaba en un pórtico flanqueado por columnas que brillaban tenuemente. Detrás del pórtico, Luke divisó un enorme edificio, construido de bloques de piedra blanca, más bajo que los rascacielos de Salis D'aar; una mansión particular enclavada en el centro de la ciudad, en un planeta donde los amontonamientos parecían ser la norma. Deseó poder escaparse durante la cena y ver cómo se las arreglaban para llenar tantas habitaciones.

Un hombre y una mujer vestidos con trajes de salto militares verde oscuro, tal vez reliquias de la Bakura pre—Imperial, abrieron las puertas del vehículo y se quedaron a un lado.

Luke salió el primero y paseó la vista a su alrededor. Todo parecía en orden. Cabeceó por encima del coche en dirección a Han. Para entonces, Leia y Chewbacca también habían salido.

—Ya han llegado —exclamó una voz femenina desde las columnas del porche—.

Bienvenidos.

Sintió el pánico de Leia. Llevó la mano hacia su espada y analizó el porche, al acecho de cualquier peligro posible.

El primer ministro Captison, ataviado con una túnica militar verde oscuro, surcada por galones dorados desde las charreteras hasta la faja de la cintura, se inclinó ante Leia.

—Mi esposa, Tiree —dijo.

Una figura adornada con lentejuelas y vestida de oscuro se acercó. La señora Captison llevaba una túnica negra provista de capucha, larga hasta el suelo, sembrada de diminutas cuentas como joyas, y no se parecía ni por asomo a Darth Vader..., pese a la capa negra.

—Tiree, te presento...

Leia saludó a la mujer, mientras se esforzaba visiblemente por calmar su pánico. Luke arrugó el entrecejo. Aquella preocupación por Vader estaba haciendo mella en la joven.

Las presentaciones de Captison dejaron claro que la presencia de Chewbacca le había pillado por sorpresa. Leia se recuperó y miró a Han, pero la señora Tiree Captison daba la impresión de estar complacida. Apoyó una mano sobre uno de los enormes brazos de Chewie y anunció:

—Entremos. Todo está a punto.

Leia hizo caso omiso de Han y cogió el brazo del primer ministro Captison.

Luke vio y notó que Han se encrespaba.

—Tranquilo —murmuró, mientras seguían a Leia—. Haz gala de tu encanto.

Han levantó la cabeza.

—Encanto —masculló—. Bien.

A ambos lados del pasillo interior corría otra hilera de relucientes columnas de lluvia, similares a las de la cámara del Senado y el exterior de la mansión, pero más estrechas. Detrás de las columnas, enredaderas florecidas cubrían las paredes de piedra blanca irregulares.

Leia se detuvo a tocar una columna de lluvia, y luego sonrió a Captison.

—No había visto una casa tan bonita desde que salí de Alderaan.

—Esta casa fue construida por el capitán Arden, fundador de la ciudad.

Espere a ver la mesa que mi abuelo añadió.

Enarcó una ceja blanca.

Luke obligó a Han a demorarse unos pasos.

—Sólo es política.

—Lo sé. No me gusta. Que me den una pelea justa.

Alcanzaron a Leia en la entrada a un comedor rodeado por árboles de

interior, cuyas ramas colgaban y se agitaban. Paredes de piedra cubiertas de enredadera circundaban los árboles, y en el centro divisó una mesa casi triangular, de bordes rectos para situar asientos de más.

Después bajó la vista. Agua verdeazulada ondulaba bajo el suelo transparente. Luces submarinas arrojaban móviles sombras de peces y, de vez en cuando, la de un ser parecido a una serpiente.

Por fin, en mitad de la mesa se erguía una cadena montañosa en miniatura, delicadamente tallada en algún mineral translúcido e iluminada desde dentro, como las columnas de lluvia. Diminutos ríos azules descendían por las laderas.

La costumbre intuitiva le recordó que debía sondear la sala en busca de intenciones hostiles. En mitad de la mesa, sintió...

Ella. O acaso existían dos mujeres en el planeta capaces de electrizarle sin tan siquiera verlas. Ya se había sentado, con la vista apartada de la puerta.

—Encantador —murmuró Leia.

La señora Captison miró hacia atrás.

—Gracias, querida.

Entró en la sala, se quitó la capa y la entregó a un criado que parecía caminar sobre el agua. Los árboles alineados a lo largo de las paredes alzaron las ramas, como si fueran brazos. Luke se

preguntó si los movimientos de la mujer o algún otro indicio les enviaban una señal, y si se trataba en realidad de árboles flexibles, algún tipo de animal primitivo, o artificiales.

Luke avanzó, arrastrado casi contra su voluntad. Los criados humanos se alejaron de la mesa (aún no había visto ni un solo androide), después de reordenar los asientos para acomodar a Chewbacca. Captison escoltó a Leia hasta una silla contigua a la suya, en un lado. La señora Captison ocupó la otra silla de aquel extremo. Un anciano que llevaba un vocoder en el pecho (Luke se dio cuenta de que era el senador Belden) ya se había sentado al lado de la mujer, en aquel rincón.

—A su lado, querido —dijo la señora Captison a Chewbacca.

Luke sonrió, pese a estar distraído. «Querido» no era una palabra que hubiera aplicado a un wookie. Chewbacca inclinó la cabeza y lanzó una suave carcajada. Le habían habilitado casi un lado entero de la mesa. No había sillas repulsoras. El ambiente era anticuado y formal.

—Buen trabajo el de ayer —dijo el anciano a Luke—. Permítame felicitarle.

Nos disponíamos a huir hacia las colinas cuando ustedes llegaron.

Han se sentó junto a Leia, en el segundo lugar de la esquina. A Luke sólo le quedó una silla, a la izquierda de aquel destello en la Fuerza. Se sentó, hizo acopio de serenidad y miró a su derecha.

Gaeriel Captison estaba sentada tan apartada de él como le era posible. Un chal dorado centelleante cubría sus esbeltos hombros, sobre un vestido verde oscuro.

—Nuestra sobrina Gaeriel, comandante —anunció el primer ministro—. No estoy seguro de que se la presentara en la cámara del senado. Demasiadas prisas.

—Tranquilo, tío Yeorg —dijo la mujer. Antes de que Luke pudiera saludarla, se volvió hacia Chewbacca—. Si prefiere sentarse al lado de su amigo, estaré encantada de cambiarle el sitio.

Luke sugirió subliminalmente a Chewie que se quedara donde estaba. El wookie resopló.

—Dice que le gusta su lugar —tradujo Han—. Vaya con cuidado, señora Captison. La amistad de los wookies dura toda la vida.

—Será un honor.

La mujer ajustó una triple ristra de joyas azules sobre su corpiño dorado.

Luke se juró no mirar en dirección a Gaeriel hasta que se hubiera solucionado el asunto del cambio de asientos. Cuando las conversaciones se generalizaron, volvió la cabeza hacia ella.

Sorprendido, se fijó con más atención. La senadora Gaeriel Captison tenía un ojo verde y otro gris. Los entornó.

—¿Cómo está, comandante Skywalker?

—Ha sido un día muy duro —contestó en voz baja.

Redujo la conciencia de la Fuerza para impedir que el sabor seductor de la presencia de la joven monopolizara su atención. La entrada de otro grupo le robó la oportunidad de seguir hablando. El gobernador Nereus, flanqueado por un par de milicianos uniformados de negro, se encaminó a la tercera esquina de la mesa y tomó asiento. Sus milicianos se pusieron firmes detrás de él al unísono, y luego adoptaron la posición de descanso.

Todo parecía horriblemente formal... y algo olía de maravilla. El estómago de Luke rugió, y se sintió más que nunca un chico de campo. «Fantástico —pensó—. Sólo me faltaría ponerme en ridículo delante de toda esta gente... y poner en un aprieto a Leia.» Ojalá le hubiera adiestrado en las funciones diplomáticas, como las cenas oficiales. Había una tregua en juego.

—Buenas noches, Captison. Alteza. General. Comandante. —El gobernador dirigió una sonrisa untuosa al otro extremo de la mesa—. Buenas noches, Gaeriel.

La llegada de la sopa hizo la respuesta innecesaria. Cuando Luke pudo hablar de nuevo, el senador Belden había entablado conversación con la señora Captison, Leia y el primer ministro (bien: Leia cultivaría a Belden y a los Captison). El gobernador Nereus se inclinó hacia atrás para que uno de sus guardaespaldas susurrara algo en su oído. Los ojos de Han no se apartaban de Leia.

Sólo la senadora Gaeriel Captison estaba libre para conversar. Luke respiró hondo; nada que perder, nada que ganar.

—Por lo visto, alberga ideas preconcebidas muy fuertes acerca de los Jedi.

Los misteriosos ojos de la joven parpadearon. Leves arrugas aparecieron en su frente.

—Esta mañana —se apresuró a continuar Luke—, en la cámara del senado, me esforcé en averiguar quién deseaba trabajar con la Alianza. No puedo negarlo.

—Soy una diplomática imperial experimentada, comandante. —Se llevó una servilleta de hilo a la boca y desvió la vista hacia Belden—. Es posible que algunos de los demás sean simpatizantes de la Rebelión. Y estén equivocados.

Necesitaba hablar con el senador Belden.

—Queremos ayudarles a luchar contra los *ssi-ruuk* —dijo con suavidad—. Esta mañana pasé dos horas en la guarnición, discutiendo de estrategia con el comandante Thanas. El ha aceptado nuestra presencia, temporalmente. ¿Usted no puede, ni por el bien de su pueblo?

—Agradecemos su ayuda a la Alianza.

Luke bajó la cuchara y ensayó un acercamiento directo.

—Quizá piense que puedo leer su mente, senadora Captison. Sólo puedo sentir sus emociones, y sólo cuando lo intento. La mayor parte del tiempo vivo como cualquiera de ustedes.

—No es eso —admitió la joven, pero Luke percibió que algo en su interior se serenaba. Jugueteó con un colgante esmaltado que pendía sobre su escote, sujeto a una cadenita de oro—. Tengo... dificultades religiosas con su especie.

Aquello le sentó como una patada en el estómago. Ben y Yoda le habían enseñado que la Fuerza abarcaba todas las religiones.

—¿Y la Alianza? —preguntó.

—Tiene razón. De momento, precisamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—Cerró su pequeña mano sobre la mesa—. Perdone si parezco desagradecida.

Los *ssi-ruuk* nos han aterrorizado, pero a la larga, aceptar su ayuda podría dar lugar a desagradables repercusiones.

—Como lo que ocurrió en Alderaan —dijo Luke en voz baja—. Comprendo. El Imperio gobierna mediante el miedo.

La joven contempló su plato de sopa. Luke proyectó la Fuerza y percibió una agitación, como si se esforzara en encontrar la respuesta adecuada.

—Lo siento —dijo Luke—. Perdone mis modales. No fui educado para diplomático.

—Qué alivio.

Gaeriel esbozó una sonrisa encantadora y sutil. Luke desplegó su autocontrol contra los vientos invisibles de la Fuerza y se zambulló en su presencia. Capas y capas: las profundidades vivientes

del bosque de Endor, el calor envolvente de una noche en la arenosa Tatooine, el hipnótico centelleo de las profundidades del espacio...

«¡Banalidades!», se recordó. Los criados trajeron el plato principal, compuesto por diminutos crustáceos verdes y verduras desconocidas, acompañadas por cuencos llenos de un cereal pardo azulado. Luke alabó las verduras, los ríos gemelos y los peces que nadaban bajo sus pies, y trató de felicitarla por su indumentaria. La joven se mostró cortés pero distante, hasta que Luke preguntó, mientras los criados retiraban los platos y los cuencos:

—El senador Belden me gusta. ¿Es amigo de su familia?

—Sí. Desde hace años, a pesar de sus extravagancias.

Un amigo íntimo, evidentemente. De pronto, el tenso labio superior de Gaeriel se relajó. Cogió una botella erguida junto al centro de mesa y vertió unas gotas naranja pálido en el diminuto vaso que Luke tenía delante.

—Pruebe esto.

Una respuesta, por fin. Picado por la curiosidad, dio vueltas al vaso. El líquido se pegaba al cristal como jarabe.

—Adelante. —La joven enarcó una ceja—. No es venenoso. Nuestro mejor producto local. Si lo rechaza, insultará a Bakura.

Se sirvió una cantidad igual y la bebió.

Luke la imitó. El líquido se transformó en fuego, que abrasó su boca y garganta. Después percibió su sabor, como flores selváticas embriagadoras mezcladas con la fruta más dulce que había probado en su vida.

Sus ojos destellaron. Era obvio que Gaeriel no se había perdido ni una pizca de su reacción.

—¿Qué es? —susurró.

Alivió su boca con un sorbo de agua.

—Néctar de namana. Una de nuestras principales exportaciones.

—No me extraña.

—¿Más?

La joven extendió el brazo hacia la botella.

—Gracias —sonrió—, pero no. Es un poco fuerte para mi gusto.

Gaeriel rió y llenó su vaso, sin hacerle caso.

—Es probable que dentro de poco se proponga un brindis.

Si el gobernador Nereus no se oponía.

—Eso espero.

La senadora le pasó un plato transparente de bombones amarillo anaranjados.

—Quizá prefiera probar la namana de esta manera.

Luke dejó caer una en su lengua. Sin el fuego del néctar, su sabor exótico resbaló suavemente por su garganta. Flores tropicales... Una pizca de especias... Cerró los ojos y examinó las sensaciones que causaba...

Abrió los ojos de repente.

—Qué rápido —sonrió Gaeriel—. La namana, una vez engullida, produce una leve sensación de placer. La mayoría de la gente no se da cuenta de inmediato. Se siente bien, pero sin saber por qué.

—¿Provoca hábito?

La joven ocultó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Todos los mejores dulces de la galaxia provocan hábito. Vaya con cuidado.

Decidió dejar de lado los bombones, con la esperanza de que sus mejillas no se vieran tan ardientes como las sentía. De todos modos, daba la impresión de que Gaeriel se había abierto.

—Se supone que no debo hablarle acerca de... rumores —dijo en voz baja, y agachó la cabeza—, pero no hemos recibido respuesta de su Alteza Imperial desde que solicitamos su ayuda, y lo que dijo usted esta mañana se filtró a los medios de comunicación. ¿Está seguro de que ha muerto?

Una inopinada hostilidad arañó a Luke desde la derecha de Gaeriel. Luke vio que el gobernador Nereus le estaba mirando. «¿Celoso?», se preguntó.

¿Habría forjado planes acerca de Gaeriel?

Habló en un murmullo.

—El Emperador era poderoso en la Fuerza. Al menos, percibí su muerte.

Lo cual era verdad, en cierto sentido.

Ante su sorpresa, la joven palideció.

—No sabía eso de... su Majestad.

El gobernador se volvió hacia Chewbacca. Luke bajó la guardia.

—¿No sólo a los Jedi? —murmuró a Gaeriel—. ¿Su religión condena a cualquiera que posea la Fuerza?

¿Qué diría ella si supiera que el emperador casi le había matado? «Más tarde —se dijo con firmeza —. A solas.» Se imaginó defendiendo a los Jedi y apuntando un dedo acusador hacia su querido emperador.

—Bien, un momento de atención.

La voz de Han se alzó sobre el sosegado rumor de conversaciones.

El gobernador Nereus posó sus brazos sobre la mesa.

—No estoy acostumbrado a cenar con alienígenas, general —dijo—. Alteza, senadora Organa, cuestiono su buen gusto al sentar a un wookie a la mesa esta noche, cuando Bakura está luchando por su supervivencia contra alienígenas.

Luke se puso en tensión.

Leia enrojeció.

—Si usted... —empezó.

—¿Cree que sólo los humanos...?

Chewie interrumpió a Han con una serie de bramidos y aullidos. Luke se tranquilizó, al notar que Chewie había controlado su temperamento. El wookie habría podido volcar la mesa, sólo para entrar en calor.

—Perdónenme —dijo Han, sin que su tono delatara el menor arrepentimiento—.

Mi copiloto no quiere que discuta en su nombre, pero ha dicho algo que todos ustedes deberían oír. Los *ssi-ruuk* van a la caza de los humanos, como ya saben. Si nos invaden, Chewie corre menos peligro que nosotros.

—Han agitó la cuchara en el aire para abarcar a todos los reunidos. Chewie ladró cuando Han calló, y éste sonrió—. Sí. Lo peor que podrían hacer sería matarle, puesto que no quieren wookies para sus baterías androides.

Chewie aulló una vez más.

—Dice —tradujo Han— que si necesitaran a alguien para llevar un mensaje a sus naves, él se presentaría voluntario.

—Oh, sí —dijo Nereus en tono burlón—. Una idea excelente, general, pero el idioma ssi-ruuvi nunca ha sido traducido, y el Imperio no trata con... alienígenas.

Sólo como esclavos, añadió en silencio Luke.

—¿Nunca ha sido traducido? —Han se inclinó sobre sus cubiertos—. Nunca es una palabra muy fuerte, gobernador.

Gaeriel habló desde la derecha de Luke.

—No que nosotros sepamos —explicó—, pero si ha sido traducido en otro lugar, de poco nos va a servir aquí.

—Y dudo que el wookie pueda aprenderlo —anunció triunfalmente Nereus—, puesto que los wookies nunca han sido capaces de dominar el lenguaje humano. Silbidos, gorjeos... Igual que una bandada de pájaros. Por eso les llamamos «Flautas».

—Gobernador —habló Leia desde su extremo de la mesa—, quizá podrá ofrecerle los servicios de mi androide de protocolo, Cetrespeó. Domina unos seis millones de idiomas.

Nereus lanzó una breve carcajada, muy similar a un gruñido.

—¿Enviar a un androide y un alienígena en representación del Imperio?

Jamás.

Leia no contestó. Chewie cruzó sus grandes brazos y se reclinó en la

silla. Su lenguaje corporal expresaba claramente «No iré a ninguna parte».

Han sonrió al centro de mesa.

—Una cosa más —dijo Nereus—. Cualquier persona que anime a los bakuranos a la sedición, en público o en privado, será detenida y expulsada. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, gobernador —replicó Leia con frialdad—, pero quiero formularle una pregunta. Según la grabación que nos pasó en el senado, los *ssi-ruuk* han venido porque su emperador les invitó. ¿Puede explicárnoslo?

Nereus alzó la cabeza.

—No presumo de adivinar las intenciones del emperador, Alteza.

—Quizá pensó que podía conquistarlos —sugirió en voz alta Belden.

Han meció su silla adornada.

—Quizá le sobraban prisioneros y quería venderlos.

Luke tuvo una inspiración.

—En parte —dijo en voz alta. Todas las caras se volvieron hacia él, algunas con curiosidad, otras con reprobación—. ¿Qué hace cualquier granjero con su producto?

Gaeriel se encogió de hombros.

—Lo entrega a un procesador, a cambio de una parte de los alimentos procesados. —Gracias, tío Owen—. Palpatine quería androides de combate.

Son más manejables que sus cazas TIE..., y están mucho mejor protegidos, teniendo en cuenta su tamaño.

—Es verdad —admitió Nereus—, según me han dicho.

—Bueno, nosotros los hemos visto. —Leia alzó la barbilla—. Muy de cerca.

Nadie habló durante varios segundos. Poco a poco, las conversaciones se reanudaron. Han se acercó a Leia. Luke apenas oyó: —... pero esto no nos conduce a ningún sitio, Alteza. Vamos a dormir un poco.

Solo oyó unas pocas palabras de la respuesta.

—Debo pasar... Ministro Captison.

Un susurro en su oído derecho le sobresaltó.

—¿Ese hombre es el consorte de la princesa? —preguntó Gaeriel.

Se pelean como tal.

—Creo que sí. —Luke miró a Han—. Es un poco bruto, pero el mejor amigo que nadie pueda tener. ¿Alguna vez conoció a alguien semejante?

—Bueno... —La joven ajustó su chal, que había dejado al descubierto un hombro blanco—. Sí.

Estaban a mitad del postre, algo frío con seis capas que sabían a nuez, cuando un miliciano imperial irrumpió en la sala. El soldado tocó el hombro del gobernador Nereus y le condujo al exterior.

—¿Qué ocurre, en su opinión? —murmuró Luke a Gaeriel.

Ella les siguió con la mirada.

—Pronto lo sabremos.

El gobernador regresó al cabo de cinco minutos, exudando nerviosismo y temor. Gaeriel también lo notó.

—Ha ocurrido algo muy grave, Excelencia.

Luke habló con una voz que se oyó en todo el comedor. Las conversaciones enmudecieron.

Nereus respiró hondo. Después miró a Luke con expresión contrariada.

—Era un comunicado personal del almirante Prittick. Se lo voy a repetir.

—Su voz estridente adquirió un timbre acerado—. Su mensaje confirma las afirmaciones de los rebeldes. La segunda Estrella de la Muerte ha sido destruida, y se da por muerto al emperador Palpatine..., y también a lord Vader. La flota se está reagrupando cerca de Annaj.

Leia asintió.

—¿Nos cree ahora? —preguntó—. El comandante Skywalker le vio morir.

Gaeriel se encogió.

—Yo no le maté —se apresuró a aclarar Luke, posando ambas manos sobre la mesa—. Lord Vader le mató..., y murió por ello. Yo estaba prisionero.

—¿Cómo escapó?

El senador Belden se inclinó hacia adelante, sonriendo como un viejo oso belicoso, ansioso de intercambiar relatos.

—Después de la muerte de Palpatine, el caos se apoderó de la Estrella de la Muerte. Sufría los efectos de un ataque. Llegué a una base de lanzaderas.

Miró de reojo a Gaeriel. Proyectaba asco, estupefacción y el esfuerzo por eliminarlos.

El primer ministro Captison volcó su silla cuando se levantó.

—¿Significa eso que no habrá ayuda del Imperio?

El gobernador Nereus fijó la vista en Luke. Por una vez, no percibió doblez. Pese a su serenidad externa, el hombre estaba muerto de miedo.

—Creo que la flota imperial está demasiado ocupada reuniendo naves para enviar tropas a los planetas del Límite —dijo.

—Uno de los motivos que nos impulsaron a venir —añadió Leia.

—Les dimos una buena paliza —remató Han.

La hostilidad se percibió a lo largo y ancho de la mesa. Hasta Leia se encogió. Un criado levantó la silla de Captison, que volvió a sentarse.

El gobernador Nereus meneó la cabeza.

—Princesa Leia —dijo, mientras se incorporaba—, si sus tropas desean colaborar con las mías, bajo una tregua, necesitamos su ayuda.

Leia cuadró los hombros.

—¿Una tregua oficial, Excelencia?

—Tan oficial como esté en mi mano.

A Luke se le antojó una evasiva, pero bastó para satisfacer a Leia, que se levantó y extendió la mano. La pulsera maciza brilló en su muñeca; dio la impresión de añadir el peso de muchos sistemas estelares a su apretón. Era un esfuerzo demasiado grande para ambos bandos, literal y figuradamente.

Por primera vez, rebeldes e imperiales se unían para combatir a un enemigo común.

Nereus rodeó la pequeña mano de Leia con la suya, enguantada y enorme.

Después alzó su vaso.

—Por las alianzas extravagantes.

Leia levantó su vaso. Belden y Captison la imitaron. Luke se armó de valor y aferró con fuerza su vaso.

—Rechazar a los *ssi-ruuk* no será fácil —dijo. Ni volver a beber aquel brebaje—. Será necesaria la colaboración total de nuestras fuerzas.

—En efecto —corroboró Han—. De lo contrarío, acabaremos impulsando androides ssi-ruuvi. Todos juntos.

Gaeriel se estremeció y acercó su vaso al de Luke. El mililitro que éste engulló abrasó sus intestinos.

Los comensales empezaron a despedirse de sus compañeros de cena. Luke, sin ganas de marcharse, aspiró una profunda bocanada de la presencia de Gaeriel. ¿Preocupada?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella no debía querer que prolongara su estancia. Era pedir demasiado.

—Si el gobernador Nereus ya no puede contar con una Estrella de la Muerte —susurró la joven, con la vista clavada en el centro de mesa—, tendrá que confiar en amenazas más vulgares.

Una probabilidad muy realista. Luke se acarició el mentón.

—Si no fuera por los *ssi-ruuk*, ¿se producirían purgas?

Las mejillas de Gaeriel palidecieron.

—¿Cómo sabe...?

No terminó la frase.

Tampoco era necesario.

—El procedimiento imperial habitual. Lo hemos visto en otros planetas.

Dio la impresión de que Gaeriel se replegaba unos momentos. Al otro lado de la mesa, Han y Leia se levantaron y caminaron en direcciones opuestas.

Ninguno parecía muy feliz.

Una pelea más.

—¿Está segura de que cree en el Imperio? —murmuró Luke.

Gaeriel frunció el ceño. Sus ojos disímiles parpadearon. Engulló un último sorbo de néctar de namana y se levantó.

—Se trata de un equilibrio. Todas las cosas contienen la luz y la oscuridad. Hasta los Jedi, supongo.

—Sí —susurró Luke. Si la velada pudiera prolongarse una semana... *¡Dile que quieres volver a verla!* ¿Era una sugerencia de Ben, o su propia impetuosidad?—. ¿Podríamos terminar esta conversación mañana?

—Dudo que tengamos tiempo.

Gaeriel le ofreció la mano, con un ademán elegante, pero sincero.

¿No había visto a aquel oficial imperial besar la mano de Leia? ¿No era el gesto apropiado en aquel momento?

Apostó fuerte y se llevó aquella mano hacia los labios. Ella no la apartó.

Olía a bombones de namana. A toda prisa, antes de que sus nervios le traicionaran, Luke aplastó sus labios contra sus nudillos. Se sintió como un patán, pero no volvió a intentarlo.

Ella apretó los dedos sobre su mano, se soltó y caminó hacia el senador Belden. Luke se quedó petrificado. Se frotó la mano e intentó imaginar a Gaeri como una parte de su futuro.

Por la Fuerza, encontraría tiempo para terminar aquella conversación al día siguiente.

10

Dev se puso en pie, tambaleante. Había despertado sobre la cubierta de un camarote redondo, incómodo y caluroso, lleno de luces y ruidos mecánicos.

Las mamparas se curvaban hasta tocar el techo, sobre paneles de instrumentos.

Tenía que ser el puente. Raras veces le permitían subir a él. La seguridad del puente era la prioridad suprema. El capitán del *Shriwirr* y el almirante Ivpikkis se encontraban junto a Escama Azul. Los tres le miraron.

Por lo visto, la presencia de otro usuario de la Fuerza era muy importante.

Lo había sabido y olvidado. ¿A qué estaban jugando con su mente? ¿Acaso el contacto con el extraño, pese a su brevedad, había trastocado por completo sus pautas mentales?

—Repite lo que dijiste al Anciano Sh'tk'ith —ordenó el maestro Firwirrung—. ¿Era como la presencia de tu madre, pero masculina?

Casi incapaz de recordar el leve toque de su amo, Dev estudió las losas metálicas de la cubierta. No había sentido tanta añoranza de su hogar desde que había conocido a Firwirrung. Había pensado que ellos eran su hogar.

—Parecido —dijo en voz baja—, pero diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Firwirrung.

—Éste tiene la... forma, la sensación de adiestramiento que mi madre poseía, pero mamá... no era tan fuerte.

El ojo izquierdo del almirante Ivpikkis se deslizó desde Dev al capitán.

Este tabaleó con sus garras delanteras y repitió:

—Fuerte.

—Mírame.

Escama Azul echó la cabeza hacia adelante. Dio la impresión de que su hermoso ojo remolineaba. Una oleada de entusiasmo nació en un rincón de la mente de Dev. Aquél era el pensamiento correcto: les amaba.

—Bueno, si éste está adiestrado —exclamó—, podría ponerse en contacto con otros humanos. ¡Incluso desde lejos!

La enorme cabeza de Firwirrung se volvió hacia él.

—Una idea interesante. ¿Hasta dónde, en tu opinión?

Dev se sintió pletórico de nuevas energías.

—No lo sé —admitió—, pero estábamos a muchos años luz de distancia cuando percibí la muerte del emperador.

—Es cierto —silbó Escama Azul. Tocó las escamas del hombro de Firwirrung—.

Con un contacto directo lo bastante fuerte, ¿podrías llevar a cabo la tecnificación desde lejos?

—Tal vez. —Firwirrung agitó la cola—. Quizá deberíamos modificar un aparato... Sí, modificarlo para mantener vivo a este ser tan fuerte en estado hipnótico, absorbiendo energía del exterior.

La cola del almirante Ivpikkis también se removió.

—Un conducto directo hacia los humanos. Podríamos apoderarnos de todo el espacio conocido, no sólo de este Imperio.

Al percibir su agitación, Dev entrelazó los dedos y los apretó con fuerza.

—Observó la necesidad de otro cambio en la estrategia —dijo el almirante Ivpikkis—. Primero, nos adueñamos del fuerte. Después, ponemos a prueba esta teoría. Si funciona en la práctica, convocamos al grueso de nuestra flota...

Hablaron apresuradamente entre ellos. Dev languideció, olvidado por Escama Azul. Apenas podía seguir el diálogo. Siempre había sido su animalito doméstico favorito, su querido humano. ¿Le desecharían?

Tocó su garganta. Quizá obtendría por fin su androide de combate, pero ¿a qué precio? Sintió un nudo en el estómago. Su recompensa iba a ser la tecnificación, no...

Tal vez le tecnificaran porque ya no le necesitaban. Quería su androide de combate, pero ansiaba su amor.

Los tres se volvieron al mismo tiempo. Firwirrung acarició el brazo de Dev, y dejó con ternura surcos rojos.

—Ayúdanos ahora. Proyéctate hasta el universo invisible. Danos un nombre, un lugar. Ayúdanos a encontrarle.

—Amo —susurró Dev—, ¿siempre ocuparé el primer lugar?

Firwirrung le acarició con más fuerza, hasta que brotaron lágrimas de los ojos de Dev.

—Jamás hemos dudado de tu devoción. No nos obligarás a cuestionarla, ¿verdad?

—No, no.

Dev notó que su rostro palidecía. Había convertido a Firwirrung en su familia, al camarote de Firwirrung en su casa. Había renunciado a su humanidad. Si Firwirrung le sustituía, ¿qué quedaría?

Escama Azul se inclinó hacia adelante.

—Dev Sibwarra, necesitamos tus servicios más que nunca.

Dev no podía apartar, los ojos de Firwirrung. El jefe de tecnificación siempre había dado a entender que amaba a Dev, pero ¿alguna vez había cantado la palabra «amor»? Dev, estremecido, retrocedió un paso.

Un p'w'eck rodeó los hombros de Dev con sus garras delanteras marrones y lo giró hacia Escama Azul. El anciano levantó un hipopulverizador.

No podían hacerle aquello. El hipopulverizador no le haría mucho daño, pero recordó lo que seguía a continuación. ¿Cómo podían ser tan desagradecidos, después de todo lo que había hecho? ¿Acaso no le amaban?

¿No le amaba Firwirrung? La verdad se abrió paso en la memoria de Dev. Ya habían sido desagradecidos en otras ocasiones y también antes de eso.

Aquél sí era el pensamiento correcto. Aquél era Dev Sibwarra, humano, restaurado cuando tocó al Extraño..., pero no podía oponer resistencia a las drogas de sus amos o al dominio directo de Escama Azul. Se estaba durmiendo.

El hipopulverizador le relajó como antes, aunque luchó para conservar su secreto. Firwirrung se inclinó sobre él.

—Mira hacia fuera, Dev. Sírvenos ahora. ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿Cómo podemos encontrarle? .

Vio borrosa la cabeza del Firwirrung. Un río salado brotó de cada uno de sus ojos. Después cerró la puerta a su dolor y a su conciencia de la cubierta del *Shriwirr* y escapó a la Fuerza. Dejó que el universo remolineante le alejara de las tenues auras de sus amos.

Sintió al Extraño tan fuerte y cercano como antes, indudablemente masculino y parejo a él, aunque una segunda presencia, femenina y difusa, se cernía muy cerca. La luz férreamente enfocada del primero casi borraba a la segunda. ¿Un eco, quizá? Incomprensible. Sólo sabía que de Firwirrung emanaban amor y seguridad. Evitó tocar la presencia de la Fuerza del Extraño.

—En la capital —murmuró, semiconsciente—. Sali D'aar. El hombre se llama Skywalker. Luke Skywalker.

Distraído por el esfuerzo de hablar, abrió los ojos de nuevo. La respiración feliz de Firwirrung desgarró su corazón. Al maestro le eran indiferentes (¡quizá ni siquiera se enteraba!) los celos que despertaba en él su interés por el Extraño. Tal vez los *ssi-ruuk* desconocían los celos.

—Skywalker —repitió Escama Azul—. Un nombre propicio. Buen trabajo, Dev.

Dev se relajó en la Fuerza. La alegría y codicia de los amos vibraba a su alrededor. El almirante Ivpikkis, con una reserva ilimitada de humanos tecnificados, podría conquistar rápidamente el espacio conocido. Dev participaría en la gesta.

Pero se sentía humillado. Pese al rencor que sentía hacia el Extraño, se permitió un roce, casi una caricia de la Fuerza, de despedida.

Firwirrung se acercó más y canturreó:

—¿Eres desdichado, Dev?

Sus sentimientos habían experimentado tantos cambios durante los últimos minutos que sólo estaba seguro de una cosa: si le manipulaban una vez más, perdería la cordura. Cerró los ojos y asintió.

—Estoy contento, amo.

Te odio te odio te odio. No destruirían su humanidad. Basta de juegos mentales.

De todos modos, no podía odiar a Firwirrung, la única familia que había tenido durante cinco años. El sentimiento se suavizó. Osó abrir los ojos de nuevo.

—Amo —susurró—, mi mayor placer es ayudar a aquellos que me aman.

Se obligó a dedicar una mirada de afecto a Firwirrung.

Firwirrung emitió un graznido pensativo. Era evidente que, en esta ocasión, el placer del jefe de tecnificación no era compasión, sino control. Tocó a Escama Azul con una garra delantera.

—Anciano, Dev casi ha llegado a sentir verdadero amor por nuestra especie.

Démosle un respiro. Dejemos que su decisión de servirme sea producto de su libre albedrío. Así el afecto será mayor.

Dev se estremeció. Firwirrung ya le había esclavizado, en cuerpo y alma.

Ahora quería que Dev apretara las cuerdas de sus propias ligaduras. Era un error por parte de Firwirrung.

Dev posó una mano sobre la extremidad delantera superior de Firwirrung, esforzándose en imitar lo mejor posible el gesto ssi-ruuvi.

—Éste es mi amo —cantó.

En cualquier momento, Escama Azul le miraría a los ojos u olfatearía su engaño.

—¿Lo ves? —dijo Firwirrung—. Nuestra relación se profundiza.

—Coge a tu animalito y vete —dijo el almirante Ivpikkis—. Maltrátalo a tu placer. Nosotros tenemos trabajo que hacer, al igual que tú. Centra tu mente en las modificaciones... de Skywalker.

Firwirrung asintió con gravedad y extendió una garra hacia la escotilla.

Cada paso que se alejaba de Firwirrung le alejaba más de la esclavitud.

Dev llegó a la escotilla y salió al pasillo. La escotilla se cerró detrás de Firwirrung.

Una hora después, olvidado mientras Firwirrung se concentraba en diseñar esquemas, Dev se aovilló en el cálido centro del nido de dormir. ¿Cómo le había enseñado su madre a abrir contacto? Habían pasado cinco años. La prueba sufrida le había dejado exhausto. Quería yacer inmóvil y abismarse en recuerdos agradables.

Pero debía intentarlo antes de que Escama Azul volviera a renovarle, y no quedaba mucho tiempo. Al final, los *ssi-ruuk* le descubrirían. Le «renovaban» cada diez o quince días, aunque no sintiera la necesidad.

Pagaría por esto con la renovación más profunda de su vida, pero debía a la humanidad un esfuerzo.

Cerró los ojos y se vació de esperanza, arrepentimiento y amargura. El miedo permaneció. Alteraba su control, pero tocó la Fuerza a su través.

Sintió aquel resplandor de nuevo, casi al instante. Rozó el borde para atraer su atención, y después formó en su mente una advertencia urgente.

Luke apartó los cobertores térmicos en la oscuridad. Uno resbaló por el borde del campo repulsor de la cama. Durante un frío y soñoliento instante, no recordó qué le había despertado. Después rememoró una oscura y perentoria sensación de miedo y advertencia. La humanidad estaba en peligro por su culpa. Los alienígenas querían tomarle prisionero y... Uau.

Exhaló un suspiro y volvió a tenderse. Erredós gorjeó desde el pie de la cama.

—Estoy bien —insistió.

Menudo sueño. Debía impedir que su ego se hinchara. Quizá fuera el último —y primer— Jedi, pero no el elemento decisivo para la esclavización de la humanidad.

Sin embargo, el recuerdo no se desvanecía como haría un sueño. Quizá alguien le había enviado una advertencia.

¿Ben?, llamó. ¿Obi-wan? ¿Qué pasa?

Olvida las preguntas, se ordenó. No hay *por qué*. Explora tus sensaciones.

Desechó el miedo y la falsa humildad, y reconsideró la advertencia a la luz de las intenciones y métodos conocidos de los *ssi-ruuk*. En aquel contexto, la idea era escalofriantemente real.

¿Qué clase de terrible equivocación había cometido Ben Kenobi cuando le envió aquí? Los maestros Jedi no eran perfectos. Yoda había creído que Luke moriría en Ciudad Nube. Ben había pensado que podría adiestrar a Anakin Skywalker.

Rodeó las rodillas con los brazos. Si Yoda y Ben podían cometer errores, Luke Skywalker también. Fatales.

Si la advertencia era real, algún rastro aparecería en el futuro. Como naves que se atisban en la distancia, las visiones del futuro eran en ocasiones engañosas, pero cualquier indicio de que fuera a colaborar con los *ssi-ruuk* confirmaría la siniestra advertencia.

Se calmó, controló su respiración y los latidos del corazón y escudriñó el futuro con su mente. Algunas cosas le estaban vedadas, y algunas posibilidades que divisó se le antojaron improbables.

Segundos, minutos, meses después, localizó la posibilidad: un mapa del futuro mostraba al imperio ssi-ruuvi avanzando hacia los planetas del Núcleo. Como Han temía, habían caído en una trampa, pero mucho peor de la que sospechaban. Y los *ssi-ruuk* estaban a punto de invadir Bakura.

Dev rodó sobre su costado, aferrado a las almohadas. Allí fuera había un Jedi. Esta vez, percibió su control inconfundible y adiestrado, incluso medio despierto.

Luces brillantes iluminaron el camarote de Firwirrung, pero se sentía agotado.

—¿Ya es hora de levantarse, amo? —murmuró.

Firwirrung salió del nido.

—Alarma de escotilla —silbó—. Es para mí. Vuelve a dormir.

Dev se aovilló con un ojo abierto. Cuando la escotilla se deslizó a un lado, una enorme forma azul apareció.

—Entra. —Firwirrung emitió un gorjeo de sorpresa—. Bienvenido. Escama Azul avanzó hacia la cama. Dev trató de desovillarse, pero tenía los músculos agarrotados. Adivinó lo que se avecinaba: el anciano había cambiado de opinión y le había condenado. El borde redondeado de un desintegrador sobresalía de la bolsa que llevaba colgada al hombro.

—El almirante Ivpikkis ha concebido una nueva misión para nuestro joven aliado humano —cantó Escama Azul—. Ha de ser renovado de nuevo antes de que empiece.

Una oleada de pánico invadió a Dev, que experimentó el impulso de saltar y huir. Pero ¿a dónde?

Firwirrung parpadeó lentamente.

—Es un honor para mí entregarte a Dev.

Escama Azul cerró una enorme garra alrededor del brazo derecho de Dev y le alzó. Dev pataleó e intentó posar los pies sobre la cubierta.

Escama Azul le soltó.

—Pasa delante —silbó—. Firwirrung nos seguirá.

Dev salió por la escotilla y se adentró en el oscuro pasillo. Podía luchar contra esto. Podía sobrevivir un poco más, libre para pensar, ya que no para actuar..., pero sólo unos minutos. Y si Escama Azul le atemorizaba, engatusaba o hipnotizaba, hasta obligarle a confesar lo que acababa de hacer, quizá los *ssi-ruuk* le matarían al instante. Desperdiciarían su energía vital en un arrebato de ira justificado. Había visto cómo golpeaban a un p'w'eck hasta matarle, utilizando sus musculosas colas.

Aún peor, si los *ssi-ruuk* se enteraban de que Skywalker les esperaba, encontrarían una forma de apresarle: más fuerzas, mayor número, tecnología inventiva. Ni un Jedi podría salir indemne. La galaxia caería en sus garras.

A Dev sólo se le ocurrió una vía de escape. Si utilizaba lo poco que sabía de la Fuerza y se zambullía a propósito en el trance de renovación, escaparía a la influencia hipnótica de Escama Azul.

Rechazó la idea. La renovación significaría la muerte de Dev Sibwarra, humano. Olvidaría todo cuanto le había convertido en un ser libre.

Libre, ¿durante cuánto tiempo? Agachó la cabeza y torció los labios. Ya había desperdiciado su vida incontables veces, sin motivo alguno. Esta vez, podría salvar a docenas de millones de humanos..., incluyendo a un Jedi. Pero les ayudaría si podía. Honraría la memoria de su madre.

Dev enderezó la espalda más que nunca en cinco años y precedió a Escama Azul por una escotilla demasiado familiar.

—¿Estás despierto, pequeño?

Dev parpadeó. Estaba tendido sobre una cubierta caliente y rugosa, cerca de un par de enormes patas traseras provistas de garras. Conocía aquel silbido melódico y el olor de aquel aliento. Una cabeza azul de cara estrecha se inclinó sobre él. Se sentía limpio y puro, como una cría al salir del huevo.

—Te he curado —dijo... Dev se esforzó por recordar el nombre—. Bienvenido a la felicidad plena.

Dev extendió los brazos y rodeó a..., rodeó a... ¡Escama Azul! Una molesta humedad brotó de sus ojos.

—Gracias —susurró.

—Posees tan sólo los pensamientos, sentimientos y recuerdos que te fortalecerán. Nada de aquella penosa confusión que complica la vida a tus amos.

Escama Azul cruzó sus esbeltos brazos sobre el pecho.

Dev inhaló una profunda bocanada de aire, contento.

—Me siento tan limpio.

No podía recordar cómo hacía esto Escama Azul. Nunca podía recordar. Era evidente, pues, que la memoria no le había ayudado a continuar su vida de servicio abnegado. Algo capaz de proporcionar tanta paz tenía que ser bueno. Quien lo proporcionara tenía que ser la bondad personificada. Debía ser un trabajo largo y duro.

El maestro Firwirmng aguardaba ante la cámara de Escama Azul; su cola musculosa se agitaba ansiosamente. Dev se encogió al percibir la preocupación que entornaba los cálidos ojos negros. Era evidente que Firwirrung había sufrido por él, lo cual le llevó a la conclusión de que habían purificado algo malvado.

—Me siento mucho mejor, amo —dijo Dev—. Ya he dado las gracias a nuestro querido anciano. Gracias a ti también.

Firwirrung tocó su hombro izquierdo con la garra delantera e inclinó su gran cabeza, con las lenguas olfativas extendidas.

—Sé bienvenido —respondió.

—Ahora iremos a ver al almirante Ivpikkis —cantó Escama Azul.

¡Sí, la misión! Ahora se acordaba: un supremo privilegio por el bien del imperio ssi-ruuvi. Dev caminó entre el anciano y su amo con la cabeza gacha y las manos sin garras enlazadas. Tenía ojos blancos, piel cubierta de vello y un cuerpo pequeño carente de cola. ¿Quién era él para merecer tales esfuerzos por su parte, tanta felicidad en el servicio, una labor tan importante?

Un campanilleo despertó a Luke de un sueño inquieto. Una luz parpadeó junto a su cama, pero por lo demás la habitación continuó a oscuras.

—¿Qué? —preguntó, atontado. Había tenido una pesadilla macabra, no, una advertencia—. ¿Qué pasa?

—¿Está despierto, comandante Skywalker? —preguntó una voz masculina desde la consola de la cama.

—Más o menos —contestó—. ¿Qué ocurre?

—Al habla la Dirección del Espaciopuerto de Salis D'aar. Algunas de sus, hum, tropas, se han visto mezcladas en un alboroto. En el complejo Bakur hay varios vehículos ligeros para uso oficial. ¿Cuánto tardará en llegar al aeródromo del tejado?

¿Una trampa? ¿Tendría algo que ver con la advertencia sonada? Saltó de la caliente y confortable cama. Al menos, se sentía descansado, y sus dolores habían cesado.

—Voy ahora mismo.

Se vistió a toda prisa y decidió despertar a Chewbacca, para que le acompañara. Chewie no necesitaba perder tiempo en vestirse, y contaría con la ayuda suplementaria de otro par de ojos, un cerebro y, sobre todo, músculos. Han debía quedarse con Leia. Ésta había dicho algo acerca de desayunar con el tío de Gaeriel.

Un alboroto. No podía imaginar a las tropas rebeldes causando problemas...

Bueno, sí. Sí podía. Se ciñó la espada de luz.

Salió de su cuarto, se encaminó al de Chewie y luego se apartó de la cama.

No quería entendérselas con un wookie despertado de repente.

—Chewie —susurró—, levántate. Hay problemas.

—Baja, Chewie.

Chewbacca condujo el vehículo terrestre por la carretera de acceso al arco exterior del espaciopuerto. Luke miró a su derecha. La Plataforma 12, base temporal de la Alianza, se encontraba justo detrás de la carretera radial que partía de la torre de control. Las luces del espaciopuerto brillaban a aquel lado de la carretera, pero en el otro, ocasionales destellos similares a ráfagas de desintegrador iluminaban la noche oscura. Alguien había apagado, a tiros o como fuera, las luces de la Plataforma 12. ¿Dónde estaba la Seguridad del espaciopuerto?

Giraron a la izquierda, dejaron atrás la Plataforma 12 y entraron en su carretera de acceso por una puerta abierta en la alta verja metálica. *Sin guardias,* observó Luke. Tal vez los guardias habían ido a reprimir el alboroto. Se arrebujó mejor en su parka. En plena noche, entre dos ríos, el aire húmedo no era muy agradable.

Cuatro plataformas de lanzamiento y aterrizaje para muchas naves se extendían entre las carreteras radiales y los límites del espaciopuerto, y en medio se alzaba una pequeña cantina, desprovista de todo atractivo, que recordaba a dos casetas unidas en ángulo recto. Alguien les hizo señas desde allí.

Chewie frenó el coche en el ángulo que formaban las dos casetas. Una vez cerrado el motor de repulsión, un silencio siniestro se prolongó unos diez minutos. Después otro zumbido de desintegrador erizó el vello de la nuca de Luke e iluminó la silueta de un andamio de reparaciones alto. Una persona corrió hacia ellos.

—¡Manchisco! —exclamó Luke—. ¿Qué sucede?

La capitán del *Frenesí* meneó sus trenzas negras.

—Nuestros aliados insisten en que tienen atrapados a un par de *ssi-ruuk* detrás de una de nuestras naves. No he podido acercarme lo suficiente para confirmarlo. Disparan a todo lo que se mueve.

—¿Nadie tiene unos macroprismáticos?

Han guardaba un par en el *Halcón*, a un cuarto de kilómetro de distancia.

Manchisco negó con la cabeza.

—Bien, vamos. Tú también, Chewie.

Luke corrió hacia el andamio y desenganchó su espada.

Antes de llegar, una voz gritó:

—¡Ustedes, a tierra! Retrocedan, si van desarmados. ¡Los alienígenas han aterrizado! ¡Han matado a dos de los nuestros!

Manchisco se refugió detrás de una unidad de recarga, del tamaño de Erredós.

—Los *ssi-ruuk* no matarían gente —murmuró Luke—. Tomarían prisioneros.

Chewie, cúbreme.

Si los *ssi-ruuk* habían aterrizado, prefería negociar con ellos, pese a la siniestra advertencia.

Pero tenía un presentimiento inquietante. Desenvainó y encendió la espada.

A su luz, vio que Chewbacca apuntaba la ballesta hacia la oscuridad.

—Quédate ahí —dijo Luke en voz baja—. Ya te has acercado bastante.

Un tétrico silencio se hizo de nuevo.

—Que nadie dispare —gritó Luke.

Avanzó paso a paso, con la espada alzada ante él. Aunque su luz era tenue comparada con los focos del espaciopuerto, era la única que alumbraba en la Plataforma 12.

Rodeó una cañonera de la Alianza. Dos cuerpos humanos estaban tendidos sobre aquella extraña superficie irregular y vidriosa. Siguió adelante, atento a cualquier intención hostil. Sólo percibió pánico.

Formas geométricas destellaban delante, la superficie metálica de otro andamio de reparaciones, que reflejaba la luz de su espada.

—¿Quién anda ahí? —gritó Luke—. ¡Salgan!

La cabeza cónica de un calamariano apareció detrás del andamio. Luego otra.

Luke gruñó y corrió hacia ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Permiso para ir a tierra —zumbó el más cercano, y estiró su rígido cuello redondo.

—¿Autorizado? —preguntó Luke. Su comandante habría tenido el sentido común de...

El calamariano agitó una mano palmeada.

—Por supuesto, comandante. Nuestro turno terminó. Estamos tan cansados como el que más, pero esos extraños nos salieron al encuentro.

—¿Mataron a los dos?

—¡Nos atacaron, comandante! ¡Eran diez! Dispararon primero, comandante.

Luke deseó regresar a Endor.

—Uno de ustedes venga conmigo.

—¿Señor?

El calamariano retrocedió y aferró su desintegrador.

—Es una orden —dijo Luke con serenidad—. Sígame de cerca, para que pueda cubrirle.

Poco a poco, el alienígena salió de su escondite. Un rayo desintegrador surgió desde el otro lado. Luke giró en redondo y lo desvió.

—¡Alto el fuego! —gritó—. ¡Chewie, vuélales la cabeza, si es necesario!

Un rugido wookie resonó en la zona desierta comprendida entre la nave y el andamio.

—De acuerdo —dijo Luke—. Vamos.

Luke volvió sobre sus pasos hacia la cañonera, pero esta vez más despacio, porque el calamariano no estaba dispuesto a ir más deprisa. Evitó el punto donde yacían los cadáveres.

—¿Dónde estás, Chewie?

Otro disparo de desintegrador, y otro. Luke saltó y se volvió, parando los rayos sin pensar.

El tiroteo enmudeció de repente. Desde el andamio de delante se oyó un siniestro gruñido... y el rugido inconfundible de un wookie furioso. Luke levantó la espada para ver mejor. La torre metálica osciló violentamente.

En lo alto, varias formas oscuras se aferraban a los rebordes. Los desintegradores cayeron al suelo con un ruido metálico.

—Buen trabajo, Chewie —gritó Luke. Apretó con fuerza la espada—. Muy bien, todo el mundo abajo. Fijaos bien. Esto es un mon calamari, no un *ssi-ruuk*.

¡Miradle bien! —Oyó ruidos apagados, pero ningún rostro apareció en el círculo de luz verde—. Vamos —gritó, impaciente.

Al cabo de tres segundos de silencio, oyó un rugido de Chewbacca.

Diez humanos salieron, ocho hombres y dos mujeres, vestidos con chaquetas sueltas y voluminosas y sombreros calefactores. Daba la impresión de que ya no iban armados. Un hombre, más bajo y delgado que los demás, señaló al calamariano.

—No es un Flauta —dijo.

Luke reconoció la voz. Era el hombre que había intentado disuadirle.

Un hombre de mayor envergadura avanzó, con los ojos bien abiertos. La luz verde no favorecía a nadie, pero Luke supuso que aquel tipo tendría círculos oscuros bajo sus ojos saltones a cualquier luz.

—Tranquilo, Vane.

El hombre delgado cerró la boca, pero se acercó más a Luke y el calamariano. Tessa Manchisco entró en el círculo de luz. Sus ojos reflejaban una cólera verde.

—Esta plataforma está reservada a los tripulantes de la Alianza —dijo Luke con severidad—. ¿Qué hacen aquí?

Círculos oscuros cruzó sus fornidos brazos.

—Éste es nuestro planeta, espadachín. Le agradeceremos que mantenga alejados a monstruos como ese pez y aquel peludo.

Chewbacca avanzó hacia el grupo.

Luke necesitaba información, y deprisa. ¿El Imperio habría enviado a aquellos rufianes, o actuaban por su cuenta? El bakurano delgado estaba lo bastante cerca para que Luke sondeara su mente un instante. Luke estaba seguro de que tenía buenos motivos para hacerlo, sin correr el riesgo de desviarse hacia el lado oscuro.

De todos modos, vaciló antes de enfocar su atención en el hombre delgado, y se abrió para escuchar las sensaciones del individuo *(confusión, miedo, turbación, suspicacia...).* Se internó en su memoria.

No tuvo que profundizar mucho. Les habían prometido «una pequeña recompensa, directamente desde el despacho del gobernador», si se acercaban a la Plataforma 12 y tomaban medidas para

impedir que los *ssi-ruuk* se infiltraran en Bakura mediante aquella zona de aterrizaje cedida a la Alianza.

Luke interrumpió el contacto y bajó la espada.

—Vuelvan a sus casas. —Confió en que su voz transmitiera el disgusto que sentía—. Díganle al gobernador Nereus que nosotros nos encargaremos de vigilar la Plataforma 12.

Nadie se movió.

Un rugido profundo y gutural se oyó desde la dirección de Chewbacca.

—Adelante —dijo Luke, al captar la intención—. Aún no han visto a un wookie enfurecido.

El hombre delgado salió del círculo de luz verde y se encaminó hacia los cadáveres. Uno tras otro, los demás le siguieron. Pronto, un grupo cabizbajo caminó arrastrando los pies hacia la entrada principal de la Plataforma 12, cargando a sus camaradas.

En cuanto salieron, la batería principal de luces volvió a encenderse.

Alguien debía de estar vigilando desde la guarnición imperial, que sólo distaba unos kilómetros en dirección sur. Y la Seguridad del espaciopuerto estaría indudablemente ocupada en las Plataformas 2, 6 o 9. En asuntos imperiales.

Exhaló un suspiro.

—Vamos a comprobar que el *Halcón* esté bien, Chewie.

Cuando Cetrespeó despertó temprano a Leia, la joven encontró un mensaje de Luke: había ido a Chewbacca al espaciopuerto para supervisar las reparaciones de las naves. Se vistió a toda prisa en el cuarto de baño y se hizo las trenzas. Salió y vio a un humano alto, parado junto a la pared mural. La joven se detuvo y boqueó. A la tenue luz de la habitación, la silueta brillaba débilmente y bañaba la imagen en tiempo real de una ciudad rutilante.

Luke había dicho que, en ocasiones, veía a Ben Kenobi así. Leia retrocedió y forzó la vista. El hombre no se parecía al viejo general, ni a nadie que conociera.

Fuera quien fuese, no debía estar en su apartamento. Desvió la vista hacia su desintegrador, fuera de su alcance, sobre la cama repulsora. Debía de carecer de eficacia contra las apariciones, si se trataba de una.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué desea?

—No temas —dijo la figura con calma—. Recuerda a Luke que el miedo pertenece al lado oscuro.

¿Quién era esta persona, que llevaba mensajes para Luke a sus aposentos privados? ¿Un bakurano? ¿Un imperial?

—¿Quién es usted?

El extraño se alejó hacia un punto más oscuro, donde su resplandor aumentó. Era alto, de cara ancha y agradable, y cabello oscuro.

—Soy tu padre, Leia.

Vader. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Su sola presencia agitaba todas las emociones oscuras que anidaban en su interior: miedo, odio...

—Leia —repitió la figura—, no me temas. He sido perdonado, pero aún debo expiar muchos pecados. Debo purificar de ira tu corazón y tu mente. La ira también pertenece al lado oscuro.

Su desintegrador no le serviría de nada. Incluso cuando estaba vivo, desviaba los rayos con las manos desnudas. Le había visto hacerlo en Ciudad Nube.

—Quiero que te marches. —El oscuro frío heló su voz—. Que abandones ese cuerpo. Esfúmate, o lo que hagas.

—Espera. —La aparición no se movió de su sitio. A lo sumo, dio la impresión de que disminuía de tamaño y proximidad—. Ya no soy el hombre que temías. Podrías verme como un extraño, al menos, no como un viejo enemigo.

Leia había vivido demasiado tiempo con el miedo a Darth Vader.

—No puedes resucitar Alderaan. No puedes resucitar a la gente que asesinaste, o consolar a sus viudas y huérfanos. No puedes enmendar lo que hiciste a la Alianza.

Un antiguo dolor la traspasó, como una herida reciente.

—Yo reforcé la Alianza, aunque no fuera ésa mi intención. —Extendió un brazo resplandeciente. La voz dulce se le antojó errónea. El rostro desnudo y bondadoso no daba la impresión de haber estado oculto durante décadas bajo una máscara respiratoria—. Leia, las cosas están cambiando.

Puede que jamás pueda regresar a ti.

Leia apartó la vista. Quizá no podría herirle con el desintegrador, pero tenerlo en las manos la aliviaría. Si extendía la mano, casi podría tocarlo.

—Mejor.

—No estoy justificando... mis actos. No obstante, tu hermano me salvó de la oscuridad. Debes creerme.

—Escuché a Luke. —Leia se cruzó de brazos y rodeó los codos con sus manos—. Pero yo no soy Luke. Ni tu maestro. Ni tu confesor. Sólo tu hija, gracias a una jugarreta cruel del destino.

—De la Fuerza —insistió la visión—. Que sirvió a un propósito. Estoy orgullosa de vuestra energía. No pido la absolución. Sólo tu perdón.

Leia tensó la mandíbula y siguió con los brazos cruzados.

—¿Y lo que le hiciste a Han? ¿Vas a pedirle perdón?

—Sólo por tu mediación. Tengo poco tiempo.

La joven tragó saliva. Notó la garganta seca.

—Casi puedo perdonar que me torturaras. —La figura inclinó la cabeza—. Y las atrocidades que hiciste a otras personas, por haber arrastrado sus planetas al seno de la Alianza. Pero lo de Han... No, si me utilizas como intermediaria, jamás lograrás su perdón. Jamás.

La figura se encogió todavía más.

—Jamás es una palabra demasiado fuerte, hija mía.

¿Darth Vader, dándole lecciones sobre virtud y eternidad?

—Jamás te perdonaré. Desmaterialízate. Vete.

—Leia, tal vez no vuelva a hablar contigo, pero te oiré si me llamas. Si cambias de opinión, estaré atento.

Le miró fijamente. ¿Cómo se atrevía, después de sus crueldades y perversidades? Que Luke tratara con él. Ella no pensaba hacerlo.

¿Cómo soportaba Luke saber que era su padre?

Salió como un rayo del dormitorio. La luz de la mañana penetraba por la larga ventana de la habitación principal, bañaba las paredes amarillas y el suelo oscuro. Han se levantó del saloncito más alejado.

—Vas a llegar tarde, No—Alteza.

Cetrespeó anadeó hacia ella.

—¿Está preparada, ama L...?

Leia cogió el Propietario y desconectó a Cetrespeó. Se volvió hacia la puerta del dormitorio. No salió nadie.

—No puede hacerme esto —murmuró—. Destrozar mi vida. ¡No puede!

Han contempló al androide, petrificado en una postura cómica, y después frunció los labios.

—¿Quién? ¿Te ha llamado aquel capitán?

Leia lanzó los brazos al aire y paseó frente a la ventana.

—Oh, estupendo. ¿Sólo se te ocurre pensar en tus mezquinos —cogió una almohada del sofá— y despreciables —la estrujó entre sus manos— celos?

Vader ha estado aquí, y tú sólo sabes pensar en... ¡Aj!

—Uau, princesa. —Han extendió las palmas—. Vader está muerto. Luke lo frió. Salí en una bicicleta y vi el montón de cenizas.

Leia sintió un nudo en el estómago.

—Viste su cuerpo. Yo vi... el resto.

—¿Tú también ves cosas? —La miró con las manos en los bolsillos y las cejas enarcadas—. O estás adquiriendo más poder en eso de la Fuerza, o se trata de la mala influencia de Luke.

—Quizá las dos cosas —repuso ella con amargura—. Si tuviera que ver fantasmas, podría haber sido ese Yoda. Me encantaría hablar con el general

Kenobi. ¿Y quién me sale?

Dejó caer la almohada y lanzó un puñetazo a la pared amarilla.

—Tranquila —murmuró Han—. No es culpa mía.

—Ya lo sé.

Los nudillos también le dolían. Frustrada, se apoyó contra la pared. Miró hacia su dormitorio.

—¿Qué quería?

—Te encantará. Disculparse.

Han emitió una breve carcajada de incredulidad y se pasó una mano sobre los ojos.

—Sí —dijo Leia—. Lo mismo pienso yo.

—Saltas cada vez que algo te lo recuerda. Ahora le has visto cara a cara.

Quizá lo peor ha pasado ya.

—No. —Sus hombros se hundieron—. Han, aún sigue aquí. Yo soy...

Cerró los ojos, incapaz de concluir la frase.

—¿Y qué? —Han se acercó y apoyó una mano sobre su hombro—. Nadie habría podido alcanzar un puesto tan elevado en el Imperio sin un montón de capacidades y talentos. Tú los tienes, pero los utilizas de manera diferente.

¿Cómo podía ser tan insensible?

—Muchísimas gracias, Han.

Consideró la posibilidad de darle un puñetazo.

—¿Leia? —Han abrió los brazos—. Yo también lo siento. Lamento haber armado un follón por ese alderaaniano.

Leia exhaló un largo y lento suspiro, y siguió apoyada contra la pared.

—Lárgate.

—Muy bien —exclamó con brusquedad Han—. De acuerdo. He comprendido el mensaje.

Rodeó el saloncito, hecho una furia.

—¡Han, espera!

¿Qué había hecho, descargar su ira sobre la única persona que no lo merecía? Dejó atrás a Cetrespeó, el puesto de comunicaciones apagado y llegó casi a la puerta principal.

—Han, es..., es la herencia de Vader. No puedo evitar ser lo que soy.

Mientras el impacto de sus palabras la paralizaba, Han se detuvo junto a la consola negra. Se volvió poco a poco.

—No —dijo—. Es la herencia de Skywalker.

Aquel apellido, el apellido de Luke, no la afectó de la misma forma. Un súbito pensamiento cruzó por su mente. ¿Cómo había sido Vader..., antes de ser Vader?

—Voy a decirte una cosa. —Han se acercó al borde del saloncito—. Los gobiernos se necesitan mutuamente. Sí. Y los planetas, y las razas. Y también la gente.

Los gobiernos. Iba a llegar tarde al desayuno con el primer ministro...

—Sí. —Volvió a su lado—. Exacto. De todos modos, se ha ido. No me hizo daño. Quizá ya no pueda.

—Esto sería estupendo.

Han recorrió con un dedo sus trenzas.

Leia se quitó las hebillas. Han la contempló con atención, mientras ella se pasaba la mano por el cabello y agitaba la cabeza. Su cabello se desparramó como una cascada.

—Pero no voy a perdonarle —dijo con suavidad.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Han acarició la cascada oscura y rodeó su cintura con el brazo.

Su hombro se convirtió en una firme y cálida almohada.

—Te quiero, manojo de nervios.

—Lo sé.

—¿De veras?

Han acarició su nuca.

—¿Por qué piensas que no?

—Lo siento —susurró la joven, y estiró el cuello. Retuvo los labios cerca de su cuello.

Han aceptó la invitación. Se inclinó y la besó. Leia sintió que su energía vital se concentraba en el beso, hasta que sólo existieron los perceptibles movimientos de la boca de Han. Apoyó las manos sobre sus hombros. Las piernas de Han se movieron hacia ella. Todas las percepciones se desvanecieron, excepto el sabor de su aliento. El pulso martilleó en sus oídos.

El centro de comunicaciones sonó detrás de él.

—¡Mmmm! —rugió Han, antes de que Leia pudiera soltarse—. ¡No! ¡No es justo!

Leia rió de su desesperación y echó el pelo detrás de los hombros.

—¿Vas tú, o quieres que lo haga yo?

—Bien, eres... —La miró de arriba abajo y dibujó una sonrisa torcida—.

Adorable.

—Pero no estoy presentable.

—No es tu imagen habitual —admitió Han, con un pesaroso movimiento de cabeza—. Yo iré.

Leia se apartó a un lado. Han tocó un control y parpadeó.

—¡Luke! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—Se ha producido un pequeño problema —dijo la voz de Luke.

Leia se puso al lado de Han. Luke parecía sereno. Intentó proyectarse con la Fuerza para sentir su presencia, pero no pudo. Aún debía de estar muy nerviosa.

—Pensaba que ibas a supervisar las reparaciones de la naves —dijo.

—Pensé que el centro de comunicaciones no era lo bastante seguro para dejar mensajes. Nuestros tripulantes mon calamari bajaron para un permiso autorizado. Algunos bakuranos que se encontraban en una parte del espaciopuerto donde no debían estar, a instancias de Nereus, les vieron y pensaron que lo *ssi-ruuk* habían aterrizado. Cuando llegué, los calamari habían disparado contra dos en defensa propia.

—Oh, no.

Los documentos de la tregua ardieron en la imaginación de Leia.

—Lamento habérmelo perdido —sonrió Han—. Parece que lo has arreglado todo.

Luke asintió.

—Estaba tan oscuro que la espada de luz bastó para iluminar toda la zona de la plataforma. Una vez Chewie y yo atrajimos la atención de ambos bandos, y los bakuranos echaron un buen vistazo a los nuestros, declararon un alto el fuego.

Han enarcó una ceja.

—No está mal, granjero.

—Oye, Luke —Leia volvió a empujar el pelo hacia atrás—, ¿y los bakuranos heridos?

Luke apretó los labios y meneó la cabeza.

—¿He dicho heridos? Lo siento. Muertos. Hay que presentar una disculpa

oficial a sus familiares. ¿Lo harás por mí? Esas cosas te salen mejor.

A Leia no le hizo ninguna gracia la idea, pero Luke tenía razón. Era preciso proceder con corrección.

—Lo haré.

Intentó proyectarse hacia él una vez más. Lo que tocó heló su sangre.

Quizá la crisis había terminado, pero percibió en el fondo una oscura inquietud.

—Luke, ¿qué pasa?

Las mejillas del joven enrojecieron.

—Por favor, Leia. Este canal no es seguro.

Luke tenía mucho miedo. ¿Qué más había ocurrido aquella noche? Han enarcó una ceja y la miró. Leia sacudió la cabeza.

—Más tarde —dijo—. Han y yo iremos directamente a casa del primer ministro. Me disculparé ante él, antes que nadie. También me llevaré a Cetrespeó y Erredós, para traducir.

—Bien. Erredós estará en mi dormitorio, enchufado. Han, dejo a Chewie aquí para mantener la calma. Intentaré hablar con Belden, si le localizo.

—¿Belden?

—El senador de mayor edad. Tengo un presentimiento —dijo en voz baja.

—¿Sobre el tiroteo? —preguntó Han.

—Exacto. Hasta luego.

La imagen se desvaneció.

Han se cruzó de brazos.

—Supongo que cuanto antes pongamos manos a la obra, antes podremos largarnos de este planeta con la piel intacta.

Leia extendió una mano hacia el tablero de comunicaciones.

—Avisaré al primer ministro Captison de que llegaremos tarde.

Menos mal que se habían retrasado. De lo contrario, no habrían recibido la transmisión de Luke.

Leia frunció el ceño y tecleó el código del primer ministro Captison. Tal vez algún día se arrepentiría de no haber aceptado las disculpas de Vader.

De Anakin. De quien fuera. Había actuado con educación.

¿La vigilaba? Furiosa, agitó el puño en el aire.

11

Luke salió de la cabina de comunicaciones cercana a la Plataforma 12, contento de no haber utilizado la red de comunicación no visual de la cantina. Al ver las caras de Leia y Han, había comprendido que estaban bien. Mejor que bien. Mientras mantenía la comunicación, había archivado un informe sobre el incidente en la memoria y buscado una dirección.

Chewie montaba guardia.

—Gracias, compañero —dijo Luke, y le pellizcó el brazo peludo.

El wookie respondió con una palmada sobre su hombro, y después se encaminó hacia el *Halcón*. Una minuciosa investigación había demostrado que nadie lo había tocado.

La capitana Manchisco estaba apoyada contra la pared acanalada de la cantina.

—¿Se marcha, comandante?

Se había arreglado para el permiso, pero el polvo gris del espaciopuerto había manchado su traje de navegación color crema durante el altercado.

Tres trenzas negras colgaban todavía a cada lado de su cabeza, cubiertas de trozos de hojas y ramitas.

A bordo del *Halcón*, había anunciado (con gran sensatez) que ofrecía pagar horas extras a precio triple a su navegante duro por quedarse a bordo de la nave. Luke deseó que el capitán mon calamari hubiera pensado en eso. Un descrédito para la Alianza, pero sus líderes preferirían pagar horas extras a triple precio a provocar incidentes que costaran vidas bakuranas.

—¿Cómo está el *Frenesí*! —preguntó Luke.

Manchisco arrugó el entrecejo.

—Un pequeño problema con el escudo de estribor. Está solucionado, pero tuve que dejar un equipo de mantenimiento imperial a bordo. Todas sus peculiaridades estarán almacenadas en el ordenador de Thanas a estas alturas.

Hundió la mano en el bolsillo.

—¿Hicieron un buen trabajo, al menos?

—Parece que sí. —Se encogió de hombros—. No sé si le he dicho que ha sido un placer conocerle.

—A mí también me gusta trabajar con usted, y estoy seguro de que aún no hemos terminado.

El duro rostro de la mujer, curtido en mil batallas, perdió algunas arrugas.

—Usted es el experto en estas cosas, pero tengo la extraña sensación de que no volveremos a vernos.

Otra advertencia. ¿O habría experimentado Manchisco una premonición?

—No lo sé —contestó con franqueza—. El futuro siempre está en movimiento.

La mujer agitó su mano izquierda.

—Da igual. Hacemos lo que podemos, siempre que podemos, ¿eh, comandante?

—Exacto.

Un vehículo de dos plazas atravesó la puerta de la Plataforma 12, cargado con cuatro tripulantes de la Alianza. Justo lo que necesitaba. Las autoridades del espaciopuerto habían reclamado el coche en que había llegado.

—Una noche movida —observó Manchisco—. Esperemos que no surjan más problemas.

Los tripulantes parecían cansados, pero pacíficos.

—Creo que están bien. Que la Fuerza la acompañe, capitán.

Luke requisó el vehículo y salió a la carretera periférica.

Cinco minutos después, aparcó en lo alto de una torre residencial.

Encontró el apartamento del senador Belden cerca del ascensor. Se pasó una mano por el pelo, alisó su traje de vuelo gris y tocó el panel de alarma.

Mientras aguardaba la respuesta, miró en ambas direcciones del polvoriento pasillo, muy diferente de la lujosa mansión de Captison. Quizá la familia Belden poseía una casa mejor en otra parte, o tal vez el gobernador Nereus se encargaba de que la cuenta corriente de los disidentes no se engrosara demasiado.

La puerta se deslizó a un lado. Luke retrocedió. *¿ Tú también aquí, Gaeriel?*

—Yo... —tartamudeó—. Hem, hola. Quería hablar con el senador Belden.

—Ha salido.

Iba a volver al pasillo, cuando una voz quebrada la llamó desde atrás.

—Déjale entrar, Gaeri. Déjale entrar.

—Es la señora Belden —susurró Gaeri—, y no se encuentra bien. —Se tocó la frente—. Entre un momento. Clis, su enfermera, pasa por una crisis familiar, y yo he venido a tomar el té esta mañana.

—Sólo entraré a saludarla —murmuró Luke—. No quería molestarla.

Una mujer enjuta estaba sentada sobre unos almohadones, en una silla de brocado con apoyabrazos en forma de ala. Iba vestida con prendas amarillo anaranjadas, de color muy parecido al de los bombones de namana, y se había teñido de castaño rojizo su escaso cabello.

—Has vuelto, Roviden. ¿Por qué has tardado tanto?

Luke dirigió a Gaeri una mirada de estupefacción.

—Piensa que usted es su hijo —susurró en su oído Gaeri—. Le mataron en las purgas, hace tres años. Cree que todos los jóvenes son su hijo. No le lleve la contraria. Será mejor.

¿Había alguna vía de escape? Luke vio muebles de madera, probablemente antiguos, una caja gris que debía de ser un aparato electrónico, y los pies descalzos de Gaeri bajo su falda y chaqueta azules..., pero ningún modo de evadir aquella mascarada. Cogió la mano de la señora Belden, vacilante.

—Lo siento —murmuró—. Estoy muy ocupado. Por culpa de la rebelión, ¿sabe?

—añadió, y pensó: «Su hijo murió durante las purgas».

La mujer apretó su mano.

—Sabía que estabas trabajando en la clandestinidad, Roviden. Me dijeron...

Oh, da igual. Gaeriel se ha marchado, y...

—No, está... —empezó Luke.

—Estoy aquí, Eppie.

Gaeri se sentó en un escabel repulsor.

—¿Estás...? —La señora Belden paseó su mirada desde Luke a Gaeri, y agitó la cabeza—. ¿Estoy...?

Cerró los ojos y tensó la mandíbula.

Gaeri se encogió de hombros.

—Estás bien, Eppie. ¿Te apetece una siestecita?

—Siestecita —repitió la mujer, con voz cansada.

Luke siguió a Gaeri hasta la puerta.

—Hábleme de la señora Belden. ¿Desde cuándo está así?

—Tres años. —Gaeri meneó la cabeza con pesar—. Por desgracia, se implicó mucho en la resistencia contra el Imperio. Se derrumbó cuando Roviden murió. Eso la... destruyó.

—Tal vez por eso la dejaron vivir —aventuró Luke.

Gaeri alzó su puntiaguda barbilla, irritada.

—Usted no puede...

La señora Belden se removió en su silla.

—No te vayas sin despedirte de mí —gritó.

Luke, demasiado impresionado, volvió a toda prisa y se arrodilló junto a la señora Belden. Purificó su mente de preocupaciones y deseos y examinó la intensa presencia de la mujer. Latía con demasiada energía para alguien necesitado de cuidados intensivos. La mente, recordaba, afectaba a la Fuerza... Creaba un pulso vital tan fuerte que Luke intuyó una energía desencadenada. Sin embargo, algunos de los vínculos que conectaban la mente con los sentidos y la comunicación no funcionaban. Habían sido mutilados. *El Imperio es el responsable*, adivinó.

Parpadeó y examinó aquellos ojos tristes y húmedos. Gaeri le estaba vigilando desde atrás. Si utilizaba la Fuerza, le echaría. O empezaría a respetar su talento.

Pese a los deseos de Gaeriel, era preciso curar a Eppie Belden. Luke acarició la mano huesuda y moteada. ¿Debía seguir fingiendo que era su hijo? Utilizar la Fuerza se le antojó una peligrosa falacia.

—Quiero enseñarle algo —murmuró, sin hacer caso de Gaeriel. Le costó—. Si es capaz de hacerlo, quizá se cure.

El estado de ánimo de la anciana mejoró al instante.

—No —ordenó—. Tranquilícese y escúcheme con atención.

Presionó su conciencia y le enseñó cómo se había curado él, viajando por el hiperespacio... El silencio, la concentración, la energía... Y se encargó de que viera, aún sin comprender, que no había sido capaz de hacerlo a la perfección. Después concentró la atención de la mujer en sí misma. *Algo ha resultado dañado*, le dijo. *Creo que fue culpa del Imperio. Encuéntrelo. Cúrelo. Rechácelo.*

Luche, Eppie. Que la Fuerza la acompañe. Yoda habría dicho que era «demasiado vieja para adiestrarla», pero no se trataba de adiestramiento. No exactamente. Además, *Yoda, no irá a meterse en líos como yo.*

Una oleada de gratitud invadió su mente. Aspiró una profunda bocanada de aire y tensó sus rodillas. Eppie Belden se recostó contra sus almohadones, cerró los ojos y respiró con serenidad.

—¿Qué ha hecho?

Gaeriel había adoptado una postura de combate inconsciente.

Luke estudió sus ojos. De alguna manera, el gris calculaba, en tanto el verde expresaba irritación.

—Aún posee una conciencia muy penetrante —murmuró—. Creo que su problema no es natural. La mutilaron.

Gaeriel titubeó.

—¿De forma deliberada?

Luke asintió. Al notar que su hostilidad se desvanecía, guardó silencio unos momentos y dejó que elaborara sus deducciones. Alguien la había mutilado. ¿Quién, sino el Imperio?

—Sé algo acerca de la autocuración —explicó—. Le enseñé algo que podía intentar. Eso es todo.

—¿Tan sencillo le resulta? —preguntó con amargura la joven.

Incomprensible para alguien que no fuera Jedi.

—No le he hecho nada. Le doy mi palabra de... honor.

Por fin, Gaeri se encogió de hombros y desechó el problema.

—Vamos a sentarnos en otro sitio.

Pasó bajo una arcada que daba a un comedor de losas blancas. No paró de alisar su larga chaqueta blanca mientras caminaba. Le indicó que se sentara a una mesa transparente, dejando atrás un calentador de té humeante.

—Si la Fuerza le permite semejantes milagros —dijo—, ¿por qué no sube a un caza, se abre paso hasta la nave insignia ssi-ruuvi y se deshace de ellos?

Podría intentarlo, si me lo pidieras. Desechó el impulso con un suspiro.

—Si utilizara mis poderes impulsado por la cólera o la agresividad —explicó—, en lugar del conocimiento y la autodefensa, el lado oscuro se apoderaría de mí. Afectó...

Reprimió una terrible tentación. Algún día, admitiría su parentesco. Casi deseó terminar de una vez por todas, pero aún no había llegado el momento de que su provocadora y humilde revelación importara a alguien. Explicando a Gaeriel sería desastroso.

—Afectó a muchos Jedi. Se transformaron en agentes del mal, y fue necesario eliminarlos.

—Tendría que haberlo adivinado.

Gaeriel le miró de arriba abajo, y después ladeó la cabeza hacia la puerta abierta.

Aún podría conquistarla, mediante Eppie.

—Si prueba lo que le enseñé, puede que de la impresión de dormir durante... Bueno, días.

—Sería una bendición. —Gaeri cruzó las piernas por debajo de la mesa, más tranquila—. ¿De qué tenía que hablar con Orn?

Oh, maldición. Estar al mando del *Frenesí* era más fácil que admitir aquello.

—Esta madrugada, algunos de los suyos atacaron a unos de mis tripulantes en el espaciopuerto. Eran alienígenas fieles a la Alianza, y su gente pensó que eran *ssi-ruuk*. Sospecho que el gobernador Nereus buscó bakuranos proclives a la camorra, y les azuzó.

Percibió la suspicacia de la joven.

—¿Hubo bajas?

—Dos bakuranos. La princesa Leia ha presentado disculpas oficiales —se apresuró a añadir—. Ojalá pudiéramos hacer más. No tendría que haber sucedido.

Miró por un amplio ventanal. El sol de la mañana brillaba en todo su esplendor, pero sentía frío. Los *ssi-ruuk* no tardarían en ir tras él. No creía correr un grave peligro, pero aún no estaba seguro de por qué le querían apresar. ¿Qué estaba haciendo aquí, poner en peligro a Gaeriel y la señora Belden?

—Si al senador Belden se le ocurre alguna idea sobre el incidente, dígale que se ponga en contacto conmigo. —Se levantó—. Espero que la señora Belden mejore. Lo que sentí bajo sus aflicciones... —Buscó las palabras apropiadas—. Creo que me habría caído bien. Era una luchadora, ¿verdad?

Gaeriel arqueó la ceja izquierda.

Fantástico. Había vuelto a recordarle sus talentos Jedi. Clavar la vista en el suelo tampoco servía de nada, porque sus pies descalzos sugerían cierta despreocupación. *Excepto cuando estoy con ella*.

—Gracias. Será mejor que me vaya.

Mientras se encaminaba a la puerta, miró a la señora Belden. No se había movido. Gaeriel le siguió.

—Luke —murmuró—, gracias por intentarlo.

«Luke». Por fin ha pronunciado mi nombre. Corrió hacia el aeródromo del tejado, mucho más animado.

Leia precedió a Cetrespeó por una puerta arqueada de la antigua Ala de la Corporación. Erredós rodaba en silencio detrás, seguido por Han. El despacho del primer ministro Captison estaba chapado en madera rojiza. Su enorme escritorio había sido cortado en bloque del nudo de un árbol gigantesco. Estaba sentado cerca del centro, donde un espacio liso había sido tallado y pulido, y aguardaba con el ceño fruncido.

¿Tan tarde llegaba? De pronto, se dio cuenta de que miraba con el ceño fruncido a Cetrespeó y Erredós, no a ella. Blandió el cepo Propietario para demostrar a Captison que tenía controlados a los dos androides. También había programado a Cetrespeó para que no hablara hasta que eliminara la orden. No le había parecido correcto —ni posible— pedirle que guardara silencio.

—Lamento el retraso —dijo.

Captison no era un hombre de gran envergadura, pero al igual que Luke, proyectaba confianza en sí mismo.

—Espero que haya logrado solucionar su problema personal.

—Sí, gracias.

Captison extendió las manos hacia dos sillas repulsoras. Han empujó una hacia Leia y se acomodó en la otra. De costado. *Te quiero, manojo de nervios*, repitió Leia en silencio, mientras tomaba asiento.

—Debo presentar una disculpa oficial por las muertes ocurridas esta mañana. ¿Puedo ponerme en contacto con los familiares de los hombres que resultaron muertos?

Una comisura de la boca de Captison se agitó cuando miró a Han.

—Creo que sería muy de agradecer. Sí, yo me encargaré. También hemos observado una nueva configuración de las naves *ssi-ruuk* apostadas ante nuestra red defensiva —añadió Captison—. La red hizo lo propio para adaptarse. Eso me ha comunicado el comandante Thanas, en cualquier caso.

Leia captó la mirada de soslayo de Han.

—¿Le informa a usted y al gobernador Nereus? —preguntó Han.

Captison se encogió de hombros.

—Se lo pedí. Era lo menos que podía hacer.

Leia resopló.

—Tal vez ignore que un oficial imperial raramente presta la menor atención a la gente que, en teoría, defiende.

—No me diga.

Tal vez Captison lo sabía. Tal vez había cultivado la amistad del comandante Pter Thanas.

—En cualquier caso, he traído a los androides que le ofrecí. ¿Quiere que traduzcan lo que ha conseguido?

—No soy muy aficionado a los androides —replicó con sequedad Captison—, pero en este momento ardo en deseos de utilizarlos, si existe una posibilidad de que nos sirvan de ayuda.

Leia apuntó con el Propietario a Cetrespeó, que zumbó suavemente.

Como si jamás hubiera sido silenciado, Cetrespeó canturreó.

—Domino más de seis millones de formas de comunicación, señor.

Leia había oído tantas veces la frase que ya había olvidado lo impresionante que resultaba. El súbito interés de Captison se lo recordó.

—Eso dijo su Alteza después de cenar. —Tocó un panel de su consola—.

Zilpha, pasa esas grabaciones nave—nave que captamos de los Flautas. —Se reclinó en la silla—. Tenemos grabadas cantidad de conversaciones —explicó—. Parecen una bandada de aves... Feas, grandes y de voz grave.

—Bien, si alguien es bueno en eso, nadie como nuestro Vara de Oro.

Han palmeó el hombro metálico de Cetrespeó. La cabeza del androide se giró hacia él.

—Gracias, general Solo.

Una luz cambió de color junto al hombre de Captison.

—Empecemos. Que su androide escuche esto.

—Puede hablarle directamente —dijo Leia—. Se llama Cetrespeó.

—Estupendo —contestó Captison—. Escucha, Cetrespeó. Traduce lo que están diciendo.

La consola emitió una serie de silbidos, chasquidos y gruñidos, algunos tan agudos como la voz de un contralto, y otros como un bajo. Los Flautas tocaban un instrumento muy complejo. Mientras Leia escuchaba, paseó la vista por el despacho de Captison. Sus ventanas gemelas daban a un parque circular, sembrado de estatuas de piedra. Árboles altos y de hoja abundante, que bordeaban los cristales inmaculados de las ventanas, habían sido tallados en cristal coloreado tridimensional. Árboles namana, supuso.

Cetrespeó ladeó y meneó la cabeza.

—Lo siento, primer ministro, pero no entiendo nada. Trasciende por completo mi comprensión. He prestado servicios durante muchos años, y soy capaz de comunicarme en cualquier idioma utilizado dentro de los límites del espacio republicano o imperial.

—Nuestros Flautas proceden del espacio exterior —comentó Captison—. Creo que ya lo había mencionado.

Han se acarició el mentón. Leia no supo qué decir.

Oyó un silbido. Sorprendida, giró en redondo. Erredós, desde su esquina,

estaba canturreando lo que consideró una perfecta imitación de la grabación que obraba en poder del primer ministro Captison.

—Cetrespeó —dijo Leia, cuando Erredós terminó—, ¿no sonaban así los *ssi-ruuk*?

—No —replicó con firmeza Cetrespeó—. Ha errado cuatro vibraciones completas de una nota.

Erredós aulló.

—Sobrecarga tus transistores —protestó Cetrespeó—. No soporto ese lenguaje.

Captison enarcó una ceja blanca.

—¿Es capaz de reproducirlo con tanta fidelidad?

—Yo no dudaría de Erredós, aunque nunca pensé que sería capaz de hacerlo —admitió Leia—. Señor, estoy segura de que, con suficiente tiempo y grabaciones, Cetrespeó llevará a cabo un esfuerzo sobreandroide para descodificar ese idioma.

—Si puede —dijo Captison, mientras señalaba al androide—, tenemos un nativo parlante, en caso necesario. Lleve a sus amigos metálicos a la oficina de mi ayudante. Zilpha les proporcionará suficientes grabaciones para mantenerlos ocupados hasta mañana por la noche.

El gobernador Wilek Nereus mordió el extremo de un rollo de namana y lo masticó con aire pensativo. En aquel paseo bordeado de helechos altos y pasionarias, podía olvidar por unos instantes la amenaza que se cernía sobre Bakura y meditar sobre su carrera. Muertos Palpatine y Vader, la Alianza Rebelde (comentada con tanto desdén en los comunicados oficiales) se convertía en una amenaza más concreta.

De todos modos, las probabilidades se inclinaban por el Imperio, y tenía a dos dirigentes rebeldes de capital importancia a escasa distancia. Podía debilitar a la Alianza de manera sustancial.

Se dejó de distracciones y retomó el hilo de sus pensamientos. Alguien nuevo ocuparía el trono imperial. Nereus había calculado con suma cautela los peligros de dar el salto, sólo que tan lejos del Núcleo, no tenía ni una posibilidad..., y el precio de fracasar significaba la muerte o la ruina. Por lo tanto, debía esperar a que surgiera un nuevo emperador, para agasajarle y alabarle, y entretanto, presentar Bakura como un ejemplo de empresa provechosa.

Si los *ssi-ruuk* no se la arrebataban. Les despreciaba por principio, aun sin la complicación de la tecnificación. Desde joven, se había entregado a dos aficiones: la parasitología alienígena y la dentición alienígena. El Imperio había utilizado con sigilo ambos talentos. Los alienígenas eran seres que servían para diseccionar o repeler, nunca para aliarse.

Su ayudante adoptó la posición de firmes a pocos pasos de la fuente central del paseo. Nereus había dado órdenes estrictas de que no le molestaran, y dejó que el mensajero esperara. Había acudido al paseo para disfrutar de unos minutos de tranquilidad, y por todas las fuerzas y equilibrios que aquellos idiotas reverenciaban, lo conseguiría.

Dio otro mordisco a la fruta y contempló el centro de la fuente, mientras calibraba el agradable calor que el dulce le proporcionaba. Controlaba su adicción a la namana: por las noches, sólo néctar, y de día, sólo dos bombones, por lo general junto a la fuente. El agua saltaba, impulsada por un centenar de motores sónicos que desafiaban la gravedad, hasta ser capturada por Bakura y devuelta al turbulento estanque azul.

El Imperio también podía vadear las turbulencias. Los colegas imperiales de Nereus habían convertido la burocracia galáctica en un elemento que se autoperpetuaba. Al servicio del Imperio, Wilek Nereus se encumbraría, acumularía más autoridad y poder que en cualquier otro sistema de gobierno. Por lo tanto, sacrificaría cualquier cosa y cualquier persona para que Bakura continuara formando parte del Imperio. La pérdida de otra Estrella de la Muerte le malhumoraba. El miedo era la herramienta fundamental para mantener sometida a Bakura.

Bien, los nativos también estaban asustados ahora. Suspiró y se volvió hacia el ayudante.

—Imagino que es importante.

—Señor. —El ayudante saludó—. Un mensaje holográfico importante, procedente de la flota ssi-ruuvi, le espera.

Los Flautas habían capturado varias naves imperiales desde que Sibwarra les había enviado el mensaje, de modo que ahora tenían acceso a la red holográfica imperial.

—Idiota —exclamó Nereus—, ¿por qué no me avisó? Lo recibiré en mi escritorio.

El ayudante extrajo un comunicador de su cinturón para transmitir la orden. Nereus avanzó por el sendero cubierto de musgo. Dos guardias uniformados mantenían abiertas las puertas de cristal situadas en una esquina del largo túnel, iluminado mediante luz artificial, que conectaba el sendero con el otro. Nereus torció a la izquierda, luego otra vez a la izquierda, atravesó el puesto de su equipo personal y entró en su despacho de amplios ventanales.

Una luz parpadeaba en el sistema de holotransmisión. Enderezó el cuello de su chaqueta y pasó una mano sobre las condecoraciones que adornaban su pecho, para eliminar cualquier rastro de polen. Después giró su silla repulsora hacia el aparato de transmisión.

—Adelante —dijo a su escritorio.

Engarfió las manos alrededor de los apoyabrazos. ¿Qué querrían ahora los Flautas?

Una figura translúcida de un metro de alto apareció sobre la parrilla de recepción: humana, con prendas blancas a rayas.

—Gobernador Nereus. —La figura hizo una reverencia—. Quizá se acuerde de mí. Soy...

—Deb Sibwarra —gruñó Nereus. Aquello sí que era un parásito alienígena—.

Le conozco demasiado. ¿Qué maravillosas noticias nos trae esta vez?

Sibwarra meneó la cabeza.

—Menos maravillosas que las anteriores, me temo, pero tal vez dentro de poco sean más agradables. Los poderosos *ssi-ruuk*, al observar sus vacilaciones acerca de unirse a la búsqueda imperial de la unidad galáctica, con el fin de experimentar la liberación de las limitaciones físicas... Nereus cogió un colmillo de Ilwelkyn que descansaba sobre un puñado de papeles.

—Vaya al grano.

Sibwarra extendió una mano.

—El almirante Ivpikkis está dispuesto a que nuestra flota salga de su sistema, con una condición.

—Siga hablando.

Nereus acarició el borde aserrado del colmillo. Si el holo hubiera sido de carne, se lo habría clavado así... y así...

—Entre los nuevos visitantes llegados a su sistema, hay un hombre llamado Skywalker. Si lo entrega a una delegación especial ssi-ruuvi, partiremos de inmediato.

Nereus emitió un ruido despectivo.

—¿Para qué le quieren?

Sibwarra ladeó la cabeza y le miró de soslayo, como un reptil.

—Sólo deseamos librarle de una presencia desagradable.

—No me lo creo ni por un momento.

De todos modos, si los alienígenas iban a otra parte en pos de cargas humanas (podría sugerir Endor), Bakura volvería a la situación anterior, él continuaría al mando y podría alertar del peligro al imperio.

—Puedo admitir que resultaría muy útil para ciertos experimentos.

—Oh, desde luego.

Ja. Sin duda querían a Skywalker para algo relacionado con la tecnificación. No confiaba en Sibwarra, ni en sus anfitriones reptilianos.

Si querían a Skywalker, no debían apoderarse de él.

Tal vez pudiera sacar ventaja de aquella proposición.

—Necesitaré tiempo para arreglar los detalles.

Matar a Skywalker de inmediato era una opción. O... Sí, podía ayudar a los *ssi-ruuk* a capturar al joven Jedi, pero asegurándose de que muriera antes de que lo utilizaran, y así mataría dos pájaros peligrosos de un solo tiro.

¿Los oficiales rebeldes se pondrían a las órdenes de Thanas, si su comandante desaparecía con la flota alienígena? Dio unos golpecitos sobre el largo colmillo. Lo harían, si era su única esperanza de sobrevivir.

Sibwarra, que seguía mirándole de soslayo, juntó las palmas de las manos y alzó los dedos hacia la barbilla.

—¿Le bastará con un día?

Nereus le despreciaba.

—Creo que sí. Póngase en contacto de nuevo conmigo mañana a mediodía, hora local.

Tres veloces golpes en la puerta del despacho de Gaeriel interrumpieron sus esfuerzos por recuperar una mañana de trabajo perdida. La insinuación de Skywalker de que los imperiales habían robado la cordura a Eppie Belden la había torturado durante todo el camino de regreso al complejo. Nada más llegar, examinó los antecedentes criminales de Eppie. Todos los agitadores detenidos durante la toma del poder o las purgas estaban fichados, incluido el tío Yeorg (un delito de escasa importancia).

Pero Eppie no. O habían desaparecido, o estaban considerados de máxima seguridad. ¿Por qué se tomaría el Imperio la molestia de ocultarlos?

—Entre —dijo.

Una mujer delgada, vestida con un traje de salto verde oscuro, miró hacia atrás y entró.

Gaeriel se enderezó en su silla.

—¿Qué pasa, Aari?

—Una escucha —murmuró—. Del despacho de Nereus.

Gaeriel indicó a Aari que se acercara más. Sus ayudantes habían intervenido varios sistemas de seguridad del gobernador Nereus, pero seguro que los ayudantes de éste también tenían oídos en su despacho.

—¿Qué has oído?

Los labios de Aari rozaron el oído de Gaeri.

—Los *ssi-ruuk* acaban de hacer una oferta a Nereus, si les entrega al comandante Skywalker.

Un nudo de hielo se formó en el estómago de Gaeri. Luke Skywalker había visto morir al emperador. No era tan sólo un nuevo Jedi. Tenía que ser uno de los individuos fundamentales de la Alianza... en la cambiante galaxia.

¿Para qué le querían? Gaeri curvó los dedos de sus pies en el interior de los zapatos. Luke se había jugado el aprecio de Gaeri cuando había utilizado sus poderes para ayudar a Eppie, y ella admiraba su decisión. Si los Jedi eran de corazón egoísta, ¿por qué había obedecido a su conciencia, pese a la desaprobación de Gaeriel, cuando era tan evidente (y aterrador) que deseaba conseguir su amistad?

Era evidente que los *ssi-ruuk* pensaban que podían manejarle. En ese caso, cualquier humano, incluido Wilek Nereus, debía hacer lo imposible por mantenerle alejado de ellos. O bien Nereus no comprendía lo que significaba para la humanidad entregar a Skywalker, o estaba obsesionado por alejar de su planeta a los hombres de la Alianza, o...

O intentaría matar a Skywalker antes de que se apoderaran de él. La tercera posibilidad significaba que Luke Skywalker, fuera lo que fuera, tenía las horas contadas.

¿Debía advertirle? Cruzarse de brazos equivaldría a inclinar la balanza del lado del gobernador Nereus. Ayudar a Skywalker significaría desequilibrar el resto del universo.

Pero era difícil pensar en términos universales cuando un peligro amenazaba al pueblo bakurano. Luke la había convencido por fin de que haría todo cuanto estuviera en su poder por ayudar a Bakura en su lucha contra los *ssi-ruuk*.

—Gracias, Aari. —Se levantó y consultó su crono. La gente sensata ya estaría cenando—. Yo me ocuparé de esto.

12

Luke recorrió el pasillo de piedra blanca en dirección a su suite.

Después de hablar con Gaeriel y la señora Belden, había pasado el resto de la mañana y la mitad de la tarde hablando con los supervisores de los talleres. Su fama de Jedi se había extendido. Le habían demostrado un reticente respeto por ensuciarse las manos con ello (eso había sido el punto decisivo), y luego le habían permitido incluir los restantes cazas A en la lista de servicios de aquel día. Luke sospechaba que los mejores equipos de reparación de Bakura habían sido trasladados al crucero imperial *Dominante*.

A continuación, sin poder lavarse, había ayudado al oficial de intendencia a aprovisionar al grupo de combate, gastando los recursos inexistentes de un posible gobierno futuro. Habría dado cualquier cosa por la ayuda de Leia en aquel apartado. Y todo esto sin dejar de vigilar la irrupción de los *ssi-ruuk*, mientras se preguntaba qué significaba la advertencia del sueño. No era de extrañar que le doliera todo el cuerpo, apenas curado.

Un par de milicianos imperiales montaban guardia en el amplio vestíbulo que se abría ante la suite, con los rifles desintegradores cruzados sobre el pecho. Pese a su cansancio, sintió una descarga de adrenalina. Su mano voló hacia la espada de luz de forma instintiva.

Después recordó. Dejó caer las manos a los costados, con los dedos separados.

—Lo siento —murmuró al guardia más próximo—. No estoy acostumbrado a esto.

—Comprendo, señor.

El imperial retrocedió. Luke entró, atravesó la sala de comunicaciones hasta llegar a su dormitorio y se dejó caer sobre la cama repulsora. Lanzó una carcajada nerviosa. Nunca había vivido una situación tan absurda. Su apartamento, vigilado por «amigables» milicianos.

Miró por el amplio ventanal y se preguntó qué habría dado su tío Owen por una lluvia torrencial como la que acababa de empezar. La primera parte del verano en Bakura sería el paraíso en Tatooine.

Una luz parpadeó en su consola personal. Suspiró y recibió el mensaje. El senador Belden solicitaba su presencia a la hora de cenar.

Luke gruñó. Gaeriel habría transmitido su deseo, pero era muy tarde. Ni siquiera tendría tiempo de lavarse. Necesitaba hablar con el senador, al menos para hablar del historial médico de su mujer.

Luke tecleó una educada solicitud de verle al día siguiente, la envió y se agachó para quitarse las botas. El timbre de la puerta sonó.

—¡No! —susurró, irritado.

Su guía le había enseñado a utilizar la consola del dormitorio para averiguar la identidad de quienes llamaban. Pulsó varios botones, pero no logró que funcionara. Cruzó la sala común y fue a responder él mismo, sintiéndose muy sucio.

Gaeriel estaba ante la puerta, casi vuelta de espaldas, como si prefiriera seguir andando a hablar con él. Una bolsa de cuerda colgaba de su falda azul y, como siempre, su sola presencia provocó hormigueos en su sensación de la Fuerza.

—¿Puedo hablar con usted unos momentos, comandante? —preguntó la joven.

Luke se alejó de los ojos inquisitivos de los guardias imperiales.

—Por favor.

En cuanto la puerta se cerró, Gaeri rodeó su boca con las manos.

—Te vigilan —susurró—. Estamos a punto de desaparecer.

Levantó la bolsa y la abrió. En el interior había una caja gris, como la del apartamento de Belden. Manipuló un interruptor grande.

—Un generador de burbujas disruptivas —dijo en voz alta, pero sin alzarla demasiado—. No puedo mantenerlo activo más de unos segundos cada vez.

Estás en peligro.

—¿Qué sucede?

—Los *ssi-ruuk* han enviado un mensaje al gobernador Nereus. —Introdujo la mano de nuevo en la bolsa—. ¿Se encuentra cómodo su grupo, comandante?

—preguntó a voz en grito.

Luke tuvo que pensar con rapidez.

—La situación es un poco peculiar —contestó—. Tengo una reacción alérgica a las armaduras de los milicianos.

Bien, esbozó con los labios Gaeri. Enarcó la ceja derecha, sobre su ojo verde, y movió la muñeca de nuevo.

—Han pedido al gobernador Nereus que te entregue a ellos, en cuyo caso abandonarán Bakura.

La advertencia de su sueño volvió a su mente. Por lo visto, pensaban utilizar como mediador a Nereus.

—Se ha sentido tentado, naturalmente.

—No lo creo. No es estúpido. Si te quieren vivo, procurará que te cojan muerto. —Bajó la vista y movió la mano—. Tendremos que superar nuestras reacciones automáticas —anunció.

Menos mal que Leia estaba segura de que Nereus no pretendía perjudicarles.

Ahora empieza la diversión.

—Los alojamientos son excelentes. —Señaló el saloncito del rincón—. He estado de pie todo el día. Siéntese, por favor, y así podré imitarla.

—Creo que no es conveniente.

Luke procuró que la Fuerza dotara a su voz de un tono tranquilizador.

—Ojalá confiaras en mí.

Gaeri introdujo la mano de nuevo en su bolsa.

—Supongo que mi reacción a los Jedi es como la de usted a los milicianos.

—Estoy aprendiendo a reprimir las mías.

—Yo también. Eppie aún seguía dormida cuando volví. —Desvió la vista—.

Gracias —murmuró—. Ahora... Mi ayudante y yo interceptamos una transmisión de los *ssi-ruuk*. El gobernador Nereus pidió un día para encargarse de los detalles.

—Un día. —Luke asintió—. Gracias.

Cambio.

—¿Necesita algo especial su alienígena? ¿Qué dijo que era, un wook?

—Wookie. Nada especial, sólo el doble de comida que los demás.

—Comprendo. —Gaeri manipuló el generador—. No irán a por usted como hacen con la gente normal, ni tampoco el gobernador Nereus. Vigile su espalda.

Vigile a sus guardias. Vigile todo lo que coma, beba y respire.

—¿Qué quieren de mí los *ssi-ruuk*?

La joven se encogió de hombros.

—Iré con cuidado —dijo Luke en voz baja.

Nereus intentaría controlar todas las posibilidades, para convencer a los *ssi-ruuk* de que deseaba colaborar.

Quizá era cierto.

—¿Ya ha cenado? —preguntó Gaeriel—. Puedo ordenar que le suban una cena ligera.

Conmovido, Luke rozó una mancha de grasa de su mono y la ocultó bajo la mano.

—¿Lo haría?

Una vez la joven dijo algo por el centro de comunicaciones que Luke no pudo recordar, ni mucho menos pronunciar, se hizo un embarazoso silencio.

Luke se quedó inmóvil y se preguntó qué iba a decir Gaeri. Por fin, la joven dejó de pasear por la habitación, mirar por el ventanal al parque y fijar la vista en el techo. Le miró.

—¿Está escuchando mis pensamientos? —preguntó con audacia.

Su bolsa de malla descansaba sobre el salón repulsor.

—No puedo hacerlo —contestó con prudencia—. Algunos de sus sentimientos se filtran por la Fuerza, pero eso es todo.

Falso por completo.

—No es justo. Yo no sé lo que usted siente.

Luke cogió la caja gris y localizó el control.

—¿Le gustaría saber lo que siento?

—Sí.

Luke respiró hondo. La sinceridad era una cosa, y la estupidez otra muy distinta. Deseó poseer la capacidad de Leia de improvisar.

—Ya la conozco a un nivel mucho más profundo que cualquier otra persona.

Eso empeora las cosas, por supuesto, porque todo lo que sabe de mí es lo que piensa creer. —¿Lo había dicho bien? Continuó—. Sus sentimientos hacia mí son fuertes. Muy ambivalentes.

La joven caminó hacia el saloncito.

—No es que tenga miedo de usted, comandante...

—Luke.

—Tengo una objeción religiosa a lo que eres. A lo que has llegado a ser.

No naciste Jedi. Y será mejor que vuelva la espalda unos segundos, o ambos nos encontraremos en un lío.

Entonces, lo captó: un remolino de intensa atracción, canalizada mediante la Fuerza, que no provenía de él. Cinco años atrás, habría cogido la mano de Gaeri y renunciado a todo: la flota, la Alianza y la Fuerza.

Pero aquellos cinco años habían moldeado su destino. Quizá podría convencerla de que cambiara de opinión.

Se serenó. ¿Qué derecho tenía a destruir sus creencias? Ella se servía de la Fuerza como todo el mundo, aunque era incapaz de aceptarlo.

Se apresuró a desconectar el campo.

—¿Desde cuándo es senadora? —preguntó; así se podría considerar una conversación superficial.

—El senado me eligió hace cinco años. He ido al colegio desde entonces, aquí o en Centro Imperial. No se deje impresionar demasiado por el cargo.

—Juntó los pulgares—. En esencia, se reduce a encontrar formas creativas de imponer nuevos impuestos a los bakuranos. Ahora, también debemos sostener la afluencia de datos y cultura imperiales. Una parte es muy buena —añadió—, pero otra sólo atrae a las escasas personas que piensan como el gobernador Nereus.

En cualquier cultura sometida, habría muy poca gente que daría la bienvenida al Imperio, porque ya eran imperiales de corazón.

—No creo que usted sea una de ellas.

Gaeri miró hacia el generador. Quizá la conversación estaba adquiriendo un cariz demasiado personal para sentirse cómoda.

—¿Siempre llueve tanto? —preguntó Luke—. Me crié en un planeta desierto.

Tras algunos comentarios impersonales más sobre el tiempo, Luke conectó de nuevo el generador.

—Respetaré tus temores —dijo—. Y tus creencias.

El timbre de la puerta sonó.

Gaeri se levantó de un brinco y abrió, agradecida por la distracción. Era absurdo flirtear con el destino de aquella manera, e inútil tratar de lograr que Skywalker comprendiera el universo tal como ella lo veía.

Un miembro de su personal empujó un carrito flotante por la puerta. Gaeri indicó que lo dejara entre las sillas. Cuando el hombre se marchó, la joven destapó el único plato.

—Espero que te guste el pescado.

Criado en un planeta desierto... y dos veces en dos días.

—¿Te quedarás?

—Disculpa mi cobardía, Luke, pero...

Luke, sin palabras, desenganchó un objeto cilíndrico plateado de su cinturón y lo dejó sobre el carrito repulsor. Parecía un arma, lo bastante largo para ser aferrado con las dos manos.

—¿Es lo que yo pienso? —preguntó ella en voz baja.

—Puede que estés más segura aquí que en casa. —Su rostro se ruborizó—. Lo siento. He hablado como un miliciano pendenciero.

Al menos, podía reírse de sí mismo. Ella vaciló. Estaría a salvo, sí, durante unos minutos.

—Hay dos en el pasillo —le recordó—. Yo en tu lugar, ya no confiaría en ellos. De todos modos, eso huele muy bien. Te acompañaré.

Era evidente que le gustaba el marisco, porque comió como un hombre hambriento. Disimulaba su hambre con mordiscos delicados y espaciados. Al cabo de unos minutos, Luke cogió el proyector, que descansaba sobre el carrito, al lado de la espada.

—¿La mayoría de los bakuranos comparten tus creencias? —preguntó Luke.

—Muchos son más estrictos —contestó, contenta de que hubiera sacado el tema a colación—. Mi hermana es una ascética. Vive casi sin nada, con el fin de que los demás tengan más. Yo soy menos... devota. Somos una minoría, pero el peso del universo podría equilibrarse gracias a un átomo colocado en el sitio adecuado.

—Percibo mediante la Fuerza que eres una mujer de sentimientos profundos.

—Creía haber convencido a todo el mundo de que soy una política de carrera.

—Todos los demás parecen convencidos.

—Estupendo.

No debo mirarle a los ojos..., pero son de un azul tan delicado.

—Los *ssi-ruuk* acechan ahí fuera. —Luke movió su tenedor—. Me queda un día, como máximo, para deshacerme de ellos.

—Menos.

—Una vez solucionado el problema, volveré. Para hablar contigo, Gaeri, si existe alguna esperanza de que cambies de opinión acerca de mí. Acerca de los Jedi. Sólo tenías razón en parte cuando dijiste que no había nacido Jedi. La Fuerza es poderosa en mi familia.

Gaeri, sorprendida, bebió agua. Parte de su cabeza había adivinado que diría algo semejante, y otra parte había anhelado oírlo. «¿Por qué no admitirlo? —se preguntó—. A ver cómo reacciona.»

—Gracias por ser... sincero. No tenemos tiempo para ser socialmente correctos. Y me siento atraída hacia ti, lo cual es peligroso.

Luke meneó la cabeza.

—No quisiera...

—Sí que lo querrías. Si yo te alentara. —Contempló sus dedos entrelazados—. Si quisieras hacerlo, podrías manipular a la gente con facilidad.

—No lo haría —replicó Luke, ruborizado—. Sería fraudulento. No tiene futuro.

La joven acarició su colgante.

—¿Qué eres, Luke Skywalker? ¿Qué te ha concedido el derecho a esos poderes?

—Soy un... —Vaciló—. Un granjero, supongo.

—¿Una familia de granjeros poderosos en la Fuerza? —preguntó ella con sarcasmo.

Luke palideció. Gaeri había tocado un punto sensible.

—Piénsalo así —murmuró, mientras terminaba el último pedazo de su plato—.

Siempre habrá gente poderosa en la maldad. Si la única forma de proteger a los demás es que algunos de nosotros lleguemos a ser poderosos en la Fuerza para obrar el bien, ¿qué más da? Aunque tus creencias sean correctas, y eso signifique disminuir a alguien. La gente se sacrifica constantemente por las buenas causas. Yo no pedí a nadie que muriera por mí.

Casi convencida, Gaeri se resistió a su aparente sinceridad.

—El Cosmos ha de equilibrarse.

—Estoy de acuerdo. El lado oscuro exige constantemente la agresividad, la venganza, la traición. Cuanto más fuerte eres, más tentaciones sientes.

La mano de Gaeri tembló.

—Entonces, si amaras a alguien, podrías odiarle con la misma facilidad.

Luke bajó la vista hacia el generador y enarcó una ceja.

Ella se obligó a olvidar el dolor que asomaba a su mirada.

—El generador no es necesario —dijo—. Podríamos comer en silencio.

—Aquí hay otro equilibrio. —Luke apoyó la mano sobre su frente manchada de polvo—. Las cumbres montañosas de mi mente están equilibradas por hondonadas. He perdido amigos, familia, maestros. El Imperio mató a casi todos. Si no hubiera iniciado mi adiestramiento Jedi, seguirían muertos.

—Frunció el ceño—. De hecho, yo también estaría muerto. El día que conocí a mi primer maestro, el Imperio atacó nuestra granja. Mataron a tío Owen y tía Beru mientras yo estaba ausente. Toda la gente que estaba en casa murió. ¿Acaso no han hecho lo mismo aquí también? ¿Apruebas el Imperio?

—Una pregunta difícil.

—¿Lo apruebas?

Pues claro que sí. ¿O no?

—El Imperio ha acumulado más poder del que cualquier gobierno necesita —admitió la joven—. Sin embargo, equilibra sumisión con privilegios. Una ventaja de vivir bajo el Imperio es un maravilloso abanico de oportunidades educativas. Los niños inteligentes pueden estudiar en Centro Imperial.

Luke compuso una expresión irónica.

—He oído que el más inteligente nunca vuelve a casa.

¿Cómo lo sabía? Algunos se quedaban, tentados por empleos lucrativos.

Algunos desaparecían. Ella había preferido volver a casa.

—Digamos que se aprende a disimular un poco. El dominio imperial ha sido ventajoso para Bakura, en cualquier caso. Restauró el orden cuando nos encontrábamos al borde de la guerra civil. Tiene inconvenientes, pero estoy segura de que tu gente dirá que la Alianza tiene problemas.

—Son los problemas derivados de la libertad.

Sus palabras la hirieron.

—Nos asustaste cuando tu grupo de combate llegó. La reputación de la Alianza Rebelde es destructiva, no constructiva.

—Desde un punto de vista imperial, tal vez, pero no es cierto. Palabra.

No es muy diplomático.

—Gracias por hablar de esto —dijo Gaeri—. Me siento mejor...

—Ojalá.

—... y más segura de mí misma —mintió con firmeza. Introdujo la mano en la bolsa, torció la muñeca y se cargó la bolsa al hombro—. Trabajaremos juntos contra los *ssi-ruuk*.

Luke hizo un gesto con la mano. Gaeri conectó el generador por última vez.

—¿Existe alguna posibilidad de que podamos comprar uno de ésos?

Señaló la bolsa.

Ella negó con la cabeza.

—Es de Eppie. Sólo quedan unos pocos en Bakura, propiedad de las primeras familias. El gobernador Nereus desconoce su existencia.

—Qué lástima.

—Pues sí —admitió Gaeri—. Me llevaré el carrito.

Luke sujetó la espada al cinto.

Luke la acompañó a la puerta. Quiso acariciar su mano, razonar con ella, derruir sus defensas con la Fuerza. Hasta suplicar parecía razonable. En cambio, abrió la puerta y encajó los pulgares en el cinturón.

—Gracias —dijo Gaeri.

Los milicianos de guardia la observaron mientras empujaba el carrito y se alejaba por el pasillo sin volver la vista atrás. En cuanto desapareció por la esquina, Luke dejó caer las manos. Las apretó, las relajó, las volvió a apretar. Su talento había abierto puertas. Puertas al peligro, tanto en el espacio como en los lugares más luminosos, oscuros y amplios de su alma, pero siempre había poseído la libertad de recorrerlos.

Gaeriel había intentado cerrarle aquella puerta en las narices, pero había fracasado. Había percibido el conflicto que la desgarraba. Tal vez nunca más le opusiera resistencia.

O tal vez sí. Agotado, cerró la puerta del apartamento y se alejó por el pasillo en dirección contraria. Una puerta que daba acceso al tejado se abría a su izquierda. Subió en ascensor.

De noche, el jardín del tejado era como un buque primitivo y aislado. El aire inmóvil refrescó su cara. Grupos de troncos de árbol blancos brotaban de raíces enmarañadas, se erguían y terminaban en ramas amarillo anaranjadas húmedas, que ya no goteaban. Dos lunas redondas pequeñas y varias docenas de estrellas luminosas brillaban en lo alto, y las luces nocturnas revelaron un sendero de piedra entre orillas oscuras y cubiertas de musgo.

Mientras se alejaba del pozo del ascensor, el sendero se ramificó. Después de recorrer unos metros en dirección al límite del complejo, se arrodilló en un banco, apoyó los codos en el muro de contención y miró hacia abajo.

Los círculos de la ciudad se extendían a su alrededor, iluminados por farolas flotantes blanco—azuladas en el centro, después amarillo pálido, que viraban a rojo...

Como un diagrama de tipos de estrellas. La comparación acudió a su mente.

Los fundadores de Salis D'aar habrían diseñado la ciudad para la navegación mediante colores de estrellas, y las mejores mansiones, como la de Captison, se encontraban en la zona que representaba los soles amarillos, cálidos y hospitalarios.

Aquel momento de introspección le reanimó. No era malo que un humano aprendiera a utilizar sus talentos naturales. Si la religión de Gaeriel se llevaba hasta sus extremos lógicos, todas las personas deberían ser iguales, incluso idénticas, en todos los aspectos, por temor a disminuir a los demás.

Y ya no era dueño de su vida.

Creyó distinguir en el cielo puntos de luz que se movían con lentitud, tal vez naves de la red defensiva orbital. En formación con otras naves, unidas por órdenes comunes y un enemigo común.

Muchos de aquellos pilotos tenían compañeras que les esperaban, y que en caso necesario les llorarían. Cuanto más poderoso era en la Fuerza, más difícil le resultaba encontrar la mujer adecuada.

Abrió sus manos vacías.

—Ben —susurró—. Ven, por favor, Ben. Necesito hablar con alguien.

Ni la brisa respondió. Un ser negro, del tamaño de su meñique, avanzaba sobre el muro apoyado en veinte patas. Se concentró en el ritmo de aquellas patas, enfocó su espíritu, hasta que desapareció en una grieta.

—¿Estás cerca, maestro Yoda? —llamó en voz alta.

Una pregunta absurda. Yoda estaba con la Fuerza y, por tanto, en todas partes. Pero no contestó.

—Padre —llamó vacilante, y luego repitió—: Padre.

Se preguntó si Anakin le comprendería. Intentó ponerse en el lugar de Gaeri. Con su planeta natal amenazado y su vida en peligro, un hombre que la aterraba aparecía en plena crisis: un Jedi.

Notó que alguien se acercaba. «¿Ben?», pensó, pero no era la intensidad de su maestro, y albergaba la inquietud de una persona viva. Pasos ligeros se oyeron en el sendero. Leia vaciló al llegar a las ramas, y su vestido blanco destelló entre los árboles blancos.

—Estoy aquí —la llamó Luke en voz baja.

Ella corrió a su lado.

—¿Te encuentras bien? —Se puso un chal de punto azul Bakura—no sobre los hombros—. Oí... Bueno, pensé oírte llamar mediante la Fuerza.

También le había encontrado de aquella manera en Ciudad Nube. Luke se dejó caer en el banco.

—Ha sido un día largo y duro. ¿Qué tal el tuyo?

—Hum, bien. He dejado a Cetrespeó y Enredos con el primer ministro Captison.

Un tímido nerviosismo suplicaba pasar desapercibido. La notó muy ansiosa.

—Deja que fluya, Leia —dijo, envidioso—. Él te quiere.

Ella le miró fijamente.

—Es inútil ocultarte algo, ¿verdad? Paseamos. Hablamos... Ha sido difícil encontrar un momento para estar a solas.

Luke sonrió, algo avergonzado.

—Eso es lo que echaba de menos. Me refiero a crecer sin hermanos.

Leia removió los extremos del chal.

—Es estupendo tener un hermano. Alguien con quien hablar.

—También tienes a Han. Alguien debería transmitir los talentos familiares —añadió, sombrío—. Da la impresión de que, de momento, no me va a surgir ninguna oportunidad.

Leia apoyó una mano sobre su hombro.

—¿Algo va mal, Luke? ¿Es esa senadora?

—Un Jedi no siente pasión. —Alguien capaz de manipular sus sentimientos podría ponerle en peligro, impedir que se calmara, impedir que se controlara—. Pero a veces es evidente que la Fuerza me controla, en lugar de al revés. Protege la vida.

—Es ella. Empezaba a preocuparme por ti, Luke. Has estado tan... alejado.

Su perspicacia le sorprendió. La mejor forma de distraerla era irritarla.

—Tú y Han —dijo—. Deja que te haga una pregunta indiscreta. No te... opondrás a tener hijos algún día, ¿verdad?

—¡Oye! —Soltó su mano con furia—. No estábamos hablando de eso.

—Lo siento. Es que he estado pensando mucho en eso últimamente.

¿Sí? Era sorprendente lo que su inconsciente revelaba a los demás antes de informarle a él. Por un momento, se imaginó como jefe de un clan de jóvenes aprendices Jedi, de ojos verdes, azules y grises no aparejados.

—Un niño poderoso en la Fuerza también poseerá una gran capacidad para el mal.

—Desde luego. —Leia se sentó, dejó los extremos del chal sobre su regazo, cortó una madreselva de una rama y la olió—. Es un riesgo al que los humanos siempre han estado expuestos. Es peligroso dar vida a una existencia.

—¿No te lleva a pensar eso cuánto lo temía mamá?

La irritación de Leia se reavivó en parte, lo cual le sorprendió.

—Oh —dijo su hermana en tono desenvuelto—. Eso me recuerda que debía darte un mensaje. He visto a Vader.

—¿A Vader? —La mente de Luke se oscureció—. ¿Viste a... papá? ¿A Anakin Skywalker? Vader ya no existe.

—Como te guste más. Anakin. Pero le vi.

Una sensación de pérdida invadió a Luke. ¿Por qué su padre se había aparecido a Leia, y no a él?

—¿Qué dijo?

Leia desvió la vista hasta el borde del complejo.

—Debo recordarte que el miedo pertenece al lado oscuro. Me pidió perdón, o lo intentó.

Luke miró hacia la ciudad.

—Sólo le vi una vez, un momento. No habló.

—Bien, no quiero ser nada de él y no quiero que se me aparezca.

Luke meditó sobre el mensaje de su padre. *El miedo pertenece al lado oscuro*. El miedo de Gaeriel hacia él también procedía del lado oscuro.

—El odio también procede del lado oscuro, Leia.

—Es normal detestar el mal.

—¿Dijo su, hum, dijo, bueno, algo relacionado con...? Ah. —Paró en seco—.

Oh. Interrumpí algo cuando llamé esta mañana, ¿verdad?

Aun a—la tenue luz de las estrellas, vio que sus mejillas enrojecían.

—Es difícil encontrar tiempo para estar a solas —repitió.

—Lo siento. Puede que papá hiciera una buena obra, si te envió a Han en busca de consuelo.

—No puedes decir eso. Cuando le vi, tan normal, comprendí..., comprendí que una persona normal se transformó... en lo que él era. Y que yo también podía.

—Para el lado bueno —insistió Luke. Rozó su mejilla con los labios. Tuvo la impresión de que la quería desde hacía mucho tiempo, antes de que ambos averiguaran lo que ella se negaba a reconocer—. Hasta mañana.

—¡Espera! ¿Me estás despidiendo?

—Sólo por un rato, Leia. Ve con Han —murmuró—. Te dejaré en paz.

Leia le miró a los ojos e inhaló aire varias veces, muy irritada. Por fin, se levantó de un salto y se alejó a toda prisa.

Luke contempló los círculos de la ciudad y las luces de un autobús repulsor en lo alto. Después enlazó las manos sobre su regazo y se inclinó hacia adelante.

—Padre —susurró.

Pasó por su mente la idea de que había hecho las paces con Anakin. Eso explicaría por qué se había aparecido a Leia.

Inició una de las meditaciones de Yoda, concentrándose en su voluntad. Los problemas personales se desvanecieron y la energía del universo fluyó a su través. Tenía una hermana; no estaba solo. Algún día, cuando madurara en la Fuerza, el amor verdadero le uniría con alguien de su especie. Todos los sentimientos de cada miembro de la pareja, cada onda de placer o dolor, rebotaría en el otro y resonaría hasta que los dulces ecos se disiparan.

Abrió los ojos y apartó las manos. Aún no había perdido a Gaeriel. La ayudaría en lo que pudiera, y si ella le rechazaba, abandonaría Bakura con escaso dolor.

Ojos risueños y disímiles y faldas revoloteantes bailaron en su mente. ¿A quién estaba engañando?

¿Y qué estaba haciendo allí, solo? Se levantó y caminó hasta el ascensor.

Dev acarició la nueva silla de tecnificación..., ¿o debería llamarla de otra forma? Se estaban construyendo tres docenas de sillas nuevas, para complementar el flujo de energía que Skywalker proporcionaría, pero ésta era especial. Más una cama vertical que una silla, un motor la inclinaba desde cero a treinta grados. En lugar de arco de captación, poseía un circuito incorporado de atracción de energía, que estaría situado bajo la espalda de Skywalker.

Sujeciones más grandes estaban abiertas a lo largo de los lados y cerca de su pie, y otros aditamentos médicos mejoraban su obvio diseño para la supervivencia a largo plazo de su ocupante (había probado aquellas partes el día anterior). Plateada y negra, destellaba bajo las luces brillantes del camarote.

—Es hermosa, maestro Firwirrung.

—Lo siento, Dev —cantó en voz baja Firwirrung—. Sé que esto herirá tus sentimientos...

—Ojalá fuera real, amo, pero sé que necesitas probarla. Empecemos.

Firwirrung asintió.

Dev había sugerido casi todos los detalles de la instalación inicial y las sujeciones. Ningún arco de contención cubría el lecho, que estaba inclinado unos grados. Se recostó con cautela. Su pie izquierdo rozó una sujeción abierta. Se cerró alrededor de su tobillo.

—¡Funciona! —exclamó Dev.

—Prueba la otra —canturreó Firwirrung.

En esta ocasión, Dev miró. Un arco negro flexible sobresalía de una ranura de la cama. Acercó su tobillo derecho...

Funcionó. Aquella segunda sujeción activaba un ciclo que él había sugerido. Inclinó la cama unos doce grados. Se relajó y rodó con el mueble, los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando su torso tocó otro panel, una sujeción más gruesa rodeó su cintura. Le inmovilizó con mucha más fuerza que las sujeciones de la antigua silla de tecnificación.

—Maravilloso. —Firwirrung se acercó y acarició la cinta con una garra—.

¿Está bien acoplada?

Dev intentó mover su cuerpo.

—Sí, pero lo bastante floja para que pueda respirar.

—La forma humana es tan extraña —silbó alegremente Firwirrung. Dev rió con él—. ¿Estás cómodo, Dev? Sólo tenemos una idea aproximada de su tamaño.

—Oh, sí.

—Ahora la mano izquierda.

Dev extendió su brazo izquierdo. Otra gruesa sujeción se disparó. Llevaba embutida una serie de relés de funciones vitales que su piel desprovista de escamas no obstruía. Detrás de Firwirrung, las luces de un panel negro empezaron a parpadear. Firwirrung se volvió y las examinó.

—Deja libre la derecha —ordenó.

Cómo deseaba Dev que le tecnificaran. Anhelaba el momento en que nacería a la vida detrás de unos ojos que jamás se cerrarían y lo verían todo.

Dentro de un cuerpo capaz de cualquier cosa, dedicado únicamente a complacer a sus amos. Ayer, habían empezado a tecnificar a p'w'ecks inmaduros y viejos de las otras naves, en preparación para el ataque. Los p'w'ecks tecnificados no duraban tanto como los humanos, pero necesitaban cierto número..., por poco tiempo.

Firwirrung tocó un panel rojo. Algo se clavó sobre los riñones de Dev.

—Eso también funciona —gritó.

Aquel mecanismo también era peligroso para un confinamiento largo, al igual que el cargador de la espina dorsal. Ahora el procedimiento ya no dependería de la desconexión previa del sistema nervioso de Skywalker.

—¿Puedes mover los pies?

Dev bajó la vista. El ángulo de inclinación los mantenía alzados sobre las losas grises de la cubierta.

—Ni siquiera puedo sentirlos —anunció, complacido.

—Bien. —Firwirrung se acercó un poco más—. Ay, Dev. —Desenganchó un tubo transparente sujeto al lado del hombro izquierdo de Dev—. Sé cuánto deseas que esto sea real. Lamento engañarte de esta manera.

—Mi momento llegará.

Dev cerró los ojos. Notó una débil presión sobre su garganta, y después un pinchazo apenas perceptible. Se relajó contra la cama y saboreó la sensación, mientras Firwirrung se desplazaba al otro lado y repetía el movimiento. Deseó, oh, deseó...

No obstante, una corriente subterránea de miedo reptó bajo su deseo. La mano derecha tembló contra su pecho.

Oyó un silbido, abrió los ojos y vio que Escama Azul y el almirante Ivpikkis entraban, seguidos por dos p'w'ecks que arrastraban a un prisionero humano por la cabeza y los brazos. Según el nuevo procedimiento de Firwirrung, ya le habían preparado previamente. Era el siguiente individuo que iba a ser tecnificado. Dev intentó una vez más mover los dedos de los pies, pero no sintió nada. Perfecto. Por el bien de aquel pobre humano aterrorizado, confió en cumplir su cometido.

—Háganme una demostración —pidió el almirante—. ¿Cuál es la diferencia con la tecnificación normal?

Firwirrung unió las garras delanteras frente al pecho.

—Creemos que un individuo poderoso en la Fuerza será capaz de captar energía desde cierta distancia... Una distancia corta, en el caso de Dev.

Si Dev está bien conectado al circuito de captación, la energía del otro sujeto fluirá por su mediación, pero Dev no resultará tecnificado y podrá repetir el proceso de forma indefinida.

—No como la... silla, pues.

Ivpikkis desvió la vista hacia ella. Dev recordó que se habían divertido mucho cuando describió por primera vez los muebles humanos. Tecnificaban a los p'w'ecks tendiéndolos sobre el puente.

—No —dijo Firwirrung—. No será necesario capturar al sujeto. Con la colaboración de Skywalker, ni siquiera será necesario que el sujeto se encuentre dentro del radio de acción de un haz de arrastre. Eso esperamos, al menos.

—Por si acaso, hemos capturado y preparado a éste. ¿Todo está dispuesto?

Las lenguas olfativas de Escama Azul surgieron de sus fosas nasales y se movieron en dirección al prisionero. El pobre humano debía estar sucio.

—En efecto.

Firwirrung volvió su cresta en forma de V hacia Escama Azul, su ojo derecho hacia Dev y el izquierdo hacia los p'w'ecks y su prisionero. A continuación, bajó la palanca principal.

La garganta de Dev ardió. Esta vez, las servobombas no habían inyectado tan sólo magsol, sino una solución de magsol y otros elementos. Orientaría todo el sistema nervioso hacia el circuito de captación de la cama, absorbiendo energía, lo cual eliminaba la necesidad del arco de captación.

Primero su cuello, después su cabeza y a continuación su pecho y extremidades experimentaron el tirón, cada vez más potente, como si la gravedad hubiera cambiado o el *Shriwirr* experimentado una reorientación.

De pronto, pensó que su cama vertical se había inclinado. Tuvo la impresión de que Firwirrung y los demás se encontraban de pie sobre la mampara más próxima. La ilusión biogravitatoria convenció a sus ojos.

—Tengo la sensación de que todos los nervios de mi cuerpo han sido estirados hacia el punto focal —dijo—. Duele un poco —admitió.

—Eso no debería afectar a la función de captación. ¿Estás preparado para canalizar las energías de este humano a un androide de combate?

—Lo intentaré.

Lo mejor, después de la tecnificación, debía ser conceder aquel don a otra persona. Dev cerró los ojos, procuró olvidar la incomodidad y se sumergió en su centro de control. Profunda y humildemente consciente de sus limitaciones, se encaminó por mediación de la Fuerza hacia la otra presencia humana. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que la tocó y envolvió. Utilizó la Fuerza para captar la energía del circuito de captación. Por un momento, se sintió enorme y pesado. Un dolor redoblado latió en sus nervios. Después el peso de más desapareció. Abrió los ojos de par en par, jadeante. El prisionero estaba tendido como un saco en la cubierta.

El almirante Ivpikkis se frotó las garras.

—Cubierta Dieciséis —llamó.

De la mampara surgieron las palabras que Dev anhelaba escuchar.

—Funciona.

Los *ssi-ruuk*, los p'w'ecks y Dev lanzaron vítores con idéntico entusiasmo.

—La siguiente prueba —cantó en voz baja Firwirrung— pretende demostrar que podremos obligar a Skywalker a cumplir nuestros deseos. Es un usuario de la Fuerza mucho más poderoso que nuestro Dev, si Dev no se ha equivocado en sus cálculos.

—Será mejor que esté en lo cierto.

Escama Azul pareció descender de la mampara/cubierta hacia él. La mano derecha de Dev se cerró involuntariamente, cuando la gigantesca cabeza azul se inclinó sobre él. El ojo remolineó. Se zambulló en su interior.

Después, ante su sorpresa, Escama Azul retrocedió.

—Inténtalo —susurró.

Firwirrung descendió de la mampara y extrajo el cuchillo de tres hojas utilizado para quitar las garras a los pequeños lagartos que llamaban fft.

Presionó el mango contra la mano derecha de Dev.

—¿Sí?

Dev no sintió temor, sólo curiosidad.

—Clávalo en tu otra palma.

¿Qué podía ser más razonable? Retorció su cuerpo contra la sujeción de la cintura, enderezó el cuchillo y lo clavó con todas sus fuerzas. El hueso crujió. Sangre roja humana se deslizó por la hoja. Sintió dolor.

—Déjalo ahí —ordenó Firwirrung.

Dev se colocó en posición de firmes y esperó la siguiente orden.

—Brazo derecho.

Dev extendió su mano libre.

Firwirrung sacó el cuchillo de la palma de Dev, lo limpió en la túnica de Dev y pegó un fragmento de sintipiel (probablemente saqueada de alguna mochila médica imperial) en cada lado de la mano herida de Dev. Después volvió la cabeza hacia el almirante Ivpikkis.

—¿Cree que funcionará con Skywalker? —preguntó el almirante.

—Carecemos de motivos para opinar lo contrario. El instinto de conservación es fuerte en todos los humanos, y ya ve hasta qué punto hemos dominado el de Dev. La prueba definitiva, y la más vital, por supuesto, es averiguar cuánto tiempo puede permanecer vivo un sujeto en este estado.

Sólo tenemos tiempo para una breve simulación, pero bastarán unas pocas horas para que se inicien las primeras señales de degradación vital.

El almirante Ivpikkis meneó la cola y miró a Dev. Éste esbozó una sonrisa.

Escama Azul siguió al almirante fuera de la habitación. Firwirrung ordenó a un p'w'eck que se llevara el cadáver humano, y al otro que se quedara con Dev.

—Avísame si cambia alguna cifra.

Tabaleó sobre la mampara con su garra delantera engarfiada.

Después se marchó.

Varias horas. Tendido en aquella cama, tan cerca de la auténtica tecnificación.

Tan incómodo. Le picaba la nariz, y no podía rascarse. Nadie se lo había dicho. El dolor de su mano conseguía hacerle olvidar los sufrimientos que recorrían todo su cuerpo. Para pasar el rato,

recitó poesías aprendidas en su niñez. Las tradujo mentalmente al ssi-ruuvi, y después las plasmó en su alfabeto especial ssi-ruuvi.

Las poesías se agotaron demasiado pronto. Experimentó la sensación de que sus ojos se habían hundido en el cráneo, hasta integrarse en el circuito de captación. Pobre Skywalker: condenado, como Dev, a sobrevivir sin conseguir su androide de combate. Condenado por poseer el mismo talento.

Dev suspiró y empezó a contar los latidos del pulso, mediante las pulsaciones que sentía en su mano izquierda.

Perdió la cuenta entre los cuatro y los cinco mil. Transcurrió más tiempo.

Hacía rato que la incomodidad se había convertido en dolor, y Firwirrung no había vuelto para examinarle. Empezó a contar de nuevo, perplejo y herido.

Aún no podía rascarse la nariz. Nadie le había dicho que lo hiciera...

¡Hazlo, cabeza de chorlito! Ahora que podía intentarlo, la imposibilidad de lograrlo le enfureció. ¿Por qué no se había quedado Firwirrung? Qué crueldad. Tal vez si contenía el aliento el tiempo suficiente, se desmayaría y los p'w'ecks notarían un cambio en sus signos vitales. Inhaló hasta que la correa de la cintura se clavó en su carne, y entonces exhaló.

Tensó su garganta y contuvo la respiración.

Una intensa descarga eléctrica pasó entre las correas que sujetaban sus muñecas. Inhaló involuntariamente.

Él había sugerido el mecanismo. Irritado, intentó liberar su mano derecha.

Apretó el meñique con el pulgar y retorció su palma para deslizaría fuera de la correa. No lo consiguió. Siguió tirando. Desistió tres segundos más tarde. Descansó. Volvió a probar.

La escotilla zumbó. Dev, sobresaltado, inmovilizó la muñeca. El primero en entrar fue Firwirrung. Sin ni siquiera mirar a Dev, se encaminó hacia el panel de la mampara. Escama Azul precedió a un p'w'eck, que arrastraba a otro prisionero.

—Excelente. —Firwirrung dio la vuelta—. Todas las señales vitales sin cambios. Descríbeme la sensación, Dev.

—Duele —dijo con voz estrangulada.

Escama Azul parpadeó y se acercó lo suficiente para que Dev lo oliera.

—¿Las piernas también?

Dev hundió más los tobillos en sus ligaduras.

—Vuelven a moverse, pero duele. Están demasiado pesadas.

—Ah. —Firwirrung examinó una lectura y siseó de placer—. El control neuromuscular regresó al cabo de dos horas y siete doceavos, tal como estaba previsto. Excelente.

Dev tragó saliva.

—Duele —repitió, con voz quebrada.

—Eso no debería afectar a la función de contención. Tecnifícanos a esta mujer, Dev.

—No me estás escuchando. —Dev apretó los labios—. Duele.

—¿Duele? —se burló Escama Azul.

El alienígena se volvió un poco. De repente, al reconocer la postura, Dev se encogió e hizo acopio de valor. Una cola musculosa azotó sus piernas con tal fuerza que Dev vio las estrellas.

—Bien —canturreó Escama Azul—. Te necesitamos reacio, humano.

Firwirrung avanzó hacia él con un hipopulverizador de forma extraña.

—Tienes razón —dijo a Escama Azul—. Es muy probable que el Jedi no quiera colaborar. Ahora que nuestro esfuerzo bélico depende de controlar a Skywalker, probaremos esto... en lugar de tus talentos. Entonces, la victoria de nuestro pueblo no dependerá de la supervivencia de cualquiera de nosotros.

—Podría matarle.

El extremo de la cola de Escama Azul se agitó con aire amenazante.

—O le matará, o le obligará a obedecer. Es mucho mejor mantener la objetividad profesional en este sujeto, mucho menos valioso.

¿Menos valioso? ¿Qué estás diciendo, amo? Dev, invadido por el pánico, trató de apartarse del hipopulverizador. Quemó su muslo un momento.

Esperó. Luego...

—Tecnifica a esa mujer —ordenó Firwirrung.

Dev parpadeó. ¿Para qué, si no, servían los humanos? Se proyectó hacia ella. Mientras aspiraba su esencia, sintió más dolor. Oyó un chillido. Un chillido masculino que arañó su garganta. Después abrió los ojos de nuevo, a la espera de más órdenes.

Escama Azul extrajo el cuchillo fft de la bolsa que llevaba colgada al hombro.

—No es necesario —bramó Firwirrung—. Me gustaría dejarle ahí varios días, para poner a prueba las demás funciones de apoyo vital...

—Ya has oído al almirante —cantó irónico Escama Azul con voz nasal—.

Quieren empezar con Skywalker de inmediato.

¿Varios días? Dev tembló y apretó los puños. La izquierda le dolía.

Tendría huesos astillados y tendones seccionados.

—Cómo huelen cuando tienen miedo.

—Casi consiguen comportarse con inteligencia en algunas ocasiones. Sería curioso que tuvieran alma, cuando los p'w'ecks no.

—Ni por asomo. —La insensibilidad de Firwirrung abrumó a Dev—. Acaba de una vez.

—Mírame —ordenó Escama Azul.

El ojo era negro, redondo y cariñoso, y remolineaba...

La mano le dolía de una forma increíble. Mientras su cerebro confuso reconocía las sensaciones de una nueva renovación, aunque sólo parcial, el maestro Firwirrung soltó la última sujeción de las muñecas. Dev parpadeó e intentó incorporarse. Se tambaleó entre dos p'w'ecks y reprimió una debilidad extraña e inexplicable. Algo olía mal. Humano. Se olió a sí mismo. Aj.

—¿Ha ido bien? —preguntó a Firwirrung. Cuando hablaba, la garganta le dolía—. ¿Por qué...? ¿Por qué renovarme, ahora?

—Ay, Dev. —Firwirrung acarició su brazo con la garra abierta—. Recordar que habías estado tan cerca de la tecnificación, para luego negarte a la alegría, te entristecería sobremanera.

Su bondad le impresionó.

—Pero ¿funcionó? ¿Le di su androide de combate? Firwirrung rodeó con una garra la cabeza de Dev y la atrajo hacia su pecho escamoso.

—Funcionó. Ahora sólo nos falta una cosa. —Skywalker —susurró Dev.
Firwirrung le apartó con afecto. —Haz el favor de ir a bañarte, humano.

13

El gobernador Wilek Nereus entró en la sala de operaciones de su suite y controló con firmeza cierta impaciencia. El techo, las paredes desnudas, el suelo y los muebles eran negros, para ver mejor las proyecciones. En la pequeña mesa de conferencias, frente al comandante Thanas y junto al fraudulento «general» Solo, vio al comandante Luke Skywalker, Caballero Jedi, confiado por completo en su invulnerabilidad.

—¿Va todo bien, caballeros?

Nereus ocupó la silla repulsora situada en la presidencia de la mesa y ordenó a sus guardias que retrocedieran. Los demás se sentaron.

El comandante Thanas tenía el aspecto serio de un hombre cuya carrera dependía del siguiente informe bianual de Nereus. Estaría ansioso por redimir la mancha de Alzoc que afeaba su historial.

—Todos los cazas reparados —dijo Thanas—. Las tripulaciones aguardan nuestra señal.

Aquel ataque no llegaría, si los *ssi-ruuk* cumplían su palabra..., aunque Nereus no lo creía. Si capturaban a Skywalker y atacaban igualmente, el comandante Thanas y él habían puesto a punto una nueva arma que daría cuenta de los androides de combate.

—¿Qué hay de los nuevos...?

—Cañones DEMP —le interrumpió Thanas. Skywalker, perplejo, miró a Thanas, y después a su amigo contrabandista—. Deja fuera de combate a los androides desde cierta distancia, mediante pulsaciones electromagnéticas.

Hemos instalado dos prototipos súper DEMP en patrulleros del sistema, pero aún no han sido probados.

Solo pidió de inmediato cañones DEMP para las cañoneras rebeldes. Nereus se acarició el mentón y dejó que el comandante Thanas explicara que no existían más. Mientras discutían, extrajo del bolsillo del cinturón un medisensor en miniatura y lo dejó sobre la mesa, apuntando a Skywalker.

Frunció el ceño, pero no a causa del remordimiento, sino de la preocupación. Todas las lecturas indicaban que el hombre gozaba de una salud casi perfecta. Había ingerido una vaina de huevos sin saberlo.

Nereus necesitaba asegurarse de que los huevos eran viables, y deprisa, pero un examen médico completo despertaría las sospechas de Skywalker, y la ignorancia del Jedi era un factor fundamental del éxito.

Un proyector holográfico se elevó hasta el nivel de la mesa y creó una imagen entre Skywalker y Thanas. Rodeando una esfera azul pálido, puntos plateados y dorados que representaban naves dibujaron la red defensiva de Bakura. Fuera del perímetro, los *ssi-ruuk* rojos parpadeaban.

—Su gente utiliza el rojo como amenaza, también —observó Solo.

—Debe de ser lo habitual, cuando la sangre de la gente es roja —dijo Skywalker en voz baja.

Oh, sí, su sangre es roja. Nereus sonrió con beatitud y se reclinó en la silla. Pulsó unas teclas de su tablero y se puso en contacto con el departamento médico.

Quince minutos después, mientras los demás seguían discutiendo de estrategia, los técnicos médicos conectaron los poderosos sensores principales del complejo con su modelo utilitario, que seguía sobre la mesa. Utilizó teclas direccionales de su tablero para enfocar una pequeña zona, situada entre el cinturón y la clavícula de Skywalker.

Dos minúsculas larvas de catorce horas de edad serpenteaban en el pasaje bronquial izquierdo. Primitivos sistemas circulatorios bombeaban en busca de vida.

La vaina había contenido tres huevos, pero una larva tricoide olabriana era mortal. Cualquier buen parasitólogo alienígena lo sabía.

Solo, que había repartido insultos a ambos bandos durante las últimas dos horas, protestó por fin con semblante sombrío.

—Comandante Thanas, hay una cosa que no me gusta. Mire.

—Señaló la maniobra completa proyectada—. Retroceda tres pasos —ordenó al circuito de programación. Los puntos volvieron atrás—. Ahí. Alto. ¿Lo ve?

Han...

Nereus despejó su pantalla particular. Solo hizo una pausa. Skywalker le dio un codazo para indicar que continuara.

—Han colocado parejas de cazas de la Alianza en los puntos de máximo riesgo —insistió Solo—. Su proyección no muestra pérdidas por subgrupos.

Si los introduce, habrá muchos menos puntos plateados en la pantalla general.

Quizá el contrabandista tenía cierta idea de tácticas, después de todo, pensó Nereus. El comandante Thanas, que jugueteaba con su navaja, la guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—El comandante Skywalker sugirió que yo efectuara la evaluación de sus fuerzas —dijo—. Si esos cazas fueran míos, los desplegaría de la misma manera para minimizar las pérdidas globales. —Tecleó en su consola—. Pase a la fase cuatro, con el cálculo de pérdidas. —La configuración cambió—. Ahora programaré un cambio de escuadrones, para sustituir a la mitad de esas posiciones clave con regulares. ¿Le parece justo, general?

Solo extendió las manos.

—Ya. —El comandante Thanas oprimió una tecla—. Fase cuatro, pérdidas calculadas, con los escuadrones cambiados.

Un número significativo de puntos se apagaron, tanto imperiales como de la Alianza.

Skywalker respiraba con facilidad. La tos aparecería en un plazo de entre cuatro y seis horas, dependiendo de su estado físico general, unas dos horas antes de la hemorragia torácica masiva.

—¿Convencido, general Solo?

—Supongo.

Skywalker enlazó las manos sobre la mesa.

—Creo que podemos confirmarlo. Las fuerzas de la Alianza serán la cabeza de lanza de cada ataque. Romperemos el bloqueo y aislaremos ese crucero para que ustedes lo rodeen. Si destruimos un crucero, tal vez cambien de opinión. Si destruimos dos... —No terminó la frase—. Bien, veremos qué nos tienen reservado. Una pregunta más. —Se volvió hacia el comandante Thanas—. Si los *ssi-ruuk* siguen esperándonos, ¿hasta cuándo se lo permitiremos?

Nereus carraspeó para atraer la atención.

—Mañana por la noche —dijo.

Para entonces, joven Jedi, ya estarás muerto.

—Me gustaría actuar antes —dijo con cautela Thanas—. El elemento sorpresa jugará en favor de los atacantes...

—Mañana por la noche —repitió Nereus.

El comandante Thanas tendría que redimirse según los planes de Nereus, no guiándose por sus propios deseos. Todo el plan..., o convertirse en esclavo minero. Nereus se lo dejaría claro cuando se encontraran a solas.

—Muy bien —dijo Thanas—. Comandante Skywalker, general Solo, hasta mañana.

Nereus estrechó las manos de todos los reunidos sin quitarse los guantes.

Las larvas no se contagiaban en esta fase, pero la sola idea le producía náuseas. Los tricoides olabrianos utilizaban a casi todos los animales superiores como huéspedes. Ya habían intentado infectar a los *ssi-ruuk*, pero al parecer destruían los cuerpos de los prisioneros tecnificados de inmediato. Supuso que Skywalker viviría lo suficiente para criar una nidada de grandes y voraces adultos, que surgían ya fértiles de una breve conversión en pupa. Si los *ssi-ruuk* no se llevaban a Skywalker del planeta, sería destruido aquella noche. Incluso podría entregarse voluntariamente, para no infestar el planeta. Los idealistas jóvenes se sacrificaban con gran nobleza.

Pero Skywalker, casi con toda seguridad, pasaría por la Plataforma 12 una vez, como mínimo, durante las siguientes ocho horas.

Luke sintió que la mirada del gobernador Nereus le seguía mientras Han y él salían de la sala de operaciones. Nereus esperaba no volver a verle nunca más.

—Confiar en esa gente... —rezongó Han, en cuanto doblaron la primera esquina—. Menuda broma.

—Piensa en el comandante Thanas —masculló Luke.

—¿Oh?

Han enarcó una ceja y volvió la cabeza para mirar hacia un pasillo.

Bien. Sería mejor estar alerta.

—Es una persona honrada —dijo Luke—. Quiere hacer un buen trabajo y agradece la ayuda. No es un hombre de Nereus.

—Un hombre del Imperio.

—Mmmm.

—¿Te gusta Thanas porque te lisonjeó? —sugirió Han.

Luke sonrió.

—No, pero fue estimulante.

—Alaban/as de un imperial. Estupendo.

Aminoraron el paso al desembocar en un amplio vestíbulo. Luke proyectó la Fuerza. Nadie les esperaba. Han mantuvo la mano cerca del desintegrador mientras cruzaban a toda prisa.

En cuanto salieron del pasillo que albergaba las oficinas imperiales, Han frunció el ceño.

—¿Son imaginaciones mías, o eres un poco más cauteloso que ayer? —dijo.

—Una fuente interna me informó de que el gobernador Nereus piensa entregarme a los *ssi-ruuk*. ¿Te diste cuenta de que recibió un mensaje, o algo por el estilo, durante la sesión?

—Sí. Por fin vas a ser cauteloso, ¿eh?

—He sido cauteloso. —La exasperación de Luke no impidió que vigilara las sombras—. ¿Son imaginaciones mías, o estás un poco más complacido contigo mismo?

Han se detuvo.

—¿Qué pasa? Supongo que vas a preguntar cuáles son mis intenciones respecto a tu hermana.

Luke paseó la vista a su alrededor, bajó la guardia y sonrió a Han.

—Sé cuáles son tus intenciones, amigo. Ella te necesita. No la decepciones.

La sonrisa torcida de Han brilló como el faro de un asteroide.

—De ninguna manera.

Luke apretó su hombro. Sus aventuras les habían unido como hermanos.

Ahora, aquella...

Unos pasos que les seguían llamaron su atención. Luke se deslizó tras una columna y desenganchó su espada. Han se colocó a su lado.

Tres pares de pisadas se acercaban. Luke no se movió. Han enarcó una ceja.

Luke meneó la cabeza. Cuando el trío pasó, se movió protegido por la columna. Nereus, seguido por un par de milicianos.

En su despacho, parecía muy controlado, pero la forma de andar y cierta revelación de la Fuerza condujeron a Luke a una conclusión inesperada.

—Empieza a dominarle el pánico —susurró.

—¿El pánico? —Han arrugó el entrecejo—. ¿A ése?

—Desde hace muy poco. —El trío se alejó por el pasillo—. Será mejor vigilarle.

—Vaya novedad.

Han dejó caer las manos a sus costados.

En cuanto llegaron al apartamento, Han desapareció en su habitación. Luke envió un mensaje codificado a Wedge Antilles, que se encontraba en la red orbital. *Ataque coordinado mañana por la noche. Trabaja con las fuerzas del gobernador Nereus, sigue las órdenes de Thanas, pero no bajes los escudos deflectores*. Han y Leia se dirigirían al *Halcón* en cuanto la localizara. Había salido sola después de desayunar, pero ante la inminencia del ataque debían estar preparados. Luke subiría a la siguiente lanzadera para trasladarse al *Frenesí*. Sería un placer demostrar a Manchisco que su premonición era incorrecta.

Su estómago transmitió un mensaje más apremiante mediante un gruñido.

Debía comer, pero aquí no. La comida de la cantina de la Plataforma 12 debía ser inocua.

—¿Preparado, Han? —llamó.

Han salió.

—Leia no contesta.

—Tal vez Captison y ella hayan ido a un sitio donde no puedan escucharles los Imperiales.

—Es posible. Te acompañaré a la Plataforma y luego iré a buscarla.

El primer ministro Captison había sugerido un paseo en coche. Ante la sorpresa de Leia, el senador Orn Belden subió a bordo con un bolsillo de la chaqueta muy abultado. Supuso que contenía su amplificador de voz. Esta vez, ni los androides ni Chewbacca distraerían a los bakuranos.

El vehículo despegó del aeródromo del tejado, conducido por un chofer ataviado con librea. Captison se llevó un dedo a los labios.

Leia asintió. Todavía no.

—Es una ciudad muy bonita —dijo—. En muchos sentidos, Bakura me recuerda a Alderaan. —Alzó la vista hacia una capa de nubes rotas—. A algunas de sus regiones más húmedas, al menos. ¿Han explorado aquel afloramiento de cuarzo, en busca de metales?

Captison, sentado a su lado en el asiento central, enlazó las manos y sonrió.

—Por completo. ¿Por qué cree que la ciudad se estableció aquí?

—Ah.

Captison se reclinó en el asiento, más relajado.

—Después de unos años excepcionales, las vetas empezaron a menguar y la Corporación Bakurana se dividió en varias facciones. La de mi padre quería explorar otros lugares. Otra, propuso explotar los demás recursos de Bakura. Una tercera quiso atraer colonos por tarifas exorbitantes, o establecer una serie de centros turísticos de lujo.

—En cuanto la galaxia conoce la existencia de un nuevo planeta habitable, suele ponerse de moda.

—Lo cual atrae a ciertos elementos indeseables.

Quizá se refería a rebeldes y contrabandistas, o a tahúres y vendedores de chucherías.

—A veces.

Captison rió.

—En muchos aspectos, Leia, me recuerda a mi sobrina.

—Ojalá mi vida hubiera sido tan simple como la de Gaeriel.

—Ha sido una niña buena —zumbó Belden desde el asiento trasero, junto al guardaespaldas de Captison—. Queda por ver si será una buena senadora.

El primer ministro Captison tabaleó sobre una ventanilla con aire ausente.

—Ha llegado de repente a la fase de desilusión de una nueva madurez.

—Comprendo —dijo Leia—. Yo la alcancé bastante joven.

El chofer de Captison paró el vehículo entre otros dos en un cruce. Salis D'aar, como muchas ciudades grandes, canalizaba el tráfico aéreo por rutas preestablecidas.

—A propósito —intervino el senador Belden—, déle las gracias al comandante Skywalker por intentar ayudar a Eppie. Él ya sabrá a qué me refiero.

Luego se puso a hablar del suelo montañoso, la cosecha de namana y la extracción de zumos.

Leia esperó y se preguntó cuándo se sentirían los hombres lo bastante seguros para hablar. Podía ser su única oportunidad de ganarles para la Alianza.

Cinco minutos después, el chofer de Captison posó el vehículo sobre una pequeña cúpula rodeada por llamativos letreros repulsores que flotaban varios metros por encima de sus cabezas. Leia se dirigió hacia la escotilla de entrada. Captison apoyó una mano sobre la suya.

—Espere —dijo en voz baja.

Diez minutos después, el chofer y el guardaespaldas de Captison despegaron de nuevo en el vehículo, mientras Leia ocupaba el asiento delantero de un vehículo más pequeño alquilado, de color blanco, con almohadones y la consola azul eléctrico.

—¿Lo hacen muy a menudo? —preguntó, divertida y complacida por el subterfugio.

—Es la primera vez. —Captison se adentró en el tráfico—. Ha sido idea de Belden.

—Es mejor dar por sentado que no es seguro hablar en el coche. —El senador se inclinó entre ambos y dio unos golpecitos sobre su bolsillo abultado—.

Esto también ayudará. Ahora nadie nos puede oír.

Captison frunció el ceño y conectó un canal musical. Un sonido de percusión llenó la cabina.

—Ha de comprender que corremos cierto peligro al hablar con usted. En público, nos está prohibido incluso consolarla por la pérdida de Alderaan.

En privado, no obstante...

No era su amplificar de voz, pues.

—¿Qué lleva, senador?

Belden cubrió el bolsillo con una mano.

—Una reliquia de la Bakura preimperial. Las luchas intestinas de la Corporación debilitaron a nuestro gobierno, pero convirtió a nuestros antepasados en supervivientes. Este ingenio crea una burbuja impenetrable a los analizadores sónicos. Bajo el dominio del Imperio, ninguna facción se ha atrevido a fabricar más.

Leia calculó mentalmente el valor del instrumento en algún lugar cercano al *Halcón*.

—En ese caso, será mejor que no lo pierdan. Caballeros —carraspeó—, me intriga saber por qué el Imperio no ha empujado Bakura hacia el bando de la Rebelión.

—Supongo que Nereus ha sido sutil —sugirió Captison—. Ha presionado poco a poco, como hervir un tritón de mantequilla.

—¿Perdón? —preguntó Leia.

—Son demasiado primitivos para reaccionar a los estímulos lentos —graznó Belden—. Ponga uno en una olla con agua fría, suba el fuego lentamente, y hervirá hasta morir sin hacer el menor intento de saltar fuera. Y eso ocurrirá aquí, a menos...

Palmeó el hombro de Captison.

—Tranquilo, Orn.

Leia miró por estribor hacia un parque montañoso.

—¿Qué es preciso para empujarles, señor primer ministro?

—No mucho —intervino Belden—. Es más inteligente de lo que parece.

—¿Hay un movimiento clandestino, senador Belden?

—Oficialmente, no.

—¿Cien miembros? ¿Diez células?

—Más o menos.

—¿Están dispuestos a rebelarse?

Captison sonrió y giró el aparato hacia la derecha. Daba la impresión de estar dando vueltas dentro de los límites de la ciudad.

—Querida Leia, aún no ha llegado el momento. Los *ssi-ruuk* ocupan nuestros pensamientos. Abrigamos la esperanza de que el Imperio nos salve, en lugar de sojuzgarnos.

—Sí que es el momento —insistió Leia, sobre la música de fondo—. Los *ssi-ruuk* han unido a su pueblo. Está dispuesto a seguir a un líder que les conduzca a la libertad.

—En realidad, tres años de Imperio han unido a nuestro pueblo —dijo Belden—. Ya ha descubierto cuánto perdió por rendirse con demasiada prontitud, y tendrá que colaborar para recuperarlo y mantenerlo.

—La gente cree en usted, señor primer ministro —dijo Leia.

Captison miró al frente.

—¿Y usted, princesa Leia? ¿Cuál es su propósito principal?

—Integrar Bakura en la Alianza, por supuesto.

—¿No era defendernos contra los *ssi-ruuk*?

—Ese es el objetivo de Luke.

Captison sonrió.

—Ah. El objetivo concreto de la misión depende de quien lo concreta. La Alianza empieza a madurar.

Un punto más a favor de la división del trabajo.

—Señor primer ministro, ¿cuánto poder real poseen usted y el senado?

Captison sacudió la cabeza.

—Si pudiera elegir con libertad y sin poner en peligro a su pueblo, ¿a qué bando desearía que Bakura apoyara?

—A la Alianza —admitió el hombre—. Los impuestos imperiales, las normas extraplanetarias y la obligatoriedad de que nuestros jóvenes de ambos sexos sirvan al Imperio nos desagradan. Pero tenemos miedo. Belden está en lo cierto: una vez hemos comprobado lo que significa vivir sojuzgados, hemos aprendido a apreciarnos mutuamente. Perdimos nuestra identidad porque no supimos permanecer unidos.

—¿No vale la pena luchar por eso? ¿No merece el sacrificio de personas libres? Señor primer ministro, no confío en llegar a los... cincuenta —dijo Leia, adivinando la edad del hombre—, pero prefiero dar mi vida por la libertad de los demás que morir tranquilamente en la esclavitud.

Captison suspiró.

—Es usted excepcional.

—Todas las personas libres son excepcionales. Déjeme hablar con los jefes de sus células, senador Belden. Dé a su pueblo una oportunidad de luchar por su libertad, y... —Obedeciendo a una vieja costumbre, Leia miró hacia atrás. Un patrullero local les seguía a cierta distancia—. Creo que los imperiales nos pisan los talones —dijo en voz baja.

Captison echó un vistazo a una pantalla sensora y empujó una palanca hacia adelante.

Leia buscó en el panel de instrumentos el equipo de comunicaciones. Han estaría de camino hacia el *Halcón*, y no habría forma de hablar con él.

—Aún nos siguen. Diríjase al espaciopuerto.

—Una más, desde abajo. No puedo desviarme hacia el sur por este carril.

—Parece una escolta —observó Leia. Captison dirigió el vehículo hacia el noroeste, describiendo un largo arco. Después la escolta permitió que siguiera recto—. ¿Adonde nos dirigen?

—De vuelta. —Captison frunció el ceño—. Al complejo, me parece.

—¿Alguno de ustedes va armado? —preguntó en voz baja Leia.

Captison deslizó una mano bajo la chaqueta, mostró un desintegrador y volvió a esconderlo.

—Si nos superan en número, resultará inútil. Belden, ¿puede esconder el generador?

—Debajo de un asiento, tal vez —respondió con voz apagada Belden.

Leia pensó a toda velocidad.

—Sería mejor envolverlo en mi chal..., y dejarlo caer, antes de que lo descubran.

—No —replicó el senador—. Es demasiado delicado. Demasiado frágil. La gente está acostumbrada a verme llevar un amplificador de voz. Lo guardaré en el bolsillo.

La percusión continuó sonando.

Cetrespeó, encerrado en una diminuta habitación sin ventanas, abarrotada de bancos de grabaciones y equipos de comunicaciones, exhaló un dramático suspiro.

—Cada vez que estoy seguro de que han ideado el método definitivo de hacernos sufrir, inventan otro. Es tan difícil adivinar sus intenciones.

Erredós Dedos lanzó un chillido desdeñoso.

—No son excusas, deficiente colección de nanochips enredados. No había nada en la última grabación que no contuvieran las demás. Seis millones de formas de comunicación, y descubren una nueva. Los seres no mecánicos son imposibles.

Erredós extendió un brazo manipulador hacia el reproductor.

—Yo lo haré —se encrespó Cetrespeó—. Está demasiado alto para ti.

Erredós produjo un sonido similar al de un humano de siete años cuando saca la lengua.

Cetrespeó quitó un tubo grabado, insertó otro y devolvió el antiguo al maletín del primer ministro.

—Incluso el primer ministro Captison, que detesta a los androides, está de acuerdo en que servimos a un propósito útil. Hemos trabajado durante siete horas sin parar ni un momento a reponer lubricante. —El altavoz chisporroteó. Cetrespeó acercó más la cabeza—. Silencio, Erredós.

Erredós, que estaba en silencio, emitió un ruidito.

—Noto algo diferente en ésta.

A un nivel inaudible para los humanos, una serie de crujidos electrónicos siguieron a los canturreos ssi-ruuvi. Los sensores automáticos compararon el código con millones de otros.

—¡Ya está! —exclamó Cetrespeó, antes de que la grabación terminara—.

Erredós, pásala otra vez.

Erredós gorjeó en tono irónico.

—Pues claro que llego mejor que tú. No tengo la culpa de que seas tan bajito.

Cetrespeó volvió la parte superior de su cuerpo, apretó una tecla de repetición y se mantuvo en aquella postura. La programación automática seleccionó su sensor auditivo izquierdo para grabar el código electrónico, y una unidad de procesamiento central para comparar los dos. Localizó un retraso infinitesimal, pautas de tono repetidas y modificadores labio/guturales inhumanos.

La grabación finalizó. Cetrespeó la reprodujo de nuevo. Otro circuito, programado para deducir variables lógicas del contexto, proporcionó lecturas alternas y las comparó con informes similares que había grabado durante años, desde su último borrado de memoria, hacía mucho, mucho tiempo.

—¡Excelente! —exclamó Cetrespeó—. Ahora, Erredós, debemos empezar por el principio y escuchar todas las grabaciones. Proporcionarán a la princesa Leia toda clase de información útil.

Erredós silbó.

—Sí, también al primer ministro Captison. No te impacientes. —Cetrespeó palmeó la cúpula de Erredós—. Ya sé que no es tu especialidad. Piensa en las horas que he pasado a bordo de naves, sin funcionar.

Erredós pellizcó su memoria.

—Muy gracioso. —Cetrespeó apretó la tecla de reproducción—. Cállate y escucha. Te lo traduciré.

Las grabaciones empezaron de nuevo, las siete horas completas a máxima velocidad. Cetrespeó escuchó, y Erredós escuchó a Cetrespeó. La mayor parte de lo que se decía carecía de importancia. *Realinee su nave con el escuadrón*, y cosas por el estilo.

—Oh, no —exclamó de repente Cetrespeó—. Erredós, debes llamar de inmediato al amo Luke. Esto es espantoso.

Erredós ya estaba rodando hacia el centro de comunicaciones.

Leia salió del aerocoche alquilado a la brisa fría y húmeda, y paseó la vista por el aeródromo situado en el techo del complejo bakurano. Contó mentalmente los milicianos. Dieciocho, con las armas preparadas. No era una bienvenida cordial. Deseó que Chewie la hubiera acompañado, aunque no lo había hecho para complacer a los bakuranos. Belden tropezó con ella.

—Menos mal que envió aquel mensaje al comandante Skywalker, Alteza.

—Estén preparados para moverse —murmuró la joven.

Introdujo la mano en una manga para coger su pequeño desintegrador. Podría acabar con tres o cuatro antes de que la derribaran. Saltó al tejado de permacreta y empezó a disparar.

Cinco milicianos cayeron antes de que alguien agarrara su codo izquierdo por detrás. Leia se revolvió con violencia y casi consiguió soltarse, antes de que un guantelete blanco le arrebatara el desintegrador.

La mitad de la batalla consiste en saber cuándo te han vencido. ¿Dónde había oído aquello? En Alderaan, supuso, mientras se ponía en pie lentamente con las manos enlazadas sobre la cabeza. Aún no estaba vencida, pero era muy importante que el enemigo lo creyera.

El gobernador Wilek Nereus salió del ascensor, seguido por cuatro milicianos navales cubiertos con cascos negros.

—Primer ministro Captison —dijo con suavidad—, senador Belden. ¿Iban de paseo?

Señaló el aerocoche, y dos milicianos subieron a bordo.

El miliciano que había confiscado el desintegrador de Leia cogió algo al primer ministro Captison. Otro sujetó sus brazos y le aplicó unas esposas.

—Han perdido el sentido común —zumbó Belden, congestionado y también esposado—. Esto es inadmisible.

—¿Por qué tantos esfuerzos para escapar a la observación, si no hacían nada malo?

Leia se adelantó.

—Existen cosas como el derecho a la intimidad, gobernador.

—Cuando pone en peligro la seguridad de un planeta imperial, no, querida princesa.

Un miliciano salió del vehículo aéreo.

—Negativo, señor.

—Llévenselo. Tú, tú y tú. —Señaló a otros tres milicianos—. Registradles.

—Leia soportó estoicamente un completo cacheo físico. El miliciano se apoderó de la funda de la muñeca vacía y el comunicador de bolsillo, y después la esposó. Otro caminó a toda prisa hacia el gobernador Nereus, con la pequeña caja gris de Belden.

—¿Qué tenemos aquí, senador?

Belden alzó sus manos esposadas y agitó un dedo en dirección al gobernador Nereus.

—Mi amplificador de voz es un objeto personal. Devuélvamelo.

—Ay, rectitud mancillada. Sospechaba desde hace tiempo que usted o su esposa se encontraban en posesión de artefactos ilegales, Belden..., pero siendo como es tan manifiestamente inocente de todo acto ilegal, estoy seguro de que no le importará quedar detenido hasta que mis hombres determinen la naturaleza de este instrumento.

Leia gruñó. Una capa de sudor perlaba la frente de Belden sobre sus mejillas escarlatas, y respiraba con dificultad. Daba la sensación de que iba a desmayarse. A su edad, aquellas señales eran peligrosas.

Sin embargo, el incidente podía enfurecer a Bakura. *Tritón de mantequilla*, recordó. El primer ministro Captison corrió al lado de Belden, adelantándose a un miliciano naval.

—Gobernador Nereus, ha pisoteado...

—Guardias —gritó Nereus—, estas tres personas quedan detenidas, como sospechosas de subversión. Pónganlas en diferentes partes del complejo.

Leia caminó hacia Nereus, con el propósito de atraer la atención sobre su persona.

—Ha sido un paseo delicioso, gobernador.

Nereus bajó la mirada.

—Le hice una promesa después de cenar, relativa a la subversión de los pueblos imperiales, querida. Créame, cumplo mis promesas. Cuando un vehículo lleno de gente atraviesa en silencio los campos sensores, despierta la curiosidad. —Un miliciano hundió su rifle desintegrador en la espalda de Belden—. Nada de charlas —ordenó Nereus—. Interroguen a cada uno por separado.

Leia tenía que demostrar a Captison que había hablado muy en serio cuando dijo que estaba dispuesta a sacrificar su vida. Bajó la cabeza y se abalanzó sobre el gobernador Nereus. Le golpeó de pleno en su generoso estómago.

Se derrumbó con un bufido de sorpresa. Leia saltó sobre su pecho, sujetó su cabeza entre las rodillas y apretó las esposas sobre su nariz.

—Retrocedan todos, o veremos quién tiene la cabeza más dura.

Los milicianos se alejaron, pero Leia no vio al que la dejó sin sentido por detrás.

14

Han frenó su vehículo el tiempo suficiente para que Luke saltara ante la puerta del espaciopuerto, y luego dio la vuelta, levantando una nube negra de polvo. Detestaba dejar a Luke solo, pero éste había insistido en que daba igual. La lanzadera del *Frenesí* llegaría de un momento a otro, y entretanto, Luke podría refugiarse en la cantina del espaciopuerto.

También contaría con refuerzos, probablemente los pilotos de la Alianza libres de servicio. Serían más numerosos que los tripulantes de la única lanzadera imperial aparcada cerca de la cantina, frente a la Plataforma 12. En cualquier caso, Luke era Luke, con espada de luz y todo.

Se dirigió hacia el norte y divisó humo cerca del complejo Bakur. Varios segundos más tarde, un rostro radiante apareció en el aire, sobre su plano de la ciudad.

—Alerta a todos los residentes. Se acaba de imponer el toque de queda.

Despejen las calles y el aire. Las fuerzas de seguridad dispararán a matar a los líderes y a aturdir a sus seguidores, con el fin de encarcelarlos.

El toque de queda será efectivo de inmediato.

¿ Qué estaba pasando ?

Apareció un segundo rostro.

—Estas son las consecuencias de la detención del primer ministro Captison y el senador Orn Belden, acusados de subversión, así como de la dirigente rebelde Leia Organa. El gobierno imperial exige la plena colaboración. Los invasores *ssi-ruuk* podrían atacar en cualquier momento. Cualquier colaboración con fuerzas extranjeras será castigada severamente, sin más dilación.

¿Leia, detenida? Han hizo caso omiso de los restantes mensajes sobre la abreviación de los horarios comerciales y los barrios prohibidos. Era evidente que a los imperiales les preocupaba provocar disturbios.

Él sí que iba a iniciar un disturbio. Aceleró a toda velocidad.

—Te mataré por esto, Nereus —masculló.

Pero ¿cómo? Ni siquiera sabía dónde estaba Leia.

Aunque filtrado por las válvulas de admisión del vehículo, el aire olía a humo. Aterrizó en el techo del complejo Bakur y bajó en el ascensor más cercano. Como antes, dos milicianos montaban guardia frente a su apartamento. Sus cascos giraron cuando entró. No le dejarían salir.

Cetrespeó le aguardaba, con su infinita paciencia mecánica.

—General Solo —exclamó—, gracias al cielo que ha llegado. La senadora Captison me devolvió aquí, pero se llevó a Erredós a su despacho. Su cepo...

—Ahora no. Busca a Leia.

—Pero, general, los *ssi-ruuk* van a por el amo Luke, para atacar a continuación de inmediato.

—Ya lo sabemos. No le pasará nada... —Han se detuvo—. ¿Has dicho «atacar»?

—Dentro de una hora. Hemos de...

—¿Cómo lo...? No. ¿Dónde está Leia?

El alto androide se enderezó.

—Nos dejó en la oficina del primer ministro Captison, para traducir...

—Sé dónde os dejó. —Han atravesó el saloncito, tropezando con campos repulsores—. Captison y ella han sido detenidos. ¿Has avisado a Luke del ataque?

—Lo he intentado, señor...

—Le dejé en la cantina contigua a la Plataforma 12. Conecta con el ordenador central. Averigua dónde han llevado a Leia. ¡Ya!

—General Solo, Erredós está equipado para conexión directa. Yo no.

Las mejillas de Solo se tiñeron de púrpura.

—Entonces, ponte ahí y empieza a teclear como un humano. Para eso te construyeron con esa forma.

Cetrespeó anadeó hasta la terminal principal. Han le observó unos momentos, pero el androide trabajaba con demasiada rapidez para seguirle.

Han comprobó la carga de cada uno de sus desintegradores y examinó el vibrocuchillo. Miró por la ventana, y después inspeccionó el dormitorio de Leia. Ninguna señal de que hubiera sido registrada. No la habían secuestrado allí.

—General Solo —llamó Cetrespeó desde la sala de comunicaciones.

—¿Qué? —Han corrió hacia el androide—. ¿La has encontrado? ¿Has localizado a Luke?

—Dejé un mensaje para el amo Luke a los camareros de la cantina, pero fueron muy groseros y dudo que se lo hayan transmitido. En cuanto al ama Leia...

—¿Cuál es la zona de detención? ¿Dónde está?

—Parece que ha sido trasladada a una pequeña instalación de las montañas cercanas. Una especie de refugio particular, creo.

—¿A qué distancia se encuentra de aquí? Enséñamelo.

Cetrespeó llamó a un plano. Han tomó nota del emplazamiento, unos veinte minutos al noroeste de la ciudad, a toda velocidad.

—Muy bien. Primer plano.

Cetrespeó cambió la imagen. Una verja de seguridad rodeaba un amplio edificio en forma de T, con un largo zaguán principal y una extensa zona recreativa. Diez chimeneas de leña: auténtico despliegue de nostalgia, de no ser por el derroche aparcado cerca de la esquina noreste del terreno.

—Sí —dijo Han—. Un pabellón de caza y una mansión, diría yo. ¿Puedes introducirme en su sistema de seguridad?

Cetrespeó pulsó más teclas.

—Creo que ya lo tengo.

—Desconéctalo.

Cetrespeó se llevó una mano a la barbilla.

—Si me permite, general Solo, le diré que desconectarlo pondrá a toda la zona en estado de alerta.

—De acuerdo. Desconecta cualquier cosa que les permita verme llegar desde el aire, y averigua cuántos guardias están apostados.

—Diez. —Cetrespeó siguió tecleando—. Una seguridad bastante mínima, en mi opinión. Si me permite una especulación, creo que el gobernador Nereus se ha rodeado de la mayoría de guardias mientras dure la crisis.

—Me huele a otra trampa.

Por otra parte, tal vez Nereus no quería que la Alianza se volviera contra él. Tal vez sólo deseaba librarse de Captison, y lo haría en cuanto se sacudiera a Leia de encima. Del planeta, en realidad.

O quizá Cetrespeó tenía razón, y estaba asustado. A veces, se necesitaba un cobarde para descubrir a otro cobarde.

Desenfundó el desintegrador y se encaminó a la puerta.

—Vámonos, Vara de Oro. Hemos de deshacernos de esos dos milicianos.

—¡Señor! ¡Por una vez, tómese unos momentos para madurar suplan! ¡Minimice los riesgos!

Han vaciló.

—¿Minimizarlos? ¿Cómo?

—En lugar de abrirse paso a tiros, podría intentar alguna treta.

—¿Qué tienes en mente?

Los dedos metálicos del androide se curvaron sobre su cintura.

—Yo carezco de imaginación. Sus facultades creativas tal vez...

—Muy bien, cierra el pico. Déjame pensar.

Contó sus recursos. Dos desintegradores, un vibrocuchillo y Cetrespeó.

Sí. Cetrespeó. Dando por sentado que burlaran a los guardias de la puerta, Han sólo podía utilizar una cosa: un codificador maestro, capaz de superar los circuitos de seguridad que analizaban las huellas digitales, de la retina y la voz. Eran ilegales, e imposibles de fabricar en la mayoría de los planetas, porque los circuitos maestros de casi todos los planetas estaban codificados contra androides.

—Tienes toda la razón —dijo a Cetrespeó. Corrió hacia el sofá repulsor más cercano, investigó en el circuito de control y sacó el chip maestro—.

Toma. Bórralo e imprime un código anulador imperial.

—¡Señor! —gritó Cetrespeó, como una soprano horrorizada—. Nos licuarán a todos si falsificamos...

—Hazlo —gruñó Han—. En este lugar no hay androides, de modo que tampoco hay seguridad antiandroides. Está chupado.

No recobró la tranquilidad hasta que Cetrespeó le tendió el chip reimpreso. Lo acarició. Aquella suave tira de plástico y metal de seis centímetros le introduciría en casi todo, incluyendo un buen fregado, si se lo encontraban encima. Lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—General Solo, ¿no deberíamos avisar a la población del inminente ataque?

—¿Dices que la senadora Captison te trajo aquí?

—Sí, pero...

—Se lo dijiste, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces, ella se ocupará. Confía en mí. —Han puso el desintegrador en posición de «aturdimiento» (sólo por respeto a los deseos de Leia, se dijo)—. Vamos. Primera parte.

Menos de un minuto después, abrió la puerta y retrocedió. Ce—trespeó salió al vestíbulo como una exhalación, lanzando chillidos, agitando los brazos y oscilando de un lado a otro. Han contó hasta tres y concedió tiempo a los milicianos para preguntarse si debían derribar al androide o fulminarle con el Propietario. Después se agachó y gateó hasta la puerta.

Sólo se veía a un miliciano, pero su atención estaba concentrada en Cetrespeó. Éste giraba en círculos y farfullaba en algún idioma ignoto.

Han apuntó a una parte débil de la armadura, disparó y saltó al otro lado de la puerta. El otro miliciano disparó hacia el pecho de Han, pero el rayo pasó por encima de su cabeza. Derribó al otro miliciano.

—Estupendo, Cetrespeó. Vamos a esconderles.

Han agarró a un guardia por las botas y le arrastró hacia el interior del apartamento. Cetrespeó cogió los rifles desintegradores de los milicianos, mientras Han tendía al segundo junto a la puerta.

—Deprisa. —Ató a los dos guardias con un cable—. Apuesto a que no volverán a vernos el pelo por aquí —murmuró. Liberó a Cetrespeó del cepo—. Ya está.

Ha llegado el momento de pirarnos. Yo iré a por Leia. Tú asegúrate de que Luke recibió el mensaje.

—Pero, señor, ¿cómo llegaré allí? Incluso en los planetas de la Alianza, no se permite a los androides pilotar vehículos sin ir acompañados.

Han reflexionó. ¿Debía dejar a Cetrespeó en el *Halcón*! ¿Pedir a Chewie que abandonara la nave y viniera a buscarlo? Demasiado tiempo. Demasiado peligroso.

Ah, ya.

—Muy bien, Rayo de Sol, prepárate a convertirte en un héroe. —Desató a un miliciano y le arrancó el casco—. Ayúdame.

Cetrespeó se acercó.

—Y ahora, ¿qué...? Oh, no. Señor, no me ordene...

—No te dispararán si llevas esto. Quiero que regreses al *Halcón*.

Al poco, Cetrespeó iba vestido de miliciano, y su voz quejumbrosa se filtró por el casco blanco.

—Pero, señor, ¿dónde encontraré un coche?

—Sígueme, y pon el rifle en «aturdimiento». Vas a dispararme a mí.

—¿Algo más? —lloriqueó Cetrespeó—. Déjeme su comunicador, se lo ruego.

Debo ponerme en contacto con el amo Luke.

Han se lo tiró. Cetrespeó lo cogió. Han asintió.

—Adelante —ordenó.

Se lanzó por el pasillo hacia el ascensor más próximo. Miró hacia atrás y vio que Cetrespeó luchaba por mantenerse erguido y disparaba ráfagas aturdidoras mientras avanzaba. Han esperó a que el androide se acercara un poco más, y luego entró en el ascensor.

Cuando salió al tejado, los acontecimientos se precipitaron. Se elevaba humo por un lado. Las detenciones habían enfurecido a los bakuranos.

Varias personas de aspecto enojado, que se dirigían hacia el ascensor más cercano, se dispersaron cuando se metió de un salto en un coche abierto.

Agitó el chip codificado sobre su panel de reconocimiento, y el motor cobró vida. Entretanto, el miliciano imperial más torpe de la historia salió del ascensor, sin dejar de disparar con el rifle a cualquier cosa que se moviera, sin acertar en ningún caso. Los bakuranos se tiraron al suelo.

Han esperó hasta que Cetrespeó entró en otro vehículo, y luego puso rumbo norte. Sólo miró atrás una vez, para comprobar que Cetrespeó no se había estrellado al intentar despegar. Después se concentró en el frente, mientras el viento revolvía su cabello.

La cantina contigua a la Plataforma 12 olía a humo y grasa vieja. Todo en su interior parecía barato, desde el suelo negro astillado hasta los paneles del techo. Algunos echaban chispas, como si su suministro de energía se estuviera agotando. No había nada automático, ni siquiera moderno. Los turistas la calificarían sin duda de «pintoresca».

Luke contempló la terminal de comunicaciones que descansaba sobre una mesa central, y luego hacia una mesa apartada, protegida por un desportillado tabique. Un individuo robusto, con aspecto de mecánico, estaba inclinado sobre otra terminal. Luke sólo había visto dos en el edificio, aparte de la cabina exterior, desde el cual no podía comunicar con las naves en órbita.

Por lo tanto, tendría que utilizar la terminal semiprivada, aunque eso significara esperar varios minutos. De todos modos, no podía hacer nada hasta que la lanzadera orbital llegara. Quería hablar con Wedge y averiguar el estado de la red defensiva, y por qué la lanzadera se retrasaba. ¿Alguna otra maniobra de Nereus? Miró por la ventana oeste de la cantina. El *Halcón* sólo se encontraba a un cuarto de kilómetro de distancia, pero no podía verlo por culpa de los andamies y naves aparcadas.

Algo arañó el mugriento suelo detrás de él. No era una de las sillas repulsoras de Bakura, sino una normal, barata y metálica. Luke se volvió.

La mesa del rincón estaba vacía.

Luke se sentó de cara al salón, tecleó su código y solicitó conexión con Wedge Antilles.

Letras negras aparecieron debajo de las que había escrito.

El capitán Antilles no está, señor. Soy el teniente Riemann. ¿ Puedo ayudarle ?

Luke reconoció el nombre, un joven artista de reputación interplanetaria, a quien el Imperio había obligado primero a esconderse, y después a tomar las armas en su contra.

—¿Cuál es la situación de la red defensiva? —preguntó en voz baja—. ¿Han observado algo raro durante las últimas horas?

La comunicación habría sido mucho más eficaz por mediación de Erredós. Se preguntó si los androides habrían terminado la traducción encargada por el primer ministro Captison.

Apareció la respuesta.

La red continúa igual. Todo el mundo mantiene la órbita asignada. Hemos captado muchas conversaciones en las frecuencias de los Flautas durante la última hora, pero las naves y el crucero más cercanos no se han movido.

Algo se estaba gestando, aunque los *ssi-ruuk* no se hubieran movido.

Preguntó sobre la llegada de la siguiente lanzadera.

Va de camino, señor. Debería aterrizar dentro de 30 minutos.

Luke dio las gracias al teniente y cortó la comunicación.

¿Qué iba a lograr en treinta minutos, aquí? En el fondo de su mente, oyó que Ben Kenobi le decía al maestro Yoda «Aprenderá a ser paciente».

Decidido a demostrar que Ben estaba en lo cierto, se obligó a calmarse.

Pronto estaría a bordo del *Frenesí*, y en cuanto Han hubiera localizado a Leia y recogido a los androides, se reunirían con Chewbacca en el *Halcón*.

Se levantó de la mesa.

Cuando iba a pasar ante un reservado abarrotado de forasteros, el comunicador que llevaba en el bolsillo de la camisa pitó. Giró en redondo y se encaminó al rincón, donde sacó el aparato.

—¿Qué pasa, Han? —preguntó en voz baja.

—Amo Luke —exclamó la voz de Cetrespeó—. Me alegro mucho de haberle localizado. El ama Leia ha sido detenida. El general Solo ha ido a rescatarla.

Luke se acurrucó detrás del tabique y bajó aún más la voz. Mediante el expediente de interrumpir y repetir atropelladas preguntas, averiguó a dónde se había dirigido Han.

—Señor —añadió Cetrespeó—, los *ssi-ruuk* pretenden atacar dentro de una hora. Debe darse prisa. Avise a Chewbacca de que voy hacia el *Halcón*, disfrazado de miliciano. Que no me dispare.

¿Menos de una hora? ¿Y su lanzadera se retrasaba?

—¿Dónde está Erredós?

—La senadora Captison se lo llevó, señor. Tendremos que volver a por él.

Señor, si opina que seré más útil en tierra que en el espacio durante las próximas horas...

—Ve al *Halcón*. Hablaremos más tarde.

Luke guardó el comunicador en el bolsillo y extendió la mano hacia el tablero de comunicaciones. ¿Debía enviar a Chewie hacia las colinas, con el *Halcón*, para ayudar a Han? No. En ocasiones, Han se movía con mucha mayor rapidez de la esperada. Cabía la posibilidad de que no se encontraran.

Pero en otras, se enredaba en situaciones demasiado complicadas para manejarlas con un desintegrador. Luke se mordió el labio. Tenía que ayudar a Han y Leia, pero también debía alertar al *Frenesí*, y subir a bordo, antes de que los alienígenas atacaran. Como comandante, era su principal responsabilidad. Volvió a llamar al teniente Riemann.

Para ser una ciudad en la que imperaba el toque de queda, Salis D'aar le pareció a Han un lugar pletórico de vida. Pequeños grupos corrían de edificio en edificio, esquivando pelotones de milicianos. Un vehículo de seguridad se lanzó hacia él. Salió del carril y se internó en un cañón flanqueado por edificios altos y rampas para vehículos terrestres. Su perseguidor le siguió, disparando al azar. Han frenó, entró en una vía estrecha, dio media vuelta y volvió al cañón. El vehículo de seguridad se zambulló en la vía estrecha y pasó por debajo de él. Han no le vio salir.

En cuanto recobró la serenidad, se alejó de la ciudad y sobrevoló el río del oeste, lo bastante bajo para coger peces y a escasa distancia del enorme risco blanco de su derecha, con la esperanza de burlar la vigilancia. Esperó hasta que las estribaciones fueron lo bastante altas para proporcionarle cierto refugio. Después cruzó el río y siguió un pequeño afluente.

Una vez localizado el valle en cuestión, no tardó en divisar su objetivo, un antiguo edificio de troncos en forma de T, con techo de piedra verde oscuro, acurrucado contra una pared rocosa. Planeándolo con dos minutos de antelación (Cetrespeó se sentiría orgulloso), se desabrochó las correas de seguridad y apoyó los pies sobre las superficies de control, preparado para saltar. Nadie disparó cuando se acercó. Aminoró la velocidad sobre las oscuras copas de los árboles. Cuando juzgó que la velocidad era apropiada, saltó hacia unos matorrales. El vehículo se estrelló contra el muro opuesto del recinto con una estruendosa explosión. Cuando cuatro milicianos navales corrieron hacia los restos, Han se deslizó por una puerta que nadie vigilaba en aquel momento, colgada de unos enormes goznes negros.

Sólo una puerta estaba cerrada al zaguán principal. Un esquelético androide de seguridad estaba sentado a su lado, como una jamba de más. A los imperiales no les importaba alimentar los sentimientos antiandroides de los bakuranos en aquella instalación privada. Han apuntó el desintegrador hacia el torso del androide y disparó. Rayos azules le rodearon y encendieron los cuatro apéndices similares a varas de su «cabeza». Han se acercó. El androide chisporroteó, humeante.

Seguridad mínima, observó, y movió el chip frente a la cerradura.

Demasiado fácil. Si se trataba de otra trampa...

Se las arreglaría. Cetrespeó ya estaría de vuelta en el *Halcón*. Lástima de no haber llevado su comunicador, pero las señales electrónicas habrían atraído a todos los milicianos del recinto.

—¿Leia? —llamó en voz baja. La habitación estaba a oscuras—. Soy yo.

Las luces se encendieron.

—Caramba —dijo la voz de Leia, desde una silla repulsora que flotaba sobre el marco de la puerta —. Menos mal que has hablado. Te hubiera aplastado.

Posó la silla repulsora al pie de una cama anticuada. Han jamás había visto que una silla repulsora hiciera aquello. Leia había re—programado sus circuitos.

—¿Te han hecho daño?

Introdujo al chamuscado androide en la habitación antes de cerrar la puerta. Si nadie lo veía, quizá no se darían cuenta de que estaba estropeado.

—No. Si no lo entendí mal, el gobernador Nereus pretendía regalarme al siguiente emperador. Ha insistido en que gozaré de su hospitalidad. El almuerzo fue delicioso. Hasta tengo chimenea.

Abarcó con un ademán la rústica habitación. Madera clara y tosca cubría las paredes y el techo.

—De modo que eres la invitada a la que no se permite marchar.

—No me quedaré mucho tiempo. Larguémonos. —Puso los brazos en jarras—. Has encontrado una manera de entrar. Supongo que no habrás pensado en una forma de salir.

—Aún no.

Leia puso los ojos en blanco.

—Otra vez.

—Escucha, corazón —dijo Han con aire pensativo, mientras se sentaba en el borde de la cama—, manipulé la caja negra de un aerocoche y lo estrellé contra el muro. Pensarán que la diñé hace bastante rato. Esperemos una hora, dejemos que exploren y registren el terreno...

Enérgicos pasos se acercaron a la puerta. Han saltó de la cama.

—¿Puedo trepar por ahí?

Se precipitó hacia la chimenea.

—Claro que no. Demasiado estrecho.

Demasiado tarde. La puerta zumbó. Han cogió una vara de hierro del interior de la chimenea ennegrecida, saltó todo cuanto pudo y elevó las piernas.

—¿Has visto algo sospechoso por esa ventana? —preguntó una voz, filtrada por un casco.

Han se encajó entre dos paredes de piedra negra y rugosa. Quería subir más, pero no se atrevía a llamar la atención si caía hollín. Los residuos humeantes cosquillearon su nariz y garganta. Al pensar en aquel guardia androide sentado junto a la puerta, sus manos se cubrieron de sudor.

—No lo he intentado.

La voz de Leia desafió al intruso.

—Muy bien. Apártese.

Han oyó pasos lentos (dos pares) e imaginó a un equipo de análisis, rastreando formas de vida. Se preguntó si la piedra bloquearía los detectores. No podía coger su desintegrador. De un momento a otro, se fijarían en aquel androide...

—Muy bien, ya han llevado a cabo sus comprobaciones. Ahora fuera de aquí —dijo Leia.

Como en respuesta a la fría amenaza de su voz, los pasos de los milicianos retrocedieron a toda prisa. Al cabo de unos segundos, la joven le llamó.

—Ya se han ido.

—Apártate.

Se cogió con fuerza a las dos paredes, enderezó las piernas y saltó. Por un instante, vio que Leia le contemplaba con expresión horrorizada. A continuación, se produjo una lluvia de hollín, que enturbió su visión.

—No ha estado nada mal —dijo ella.

—¿Y si vuelven?

Han avanzó de costado por la plataforma de piedra que rodeaba el hogar. En cuanto el hollín se posó, pudo ver de nuevo. Menudo desastre. El guardia androide estaba erguido en un rincón, junto a la puerta, artísticamente recubierto con artículos de ropa para dar la apariencia de un mueble. Leia también era rápida.

—Sí —contestó la princesa—. Creo que debemos descartar quedarnos a esperar. —Pasó por una puerta pequeña y salió con una toalla de baño blanca—. Quédate quieto. Haré lo que pueda.

Un minuto después, tiró una toalla negra al suelo.

—De momento, ya estás bastante limpio.

Han estaba contemplando la silla repulsora.

—Oye —dijo—, se me acaba de ocurrir una idea.

15

Gaeriel se detuvo ante la puerta de Eppie Belden y enderezó su ramo recién cortado de espigas de frambuesos. Cada capullo oloroso habría producido una fruta suculenta, pero un exceso de espigas en una enredadera provocaba que la fruta naciera diminuta y ácida. La simbología (algunos capullos, algunas vidas segadas para permitir que unas pocas crecieran con más fuerza) no la consoló. ¿Comprendería Eppie que su marido, con el que había estado casada durante más de un siglo, había muerto bajo la custodia del gobernador Nereus, o regresaría una y otra vez a su conciencia, como Roviden?

La enfermera de Eppie abrió la puerta.

—Buenos días, Clis.

—Hola, Gaeriel. —Clis se apartó con una expresión peculiar en su cara redonda—. Entra, deprisa.

—¿Qué ocurre? —Gaeriel se encaminó hacia la silla favorita de Eppie. Nadie se sentaba en ella—. ¿Dónde está? —preguntó, alarmada.

—En el estudio.

—¿En el estudio?

—Compruébalo por ti misma.

Gaeriel cruzó el comedor, en dirección al despacho de Orn Belden. Una menuda y encogida figura se silueteaba contra una pantalla de trabajo.

—Eppie —gritó Gaeriel.

La silueta se volvió. El rostro arrugado de Eppie Belden brillaba con la intensidad de un ave pequeña.

—¿Quién, si no, podría estar aquí?

—Lleva así toda la mañana —murmuró Clis—. Entra. No ha parado de preguntar por ti.

—Y por ese joven. —Eppie alejó su silla repulsora de la pantalla—. ¿Quién era? ¿De dónde vino?

Gaeri, casi incapaz de articular una palabra, se sentó sobre una caja. No había más sillas en el despacho.

—Es un... rebelde, pero... muy peligroso. Un Jedi. Uno de ellos.

—Oh, oh. —Los pies de Eppie se removieron bajo la silla—. Nuestros maestros nos han enseñado mucha sabiduría a lo largo de los años, pero también montones de patrañas. —Apuntó con un dedo huesudo—. Deberías juzgar a ese Jedi por lo que hace, no por los rumores o cuentos morales.

En cualquier caso, dile que vuelva a verme. —Volvió la cabeza—. Dispón las flores que ha traído Gaeri, Clis.

La corpulenta enfermera salió. Eppie bajó un control que cerraba la puerta.

—Eppie, ¿estás...? ¿Estás bien?

—Has venido para hablarme de Orn, ¿verdad? —El muro de su preocupación se adelgazó, y Gaeri vislumbró su dolor. Aún no lo había asumido por completo. Eppie se abismaba en el trabajo para retrasar la llegada de la pena—, Gracias de todos modos, cariño. Lo sé. Nadie pensó en avisarme, pero he estado conectada toda la mañana.

—Pero...

—Hace años que no veo las noticias. ¿Por eso pensaste que no me había enterado? Ten cuidado con tus suposiciones, Gaeriel.

—Pero él... Orn...

Los hombros de Eppie se hundieron y la transformaron en una mujer vieja y marchita.

—Le echaré de menos, Gaeri. Bakura le echará de menos. Aunque los imperiales hablen de una hemorragia cerebral, yo sé que murió por Bakura, como me habría pasado a mí.

—¿Qué quieres decir?

—La confesión es buena para el alma, pequeña, pero aún no estoy preparada para contarlo todo. Una parte no es apropiada para oídos imperiales jóvenes. —Giró la silla repulsora y tocó un control. Una pantalla llena de símbolos se transformó en imágenes de un noticiario—. Incendios, huelgas y batallas callejeras en Salis D'aar. Ojalá tuviera ochenta años de nuevo.

—Eppie, ¿qué has hecho?

—Sólo lo que ese joven... Perdona, ese joven Jedi tan peligroso, me enseñó a hacer. Tienes muchas buenas cualidades, Gaeri, pero reconsidera tu intolerancia.

Gaeriel lanzó una exclamación ahogada.

—¿Te hizo algo, entonces?

—No te abrumaré con el recuento de mi pasado. Pasemos al futuro.

—Puede que tu pasado sea mi futuro.

Los astutos ojos azules de Eppie parpadearon.

—Eso espero. Y también lo contrario.

Gaeri extendió una mano.

—Vas a agotarte. ¿No deberías descansar un rato?

Eppie meneó la cabeza.

—He dilapidado años. Ahora no puedo dilapidar ni tan siquiera minutos.

Bakura va a rebelarse. Quiero participar.

Gaeriel tensó las manos para impedir que temblaran.

—¿Rebelión?

—Contra Nereus, por supuesto.

—Pero necesitamos al gobernador Nereus y sus fuerzas. Nos van a invadir de un momento a otro. La Alianza habla de libertad, pero Bakura fue...

asolada por el caos. El Imperio nos salvó de la tragedia.

—Nunca nos libraremos de la tragedia, Gaeriel. Cada uno de nosotros ha de ser libre para perseguir su propia tragedia.

Gaeri cruzó las piernas y la miró fijamente. ¿Cómo podía ser aquella lúcida filósofa la enferma mental que había ayudado a cuidar desde antes de partir hacia Centro?

—Incluso después de una derrota —murmuró Eppie—, es posible ser feliz.

Ojalá Orn y yo nos hubiéramos dado cuenta.

»En cualquier caso —exclamó—, hay trabajo que hacer. ¿Estás conmigo, o contra mí?

—¿Qué... qué estás haciendo con esa emisora?

—¿Vas a denunciarme? Mira esto.

Giró en su silla y manipuló unos controles situados debajo de la pantalla.

Una tecla reprodujo la imagen de llamas que se alzaban cerca del complejo Bakur. Otra, mostró a milicianos cargando contra civiles armados. Otra pantalla anunció que la automatización había enloquecido en la planta de producción de bobinas repulsoras.

—Salís D'aar está furiosa. Orn ha muerto, tu tío ha sido detenido, y también la princesa rebelde. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—¡Si combatimos entre nosotros, los *ssi-ruuk* nos harán picadillo!

—Por eso hay que proceder con inteligencia. Esa gente que ha salido a la calle sólo es la distracción. Tú y yo, junto con algunas personas más, dirigiremos la auténtica rebelión. Podemos hacer muchas cosas antes de que los alienígenas ataquen.

—Atacarán antes de una hora. Ya he advertido al gobernador Nereus. No queda tiempo.

—Nadie te ha dicho que yo era una guerrillera de los circuitos, ¿verdad?

La idea paralizó a Gaeri. ¿Cómo podía siquiera pensar en colaborar con Eppie y los rebeldes? La Alianza era poco práctica. Ingenuamente idealista.

Su propia tragedia. Si el destino aseguraba un final a su vida, ¿qué tragedia elegiría?

Una triunfal. Se aferró al frágil pensamiento nuevo. No podía denunciar a Eppie Belden. *Ésa es la respuesta*, se dijo. No existía ni un solo oficial, burócrata o profesor imperial al que admirara tanto como a Eppie.

Y aquélla era su decisión. Amaba a Bakura, no al Imperio.

—Estoy contigo —dijo en voz baja.

Eppie apretó su mano.

—Sabía que tenías más sentido común del que demostrabas. Es una dura decisión, muchacha, y te costará..., pero felicidades. Vamos a ver qué más podemos hacer en esa planta de bobinas repulsoras.

—¿Estropeaste el sistema automático?

La sonrisa de Eppie suavizó la mitad de sus arrugas y ahondó las demás.

—Esa planta es lo que valoran más los imperiales de todo Bakura. Si la producción decae, aun en tiempo de guerra, enviarán a todos los milicianos de Salis D'aar para restaurar el orden. Eso deja al complejo Bakur en mis manos..., y en las de unos cuantos amigos.

La sangre de Gaeri hirvió.

—Podré ayudar mejor desde mi despacho. He dejado en él a uno de los androides de los rebeldes.

—Espera. —Eppie rebuscó en un cajón y extrajo un diminuto aparato de plástico y metal—. ¿Sabes algo sobre ese canal de los milicianos, en teoría tan seguro?

Gaeri asintió.

—Orn quería darte esto desde hace mucho tiempo, pero no se atrevía a confiar en ti. Úsalo ahora. Podrás dar algunas órdenes a los milicianos, antes de que vayan a por ti.

Gaeri cerró la mano alrededor del objeto.

—¡Vete ya!

Eppie palmeó su hombro.

Gaeri volvió al complejo en su coche aéreo. Esquivó patrullas de seguridad y pasó entre puntos conflictivos y grupos que se tiroteaban. El androide de los rebeldes, Erredós Dedos, seguía donde lo había dejado, junto a su escritorio. Su cúpula daba vueltas, y emitía pitidos ininteligibles.

—Supongo que querrás decirme algo —gruñó Gaeri—, pero no entiendo nada.

¿Aari?

—Aquí estoy —exclamó su ayudante.

—Interfiere toda la información que puedas del despacho de Nereus, aunque signifique poner en peligro nuestra seguridad. Todo está a punto de venirse abajo.

—De acuerdo.

Gaeri vio, divertida, que el androide rodaba hacia una terminal y también se enchufaba. Su programación debía incluir una percepción y voluntad abundantes.

—Ya, senadora.

Nereus había ordenado a todos los milicianos de la ciudad que reprimieran tres manifestaciones, y enviado a su mejor hombre de inteligencia a la planta de producción de bobinas, en la circunscripción de Belden. Los oficiales de inteligencia disparaban primero e interrogaban a los supervivientes.

Gaeri cerró un puño. Tenía que intentar liberar a tío Yeorg, y también a aquella princesa rebelde. Ningún Captison había flaqueado cuando Bakura se encontraba en peligro. Entregó el chip a Aari.

—Instala eso. Nos conectará con la frecuencia de los milicianos.

Aari enarcó una ceja negra. Erredós Dedos gorjeó y pitó. Hasta Gaeri se dio cuenta de que estaba nervioso.

Sus manos temblaban. Al cabo de unos minutos, habrían apresado a cualquiera que interfiriera sus líneas y cambiado todos los códigos de seguridad, pero aquél sería su homenaje al valiente anciano.

—Ya lo tengo —anunció Aari un momento después, desde el escritorio contiguo.

Gaeriel tecleó en su consola y obtuvo los datos de la planta de extracción de zumo de namana, situada a unos quince kilómetros en dirección a la costa (un pasatiempo irrelevante, sin interés militar), y después se introdujo en los bancos de información de los milicianos. Sustituyó sus datos por la producción de bobinas repulsoras. Cuando intentaran intervenir la fábrica de Belden, todos los datos que poseyeran serían incorrectos. Se encontrarían perdidos por completo, y quizá proporcionarían a los hombres de Belden el tiempo suficiente para... Bien, no estaba segura de qué tramaba Eppie, ni tampoco quería saberlo.

Sin embargo, llamó al supervisor de la planta por una frecuencia convencional. Le avisó de que los milicianos se hallaban en camino, y que la resistencia de Bakura había empezado. No se trataba de una acción muy revolucionaria, pero confundiría al Imperio durante unos cuantos minutos más.

—Muy bien, Aari. Saca el chip.

Su ayudante obedeció.

—Será mejor que lo funda.

—Muy bien.

Ahora que ya podía pensar en liberar a tío Yeorg, comprendió que sólo conocía a una persona capaz de ayudarla. Despejó su terminal y se inclinó sobre el androide. Pensó que era ridículo hablar con él.

—Erredós Dedos, ¿puedes ayudarme a localizar al comandante Skywalker?

Chewbacca paseó lentamente alrededor del *Halcón*, sin descuidar la vigilancia. La nave estaba preparada para despegar, todos los sistemas funcionaban, de momento, y tenía buen aspecto desde fuera, o sea, se inclinaba muy cerca de la superficie blanca de cristal áspero, tan baqueteada y rayada que cualquier observador casual estaría dispuesto a jurar que nunca más volvería a alzar el vuelo. El wookie examinó cada nave y andamio, cada vehículo de tierra aparcado y edificio, hasta donde alcanzaba su vista. Ni rastro de Luke.

Por fin, oyó el zumbido de un aparato que se acercaba. Chewie se escondió detrás del casco, para poder disparar sin ser visto. Segundos después, el vehículo aterrizó. Un miliciano descendió con movimientos torpes.

Podía significar problemas. El miliciano se arrastró hacia adelante, con los brazos colgando de una manera extraña. O no podía gritar, o prefería pasar desapercibido.

Chewie no estaba dispuesto a correr riesgos. Sacó el desintegrador, lo puso en «aturdimiento» y disparó una vez.

El miliciano siguió avanzando. Chewie disparó de nuevo. Esta vez, el miliciano cayó. Chewie decidió que la armadura podía serle útil, y rechazó la tentación de dejar tirado al desconocido. Arrastró el cuerpo, sorprendentemente pesado, por la rampa de subida al *Halcón*. La escotilla principal se cerró con un siseo. El wookie se agachó y levantó el casco del miliciano con sus enormes garras.

Una cabeza dorada brillaba en su interior.

—¡... uke! ¡Amo... uke! ¡Amo...! —repetía, con voz menuda y acelerada.

¡Cetrespeó!

Ahora tendría que repasar de nuevo todos aquellos diagnósticos.

Disgustado, Chewie siguió quitándole la armadura.

Luke consultó por última vez el agrietado crono de la cantina. Dentro de cinco minutos, si la lanzadera no había llegado, se reuniría con Chewie en el *Halcón*.

Contempló un pedazo de carne misteriosa, grasienta y mal cocida.

—Creo que tomaré eso, con el acompañamiento que le pongan —dijo—. Para llevar. —Comería con Chewie —. Ah, será mejor que me dé tres.

La barra sucia de color naranja, desocupada, sugería que la cantina más cercana a la Plataforma 12 solía estar vacía hacia mediodía. Grupos aislados de bakuranos se sentaban a mesas separadas. Murmuraban y miraban a su alrededor. «Detenidos», oyó que decía uno, y «muerto», otro. «Belden»

y «Captison» pasaron de mesa en mesa. También oyó «Jedi».

Cuanto antes se marchara, mejor.

Rápidos pasos se acercaron a la puerta. Alarmado, proyectó la Fuerza y percibió a Gaeriel antes de que la puerta se abriera. Sus sentidos cobraron vida y se concentraron en su presencia. Entró a toda prisa, seguida por una unidad Erredós... La suya, comprendió, y recordó el mensaje de Cetrespeó. Erredós pitaba y silbaba de manera incoherente, y Gaeriel estaba muy nerviosa. Corrió hacia él, y su falda rozó el sucio suelo. Luke se apartó de la barra.

—¿Qué pasa? ¿Cómo me has localizado?

—Tu androide me condujo a la última terminal de comunicaciones que habías utilizado. ¿No te has enterado? Están a punto de atacar. Tío Yeorg ha sido detenido. —Tenía los ojos abiertos de par en par—. Y también tu princesa.

—Sí, lo sé. Intento llegar a mi transporte...

Los insistentes gorjeos de Erredós mecían al pequeño androide de un lado a otro.

—Espera, Erredós. No entiendo nada.

Abandonó a Gaeriel de momento y trató de captar los sentimientos de su hermana. Más lejos, más lejos...

—Se ha decretado el toque de queda —insistió Gaeriel—, y:.. —Un camarero pasó por su lado, con la intención de escuchar. La joven continuó en voz más baja—. Orn Belden perdió el sentido cuando intentaron encerrarle, y murió media hora más tarde. La ciudad ha enloquecido.

—Pobre Belden —murmuró.

En aquel instante, localizó a Leia. Muy ocupada, muy nerviosa. Han la había encontrado.

Erredós se acercó más, extendió una sonda y pellizcó la pantorrilla izquierda de Luke, sin dejar de pitar.

—¡Erredós! —exclamó Luke.

—Ha llegado tu momento —susurró Gaeri, después de mirar a su alrededor—.

Bakura está contigo.

Luke la miró y una nueva esperanza alumbro en su imaginación.

—¿Por qué les detuvieron?

—El gobernador Nereus les encontró un proyector DB. La sedición conlleva la pena de muerte, Luke. La ciudad se ha sumido en el caos. Has de liberar a la princesa Leia y a tío Yeorg. —Paseó la vista en torno suyo, como si por fin se diera cuenta de en dónde estaba—. ¿Qué haces aquí solo? ¿No te avisé?

—Sí. No quise poner en peligro a nadie. Yo sé protegerme, pero no deberías quedarte más de unos minutos. —Miró a su alrededor, casi esperando ver cascos de milicianos al otro lado de las ventanas—. Vamos a ver si Erredós localiza a tu tío. ¿Podrías interferir la red gubernamental desde una cabina pública?

—Tal vez.

Luke cogió un cuchillo de pan de la mesa más próxima. Al cabo de dos segundos, el cepo de Erredós se soltó.

Gaeriel le miró con ojos escandalizados.

—Erredós —dijo Luke, para calmarla—, conecta a Gaeriel con tu programa de reconocimiento y obediencia. Y a su amiga Eppie Belden —añadió, guiado por un impulso—. ¿De acuerdo? —Erredós dio su aprobación—. Bien. Ahora, intenta localizar al primer ministro Captison.

Erredós rodó hacia la mesa de la esquina.

—Difícil sin traductores, ¿eh? —dijo Gaeriel.

Luke siguió a Erredós.

—He entendido algo. Es un androide astromec. Supongo que tú le llamarías un ayudante de piloto, pero es sorprendente lo que puede hacer en tierra.

—Luke desvió la vista hacia las puertas de la cocina. Los cocineros se estaban retrasando muchísimo—. Han ya ha ido en busca de Leia —informó.

—Luke... —Gaeriel cerró la mano alrededor de su codo. Luke percibió calor y determinación—. Vuelve cuando todo haya acabado. Habla conmigo. Ahora no hay tiempo, pero hemos de...

Luke se soltó. Captó una vaga intención agresiva en la cocina. Casi al instante, se concretó en tres presencias alienígenas y una le confundió, humana, pero de aroma alienígena. Cubrió la espada de luz con la mano.

¿Qué había dicho de no poner en peligro a otra gente?

¿Acaso no había deseado que fuera preciso rescatar a Gaeriel? Desenfundó el desintegrador con la mano izquierda y se lo tendió por la culata.

—¿Saber disparar? —murmuró—. Hay *ssi-ruuk* en el edificio. Lamento no poder ayudar ahora a tu tío. Cógelo —la apremió. Ella cerró la mano a su alrededor, vacilante—. Que Erredós avise al *Frenesí* de lo que está pasando. Luego localiza a tu tío. Vete ya.

La joven proyectó miedo.

—No pienso aprovecharme de tus talentos Jedi. Quiero ayudar a la Rebelión.

Exasperado, Luke extendió una mano y aplicó la Fuerza.

—A nadie más le importa dejarme...

Las puertas principal y lateral se abrieron al unísono. El morro de un rifle pesado desintegrador apareció por cada una. Después un miliciano con su armadura blanca.

Esta vez, Luke adivinó que no estaban de su parte. Agarró a Gaeriel por los hombros y la protegió con su cuerpo. Los clientes bakuranos se lanzaron debajo de las mesas.

Tres *ssi-ruuk*, enormes seres de escamas suaves y largas colas musculosas que sustentaban sus cuerpos, salieron por la puerta de la cocina. Dos de diferentes tamaños eran de un marrón lustroso, y otro de un azul intenso.

Tenían cabeza de ave, con enormes picos dentados y ojos negros como el azabache. Todos llevaban una bolsa cruzada sobre el pecho. Se cernieron sobre los aterrados camareros. Erredós se quedó petrificado en la mesa del rincón.

Luke tuvo que estrechar su percepción para impedir que el asco de Gaeri le abrumara. Escrutó con cautela a los alienígenas. Sus sentimientos se fundieron con la Fuerza y fortalecieron el lado oscuro. Había percibido menos hostilidad en el feroz resentimiento de Jabba el Hutt.

Empuñó la espada.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Blandió la Fuerza contra aquella hostilidad y buscó algún punto débil.

Un humano vestido con ropas a rayas se situó detrás de los alienígenas.

—¡Afortunado! —saludó a Luke, mirándole de soslayo—. Tú eres el Jedi, Skywalker. Yo traduciré.

Luke reconoció a Dev Sibwarra por la grabación holográfica. Se concentró en la Fuerza y aplicó todo cuanto Yoda le había enseñado. Estaba en paz.

Él era la paz.

—Soy Skywalker —dijo—. ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Con sigilo. Con sutileza. —El joven silbó a los alienígenas, y después posó sus largas manos morenas sobre su pecho. La mano izquierda se movía con rigidez—. El gobernador Nereus nos envió una lanzadera, y después ordenó a la red orbital que le concediera permiso para descender por asuntos oficiales..., o sea, para recibirte. Serás el invitado del almirante Ivpikkis, al tiempo que iniciarás una clase de vida que, hasta ahora, sólo habías soñado. Entrega tu arma a mis acompañantes, y ven dichoso conmigo.

En persona, Dev Sibwarra parecía más joven, quizá unos quince años. Luke proyectó la Fuerza...

Y le reconoció por segunda vez. Aquel muchacho también le había enviado la advertencia de su sueño. Luke percibió su poder en la Fuerza, que se retorció y dobló. Le habían lavado el cerebro o hipnotizado, alterado hasta tal punto que sus pensamientos ya no le pertenecían. Luke no pudo odiarle. Debía procurar no matarle en defensa propia, porque el muchacho era lo bastante joven para aprender, siempre que pudiera ganarle y curarle.

—Gracias por la invitación —contestó con calma—. Prefiero quedarme aquí.

Diles a tus amos que se sienten. Hablaremos.

—No se sientan, amigo mío. Sería un honor para nosotros que tu acompañante también viniera, como invitada. Debéis daros prisa.

Las mejillas de Gaeri palidecieron cuando el *Ssi-ruu* azul avanzó, pero la joven no se movió. El ser extendió una garra hacia sus hombros. Algo negro surgió de sus fosas nasales. Gaeri lanzó una exclamación ahogada y levantó el desintegrador de Luke.

—Atrás —ordenó Luke.

El alienígena volvió la cabeza. Un ojo negro se movió en su dirección, y las lenguas de la nariz se agitaron hacia él. Luke canalizó la energía de la Fuerza en sus palabras.

—Aléjate de ella.

Dio la sensación de que el ojo giraba como una tormenta oscura, como si solicitara atención, con el fin de absorber su voluntad. Era éste, sin duda, u otro como él, quien tenía dominado a Dev Sibwarra.

Dev silbó al alienígena azul, de una forma muy parecida a la de Erredós.

La enorme extremidad azul del *Ssi-ruu* se alejó del hombro de Gaeri, Chasqueó y silbó con una voz más profunda y aflautada que la de Dev, con más potencia y resonancia.

—Dice que una compañía femenina te proporcionará consuelo —tradujo Dev—, y noto que experimentas hacia ella fuertes sentimientos. Pídele que colabore, por favor. Hemos de darnos prisa.

Erredós se mecía de un lado a otro, y emitía ruidos electrónicos de furia.

Luke se preguntó qué estaría diciendo a los *ssi-ruuk*. Dos milicianos avanzaron para impedir que Erredós huyera hacia la puerta.

—Esta mujer no os interesa para nada —dijo Luke a los milicianos—. Es a mí a quien quieren. Dejadla marchar.

—Los Flautas la quieren —respondió la voz filtrada de un miliciano—. Esta vez, los Flautas obtendrán lo que desean.

Luke encendió la espada de luz y la aferró con ambas manos.

—No necesariamente.

Dev retrocedió.

—¡Aturdidles! —gritó a los milicianos.

Cuatro rifles desintegradores apuntaron a Luke, agujeros negros enmarcados por cascos blancos. Luke se agachó y ladeó el cuerpo, para ofrecer el mínimo blanco posible.

—¡Al suelo!

Gaeri obedeció. No había empleado el desintegrador. Estupendo. A juzgar por todos los indicios, disparar no era lo suyo. Por lo visto, ella también lo sabía. No estaba en su elemento.

Los milicianos abrieron fuego, formando un arco de noventa grados. Luke se concentró todavía más en la Fuerza, dependiente a propósito de la energía que le rodeaba. Notó que su cuerpo giraba y la espada saltaba, y percibió vagamente los rayos de energía que se estrellaban en las paredes sucias de la cantina. Se acercó hacia un punto situado entre sus atacantes, esquivando las mesas. De pronto, el fuego cesó, cuando los imperiales comprendieron que se estaban tiroteando mutuamente.

Se proyectó con la Fuerza, tocó dos mentes hostiles y saltó.

Rayos blancoazulados crepitaron en el aire bajo él. Los milicianos se desplomaron. Luke se volvió hacia los alienígenas. Se sentía lento, todavía algo afectado por el ataque del emperador. Tosió, y después contuvo el aliento.

—Erredós —gritó—, sácala de aquí. Consigue ayuda.

Erredós rodó hacia Gaeriel. La joven gateó hacia la puerta principal.

Dev Sibwarra extendió las manos.

—Amigo Skywalker, la privas de una inconmensurable alegría.

—Ella prefiere su libertad.

—¿Libertad? —Dev arqueó las cejas—. Os ofrecemos la liberación del hambre.

—Movió la mano en dirección a una pila de platos abandonados. Una nube de insectos se elevó—. De la enfermedad, de... —Luke sintió que un remolino de la Fuerza rozaba su cuerpo—. Ah —exclamó Dev, con un tono de voz absolutamente cordial—. ¿Es cierto que tu tecnificación ya ha empezado?

Luke retrocedió.

—¿Qué?

—Tu mano. La derecha.

Luke bajó la vista. La mano protésica, reparada en Endor, parecía viva de nuevo.

—No tuve otra elección.

—¿No es mejor que la mano biológica? Más fuerte, menos apta para el dolor.

¿Y aún pretendes arrebatar a tantos humanos la vida real? ¿La felicidad real?

Dev se encaminó hacia la pared. Los *ssi-ruuk* se habían quitado las bolsas.

Cada uno sostenía un objeto similar a una paleta, que antes sobresalía de las bolsas. Lo que parecían asas se proyectaron hacia adelante, en tanto los alienígenas aferraban empuñaduras de reborde protegido.

Luke se apartó un poco.

—Dev, adviérteles que no puedo aturdirles con una espada de luz. Tendré que matarles si me atacan.

—¡No debes! —gritó Dev—. Si mueren aquí, lejos de un planeta consagrado, supondrá una tragedia eterna. Ellos no te matarán si te derrotan. Jura que no les matarás.

—No —insistió Luke—. Adviérteles.

Dev silbó frenéticamente.

Los alienígenas le miraron. Gaeri aún no se encontraba lo bastante cerca de la puerta. La atraparían, a menos que él atacara primero.

Había llegado el momento de utilizar la Fuerza para defenderla.

Un alienígena levantó su paleta. Un delgado rayo plateado surgió de su punto más estrecho. Luke, confiado, avanzó hacia el rayo y dirigió la espada hacia él.

No lo rechazó. Sólo se dobló levemente. Antes de que pudiera reaccionar, el rayo le atravesó. Notó un cosquilleo en el estómago. Con gran alivio, sujetó de nuevo la espada. El segundo alienígena surgió por detrás del primero y apuntó a sus piernas. El primer rayo no le había dañado apenas, pero tal vez un segundo sí. Saltó a un lado, de manera que un *Ssi-ruu* se situó delante del otro. Un rayo desapareció. El segundo siguió a Luke.'

El Gran Azul proyectó un rayo por el pasillo principal de la sala, y dividió en dos el espacio de Luke.

—¡No!

Gaeri se apoyó en los codos y disparó al alienígena azul, pero falló. El alienígena disparó a su vez. Una luz plateada iluminó el hueco de la garganta de Gaeriel. Emitió un grito, cayó y quedó inmóvil.

Luke cargó contra el pequeño alienígena pardo y lanzó la espada hacia su misteriosa arma. El *Ssi-ruu* perdió una garra delantera y la paleta. Chilló frenéticamente.

—¡No! —Dev agitó las manos—. ¡No les hagas daño!

—¿Qué le ha hecho a Gaeriel?

—No es grave. Se recuperará.

Pero la joven no se movía. A menos que Luke los desarmara o matara a todos, la secuestrarían. El alienígena pardo más grande se precipitó sobre él. Sus patas musculosas se movían como pistones. Aunque destruyera su arma, podía aplastarle con su peso, o a Gaeriel. La espada de Luke describió un largo arco. El enorme *Ssi-ruu* se desplomó decapitado.

—¡Basta!

Dev, sollozando, corrió hacia el alienígena.

Gran Azul proyectó su arma hacia Luke..., mejor dicho, hacia donde Luke había estado. El Jedi saltó sobre el rayo, extendió una mano y trató de quitarle el arma.

La extremidad delantera del *Ssi-ruu* se movió hacia él. El rayo apuntó al muslo de la pierna derecha de Luke.

La pierna quedó como entumecida. Luke trastabilleó e intentó saltar hacia atrás. Luchó por mantener el equilibrio, obtener de nuevo el control de la Fuerza. El arma dañaba centros nerviosos. Por lo tanto, Gaeri debía estar consciente.

—¡Sácala de aquí, Erredós! —gritó.

Cuando el pequeño androide rodó hacia la joven, los dos alienígenas aprovecharon la circunstancia. Se lanzaron hacia adelante y le acorralaron contra una mesa volcada. Percibió su extraño olor acre.

Saltó con la pierna izquierda, casi a los brazos de un alienígena, y alzó la espada. Al mismo tiempo, se relajó en la Fuerza y giró sin pensar. El zumbido de la espada no cambió de tono cuando cortó el arma del gigante azul, que soltó las dos partes y retrocedió, sin cesar de silbar.

Un arma menos. Erredós llegó al lado de Gaeri, la cogió por el cinturón y la arrastró hacia la puerta principal. Luke saltó con torpeza hacia la mesa más cercana. Su pierna derecha entumecida se torció cuando descargó todo su peso sobre ella. Eso dolerá, más tarde. Tuvo que emplear la Fuerza para mantenerse erguido.

Luke giró en redondo cuando oyó el silbido estridente de Erredós. Dev le apuntaba con un desintegrador imperial al torso, el clásico disparo aturdidor.

Luke soltó una mano de la espada y arrebató el desintegrador de la mano de Dev, mediante la Fuerza. Voló hacia él con lentitud. Lo cortó en dos, y las mitades cayeron sobre la mesa. Ahora, urgió a su sentido interno. Se concentró en la Fuerza y buscó el control hipnótico que esclavizaba a Dev Sibwarra. La sombra de algo enorme oscurecía casi todos los recuerdos de Dev.

No obstante, el muchacho poseía un tremendo poder en la Fuerza. Luke envolvió su voluntad alrededor del oscuro bloqueo y lo desintegró con Luz.

Dev se tambaleó hacia atrás, hasta apoyarse en otra mesa. En un momento, horripilantes recuerdos habían inundado su mente. Su ira se concentró, tan feroz como un ejército invasor p'w'eck. Parpadeó, desorientado. De repente, el monstruoso Skywalker se había convertido en un hermano humano.

No se sentía furioso, tan sólo deprimido. No podía necesitar renovación..., a menos...

Miró a Skywalker, que seguía de pie sobre la mesa. Vio el brillo de sus ojos penetrantes y la tensión de su barbilla.

Dev acarició su mano izquierda y recordó cómo la había herido.

¡Firwirrung! Su amo le había encadenado con tierna lealtad tras años de abusivas manipulaciones. Dev abrió los ojos de par en par al mundo. Jamás había sentido tanto dolor o remordimiento, y tanta alegría de ser humano, al mismo tiempo. Pese a todo lo que le habían hecho..., todo lo que le habían hecho..., estaba maltrecho, pero entero.

—¿Te encuentras bien? —silbó Escama Azul.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Ahora lo recordaba todo, incluyendo las costumbres idiomáticas que había aprendido durante su encarcelamiento.

—Estoy bien. ¿Y tú, Anciano?

—Dile al Jedi que venga con nosotros. Prométele cualquier cosa.

Entonces, lo comprendió: los *ssi-ruuk* pretendían convertir a los humanos en animales para la reproducción y fuentes de energía. Mentirían, matarían, torturarían y mutilarían con tal de lograr su propósito. No merecían más que odio.

—El odio es del lado oscuro —gritó Luke Skywalker desde la mesa—. No te abandones a él.

¿Le había liberado tan por completo el Jedi?

—¿Qué? —preguntó el maestro Firwirrung—. ¿Qué te está diciendo?

Dev, confuso, contestó automáticamente.

—Ha pedido perdón por matar a uno de los nuestros, amo.

—Dile que salga. Hemos de darnos prisa.

Dev levantó la vista.

—Te quieren para... —empezó, en lenguaje humano.

Una sirena estridente retumbó en la cantina. De pronto, Dev recordó el momento más terrible de su niñez, la alarma de la defensa civil. Invasión.

Volvió al presente y contempló a sus amos, estupefacto. ¿Había atacado el almirante Ivpikkis a las naves en órbita? Había prometido que los *ssi-ruuk* se retirarían si Skywalker se entregaba. ¡Un eslabón más en su retorcida cadena de mentiras!

Luke miró por la ventana, pensando a toda prisa. Los *ssi-ruuk* tal vez habían atacado la gran estación orbital en forma de platillo. Si su intención era invadir, aquél sería su primer objetivo. Al otro lado de la verja que rodeaba la Plataforma 12, los andamios no se habían movido, y le impedían ver el *Halcón Milenario*. Chewie debía esperarle a bordo. Han estaría tratando de liberar a Leia (o Leia estaría intentando liberar a Han).

Erredós regresó sin Gaeriel. Confió en que la hubiera dejado en un lugar seguro. ¿Cuál era el alcance de la lesión que había sufrido en la pierna?

La confusión de Dev también le preocupaba. Aquel joven aprendiz en potencia presentaba graves cicatrices en su psique. De todos modos, había demostrado su energía. Los sufrimientos padecidos bajo la oscuridad le harían más leal a la luz. Luke miró de nuevo a Dev.

De pronto, el techo se inclinó. Luke vaciló y cayó.

Absorto en sus pensamientos, Dev casi no vio el veloz movimiento de la cola de Escama Azul. El Jedi se desplomó, alcanzado en la cabeza. Soltó su espada, que atravesó la mesa y se hundió en el suelo. Colgó en diagonal un instante. Entonces, el pomo cayó. La hoja verde siseó.

Dev permaneció inmóvil, fingiendo obediencia, pero su mente chilló:

Skywalker, ¿me oyes?

Escama Azul se precipitó hacia adelante y apuntó su arma a la espina dorsal de Skywalker. Dev se obligó a correr hacia él.

—Bien hecho, amo —tartamudeó—. ¿Qué puedo hacer? ¿Está aturdido?

—Una contusión leve, diría yo —silbó Escama Azul—. El cráneo humano es sorprendentemente frágil. Puedes cogerle. Parece sin sentido.

—Oh, gracias.

Dev imprimió a su voz el grado correcto de entusiasmo. Se arrodilló y pasó los brazos de Skywalker por encima de su hombro. *Skywalker*, volvió a proyectar, *¿te encuentras bien?*

El Jedi no contestó. El murmullo de sus pensamientos se había interrumpido. Debía estar inconsciente, pues. Los alienígenas habían ganado..., de momento. Dev luchó por incorporarse. Su ira hervía cada vez que recordaba otra vejación. Emergían a la superficie de su memoria como burbujas repugnantes. No podía permitir que los *ssi-ruuk* ganaran, y no sólo por el bien de la galaxia. Le debían una vida. Una personalidad. Un alma.

—Bien —dijo Escama Azul—. Ahora, ayuda a Firwirrung.

Dev, tambaleante, dejó que el alienígena más pequeño se apoyara sobre su hombro. Firwirrung avanzó y cubrió su extremidad herida con la garra intacta. El doble peso provocó nuevos espasmos en la debilitada espalda de Dev. Se mordió la lengua. En teoría, le habían lavado el cerebro. Los *ssi-ruuk* consideraban a los humanos, al igual que a los p'w'ecks, como ganado..., animales experimentales..., seres carentes de alma.

Escama Azul se agachó y recogió la espada de luz. *¿ Y la hembra?* Dev supuso que Escama Azul no querría llevársela. La resistencia de Skywalker la había salvado. Los *ssi-ruuk*, que sólo contaban con Dev como animal de carga, no irían en su busca. Incluso deberían dejar a su camarada decapitado.

Escama Azul caminó hacia las puertas batientes de la cocina, que golpearon a Dev. Perdió el equilibrio y casi dejó caer su fardo sobre una especie de cocina caliente. Las puntas del cabello de Skywalker se chamuscaron por obra del intenso calor. Cuando Dev recuperó el equilibrio, la siseante hoja verde se había desvanecido. Escama Azul dejó caer el silencioso mango en su bolsa,

que se colgó al hombro, y avanzó entre los aparatos de la cocina con el desintegrador desenfundado. Firwirrung tropezó con Dev. Este buscó en su memoria la reacción apropiada.

—¿Te duele, amo? —preguntó en voz baja.

El alienígena gruñó.

Escama Azul sostuvo la puerta trasera para que Firwirrung saliera. Fuera, bajo el manto de polvo del espaciopuerto, se erguía la lanzadera imperial.

Los ahora aturdidos milicianos la habían conducido hasta el *Shriwirr*, para transportar el grupo a tierra. Las sirenas habían surtido efecto: la Plataforma 12 y las demás arracimadas alrededor de la cantina parecían casi desiertas. Dos guardias p'w'ecks estaban agazapados detrás de la lanzadera, ocultos a la vista gracias a las alas.

—Ayudad a Dev a encerrar al prisionero —silbó Escama Azul.

Dev subió la rampa. El androide cilíndrico del Jedi intentó rodar tras él, sin dejar de farfullar en ssi-ruuvi. Dos p'w'ecks le empujaron por el borde de la rampa. Aterrizó con estruendo metálico y una última amenaza inútil. Dev depositó a Skywalker en un asiento trasero, diciéndose que aún quedaban esperanzas. Los p'w'ecks inmovilizaron las muñecas del Jedi y le rodearon con un arnés de vuelo. Sin que nadie se fijara en él, Dev buscó con la Fuerza alguna señal de vida. Aún inconsciente, la mente de Skywalker se le antojó más cálida, brillante y potente que la de los demás humanos.

¿Qué hacer? Si los *ssi-ruuk* imponían su voluntad a Skywalker, la humanidad estaba perdida.

Dev apretó los puños. Un paroxismo de dolor laceró su brazo izquierdo.

¿Era lo bastante fuerte para estrangular al Jedi, mientras Firwirrung y Escama Azul intentaban elevar la lanzadera humana?

Tal vez, pero no se decidió. Sería un sucio truco ssi-ruuvi. Skywalker simbolizaba todo cuanto Dev había aspirado a ser, si su madre hubiera sobrevivido para asignarle un maestro. No podía matar a Skywalker, excepto en el último momento, para evitar que los *ssi-ruuk* le absorbieran.

Si eso ocurría, Dev no viviría mucho para llorar a Skywalker. Los *ssi-ruuk* le matarían al instante.

Sin embargo, la humanidad viviría en libertad si Skywalker y él morían.

Abrumado de dolor, se sujetó a su asiento.

—¿Cómo va por ahí arriba? —preguntó Leia en voz baja.

—Casi he terminado.

Han estaba subido a su silla repulsora reprogramada que colgaba sobre la cama. Practicó un amplio óvalo en el panel de madera del techo con su vibrocuchillo. Un pálido chorro de serrín cayó sobre el cobertor blanco de la cama.

—¡Ya! —exclamó.

Golpeó la elipse con las palmas de ambas manos, y más polvo cayó sobre su cabeza.

—¿Seguro que pasas? —preguntó Leia.

La silla se alzó. La cabeza y hombros de Han desaparecieron, y después el resto. Un momento después, reaparecieron la cabeza y los brazos.

—Tiene buen aspecto —dijo—. Apártate.

Tocó los controles de la silla.

Se desplomó sobre la cama. Leia cogió el desintegrador que había encajado en su cinturón y esperó a que un guardia abriera la puerta que daba al pasillo, pero no ocurrió nada. Trepó a la cama, enderezó la silla y volvió a conectarla. Se elevó hacia el agujero que Han había practicado, se cogió a sus brazos y dejó que la estirara hacia arriba. Dejaron la silla flotando.

Un pasadizo estrecho recorría el edificio de un extremo a otro. El tejado se inclinaba por ambos lados. Pálidos rayos de sol iluminaban una habitación bastante grande situada en uno de los extremos.

—Respiraderos a cada lado —murmuró Han—. Los aerocoches están aparcados fuera, en la esquina derecha. —Apuntó hacia la luz—. Camina con sigilo. Te van a oír.

—No. ¿De veras? —dijo con sarcasmo Leia.

Gateó hacia adelante, con cuidado de no apoyarse demasiado sobre las vigas. Aquella especie de desván se le antojó mucho más antiguo que cualquier habitación humana en la que había estado. Rodeó una gruesa columna de madera y reptó hacia un respiradero.

—¿Cuchillo? —susurró.

Han sacó el vibrocuchillo y cortó las sujeciones del respiradero.

—Coge ese extremo —indicó—. Tira hacia ti.

Leia obedeció, y ambos quitaron la tapa, que dejaron en silencio sobre el polvo, junto a un montón de exoesqueletos insectoides. Han se acuclilló y escudriñó el nuevo agujero, casi invisible gracias a su mugriento camuflaje. Leia se acercó.

Varios vehículos estaban aparcados a mitad de camino entre el pabellón y el muro exterior, rodeados por cinco milicianos. Ladeó la cabeza para ver y apuntar un desintegrador al mismo tiempo. Han la imitó.

—¿Preparado? —preguntó Leia.

—Ya—susurró él.

Leia apretó el gatillo. Cayó uno. Cayeron dos. Cayeron tres. El cuarto y el quinto se lanzaron detrás de un vehículo.

—Adiós.

Han se lanzó por el agujero. Los rayos desintegradores zumbaron. Leia localizó al miliciano que disparaba contra Han y lo derribó. El otro no mostró la cabeza. Han saltó y corrió hacia el coche más cercano. Un relámpago de luz atravesó su pie izquierdo.

Leia saltó, rodó para aminorar la caída, y después brincó a un lado. Otro rayo chamuscó el punto donde había aterrizado. Giró en redondo y disparó, pero el miliciano se agachó.

El rugido de un vehículo atrajo su atención. Zigzagueó hacia el aparato, subió a bordo y abrió una barra de aceleración. Algo olía a cuero quemado.

Al instante, Han movió la palanca de elevación. Pasaron por encima de los muros del recinto.

—¿Te alcanzaron? —gritó Leia sobre el ruido del viento, cuando sobrevolaron un bosque verde.

En dirección sur, colinas, la ciudad y llanuras esmeralda se extendían hacia un océano azul. Columnas de humo se alzaban en el centro de la ciudad.

—No creas que atravesó la suela —respondió Han con los labios apretados.

Leia examinó su rostro y vio dolor.

No podía hacer nada hasta que llegaran al *Halcón*. Era evidente que Han aún estaba en forma.

—Vivir contigo nunca es aburrido.

Acarició su áspero mentón.

Han esbozó una sonrisa.

—Claro que no —gritó.

El viento se llevó sus palabras hacia el bosque.

Leia desvió la vista. Tuvo la impresión de que el rugido del vehículo adquiría un tono más agudo. No, era otro.

—Han...

—Tenemos compañía —la interrumpió Han—. Allí.

—También hay uno por mi lado. Dos... ¡No, tres!

Estaban rodeados.

—Así que era una trampa —masculló Han—. Así podrán derribarnos y librarse de nosotros.

—La ley de fugas —definió Leia.

—¡Cógete!

Han imprimió un giro cerrado al vehículo y lo dirigió hacia las colinas.

Otros dos aparatos imperiales aparecieron frente a ellos. Han ascendió y giró al mismo tiempo. Leia se revolvió en su asiento y disparó contra un aparato. Se sentía como un animal acorralado, rodeado de sabuesos, con sólo uñas y dientes para luchar.

Una maniobra de Han revolvió su estómago.

—Mal asunto —gritó él—. Son aparatos militares último modelo.

Algo brillante y ruidoso, un rayo energético de cañón láser, pasó por el lado de estribor.

Han picó hacia las copas de los árboles.

—Cuando diga «salta», salta. Escóndete detrás de unas rocas o...

—¡Han! —exclamó—. ¡Refuerzos!

Un par de siluetas diminutas en forma de X se materializaron en el nublado cielo azul. Los cazas especiales X poseían el doble de velocidad y potencia de fuego de aquellos aparatos...

Han elevó al instante el vehículo y ganó altura.

—En cuanto los localicen...

Los imperiales se dispersaron.

—Ojalá tuviéramos un comunicador —murmuró Leia—. Se comportan como si alguien les hubiera enviado. ¿Tal vez Luke?

—No me sorprendería —dijo Han.

Se desvió hacia el ancho río. Dos cazas X les escoltaron.

Leia saludó. Dentro de la cabina, una mano enguantada de negro le devolvió el gesto.

La escolta parecía ridicula, tan cerca de una superficie planetaria verde.

Leia recordó Yavin, y la base rebelde oculta donde había esperado el ataque de la primera Estrella de la Muerte.

Donde el río se curvaba hacia el sudeste, justo al norte de Salis D'aar, los dos cazas se alejaron hacia el espacio.

—No quieren que les vean tan cerca de la ciudad —observó Leia—. Alarmaría a los bakuranos.

—Me alegro de que alguien piense —contestó Han.

Gracias, Luke. Sólo era una suposición, pero Leia le creía a pies juntillas.

—La ruta más corta al *Halcón* es por el centro de la ciudad —observó Han—.

Si los guardias intentan detenernos por violar el toque de queda, lo pasarán muy mal.

Las rutas terrestres de Salis D'aar incluían un puente alto que conectaba el risco blanco con la orilla occidental del río ancho, y la utilizaban vehículos lentos, seguramente familias que trasladaban sus bienes a las montañas del norte, desafiando el toque de queda. Leia deseó por un momento detenerse junto al complejo. Odiaba dejar el brazalete de los ewoks, pero no valía la pena arriesgar su vida.

Encontraron escaso tráfico aéreo.

—Todos los que han podido huir ya lo han hecho —comentó Han.

—¿Dónde están los androides?

—Erredós debe seguir en el despacho de Captison.

A continuación, explicó lo que había hecho con Cetrespeó.

Leia rió cuando imaginó su llegada al *Halcón*.

—Sólo espero que Chewie no le haya desintegrado antes de que se identificara.

—Tiene mi comunicador. Estoy seguro de que sabrá cuidarse.

Jirones de humo polvoriento cubrían el espaciopuerto, procedentes de cientos de despegues. Han maniobró en la oscuridad y aterrizó prácticamente sobre el *Halcón*. No estaba custodiado, salvo por el solitario wookie.

—¿Dónde está Cetrespeó? —exclamó Leia.

Chewbacca rugió y bramó.

—¿Qué? —contestó Han—. ¡Chewie, hemos de introducir ese programa del habla de los Flautas en el ordenador del *Halcón*!

Chewbacca aulló, en tono de disculpa.

—Sí, debería haberlo hecho. Bien, repáralo.

Chewbacca lo había averiado. Demasiado tarde para arrepentirse. Leia subió por la rampa detrás de Chewbacca.

—Confío en que haya combustible —exclamó, mientras se dejaba caer en su asiento de respaldo alto.

Chewbacca bramó.

—Hasta los topes y preparado para viajar hasta el Núcleo —tradujo Han, mientras entraba en la cabina—. Haz lo que puedas por Cetrespeó, Chewie.

Leia, sujétate.

El asiento de Leia empezó a vibrar. El rugido de los motores aumentó de intensidad.

—¡Espera, Chewie! ¿Alguna nueva modificación? —gritó Han.

Su amigo gruñó desde detrás de Leia.

—Ah —dijo Han, en tono satisfecho—. Puede que nos resulte útil. ¿Dónde lo has encajado?

Chewie reapareció en el pasillo, alzó los ojos hacia los paneles del techo y respondió.

—¿Que cortaste qué?

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Leia.

—Ah, consiguió que un técnico bakurano nos proporcionara más energía para los escudos, pero eso aumentó el multiplicador de hiperpropulsión. En cuanto salgamos de aquí —insistió Han, mientras movía un dedo en dirección a Chewie—, mis especialistas se harán cargo. Mis especialistas.

Lo único que deseaba ahora Leia era partir a toda prisa.

—El *Halcón* va a elevarse —anunció—. Vámonos.

17

—Ahora, la pierna izquierda.

Gaeriel, obediente, movió los dedos de los pies.

El médico imperial frunció el ceño, echó la cabeza de Gaeri hacia atrás con inexorable suavidad profesional y volvió a examinar la leve quemadura de su garganta.

—Alguna clase de ionización del sistema nervioso, supongo. Es lo que escribiré en el informe.

La joven tosió.

—¿Puedo irme?

—Lo siento. Nos han pedido que la retengamos un rato, bajo observación.

—¿Qué sucede? He oído una sirena.

—Han atacado la estación orbital.

Entonces, ya había empezado. Paseó la vista por la desnuda habitación.

Cuatro paredes blancas y un techo lejano, ninguna ventana, una puerta. La patrulla de emergencia la había trasladado al complejo en una camilla repulsora. Antes de eso, su más vivido recuerdo consistía en Luke avanzando hacia cuatro milicianos. Después la alarma de la defensa civil.

Luego el androide la había arrastrado hacia un lugar seguro, donde permaneció tendida durante un larguísimo rato, hasta que la patrulla de emergencia llegó a la cantina. Para entonces, Skywalker y los *ssi-ruuk* habían desaparecido en la lanzadera imperial, y ella empezaba a poder moverse.

Pero todo había terminado, y la humanidad estaba condenada. Habían capturado a Luke. Era inconcebible imaginar que un Jedi, por poderoso que fuera, pudiera oponer resistencia a los invasores. ¿Intentarían convertirle en un superandroide? Tal vez fracasarían.

Pero aunque no fuera así, Gaeriel prefería morir en Bakura que como prisionera de los *ssi-ruuk*. Su depresión dio paso a una firme resolución.

Ahora, nada ni nadie podía amenazarla.

El médico salió. Gaeri bajó de la cama y cojeó hasta la puerta. Al parecer, todos sus músculos volvían a funcionar, pero sus movimientos aún eran torpes. Tocó el panel sensor de la puerta.

Clausurado.

No pensarían dejarla en aquella habitación mucho rato. Ni siquiera tenía... Deseó no haber pensado en comodidades. Imaginó a Eppie, dirigiendo una revolución desde el teclado de su humilde apartamento.

¿Tendría tiempo? El complejo Bakur ocupaba el corazón de Salis D'aar, y contaba con docenas de entradas. ¿Cómo pensaba controlarlo? Sólo necesitaba controlar a Wilek Nereus. El comandante Thanas y las fuerzas espaciales ya habían salido del planeta, para defender Bakura...

Su cadena de razonamientos llegó a un brusco final. No había defensa posible contra los *ssi-ruuk*.

La puerta se abrió. Dos milicianos navales entraron.

—Acompáñenos —ordenó uno.

Gaeriel les siguió por un pasillo. No tardó en comprender a dónde la llevaban, y resistió la tentación de dar media vuelta. Siempre había conseguido esquivar el despacho privado del gobernador Nereus. Había oído rumores inquietantes, por no mencionar las nada sutiles intenciones de Nereus...

El primer miliciano abrió la puerta del gobernador e indicó con un gesto que entrara. Gaeriel lo hizo con calma. Mejor morir en Bakura, pero morir luchando.

El gobernador Nereus estaba sentado ante un escritorio de bruñida superficie blanca. Tenues vetas parduscas dibujaban círculos concéntricos, como tres anillos, pero no parecía madera. Señaló en silencio una silla y esperó a que los milicianos se fueran.

Un marco tridimensional en la pared más próxima llamó la atención de Gaeri: un enorme carnívoro rugiente. Sus cuatro largos colmillos blancos tenían un aspecto escalofriantemente real.

—El Ketrann —dijo Nereus—. De Alk'lellish III.

—¿Los colmillos son... reales?

—Sí. Mire a su alrededor.

Encima y debajo colgaban otras imágenes tridimensionales como aquélla, con dentaduras diseminadas.

—¿Ésa es su colección?

—Especies depredadoras. Tengo de diecisiete planetas, incluyendo el Cratsch bakurano. —Palmeó un cubo transparente que descansaba sobre una esquina de su escritorio—. En aquella pared —señaló otro conjunto de imágenes tridimensionales, a la izquierda—. Alienígenas inteligentes. —Gaeri pensó en los enormes caninos del wookie Chewbacca y frunció el ceño—. Y el depredador más peligroso.

Tiró a Gaeriel un cristal multifacetado. En su interior brillaban dos pares de incisivos humanos.

La joven quiso arrojárselo, pero resistió la tentación. Podría provocar consecuencias incalculables.

—Espero que pronto pueda añadir una dentadura *ssi-ruuk* —replicó con frialdad.

—Sí, es interesante que tengan picos dentados. —Carraspeó—. Prefiero capturar especímenes de individuos que yo he cazado, por supuesto. Por lo visto, la princesa rebelde ha renunciado a mi hospitalidad momentáneamente. Ha de ser castigada por desobedecer las órdenes. Mi especialista dental no es amable.

«Monstruo», pensó la joven. Le seguiría la corriente, de momento, pero Wilek Nereus pagaría por sus crímenes. Tragó saliva para ahogar una tos.

Era el momento menos apropiado para pillar un virus. Nereus abrió la mano, y ella le devolvió el cristal.

—Una diplomacia admirable, senadora. Reserva extraordinaria bajo presión.

¿Vio bien el arma con que le dispararon?

Gaeriel la describió, mientras Nereus se pasaba el cristal de una mano a otra. Cuando ella terminó, volvió a pensar en Eppie Belden. Si el ataque de los *ssi-ruuk* fracasaba, Eppie necesitaría otra oportunidad.

—Gobernador, le ruego que autorice un funeral público por el senador Belden. Bakura necesita...

—No necesita más reuniones públicas. No. El toque de queda continúa.

La miró fijamente. De repente, Gaeriel tuvo la impresión de que estaba esperando algo.

—¿Qué hizo el Imperio a la señora Belden? —preguntó para distraerle.

El hombre arqueó una poblada ceja.

—¿El Imperio le hizo algo? Permita que consulte mis registros.

—Sus dedos se movieron sobre un teclado empotrado en el escritorio. Gaeri se inclinó hacia adelante—. ¿Qué opina de mi escritorio? Un solo bloque de un colmillo de marfil.

¿Aquello era un colmillo? De un metro y medio de diámetro, implicaba una boca monstruosa.

—¿Un ser marino? —preguntó.

Cada vez tenía más ganas de toser.

Nereus asintió.

—Ya extinto. Aquí está. Ah. —Sonrió lentamente—. La señora Belden fue condenada a muerte. Su marido accedió a una incapacitación permanente como precio de seguir en su compañía.

Gaeriel apretó los puños. ¿Orn Belden había... accedido... a que el Imperio...? No podía creerlo. Dio gracias de que Orn Belden hubiera muerto, porque no podría preguntarle si era cierto.

—Y ella se prestó a protegerle. Oh, sí —añadió, mientras estudiaba la pantalla—. Había olvidado los detalles. Utilizamos un diminuto ser del sector de Jospro, que infecta el neocórtex del cerebro. Socava la región y destruye la memoria lejana hasta unos límites moderados. Sencillo e indoloro de inocular, su marido y ella pudieron seguir juntos. Una pareja muy enamorada para su edad. Tosa, querida. Su frente está enrojeciendo.

—No lo necesito.

Tragó saliva.

Nereus enlazó las manos sobre el escritorio de marfil.

—¿Comió mucho cuando cenó con el comandante Skywalker?

Gaeriel sintió un nudo en el estómago. Aquella cena...

—¿Qué quiere decir?

Nereus movió una mano, un gesto desenvuelto y calculador en apariencia, pero sus dedos temblaron.

—Cuando los guardias apostados ante el apartamento de Skywalker informaron que usted había entrado, empecé a seguir el rastro de las señales que en teoría pertenecían a su número de identidad. Intercepté su petición de que enviaran una cena a sus aposentos... Estupenda treta, querida, pero no salió bien. Ordené que inocularan el plato principal de la cocina. Sus acciones, al igual que sus preguntas, la señalan como una colaboradora de los rebeldes.

¿Qué había hecho Nereus? ¿Iba a morir? ¿Y Luke? Si sólo pretendía asesinarla, no le habría contado lo que había hecho.

—¿Qué era? ¿Otro parásito? —preguntó, cuando recobró la calma.

Nereus sonrió.

—El tricoide olabriano pone vainas de tres huevos en la fruta madura. Las larvas se depositan en el estómago del anfitrión, y después emigran a los pulmones mientras el anfitrión duerme. Permanece en ellos uno o dos días, mientras crecen y se desarrollan las partes de la boca. Después empiezan a deslizarse hacia el corazón. Eso les cuesta un tiempo que varía según el tamaño y estado físico del anfitrión. Pasan al estado de pupas en un confortable charco de sangre, que poco a poco se coagula... Está pálida, querida. ¿Quiere descansar la cabeza?

Gaeri experimentó la sensación de que algo crecía en su interior.

—No se preocupe. La larva es extremadamente susceptible al oxígeno puro.

Podrá curarse casi al instante... durante la siguiente hora. —Pulsó una tecla de su escritorio—. Doctor, traiga el botiquín CD 12.

—¿Lo ingerí en lugar de Skywalker?

Al menos, a Luke le quedaba una oportunidad.

—No. Recuerde, tres huevos en cada vaina. El es portador de dos. Estaba intrigado por el tercero. Puede estar orgullosa de su amigo, Gaeriel.

Gracias a él, la flota *ssi-ruuk* se contagiará. Casi puedo garantizarle que ningún depredador natural de los tricoides olabrianos viaja con los ssi-ruuvi. Si conseguimos contenerles durante un día, venceremos.

La puerta se abrió. El médico entró a toda prisa, equipado con una mascarilla respiratoria, un frasco y un tarro de muestras.

—Sólo será un momento, Gaeriel. —Nereus enlazó las manos sobre el escritorio—. Colabore con el doctor.

La joven contempló el frasco y se preguntó qué contenía, además de oxígeno.

—Sólo si usted aspira antes.

Nereus se encogió de hombros.

—Tomaré un poco, si no le importa —dijo el médico. Aspiró dos veces y sonrió, exhibiendo la dentadura—. Su turno, Gaeriel.

Ella esperó hasta que el médico esterilizó la mascarilla, antes de apretarla contra su cara. El gas era inodoro. Inhaló de nuevo y luego miró a los ojos del médico.

—Continúe hasta que... /

De pronto, Gaeri se atragantó. El médico sostuvo la mascarilla con firmeza. La joven tosió, cerró los ojos y escupió algo espantoso. Después se tambaleó hacia la silla, mientras el médico introducía algo en el tarro. Gaeri experimentó náuseas. «Luke», sollozó en silencio. Como había temido, moriría antes de que los *ssi-ruuk* pudieran utilizarle. Quizá Nereus había salvado a la humanidad, después de todo, pero ¿a qué precio?

Ahora que el Jedi estaba condenado, lamentó sus duras palabras.

—Bien hecho. —Nereus juntó las yemas de los dedos—. Naturalmente, es un inconveniente que haya averiguado lo ocurrido a la señora Belden.

Gaeriel se concentró en tragar saliva.

—Tal vez no, gobernador. Algunas informaciones han de hacerse públicas, para aterrorizar a la gente.

—¡Muy inteligente! Cada vez me gusta más. En cuanto derrotemos a los rebeldes, quizá la perdone. Hasta puede que le haga sitio en mi equipo personal. Claro que eso ya lo sabía, ¿no es cierto?

Nereus apoyó el mentón sobre una mano.

La joven cerró las manos sobre sus rodillas, asqueada.

—¿Puedo beber agua?

Nereus pidió un vaso.

—Tengo entendido que va a producirse una batalla —dijo Gaeri, después de beber y de que el médico hubiera abandonado el despacho—. ¿Puedo observarla desde su sala de guerra?

—No es necesario salir de aquí.

Tecleó en la consola del escritorio. Un pequeño pero detallado holograma del espacio cercano apareció sobre el mueble. Se inclinó, rebuscó en un compartimento y extrajo una botella cerrada de néctar de namana.

—Para celebrar la victoria imperial —anunció, con un ademán elegante.

Para celebrar, repitió ella con amargura, y se juró no probarlo. Su garganta ya le quemaba.

El corazón de Dev se aceleró a medida que se aproximaban a la red defensiva orbital de los imperiales. Esta vez, ningún miliciano imperial les abriría paso. Miró por la portilla principal de la lanzadera y vio otras más lentas que atracaban en las naves. Los humanos se preparaban para la batalla. Delante de él, Escama Azul, Firwirrung y los demás canturreaban entre sí. Estaban sentados sobre la cubierta de la lanzadera, arrollados alrededor de los asientos delanteros.

Si los cazas humanos vaporizaban la lanzadera, solucionarían la cuestión de Skywalker. De todos modos, dudaba que ocurriera dentro de la red defensiva. La atención de todos los defensores estaría concentrada en el exterior, para impedir que las cañoneras ssi-ruuvi avanzaran hacia la superficie del planeta. Además, el vehículo era como cualquier otra nave imperial que transportara tropas a un crucero en órbita.

Algo relampagueó frente a él. Un instante después, fragmentos de un caza humano pasaron volando al otro lado de la portilla. Debía estar maniobrando para atacarles. Por la brecha practicada en la red defensiva se lanzó escuadrón tras escuadrón de androides de combate, para abrir camino al *Shriwirr*. Los cazas humanos empezaron a derribarles, pero los androides de combate no cesaban de llegar. Dev supuso que el almirante Ivpikkis había lanzado ataques simultáneos en varios puntos, para distraer la atención de los defensores de su lanzadera.

Una vez Skywalker yaciera indefenso y Firwirrung bajara el interruptor principal, podrían tecnificar humanos de las naves cercanas, e incluso del planeta, y proporcionar energía a todos los androides de combate que necesitaran para completar la invasión. Aquella visión le trajo el recuerdo de los momentos espantosos que había pasado en aquella mesa.

Contempló al inmóvil Jedi.

—Dev. —El enorme ojo negro de Firwirrung apareció sobre el respaldo de su asiento—. ¿Te encuentras bien? No pareces muy feliz.

—Oh —se apresuró a exclamar Dev, y deseó que los rostros ssi-ruuvi fueran más expresivos—. Me preocupa tu herida, amo. No tenía derecho a hacerte eso.

Firwirrung movió sus triples párpados.

—Es una herida honrosa. Nuestro prisionero no parece agradarte.

Dev engarfió los dedos. Si traicionaba su estado mental, le renovarían al instante. Peor aún, le separarían de Skywalker. La respuesta perfecta llegó tarde a su mente.

—Te hirió, amo.

Firwirrung asintió lentamente.

—Entiendo.

Se volvió y silbó algo en voz demasiado baja para oírle.

El Jedi daba toda la impresión de estar inconsciente, derrumbado con la boca abierta. Dev pasó una mano sobre su cabeza. Gracias al calor que notó en la Fuerza averiguó dónde le había alcanzado Escama Azul. Ya se estaba curando. La duda se apoderó nuevamente de él.

«¿Skywalker? —pensó Dev, vacilante—. ¿Estás consciente? ¿Puedo ayudarte?

¿Qué debo hacer?» La única respuesta fue el pulso de la galaxia.

Dev se mordió una uña. Un escuadrón de androides de combate pasó en dirección contraria a la lanzadera. Para defenderla, comprendió. Casi pudo imaginar al almirante Ivpikkis, frotándose las garras.

El circuito de tecnificación sólo funcionaba con individuos conscientes.

Tardarían algunos segundos, como mínimo. *Tendrás que actuar con rapidez*, advirtió al indefenso Jedi. *No te van a dejar ninguna salida.*

Tecnificación. Se estremeció. Había anhelado desertar de su libre albedrío. Había colaborado en su propia esclavización. Había esperado compartirla con toda la humanidad. Contempló la parte posterior de la cabeza de Escama Azul.

La superficie inferior del *Shriwirr* pasó ante la portilla. La idea de rozar garras ssi-ruuvi de nuevo, siquiera un momento, le erizó el vello.

De todos modos, quedaba poco tiempo. Pronto estaría libre, muerto o ambas cosas a la vez.

Puertas metálicas se cerraron detrás de ellos. Segundos después, la lanzadera aterrizó con brusquedad sobre la cubierta del muelle. Skywalker no se movió.

Dev permaneció en su asiento, mientras los médicos ayudaban a Firwirrung a salir por la rampa de proa. Se sorprendió tamborileando con los dedos, y posó las palmas sobre las rodillas para impedir que se movieran. Un esclavo obnubilado no daba señales de nerviosismo.

La cabeza escamosa de un médico asomó por la rampa.

—¿Inconsciente? —silbó.

—Una herida en la cabeza sin importancia —contestó Dev—. Le ha mantenido inmóvil.

El médico emitió un chasquido de desagrado.

—Nuestro conocimiento de la anatomía humana es limitado. Será necesario que te quedes con él.

Dev, estremecido, comprendió que tal vez deberían abrir en canal a Skywalker para ver cómo estaba hecho.

—Déjame llevarle, amo —dijo.

—Bien —gruñó el Ssi-ruu—. Sólo hemos traído una camilla.

Dev se desabrochó las correas, después las de Skywalker, y pasó una mano sobre el punto herido. Al menos, pensaba que era ése. Todas las evidencias se habían desvanecido. Tardó varios minutos en transportar el cuerpo musculoso del Jedi hasta la escotilla abierta.

Una docena de *ssi-ruuk* aguardaban, congregados alrededor de la lanzadera en la inmensa zona de aterrizaje. Dev forzó una sonrisa, a la espera de vítores. En cambio, silencio. Le observaron bajar cargado. Debían disfrutar del espectáculo de un esclavo humano, abrumado por el peso del destino de la humanidad, que transportaba a hombros.

Tambaleante bajo el peso, Dev siguió al médico por la zona de aterrizaje, entre las mamparas de una esclusa de carga y a lo largo de un pasillo bien iluminado. Oyó un clac-clac detrás de él y se preguntó cuántos le seguían.

La situación era cada vez más desesperada. Casi deseó haber estrangulado al Jedi mientras gozó de la oportunidad.

No, no lo habría hecho. Mientras existiera una sola esperanza de salvarle, no. Había encontrado un amigo, después de tantos años de vivir con enemigos. Por haber despertado de nuevo su humanidad, debía al Jedi una oportunidad de combatir.

Subió en un ascensor, torció varias esquinas, camino del laboratorio de tecnificación. Debía ser el período nocturno, pero los tubos de luz amarilla dispuestos en el techo brillaban a toda potencia. Dev tropezó y estuvo a punto de dejar caer su fardo.

—¡Cuidado! —gritó una voz a su espalda.

—Sí, amo. —No era difícil hablar en tono de cansancio y arrepentimiento—.

No quería hacerlo. Se encuentra bien.

Su espalda no, sin embargo. Aquel dolor era como una penitencia.

Siguió al médico al interior del espacioso laboratorio. La nueva cama de tecnificación se erguía contra una mampara, cerca de la antigua silla.

Ahora se atrevió a volver la cabeza. Dos más entraron. El resto se quedó de guardia.

Firwirrung ya esperaba junto al panel de control, ayudado por otro médico y dos p'w'ecks. Cinco *ssi-ruuk* y dos criados contra Dev y un Jedi inconsciente.

—Ay, Dev —silbó Firwirrung—. Qué fuerte eres. Buen trabajo.

Alabanza manipuladora. Ahora la reconoció como tal. Dev, con la esperanza de que Skywalker estuviera consciente, le dejó caer al suelo.

—No —exclamó Firwirrung—. El nuevo aparato le mantendrá erguido. Yo te ayudaré.

Dev se agachó y cargó de nuevo a Skywalker sobre su hombro. *¡Ahora es el momento!, exclamó. ¡Acabarán contigo, si no te mueves ahora!* Skywalker no reaccionó. Dev enderezó al Jedi. Un médico le quitó las esposas, y Firwirrung le depositó sobre la mesa. Las sujeciones se cerraron alrededor de sus tobillos y cintura, pero los brazos quedaron colgando. Firwirrung los sujetó. La cama se inclinó hacia atrás con su cautivo.

La escotilla se abrió. Dev se volvió, y un escalofrío helado recorrió su cuerpo. Escama Azul entró, cerró la escotilla y se acercó a Dev.

—¿Crees que el Jedi humano seguirá inconsciente un rato más?

Dev extendió las manos. Los *ssi-ruuk* también empleaban un gesto similar para expresar confusión.

—Será difícil esperar, amo.

Escama Azul volvió su enorme cabeza y clavó un hipnótico ojo negro en Dev.

Después silbó lo que Dev temía oír.

—Tu necesidad es desesperada.

Otros dos alienígenas se deslizaron hacia él, con los desintegradores preparados.

—Espera —exclamó Firwirrung—. Dev nos ha servido bien. Vamos a recompensarle. —Acarició la antigua silla de tecnificación—. Siéntate, Dev. Ha llegado el momento. Yo mismo te pondré las inyecciones y bajaré el arco de captación, tal como te había prometido.

Dev tuvo la sensación de que su lengua se hinchaba hasta llenarle la boca.

Su farsa no les había engañado. ¿Tan horrendo había sido su comportamiento durante aquellos años?

—¿No te hueles? —canturreó Escama Azul.

Por eso le habían descubierto. Dev aprovechó su último momento de libertad y saltó hacia Skywalker. Su mano sana y la herida se cerraron alrededor de la garganta del Jedi indefenso.

—No necesito nada —gritó—. Nunca podréis...

Las luces de la habitación se apagaron. Las palabras murieron en su lengua.

18

El pequeño p'w'eck débil mental que Luke había controlado se quedó confuso como los demás, sin darse cuenta de que había aplastado con la cola el tablero de control y apagado las luces del laboratorio. Luke confió en que, de paso, hubiera inutilizado las abominables máquinas alienígenas.

Distinguía a Dev de los alienígenas por sus presencias, aun en la oscuridad. Un potente individuo avanzó hacia una escotilla.

Luke ya había roto las sujeciones con la Fuerza. Se liberó de Dev con facilidad y saltó al suelo. La cabeza ya no le dolía, pero no notaba la pierna derecha. Se apoyó en la izquierda.

—Dev —gritó—, escóndete debajo de algo. Te aplastarán.

—¡De acuerdo!

La voz de Dev transparentaba su entusiasmo.

Notar que Dev vacilaba entre la determinación y el miedo había sido lo más difícil de permanecer inmóvil durante los últimos minutos. Lamentó haber entregado su desintegrador, o no tener otro, para pasarlo a Dev.

Desde un lugar seguro cerca de la mampara, Luke extendió su mano derecha y buscó su espada de luz. Tenía que estar cerca. Menos de un segundo después, notó su agradable peso.

—¿Estás tendido, Dev? —gritó, sobre la cacofonía de silbidos ssi-ruuvi.

Respuesta ahogada.

—Sí.

—Bien.

Luke encendió la espada. La cámara se iluminó de un verde siniestro y los alarmados silbidos de los alienígenas se convirtieron en chillidos. Dos ojos negros se reflejaron en la hoja un momento antes de que cayera entre ellos. Otro alienígena bramó. Luke giró en redondo y lo decapitó.

El Gran Azul (era él, en la escotilla) la abrió por fin y escapó. Otro le siguió al pasillo.

—Ahora ¿qué? —gritó Dev.

—¡No te muevas!

Tres formas mecánicas parecidas a Erredós aparecieron en la escotilla. El primer androide se precipitó sobre él. Lo partió en diagonal con la espada y buscó a los otros dos con la Fuerza. No eran verdaderos androides, sino que vivían en parte. Uno disparó un par de rayos aturdidores contra él.

Desvió uno de los rayos hacia su atacante y el otro hacia su compañero.

Ambos se sobrecargaron y fundieron, pero el siniestro hedor en la Fuerza, como la presencia de un alma medio podrida, apenas se desvaneció. Había percibido el mismo hedor en los androides de combate, y en la propia nave.

El crucero hedía, impregnado de energías humanas robadas. Puede que consumiera combustibles pesados para la artillería y el ataque, pero la energía de sus sistemas de control debía proceder de aquella espantosa fuente.

Dev salió de detrás de la silla. Tenues rayos de energía perteneciente al lado oscuro centellearon a su alrededor, producto de la agonía aterrada de miles de víctimas.

—¿Estás bien? —preguntó Luke.

A la luz verde del sable, la piel morena de Dev adquirió un tono oliváceo.

Aferró un desintegrador con ambas manos.

—Ha sido maravilloso.

No era demasiado pronto para iniciar el aprendizaje de Dev.

—Dos *ssi-ruuk* han muerto.

—Lo sé —gruñó el muchacho—, pero no había otra forma de...

—Exacto. Has de luchar, pero no regodearte en ello.

Esperó que Yoda no estallara en carcajadas, si le oía decir aquello.

Dev se mordió el labio superior.

—¿Qué hacemos ahora?

—Apártate.

Luke giró sobre su pierna buena y destrozó la silla, su maquinaria y la mesa vertical. Los fragmentos cayeron sobre la cubierta y mellaron las losas. Volvió la espada a la posición de saludo.

—¿Hay más laboratorios como éste?

Notó que Dev languidecía, con los ojos abiertos de par en par.

—Casi han terminado otros treinta.

¡Treinta!

—Tardaremos mucho en destruir tantos. ¿Funcionan más?

—No que yo sepa, y he colaborado en...

—Daremos por sentado que éste era el único. —El sudor cubría la cara de Luke, pese a que se había relajado en la Fuerza—. ¿Hay sistemas de control a bordo alimentados mediante energías humanas?

Dev arrugó el entrecejo.

—No lo sé. Nunca lo había pensado. Es posible.

—Lo noto. ¿Puedes guiarme hasta la sala de máquinas?

—Sí.

Luke bajó la espada y se encaminó hacia la otra mampara. Escudriñó el pasillo.

—Ahí fuera hay seis androides activos más, pero no detecto *ssi-ruuk*.

—Te tienen mucho miedo.

—¿Por qué?

—No quieren vivir fuera de sus planetas natales. Por eso obligan a los p'w'ecks y a los esclavos a combatir. —Dev se situó detrás de él—. Ten cuidado.

—Sígueme.

Luke se dio cuenta de que estaba en plena posesión de sus facultades. Se internó en la escotilla con la espada preparada. Un rayo energético voló hacia él. Dev gritó y saltó hacia atrás. La espada de Luke se alzó y devolvió la energía. El androide murió.

Uno menos. Los otros cinco estarían programados para disparar... Los rayos partieron al unísono. La espada de Luke describió un círculo. Los androides cayeron, humeantes y lanzando chispas.

Dev silbó por lo bajo para expresar su admiración.

—Te enseñaré a hacerlo.

Luke notaba dolores y escozores en la pierna derecha. La habría forzado más de lo que suponía cuando saltó sobre aquella mesa.

—Que sea pronto —contestó Dev—. Quiero ser como tú.

—Primero, a la sala de máquinas —murmuró Luke, satisfecho. Dev ya parecía su aprendiz oficial —. No te apartes de mí.

Avanzaron por un pasillo muy bien iluminado.

—A la izquierda —susurró Dev.

Luke remolineó en el pasillo para rechazar el fuego de cualquiera que lo custodiara. Siguió adelante, el oído atento, y utilizó la Fuerza para relajar los músculos cansados y mitigar el dolor creciente de su pierna derecha.

—Ahora, a la derecha —susurró Dev—. Ascensor de bajada.

Luke meneó la cabeza.

—En el interior estaríamos a su merced. Es probable que ese azul tan

grande siga a bordo. ¿Hay escaleras para bajar a las cubiertas?

—Los *ssi-ruuk* no pueden utilizar escaleras —murmuró Dev—. Ni tampoco los p'w'ecks, los más pequeños.

—¿Más esclavos?

Su voz se quebró, y carraspeó.

—Sí.

Los *ssi-ruuk* nunca aceptarían a otras razas como sus iguales.

—¿Las cubiertas están conectadas de alguna otra forma?

—No lo sé. Sólo he utilizado los ascensores.

Luke escudriñó de nuevo el mundo invisible. Estaban rodeados por una débil red de energía viva, puntuada de vez en cuando por los destellos más brillantes de seres conscientes. Descubrió una zona vertical desierta ante él.

—Vamos —murmuró.

Incapaz de encontrar una escotilla, se abrió camino a través de una mampara. Una rampa en espiral, estrecha para los humanos (evidentemente diseñada para el uso de los p'w'ecks o los androides), conducía arriba y abajo. Estaba desierta.

—Adelante —susurró Luke.

Dev adelantó una pierna, luego la cabeza, y desapareció en la rampa. Luke le siguió. Dev señaló hacia abajo, y Luke pisó la rampa. Su pierna derecha no se doblaba con facilidad. Los músculos se tensaban y así se quedaban.

Notó un eco de dolor en Dev. Le dolían la espalda y la mano izquierda.

Docenas, tal vez centenares, de almas debían estar esclavizadas a los circuitos del *Shriwirr*. No podría devolver la vida a ninguna, pero tal vez sí liberar algunas para que descansaran en paz.

—¿Está muy lejos la sala de máquinas? —preguntó Luke con los dientes apretados, después de caminar durante largo rato agachado.

—Cubierta dieciocho —Dev indicó un símbolo en la mampara que se alzaba junto a la escotilla estrecha—. Ahora estamos en la diecisiete.

Luke dobló varias curvas del pozo, y se detuvo ante una escotilla.

—¿Aquí?

—Sí.

Luke escudriñó los circuitos del otro lado de la escotilla. Volvió a encontrar un centro de energía vital integrada para activar circuitos carentes de vida. Percibió latidos acelerados en los restos de una voluntad humana.

La escotilla se abrió.

Entró dando tumbos, la espada preparada, en otro pasillo desierto. Cuando Dev se adelantó, giró en redondo y descargó la espada sobre el centro de energía. La sensación de una presencia torturada se disipó.

Otra más liberada.

Dev examinó la escritura de una mampara.

—Creo que es ésta —dijo en voz baja.

—¿No habías bajado nunca?

Dev se encogió de hombros.

—No.

—Muy bien.

Percibió el hedor de una Fuerza apenas viva detrás de otra mampara. Luke estaba a punto de pasar bajo un arco iluminado, cuando distinguió un brillo encima. Saltó hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Dev.

Luke siguió el rastro de una energía que ascendía por la mampara y descendía por el otro lado.

—No lo sé —contestó—, pero la energía vital está conectada con un poderoso amplificador.

Desgarró un trozo de su túnica, lo dejó caer sobre la cubierta, y después sopló para impulsarlo hacia adelante.

Una energía azul siseante lo redujo a cenizas.

Las garras delanteras azules de Sh'tk'ith se cerraron alrededor del tablero de seguridad.

—Ya está —anunció a los p'w'ecks que esperaban detrás de él—.

Les hemos encontrado. Disponed una trampa aturdidora en el exterior de la sala de máquinas.

Golpeó una bobina.

—¿Algún progreso? —preguntó a Firwirrung, quien trabajaba frenéticamente en un segundo laboratorio.

—Terminado —respondió su colega—. No mantendrá vivo al Jedi tanto tiempo como el original, pero construiré uno mejor, antes de que su cuerpo se deteriore en exceso.

Aunque estaba herido, Firwirrung parecía decidido a expiar su fracaso. Sus ayudantes p'w'ecks y él habían improvisado una segunda mesa a partir de una silla casi terminada y piezas sueltas, un método inédito destinado a cosechar frutos de inmediato..., siempre que Sh'tk'ith pudiera someter al Jedi. La victoria todavía era posible.

Sh'tk'ith llamó al bote salvavidas del almirante Ivpikkis por una bobina exterior.

—Estamos a punto de reducirles. He dejado a tres grupos de p'w'ecks muy estimulados en la cubierta Dieciséis. Pronostico que podremos empezar a lanzar androides de combate en cuanto logremos nuestro objetivo.

—Bien —fue la respuesta. Las naves protectoras ssi-ruuvi todavía rodeaban al *Shriwirr*, bajo el mando del almirante Ivpikkis—. Nuestros demás cruceros han lanzado ya todos sus efectivos —canturreó Ivpikkis.

—Firwirrung opina que podremos combinar las energías de Sibwarra con las del Jedi.

—Manténgalos con vida. Podrá solicitar una compensación por el comportamiento de Sibwarra en cuanto conquistemos Bakura.

Sh'tk'ith se quitó la bolsa. Empuñó su desintegrador y silbó a sus acobardados p'w'ecks.

—¡Seguidme!

Han tenía las manos ocupadas en dirigir el *Halcón* hacia donde el comandante Thanas deseaba, y los *ssi-ruuk* habían desplazado nueve naves protectoras hacia las trayectorias posibles. El *Halcón* descendió y ascendió mientras perseguía cazas androide y descargaba energía sobre sus débiles escudos. Se lanzaban hacia él en tal cantidad que logró vaporizar a unos cuantos con el chorro del motor del *Halcón*. Chewbacca intentaba reparar a Cetrespeó, y Leia se encargaba de la torreta inferior. Pero ¿dónde estaba Luke?

—En algún lugar del espacio —había insistido Leia.

—Pero a bordo del *Frenesí*, no —había contestado Tessa Manchisco.

Tres cazas TIE pasaron por encima. Han apretó los puños. Tal vez aquellos TIE estaban de su parte, pero no confiaría en el comandante Thanas un minuto después de que hubieran exterminado a los Flautas. Atrapados en plena maniobra de invasión, los alienígenas ni tan sólo utilizaban los haces de arrastre. Una enorme nave ssi-ruuvi ya había lanzado una docena de vehículos de aterrizaje. Lentos y de escasa energía, habían constituido una pobre cuña ofensiva. Ignoraba si los nuevos cañones DEMP de los imperiales funcionaban, pero quería uno.

Su trayectoria le condujo cerca de un gran crucero Flauta, uno de los tres que se dirigían lentamente hacia Bakura. Una extraña interferencia bitonal interrumpió por un momento las comunicaciones con el exterior.

—¿Algún progreso? —preguntó a Chewie por el intercomunicador privado.

Chewie aulló afirmativamente—. Bien. Date prisa. Leia, ¿dónde está Luke?

—¡Allí! ¡A bordo de ese gran crucero! —Tuvo la impresión de que la voz de Leia, transportada por los dos canales de los auriculares, sonaba entre sus oídos—. Deprisa, avisa a nuestras fuerzas de que no lo ataquen.

¿El crucero bajo el cual acababan de pasar? Han proporcionó más energía a los deflectores posteriores y eludió el fuego de las naves protectoras.

Luego redujo una a átomos.

—¿Qué hace allí?

—No lo sé —contestó Leia.

—Mirad eso —exclamó alguien, una vez eliminada la interferencia.

Lanzaderas y botes salvavidas huían del crucero ssi-ruuvi como remaches de un conducto de refrigeración sobrecargado.

—Tenías razón —observó Han—. Luke está ahí.

Luke contempló la tela carbonizada. —Son muy precavidos —comentó.

—Una trampa aturdidora —dijo Dev—. Habría derribado a un Ssi-ruu. Creo que a nosotros nos habría matado.

Luke localizó el control de energía en una mampara gris, a la altura del hombro, fuera del alcance de su espada. Como la vida creaba la Fuerza, todos los circuitos que utilizaba aquella energía impura eran fáciles de descubrir y controlar. Iba mejorando a medida que avanzaba. Tocó aquél con su mente y encontró una débil y agotada voluntad que suministraba energía.

Cansado como estaba, su primer impulso fue la compasión. Le enseñó lo que necesitaba con cautela y rapidez. Después le ofreció la liberación. Dio la impresión de que la voluntad parpadeaba...

—¡Deprisa, Dev!

Luke saltó a través del arco. Dev le siguió, blandiendo su arma. Llamas azules chamuscaron el borde de su túnica.

Luke vaciló.

—Un momento.

Debía cumplir su promesa. Introdujo la espada en el circuito. La torturada alma tocó su mente con gratitud.

Las trampas aturdidoras estaban dispuestas en intervalos de seis metros.

Luke examinó cada dispositivo y empleó una persuasión diferente con cada energía. A medida que se iba cansando, su ansiedad aumentaba.

Llegaron a un cruce. Su pasillo continuaba hacia adelante, aunque se curvaba poco a poco hacia la derecha, pero otro pasadizo se abría a la derecha. Un tubo de luz amarilla brillaba en el centro de su techo arqueado. Una ancha escotilla metálica cerraba el paso del pasillo principal.

Una emboscada, gritaron los sentidos de Luke. Dobló la esquina hacia la derecha, se apretó contra la mampara, y se volvió para escuchar detrás de la escotilla metálica. Creyó percibir algo...

El grito estrangulado de Dev logró que Luke se volviera justo a tiempo de ver que la escotilla se hundía en el techo. Apareció un p'w'eck, que agarró al muchacho por detrás y lanzó una garra contra su garganta. Dev se agachó y disparó su desintegrador hacia atrás. El p'w'eck se derrumbó, y dejó un fino rastro de sangre en el cuello de Dev.

Luke, alertado por su subconsciente, giró en redondo y descargó su espada.

Dos p'w'ecks más se habían materializado como por arte de magia. Cayeron heridos y lanzando chillidos, pero otros acechaban en una abertura sin escotilla. Dispararon contra él difusos rayos azules. Aún eran aturdidores. Su espada desvió los proyectiles hacia las mamparas y los alienígenas. Dev gritó y cayó al suelo. Luke no había visto ni sentido nada que le alcanzara.

—¡Dev! —gritó.

El inmenso *Ssi-ruu* azul se abalanzó sobre Luke desde la escotilla grande.

Gorjeaba y silbaba. Disparó un rayo plateado. Luke lo esquivó, levantó la espada y desvió el rayo hacia un p'w'eck de la escotilla estrecha. Se derrumbó, agitando las extremidades. El *Ssi-ruu* azul llegó al cruce, con la vista clavada en Luke, pero no en la cubierta. Dev gateaba desde el pasillo curvo hacia el gigante azul. Luke saltó y evitó el rayo plateado.

La voluntad del azul le intimidaba, aun desde lejos. Quizá no percibiera la Fuerza, pero arrojaba una forma oscura sobre los sentidos de Luke, del mismo sabor que teñía la sombra impresa en la memoria de Dev.

Dev saltó desde la cubierta. Disparó su arma contra la base de la cola del Gran Azul. El alienígena retorció la parte superior de su cuerpo hacia Dev y se desplomó. Luke se precipitó hacia adelante, con la espada en alto.

Dev esquivó el rayo azul, apretó su arma contra la cabeza de Azul y disparó. El ser bramó, y luego chilló. El chillido terminó en un gorgoteo.

Dev disparó el desintegrador en zigzag sobre su cabeza. Ruidos metálicos se alejaron por ambos pasillos. Luke se relajó y tosió un poco. Algo le cosquilleaba la garganta.

Dev se sentó sobre el flanco de Gran Azul y lo pateó. Al ver que no se movía, ocultó su mano izquierda bajo un brazo y dejó que su arma colgara.

—Simulé que me habían alcanzado. Me pareció más seguro fingirme muerto que seguir combatiendo —dijo jadeante—. No te estaba ayudando mucho. —El picor de la garganta de Luke estaba aumentando. Luke tocó la herida—. No es profunda —insistió Dev—. Una simple rozadura.

Gran Azul yacía inmóvil, salvo por una estrecha lengua negra que sobresalía, temblorosa, de una fosa nasal.

—¿Está aturdido? —preguntó Luke.

—Muerto.

Dev le miró a los ojos.

Luke leyó dolor, culpabilidad y triunfo.

—¿Quién era...?

—El que... me controlaba. —Dev contempló las losas grises de la cubierta—.

Pero Firwirrung era mi amo, el pequeño marrón de la cresta en forma de V en la cabeza, al que le cortaste una garra delantera. Firwirrung es el más peligroso. Si te atrapa, todos moriremos. Todo el mundo. En todas partes.

—¿Por qué? No parecía el jefe.

—No, pero dirige las tecnificaciones.

—¿Siempre han... tecnificado... para proporcionar energía a sus androides?

—Tecnificaron a los antiguos p'w'ecks durante siglos, pero los humanos duran más —explicó Dev —. Su intención es obligarte a tecnificar a otros humanos desde lejos. Los *ssi-ruuk* quieren esclavizar a toda la galaxia.

Hay... Ignoro cuántas naves más tienen, a la espera de que Bakura caiga.

—¿Sólo es una fuerza de exploración? —preguntó alarmado Luke.

Dev asintió, y Luke percibió su vergüenza.

—Créeme, Firwirrung va a por ti.

Él había colaborado... De modo que aquélla era la historia. Luke cerró los ojos. No era extraño que Dev hubiera intentado estrangularle, antes que permitir a los ssi-ruuvi salirse con la suya.

Luke reprimió otra tos.

—Bien, acabemos el trabajo antes de que aparezcan más.

—¿Te encuentras bien?

Luke volvió a toser. El olor reptiliano irritaba sus fosas nasales y garganta.

—Algo que respiro me está molestando. Supongo que tú estás acostumbrado.

Vámonos.

La sala de máquinas era un laberinto de controles y conductos, pero fue fácil para Luke localizar el panel central. Aquel lugar creaba una grotesca imitación de vida tan potente, tan abominablemente retorcida, que se encogió. Cien energías entrelazadas inundaron sus sentidos subliminales. Energías

recién tecnificadas se retorcían frenéticamente entre los retazos desgastados de otras voluntades casi acabadas.

Luke atravesó la consola con su espada. La cacofonía enmudeció.

Paseó la vista a su alrededor y respiró profundamente. Notó limpias por fin la cámara y la nave.

¿Se habría quedado solo a bordo?

Tubos de luz brillaban detrás de los conductos grises que recorrían el techo, de manera que existía energía de emergencia. Ahora tendría que seguir el rastro del flujo de energía mediante los tableros, como todo el mundo.

—¿Sabes leer esto, Dev?

Tras una rápida consulta, decidieron que el propulsor iónico y el hiperpropulsor todavía funcionaban, pero había volado el enlace entre el puente y la sala de máquinas.

—Esto es asombroso —murmuró Dev.

Luke examinó las pantallas. Volvió a toser. Contaban con soporte vital, armas y comunicaciones, aunque no había suministros médicos. Nada para los músculos de las piernas entumecidos, ni mascarilla para filtrar aquello que irritaba sus pulmones. Tendría que resistir hasta que saliera del *Shriwirr*. De nuevo cruzó por su mente la idea de que iba a quedarse aislado en la nave, sobre todo si los *ssi-ruuk* perdían.

—Vamos a buscar una lanzadera —dijo, y se apartó del panel de control.

Dev le guió hasta tres muelles gigantes de lanzaderas, todos vacíos. Ni siquiera pudieron encontrar el aparato imperial secuestrado en el espaciopuerto de Salis D'aar.

—Abandonen la nave —murmuró Luke—. Huyan del terrible Jedi y su poderoso aprendiz.

Dev extendió los brazos.

—Entonces, esto es nuestro bote salvavidas. Te conduciré al puente.

La tos agitó el pecho de Luke.

—Tendré que hacerlo —dijo a regañadientes.

—Lamento lo de los cañones DEMP —dijo Han al comandante Thanas.

Ambos habían fallado e inutilizado al patrullero, y no lo lamentaba en absoluto. Menos mal que no había conseguido uno para el *Halcón*.

—Bajas de guerra —comentó Thanas por el canal de mando—. Como el comandante Skywalker, al parecer. Lo siento. Admiraba su talento.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz de Leia.

—El gobernador Nereus acaba de anunciarlo. Los alienígenas le secuestraron.

—No dé por perdido a Luke —replicó Leia con voz tensa.

Han olfateó el aire. ¿Se quemaba algún cable? *¡Resiste, nena!*

La voz metálica de Thanas se suavizó.

—Alteza, a menos que todos los *ssi-ruuk* se retiren, tenemos órdenes

específicas de destruir ese crucero.

—¿Qué? —exclamó Leia.

Han notó un escozor en el cuello. Sólo un cuarteto de naves protectoras ssi-ruuvi impedían que Thanas lo hiciera. La capacidad de fuego de su *Dominante* era enorme.

—¿Por qué? —preguntó.

—Contagio, general. No me dieron detalles, y no tengo la costumbre de discutir órdenes, por las consecuencias que acarrea.

Leia le interrumpió desde la torreta inferior.

—Discuta ésta. Olvídela de momento, comandante.

No creía en aquel cuento del contagio más que Han. El gobernador Nereus sólo deseaba venganza. Han localizó un hililllo de humo que brotaba de una mampara y cortó el circuito. Surcado por cables como el plano de una ciudad, el *Halcón* podía funcionar con varios tableros desactivados.

La voz del comandante Thanas se endureció cuando habló con otra persona.

—Escuadrones ocho a once, destruyan esos botes salvavidas.

—Están indefensos —protestó Leia.

—No lo sabemos —replicó con frialdad Thanas—. Algunas culturas arman sus botes salvavidas.

—¿El procedimiento imperial acostumbrado? ¿Rematar a los heridos para ahorrar gastos médicos?

—No parece preocupada por las naves teledirigidas. Son energía viviente.

—Esclavizadas. Irrevocablemente. Matarlas sólo libera sus almas.

—Estoy de acuerdo —intervino la capitán Manchisco desde el *Frenesí*.

Estaba ayudando a un patrullero imperial a capturar con el haz de arrastre a un crucero ligero alienígena.

—¿Y los alienígenas, Alteza? —insistió Thanas.

La voz de Leia sonó como si tuviera apretados los dientes.

—Estamos luchando por la supervivencia del pueblo bakurano, y probablemente de otros, comandante. La defensa propia justifica muchas cosas, pero jamás masacrar a los indefensos.

Thanas no contestó. Han observó en sus analizadores que un escuadrón de grandes cazas ssi-ruuvi volaba hacia el *Dominante*. Sus turboláseres volatilizaron a dos.

—Buen tiro, Leia —murmuró Han. Conectó el comunicador. De pronto, un remolino de luces parpadeó en el panel de su ordenador y Chewie bramó por el comunicador—. Fantástico, Chewie —exclamó Han—. Ponte a un cañón.

—¿Qué pasa? —gritó Leia.

—Cetrespeó vuelve a funcionar. No me preguntes qué le pasó. Nos bendecirá con la historia completa en cuanto se lo permitamos. Proporcionó al Imperio un programa de traducción del Flauta, pero ahora nosotros también tenemos uno.

Leia gruñó.

—¿Cómo está Luke?

Han disparó contra otro enjambre de naves androide y alcanzó al líder. Por dos veces habían pensado que ya habían acabado con todas. Por dos veces, otro crucero había lanzado un nuevo enjambre.

—Todavía bien —murmuró Leia—. Acaba de dar cuenta de una concentración enorme de esa... energía zombi.

El cañón disparaba mientras ella hablaba.

—Olvídate de las teledirigidas, corazón. Concéntrate en tu hermano.

Adviértele de lo que Thanas acaba de decir.

—¡Ya lo intento!

—Dile a Cetrespeó que trate de transmitir en sus frecuencias, o algo por el estilo.

Han apretó los dientes. Luke había entrado solo en el palacio de Jabba.

Había rescatado sin ayuda a Han, Leia y Lando, de las fauces arenosas de Sarlacc, literalmente. Pese a aquellos delirios de grandeza, quizá sabía lo que hacía.

¿Qué estoy haciendo? Luke terminó de recorrer en círculo el puente del *Shriwirr*, tambaleándose sobre una pierna sana y otra que le daba calambres cada vez que apoyaba su peso en ella. Las consolas se curvaban desde el suelo hasta el techo, cubiertas de símbolos desconocidos. Algunas pantallas indicaban puestos de tripulantes, pero no había sillas, bancos o taburetes. Un largo panel curvo hacía las veces de portilla.

—¿Sabes cómo funciona alguno de estos aparatos?

—Sé leer los controles. Eso es todo.

—Algo es algo —murmuró Luke.

Una cosa le preocupaba. Se apartó de Dev, inquieto, y encendió la espada.

Dev giró en redondo.

—¿Qué pasa? —susurró en voz alta.

—No lo sé. —Luke caminó hacia la mampara cóncava más cercana, y después se desvió hacia la escotilla, con la cabeza agachada—. Probablemente nada.

—Lo dudo.

Dev había dejado abierta la escotilla de la cabina. Luke avanzó. Notó, o creyó notar, detrás de las mamparas una presencia alienígena.

—Ponte a cubierto, Dev —gritó.

Un p'w'eck se lanzó sobre él. Luke cortó su garra delantera, con desintegrador y todo. Después vio una granada de gas metálica que colgaba de una cadena alrededor de su cuello. Cortó la cadena, extendió una mano y arrojó lejos la granada, antes de tirar el panel para que bloqueara la escotilla. Un estampido apagado se oyó detrás. El p'w'eck atrapado, lloriqueante, retrocedió.

—Habla con él. —Luke asió con más fuerza la espada y respiró con lentitud para no toser—. Dile que no quiero hacerle más daño. Si nos ayuda, quizá podamos utilizar la nave.

Dev empezó a emitir trinos y silbidos. El p'w'eck vaciló, y luego lanzó la mano hacia su desintegrador.

Luke se lo arrebató mediante la Fuerza.

—Dile que nadie vendrá hasta que el gas del pasillo se disipe.

Dev trinó. El p'w'eck volvió a sacudir la cabeza. Luke se preguntó si se atrevería a interrogar al alienígena. No sabía cómo. El ser no pensaba en Universal.

Luke tiró a Dev el desintegrador del p'w'eck.

—¿Hay alguna forma de atarle, para evitar que nos haga perder más el tiempo?

Dev frunció el ceño, levantó el desintegrador y atravesó el cráneo del alienígena.

—¡Dev! —exclamó Luke—. ¡Nunca mates si no es necesario!

—Nos habría asesinado en cuanto nos hubiéramos descuidado. Nos quedan pocos minutos. Vamos a utilizarlos.

—Cuidado —gritó una voz extraña en el oído derecho de Han.

Han aumentó la energía de los escudos de estribor. Las fuerzas combinadas rebeldes e imperiales casi habían cerrado un arco alrededor de dos cruceros alienígenas más, pero los invasores resistían. El espacio negro destellaba de naves, escudos y energía, a medida que los *ssi-ruuk* concentraban su fuego en las naves rebeldes que ocupaban puntos clave..., tal como Han había anticipado.

—*Dominante* a *Halcón*. Cierre esa brecha en cero—dos—dos.

El *Dominante* había rechazado a sus atacantes, pero se inclinó a estribor.

Han sonrió y supuso que sus impulsores laterales se habían averiado de nuevo. Tal vez Luke estaría a salvo un rato más. Imprimió un giro a su nave para encarar el norte solar. La brecha en cuestión era lo bastante grande para que pasara por ella un Destructor Estelar.

—Cubierta —respondió el comandante Thanas—. Grupo Rojo, y los demás, seguidme.

Cuatro cazas X y cinco cazas TIE volaron tras el *Halcón* como una bandada de polluelos.

—¡*Dominante*! —exclamó una voz por el canal abierto—. ¡Están contraatacando! Fuego concentrado en mi...

Silencio. Han apretó los puños. Odiaba que los jóvenes murieran, pero a medida que las pérdidas aumentaban, las naves ssi-ruuvi desaparecían con más celeridad. Las fuerzas humanas no se rendían tan fácilmente.

Algo alcanzó a un patrullero imperial.

—*Halcón* a Dígito Seis. ¿Está bien?

El patrullero no contestó. Osciló y se precipitó sobre el pequeño crucero alienígena. Una hora después, Han continuaba todavía evitando restos de colisiones, al borde de la extenuación. Thanas exigía mucho a sus pilotos, pero la batalla era suya.

Un sensor se encendió. Numerosas comunicaciones se estaban desarrollando entre las naves de los Flautas. Han conectó el programa traductor de Cetrespeó en una pantalla lateral. Gracias a la copia del programa que pertenecía a Captison, el comandante Thanas esperaba averiguar si el jefe alienígena ordenaba la retirada..., pero no así los Aliados.

En la pantalla de Han destelló un solo mensaje, que no cesaba de repetir la nave capitana de los Flautas. Retirada total. Retirada total.

Retirada...

Han manipuló frenéticamente su tablero de control, con el fin de que las naves imperiales no captaran su emisión.

—Naves rebeldes —anunció—, los Flautas se largan. Escudos al máximo, y cuidado con los imperiales. Todos los jefes de escuadrón, alejen sus naves de los cazas imperiales. Manchisco, está a tiro del *Dominante*. ¡Salga de ahí!

—¿Se retiran? ¿Y Luke? —gritó Leia—. ¿Sigue a bordo? No podemos disparar contra ese crucero.

Han pasó la energía de las armas a los escudos.

—Ni tampoco dispararemos contra los imperiales primero. —Un contrabandista con conciencia no tenía mucho futuro. Era evidente que la Alianza estaba encantada con él—. No sabemos quién controla el crucero de Luke. Veo a cuatro naves protectoras, que vuelan muy cerca.

Era la única nave de los Flautas que no retrocedía. Toda clase de extrañas naves se estaban perdiendo en la lejanía del espacio.

El *Halcón* se estremeció desde las bombillas hasta el motor de hiperpropulsión. Han se alejó de los controles, momentáneamente ionizados.

Chewbacca rugió en sus oídos. Una luz cegadora iluminó el espacio, un segundo disparo desde el *Dominante*. Han parpadeó.

—¡*Frenesí*! —aulló—. ¡Manchisco! ¿Está ahí, Manchisco?

El *Frenesí* se había convertido en estática y restos dispersos.

—La han alcanzado —exclamó Han.

Nuestro único crucero. Buen viaje, Manchisco. Cerró el puño y dio gracias mentalmente a Chewie por haber contratado a aquel técnico bakurano que había aumentado la energía de los escudos del *Halcón*. De haber podido, habría volado al *Dominante*, y sin su conciencia, al mando de los cañones inferiores, le hubiera permitido disparar primero.

Tuvo la impresión de que Leia volvía a hablar en mitad de su cabeza.

—Bien, general, el mando es tuyo.

Han tecleó la frecuencia de mando.

—Gracias por nada, Thanas —gritó. Llamó a los escuadrones—. Ya lo habéis visto. El Imperio acaba de romper la tregua. Volvemos a la guerra, nosotros contra ellos. Acordaos de la Estrella de la Muerte. Poneos en formación con el *Halcón*.

—*Halcón*, aquí Jefe Rojo. Nos encontramos a unos mil kay de ustedes y tenemos cazas TIE en todas las pantallas.

—Atacadlos, pues —ladró Han—. ¿Wedge, dónde estás?

Aquel enorme crucero ssi-ruuvi torció la trayectoria, todavía escoltado por las naves protectoras. No sabía cómo defender a Luke..., o si se atrevería. Cabía la posibilidad de que toda la tripulación hubiera huido, asustada de Luke, pero quizá no. Y él, desde luego, no estaba al mando de aquellas cuatro naves protectoras.

Entretanto, otro gran crucero en forma de huevo se dispuso a girar. Un tercero se zambulló en el hiperespacio con demasiada rapidez para haber efectuado cálculos. Huía a ciegas.

—Detrás del planeta. O al menos lo estaba —contestó Wedge—. Apenas te oí por vía satélite. Espera... —Al cabo de unos segundos, volvió a hablar—.

Hay una gran actividad de cazas TIE en ocho—nueve—dos—dos. Averigua qué ocurre.

—¡Es el *Dominante*! —exclamó Leia—. Da la vuelta.

El dolor de cabeza se convirtió en una pesadilla a medida que Thanas destruía escuadrones rebeldes, y Han reagrupaba a los supervivientes en un doble escuadrón irregular. Contempló el crucero ssi-ruuvi, cada vez más cercano.

—Leia, dile a Luke que tenemos problemas.

—¡Lo intentaré!

19

Gaeriel lanzó un grito de júbilo cuando la flota ssi-ruuvi huyó, pero al cabo de un momento, todos los puntos plateados de la Alianza viraron a rojo. Uno a uno, se oscurecieron. La joven emitió una exclamación ahogada

y saltó de la silla como impulsada por un resorte.

—¡No!

Wilek Nereus dio vueltas al pie de su copa entre sus fuertes dedos.

—¿No qué, senadora?

—¡Atacar a los... rebeldes!

No sólo eso, sino asumir que los *ssi-ruuk* en fuga todavía mantenían prisionero a Luke, y que estaba agonizando sin saberlo. Respiró hondo y confió en que su intento de recobrar la calma pareciera una pausa dramática.

—Señor —tartamudeó—, en nombre de mi circunscripción, deseo presentar una protesta oficial por la conducta de las fuerzas, que imagino siguen sus órdenes. Los miembros de la Alianza han arriesgado sus vidas, algunos las han sacrificado, por ayudarnos a repeler a los *ssi-ruuk*. ¿Le llama a esto gratitud?

—¿Su circunscripción? —La levísima sonrisa del gobernador Nereus sólo afectó a las comisuras de sus labios afeminados—. ¿Ya se ha puesto en contacto? ¿Alguien le ha dado lecciones telepáticas?

Gaeri hizo caso omiso de la repetida acusación insinuada de colaboracionista y levantó la barbilla.

—Mi pueblo agradece la ayuda rebelde. No deseará vernos...

Un comunicador pitó.

—¿Sí? —dijo Nereus.

—Señor, nuestros sensores detectan a treinta personas congregadas en el cruce de Décimo Círculo y la Calle Principal, y se acercan más.

—¿Me molestan por eso? Impídanlo.

Una vez más, Gaeri observó un temblor en los dedos del gobernador, que éste controló al instante. Nereus cortó la comunicación y bebió un poco más.

—La ayuda rebelde ya es cosa del pasado. Ahora hemos de pensar en el futuro. ¿Cuáles serían las consecuencias para Bakura, si el Mando Imperial averiguara que habíamos aceptado la ayuda de los rebeldes?

Gaeri apretó la mandíbula. Eppie Belden estaba preparando la rebelión de Bakura, preparando a los civiles para el regreso de los milicianos. No debía pensar en Luke..., a pesar de que ella hubiera colaborado, en lugar de entrometerse en sus esfuerzos. Tal vez Bakura ya se había liberado del yugo imperial.

Pero ¿cómo habría rechazado Bakura a los *ssi-ruuk* sin la ayuda rebelde y los recursos de los imperiales? ¿Qué jugarreta le había gastado el destino?

Nereus cogió su cristal multifacetado lleno de dientes humanos.

—Querida, no ha probado su néctar.

Gaeri se preguntó si la estaba amenazando.

—Me duele la garganta.

—Comprendo. Debe de ser muy molesto. Disculpe. No iba destinado a usted.

—¿Es que está dispuesto a... —*rebajarse hasta el máximo*, pensó— hacer cualquier cosa por el Imperio?

—Usted siempre ha apoyado la presencia imperial. La he oído hablar con elocuencia acerca de los beneficios que consigue Bakura gracias a su sumisión al Imperio.

—Sí, he hablado así. Aprendí bien el idioma.

El idioma de la traición.

—Recordará, sin duda, que su educación extraplanetaria fue subvencionada por el Imperio.

—Por lo cual mi familia y yo les hemos dado las gracias repetidamente.

—Ni siquiera ha empezado a devolver esa deuda. Ahora que he tenido tiempo de reflexionar, estoy seguro de que existe un puesto para usted en mi equipo personal.

Entornó los ojos.

Si la revolución impulsada por Eppie triunfaba, aquella amenaza serían palabras vacías. Si la revolución fracasaba, podría servir a Bakura oculta bajo un uniforme imperial. ¿Qué habría soportado Leia Organa como senadora imperial?

El gobernador Nereus estudió la proyección del espacio cercano y sonrió.

Muy pocos puntos rojos rebeldes «amenazaban» al sistema.

—¿Ordenó al comandante Thanas que les matara a todos? —preguntó con amargura la joven.

Nereus sacudió polvo invisible de su escritorio de marfil.

—Sí. Por el bien de su pueblo. El comandante Skywalker es otro asunto. Las larvas empezarán a emigrar de nuevo. Necesitan una buena cantidad de sangre donde metamorfosearse. La aorta está muy cerca de los tubos bronquiales. No sufrirá mucho. Es un espécimen excelente. Supongo que los alienígenas se lo llevarán con ellos, cuando se retiren. Sería preciso que conservaran su cuerpo un día, el tiempo suficiente para que los tricoides adultos salgan y contagien a los *ssi-ruuk*. La vida de los tricoides es breve, pero sobreviven gracias a su número. Nos hemos librado de la amenaza de la tecnificación, Gaeriel. Tú y tu circunscripción deberíais darme las gracias.

Nada, ni su habitual diplomacia, su miedo a Wilek Nereus, o la amenaza de la tecnificación, la obligarían a dar las gracias al asesino de Luke Skywalker. Ni la senadora Leia Organa, ni todos los rebeldes que habían acudido en ayuda de Bakura. Cuando Bakura comprendiera lo ocurrido, el gobernador Nereus necesitaría una legión imperial para aplastar la rebelión..., y gracias a la Alianza, Nereus no podía llamar a aquella legión. Gaeri debía sentirse victoriosa...

Tembló de desesperación. Luke la había salvado de los *ssi-ruuk* y su cautivo humano, pero ella no podía ayudarle a cambio, lo cual torcía el Equilibrio de su vida. Acarició su colgante y osó pensar en la consecuencia más extrema: la guerra civil, larga y sangrienta, vidas bakuranas contra tecnología imperial, a menos que..., tal vez..., Eppie y ella libraran a Bakura de Wilek Nereus. Se armó de valor para seguir a su lado y esperar la oportunidad.

Han no necesitaba mirar la pantalla para saber que estaban perdiendo.

Había conseguido reunir a varios cazas X y un caza A en una formación moderadamente eficaz, pero con independencia de cómo utilizaran el armamento sus compañeros y él, el comandante Thanas les estaba encerrando en el clásico círculo. Patrulleros y cazas TIE flotaban en todas direcciones, alejando a los rebeldes del *Dominante*, empujándoles hacia los haces de arrastre. Si bien la averiada nave insignia del comandante Thanas funcionaba con los impulsores mínimos, sus

baterías turboláseres ya habían girado hacia él. Los bancos de energía del *Halcón* estaban casi agotados.

Necesitaba desconectar todos los sistemas para que se recargaran.

—Bueno, Leia —dijo por el comunicador—. Admítelo. Ese «mal presagio» tuyo era el lado listo de la Fuerza. —Se desvió hacia un caza TIE. Su hermano mayor, un patrullero manchado de carbono, adoptó la misma trayectoria. Han se alejó—. Estamos muertos, todas las naves del grupo, a menos que alguien tenga una brillante idea, y deprisa.

Leia respondió desde la tórrela inferior.

—Tendríamos que haber hecho algo. —Disparó los cañones—. De alguna forma...

—Te estás enfrentando a imperiales. Todos los que dan órdenes son de primera categoría.

—Estamos empezando a dejar a Luke fuera de la ecuación —insistió Leia.

—Quizá es que está fuera —respondió con seriedad Han—. La trayectoria de Thanas le llevará a cruzarse con ese crucero de los Flautas.

Chewie rugió encolerizado desde la torreta superior.

Algo en la configuración formada frente a Han despertó en él recuerdos de un juego de mesa, mucho tiempo atrás. Algo brillante...

—Claro que si pudiéramos derribar al *Dominante*, nuestros cazas quizá podrían dispersarse y huir.

Leia tuvo la impresión de que un frío glacial llenaba la torreta.

—Claro. ¿Cómo?

—Fíjate en ese patrullero imperial que se encuentra unos dieciséis grados al norte. Si descendemos unos veinte grados y lo embestimos, se alejará de la formación como un rayo y se estrellará contra la popa del *Dominante*. El *Halcón* es la única nave con suficiente masa para lograrlo. Thanas se lo merece.

—Los cruceros de clase *Galeón* tienen los generadores en la línea media de la popa.

—Exacto. ¡Patam!

Leia se sentía extrañamente indiferente.

—Cuento contigo para que hagas carambola. ¿Puede confirmar el rumbo tu ordenador de navegación?

—Acaba de hacerlo. Imprimiendo la máxima energía a los escudos delanteros hasta el último momento, podríamos conseguirlo. Embestir al patrullero con esa fuerza destruirá el *Halcón*, por supuesto.

—Por supuesto.

Leia tabaleó con los dedos sobre los controles de disparo. ¿Luke?, suplicó al crucero. Sólo percibió como respuesta un fugaz destello. Ocupado.

Oyó un clic suave.

—Atención —anunció Han, con auténtica voz de general—. Formen detrás del *Halcón* y dispónganse a huir hacia el espacio libre. Hagan lo posible por volver a casa. No intenten saltos hiperespaciales, a menos que se emparejen con alguien cuyos ordenadores funcionen.

Tardarían una eternidad, pero lo lograrían. Leia carraspeó.

—Esparzan la llama de la Rebelión. Prenderá donde la madera esté seca.

—Muy poético —masculló Han.

—La inspiración constituye la tercera parte de la valentía.

Alguien protestó por la frecuencia interescuadrones. Leia no quiso escuchar. Se desabrochó las correas y ascendió hacia el nivel principal.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó alegremente Cetrespeó, cuando Leia pasó junto a la mesa de juego.

Leia no quería saber las posibilidades de sobrevivir a aquella maniobra.

—Sí, casi hemos terminado.

—Ah, estupendo. Mis servomotores no aguantarán mucho estos meneos...

¿Princesa Leia...?

La interpelada entró en la cabina. Han la miró, frunció el ceño, y después indicó con un movimiento majestuoso de su mano manchada de hollín el asiento del copiloto.

Pequeños gestos como aquél (no las almohadas o el vino de bayas) conseguían que ella le amara.

—Gracias.

—Chewie quiere encargarse de la tórrela.

—Comprendo.

—Sólo hace falta una persona para llevar a cabo la embestida —masculló Han—. Lo siento, pequeña.

Leia abrió la boca para protestar.

—Tú no. El *Halcón*.

Han empezó a extraer energía de todos los sistemas, excepto de unos pocos.

Los impulsores, supuso Leia, los escudos frontales y la tórrela superior.

Intentó tocar de nuevo a Luke. Una vez más, el fugaz destello.

—De acuerdo —dijo Han—. Ya está programado. Ahora te llevaremos al bote salvavidas.

—Ah, no. A menos que haya sitio para dos. O tres.

—No puedes embestir con el piloto automático, y necesitamos un artillero.

Bésame para desearme buena suerte y lárgate. La Alianza te necesita.

—No iré a ningún sitio sin ti.

—Va, muévete. Eres muy valiosa.

—Valiosa, memeces. No pienso huir. Yo también soy una Skywalker. Quizá sea mi destino.

—Da igual, para mí sí eres valiosa. ¡Chewie! —gritó Han—. Baja y lleva a la princesa a...

La respuesta de Chewbacca atronó en la cabeza de Leia.

—Quiere decir «no» —dijo con aire remilgado, pero apoyó una mano sobre el hombro de Han y lo apretó, dándole las gracias sin palabras. ¿No sería una justicia perfecta, la hija de Vader estrellándose contra una nave imperial por el bien de la Alianza? Aunque la maniobra fracasara, lograría una especie de simetría victoriosa. Por fin, podría pensar en Vader sin encogerse. *¡Fíjate en esto, padre!*

Dos cazas TIE abandonaron la formación y se lanzaron hacia ellos. Tal vez sus sensores no detectaban energía en la tórrela inferior.

Pero aquellos sensores eran incapaces de determinar que no se trataba de un carguero normal. Han imprimió al *Halcón* un giro de ciento ochenta grados. Chewbacca emitió un rugido de alegría y los volatilizó.

Leia apoyó la mano sobre el hombro de Han. Éste apretó sus dedos antes de lanzarse de nuevo hacia los controles. Cuando el *Halcón* se acercó por detrás al patrullero, éste casi dobló su ritmo de fuego. O bien había situado otra hilera de cañones láser, o el comandante Thanas había adivinado las intenciones de Han, el cual añadió una maniobra de evasión al programa de embestida. Una pantalla indicó que faltaban diecisiete segundos para el impacto. Tenían que sobrevivir hasta aquel momento. Un potente rayo energético rozó el vientre del *Halcón*.

Chewbacca gruñó.

—Cosquillas —tradujo Han. Desconectó los escudos delanteros, para que el impacto transmitiera más energía a la masa del patrullero—. Abre bien los ojos, Thanas.

Mientras Dev examinaba un puesto del puente, Luke tosió varias veces. De no haber estado tan ocupado, habría intentado curarse. Contempló la cubierta y torció la pierna derecha, todavía incapaz de sacudirse el presentimiento de un desastre inminente. Quizá el futuro invisible se estaba acercando. Desde que había vislumbrado los futuros sufrimientos de Han y Leia en Bespin, se había preguntado si vería su propia muerte.

Se proyectó hacia Leia.

Su determinación de lanzarse a una destrucción cierta le pilló desprevenido. Escudriñó a toda prisa su conciencia y descubrió...

¿Estrellarse con el *Halcón*! Luke se sentó sobre la cubierta, sin hacer caso de las preguntas de Dev. Sin hacer caso de su cuerpo, de los *ssi-ruuk* que continuaban a bordo y de todo lo demás. Sólo le quedaban segundos.

El picor de su pecho exigió otra tos. ¡Tenía que salir de aquella atmósfera insana! Lanzó su conciencia por el espacio, en busca de una presencia que apenas conocía: el comandante Pter Thanas, a bordo del *Dominante*.

Thanas estaba inclinado sobre el puesto de su piloto cuando Luke rozó el borde de su conciencia. Los pensamientos, la voluntad y el concepto del mundo de Thanas le rodearon. Esta batalla sólo era un juego, pero un juego que debía ganar, o terminaría su vida en... ¿una mina de esclavos? ¡Eso explicaba muchas cosas! Luke contempló el mando que controlaba la velocidad. Una aceleración total lanzaría al *Dominante* fuera de la formación ofensiva y dañaría todavía más los ya torturados impulsores.

La aceleración total también le colocaría al alcance de tiro del *Shriwirr*.

Thanas lo deseaba.

De pronto, Luke perdió el contacto. Se dobló por la cintura y tosió, aprisionado en su cuerpo debilitado sobre la dura y fría cubierta del *Shriwirr*.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el piloto de Thanas con aire preocupado.

Pter Thanas parpadeó. Por algún motivo, la imagen de Luke Skywalker había aparecido en su mente. La desechó y tomó una decisión difícil. Debía destruir aquel peligro de contagio, a toda costa.

Poco a poco, empujó la palanca de velocidad hacia adelante.

Leia se inclinó hacia Han.

—¿Un beso para desearnos buena suerte? —preguntó.

—Claro.

Aquellos labios serían lo último que sentiría.

Estaba a punto de tocarlos cuando dio un salto hacia atrás.

—¡Luke! —exclamó.

Chewbacca lanzó un grito de alerta.

—¿Qué pasa, Chewie? —Han se volvió hacia los analizadores delanteros.

Afirmaban que el *Dominante* avanzaba a una velocidad irracional—. Nos habrán alcanzado de nuevo —dijo—. Nuestros sensores vuelven a estar ionizados.

Chewbacca bramó: ¡Cambio de curso!

Han conectó todos los sensores y aferró los controles principales. La cabina del *Halcón* pasó tan cerca del patrullero que torció las antenas laterales de ambas naves.

—¡Todos los escuadrones, seguidnos! —gritó Han—. ¡Hay una brecha en el bloqueo! Sacaremos a esos rebeldes de la zona de peligro —informó a Leia—, y después regresaremos para acabar con el *Dominante*.

Ella no contestó.

Leia apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y se concentró en respirar profundamente. Con tanta claridad como había notado la súbita alarma y el esfuerzo de Luke, su agotamiento actual la paralizaba.

—Grupo Rojo —gritó Han por el micrófono—. Grupo Dorado, formad conmigo.

¡Les tenemos entre nosotros!

Vio por la portilla que las fuerzas imperiales se movían. A lo lejos, cuatro cazas X y un caza A no habían pasado por la brecha antes de que se cerrara. Leia tenía los ojos nublados.

—¿Dónde está ese patrullero al que íbamos a embestir? —preguntó.

Sus manos temblaban.

—Unos diez kilómetros a estribor.

Chewie emitió un grito exultante.

¿Luke? Leia aferró los apoyabrazos. *¿Qué te pasa?*

Luke cubrió sus ojos húmedos y respiró con lentitud. Le irritaba pensar que a Thanas no le importaba quién ganara. Le hubiera gustado borrar el universo a Pter Thanas y sus fuerzas. Y también a los *ssi-ruuk*. Sí, estaba perdiendo los nervios. Daba igual. Sólo quería dejar de toser.

El *Dominante* continuó acercándose. Su tamaño aumentaba a cada segundo en la portilla.

—Dev, ¿el crucero va armado?

—Supongo que sí.

Dev extendió una mano.

—Encuentra... —Otra tos le estremeció—. Encuentra el control de las armas.

Luke dejó que Dev le levantara de la cubierta.

—¿Te encuentras bien?

No. Se balanceaba peligrosamente cerca del lado oscuro, pero no le importaba. *Déjame en paz, Yoda*.

—Necesito una mascarilla respiratoria.

—No te encajará.

—Lo sé. He de probar lo que sea.

Apenas tenía energías para concentrar su atención y recobrar el control.

Una oleada de energía se equiparó a su cólera, oscura y exigente.

Desechó aquella energía, jadeante. Había tocado el poder del lado oscuro en el salón del trono del emperador. Podría haber destruido a Darth Vader..., compartido el trono, gobernado la galaxia... y quedar destruido junto con la segunda Estrella de la Muerte, de no haber tirado su espada de luz. ¿Iba a venderse por una tentación menor?

Miró por la portilla. El *Dominante* vaporizó otro caza X. *Confié en ti, Thanas. Confié en ti*. Había abrigado esperanzas acerca de aquel hombre. ¿Había leído mal en la Fuerza? Leia y Han habían escapado de momento, pero no irían muy lejos hasta que los bancos de energía del *Halcón* se recargaran. Tenía que salvarles.

Podría salvarles con facilidad, si él...

Siempre habrá gente poderosa en el mal. Recordó sus palabras a Gaeri. *Cuanto más fuerte eres, más tentaciones sientes.*

Presencias alienígenas en alguna cubierta superior llamaron su atención.

—¡He encontrado el control! —gritó Dev.

Luke se purificó de miedo y deseo, y se relajó en la Fuerza, sin hacer caso de los cantos de sirena. Había renunciado a la oscuridad, su auténtico enemigo, no Thanas. Residía en su interior. Se acercó a Dev.

—¿Puedes conseguir imágenes de la batalla?

—Lo intentaré. —Dev pasó a otro puesto y empezó a teclear—. Creo que tienes un cañón iónico en línea. Trata de moverlo con aquella rueda, deprisa.

Luke miró hacia el panel superior. El *Dominante* estaría a tiro dentro de pocos minutos.

—Vamos a ver cómo funciona. —Volvió el teclado hacia la pantalla—. Primer blanco.

Giró la rueda y disparó. No ocurrió nada en la pantalla de Dev. Se relajó más en la Fuerza y volvió a disparar.

—¡Mira!

Dev señaló una estela visible entre los restos de la batalla.

—Ya la veo.

Ahora, un poco a la izquierda, ampliar el haz y...

Una de las naves protectoras ssi-ruuvi estalló. Las dos restantes rompieron la formación y huyeron hasta convertirse en puntos de luz lejanos.

Ahora todo se reducía a la defensa propia. Un duelo entre cruceros averiados...

Oyó un ruido sobre su cabeza. Luke saltó a un lado y encendió la espada.

Un *Ssi-ruu* marrón y tres p'w'ecks, todos armados con desintegradores, cayeron sobre el puente. Luke, sin detenerse a pensar, descargó un mandoble.

Dev retrocedió.

—¡Amo! —chilló.

Firwirrung se alejó del Jedi y agitó su muñón.

—¡Traidor! —cantó—. ¡Has traicionado a todo cuanto amabas!

Dev empuñaba el desintegrador del p'w'eck, pero no podía disparar a Firwirrung. Habían comido en la misma mesa. Había dormido junto al nido de Firwirrung, un perrito fiel a los pies de su dueño. Sus ojos se humedecieron. ¿Qué hacer?

—¡Traidor! —rugió Firwirrung—. ¡Bestia desagradecida!

El Ssi-ruu, sin piedad y con gran puntería, disparó un rayo plateado entre los hombros de Dev.

Dev se desplomó. Cayó de espaldas, arrepentido de su reincidencia.

Demasiado tarde, demasiado tarde. Torció el cuello, casi lo único que podía mover. El *Ssi-ruu* giró en redondo hacia Luke.

—¡Cuidado! —gritó Dev.

Una vez más, los pensamientos de Luke estuvieron a punto de traicionarle.

Tu odio te ha hecho poderoso, palabras pronunciadas con la voz quebrada del emperador, tejió la telaraña en su memoria. Necesitaba poder, ya.

Agitó la espada ciegamente y acabó con el tercer y último p'w'eck. Cuando Dev cayó, el *Ssi-ruu* apuntó a Luke con el desintegrador.

Por pura fuerza de voluntad, Luke rechazó la cólera y el miedo. También la agresividad. Un poder rápido proporcionaba un triunfo temporal, pero seducía y traicionaba a su propietario. *¡No me traicionaré, aunque muera por ello!* Dio un breve salto mortal y aferró ambos bordes de la trampilla abierta sobre su cabeza, consciente de que el *Ssi-ruu* acabaría con él de un momento a otro. No podía hacer más. Era el fin.

Un destello simultáneo de todas las pantallas casi le cegó cuando cayó.

Flotó en el aire un segundo, con sus últimas fuerzas. Ondas de energía barrieron la cubierta del puente. El comandante Thanas debía de haber disparado. Luke se dejó caer. Mamparas, cubiertas e instrumentos lanzaron chispas antes de apagarse. Después todas las luces fallaron, hasta las de las pantallas. Luke tocó la cubierta y rebotó hacia arriba.

¿La gravedad también se había ido al traste?

Sintió la presencia de Dev, pero no la del alienígena. Se acomodó con cautela sobre las losas de la cubierta, tosiendo en la oscuridad que sólo iluminaba la portilla. La aceleración del *Shriwirr* le proporcionó un empujón natural.

—¿Dev?

—Estoy aquí —graznó el muchacho, desde la dirección en que había estado la gravedad artificial.

Luke notó que se deslizaba hacia una mampara. Agarró algo enorme, caliente y escamoso, que hedía como si humeara.

—¿Dónde, Dev? —preguntó.

—Aquí. Mis ropas y zapatos... me han aislado un poco.

Luke gateó junto al cuerpo alienígena y encontró una forma humana tendida muy cerca. Muy caliente, resbaló hacia la mampara con él.

—Mis ojos —gimió Dev—. La cabeza me arde.

—¿Te duele algo más? —preguntó Luke.

—No siento nada... por debajo de los hombros, donde... me alcanzó.

—Aquí casi no hay luz —dijo Luke—. No creo que estés ciego.

—El puente... debió ser alcanzado. Escudos sobrecargados.

El hombro de Luke tropezó con una mampara que detuvo su deslizamiento. Dev y él se encajaron en la esquina. Levantó la mano y encontró la parte inferior de una consola. Se quedarían un rato en aquel rincón.

¿Le había traicionado la Fuerza?

Tragó saliva y tosió. Había resistido al lado oscuro. La oscuridad favorecía la muerte. El disparo del comandante Thanas había matado al Ssi-ruu, pero ¿a costa de Dev?

Estoy cansado, Yoda. No tengo tiempo para filosofar. Déjame descansar. Se inclinó hacia adelante y tosió de manera incontrolable.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dev.

El calor residual de la cubierta y la mampara le sofocaron. *Leia*, llamó. *¿Leia?* Demasiado débil para establecer contacto, proyectó su tenue energía en el muchacho. Al principio, sólo captó la percepción del dolor de Dev. Éste suspiró y se relajó tangiblemente.

A medida que Luke prestaba poder a Dev, notó que su concentración se fortalecía.

—Dev —le urgió—, ábreme tu mente. —Enseñó a Dev cómo podía curarse, al igual que había hecho con Eppie Belden—. Reserva tus energías —insistió—.

Puedes hacerlo. Hemos de salir de esta nave...

Una horrenda tos le interrumpió. Su instinto le impulsó a concentrar su atención en el pecho.

Dos voraces puntos de vida repletos de instintos primitivos: comer, aferrarse, reproducirse, sobrevivir.

Una repentina certeza ahogó su miedo. Intentó tocar la mente de uno de los puntos, pero carecía de mente. Se abría camino por instinto hacia la sangre. Roía un tubo bronquial camino de su corazón. Reducido a un puro instinto, ¡sobrevivir!, reptó hacia la mampara.

Leia se agarró a los apoyabrazos del asiento, casi paralizada de miedo. El campo estelar remolineaba en la portilla. Contempló el crucero ssi-ruuvi, que vagaba sin dirección, como un enorme huevo cubierto de ampollas.

—El chico nos ha conseguido un momento de respiro —murmuró Han—. Casi he sacado a todo el mundo del cerco. ¿Se encuentra bien?

—¡No! ¡Hemos de ayudarle!

Han volvió la cabeza con brusquedad.

—No estará muerto, ¿verdad?

—Ya no puedo sentirle.

Leia transmitió su total desesperación en aquellas palabras.

Han contempló los tableros sensores y examinó el crucero alienígena.

—Thanas hizo un buen tiro. Se han quedado sin energía. El casco tiene brechas por las que se filtra el aire.

—Pero se trata de Luke. Quizá esté protegido por una especie de campo energético, u obstrucción. —No se resignaba a abandonar la esperanza—.

¿Podemos acercarnos más? ¿Subir a bordo?

—Tal vez. —Han manipuló los controles, y las estrellas se movieron—.

Intentaré acercarme un poco más. Quizá un muelle de atraque...

Pasó rozando la formación imperial. Chewie alcanzó los bancos de energía de un patrullero con su cañón dorsal. Oleadas de restos siguieron al *Halcón*, al igual que las restantes fuerzas rebeldes.

—¡Ya está! —exclamó Han—. Ahora nos pondremos detrás de ese crucero, para que el *Dominante* no pueda dispararnos.

—Jefe Rogue a *Halcón* —anunció la voz de Wedge por el canal interescuadrón—, vía libre para atacar al *Dominante*.

—¡Espera! —interrumpió Leia—. Obliga al comandante Thanas a cambiar de rumbo, para que no vuelva a disparar contra la nave ssi-ruuvi, pero no le destruyas. A la Rebelión quizá le interese un crucero imperial.

—¿Botín de guerra, Alteza? —rió Wedge—. De acuerdo. Si es posible. De todos modos, dudo que el Imperio nos permita cogerla.

—Sí —murmuró Han—. Bien pensado, pero sin duda cuenta con un mecanismo de autodestrucción.

—Wedge, transmite un mensaje claro al comandante Thanas —insistió Leia—.

No nos dejaremos engañar por sus tácticas.

El crucero en forma de huevo estaba cada vez más cerca. Han voló a lo largo de su superficie, en busca de un lugar donde amarrar al *Halcón*. «Ya vamos, Luke», pensó. Una terrorífica inmovilidad ocupaba el lugar donde había estado su presencia.

20

Una enorme tristeza se abatió sobre Gaeriel como una lluvia gris pegajosa cuando el *Dominante* disparó sobre el crucero alienígena. El gobernador Nereus apoyó una pesada mano sobre su hombro.

—Vamos, Gaeriel, ya sabías que no podía sobrevivir. Si regresara a Bakura, la destrucción ocasionada por la Estrella de la Muerte parecería un final de la civilización rápido y agradable, comparado con la plaga que se desataría a continuación.

La joven evitó el contacto de su mano.

Nereus, sin dejar de sonreír, se sentó ante su escritorio y llamó a un cuarteto de milicianos.

—Muy pronto, la paz imperial reinará en Bakura. Sólo resta ocuparnos de un alborotador.

Gaeriel se dispuso a saltar antes de que los milicianos abrieran fuego, pero Nereus levantó una mano.

—Sobreestimas tu importancia. —Tocó la consola—. Traigan al primer ministro —ordenó.

¿Tío Yeorg?

—¡No! —exclamó Gaeriel—. Es un buen hombre. Bakura le necesita. Usted no puede...

—¡Se ha convertido en un símbolo! He intentado ser bondadoso con Bakura, y ha traicionado mis buenas intenciones. Tiro la toalla. Debo comportarme como cualquier otro gobernador imperial, inyectando el terror al Imperio en los corazones bakuranos. A menos que... —Se acarició la barbilla —. A menos que él, u otro representante de la familia Captison, solicite públicamente a Bakura que me acepte como su sucesor. Podrías salvar la vida de tu tío, Gaeriel. Dime que lo harás, antes de tres minutos, y sobrevivirá.

La conciencia de Gaeri tiró en ambas direcciones. No podía permitir que el gobernador Nereus ejecutara a tío Yeorg, pero tampoco podía pedir a Bakura que se plegara a los deseos de Wilek Nereus. Se dispuso a saltar sobre él.

Dos milicianos levantaron sus rifles desintegradores.

—Guardaespaldas entrenados —sonrió el gobernador Nereus—. Vigilan cada uno de tus movimientos.

Gaeri paseó la vista por el despacho de Nereus, y tomó nota de las placas, las proyecciones tridimensionales y los cristales. Dientes, parásitos, ¿qué otros intereses detestables ocultaba?

—Ha dicho que le dejará vivir, pero ¿lo hará, o le infectará con otro parásito, como a Eppie Belden? Eso no es vivir.

—Orn Belden opinaba lo contrario.

Entró otro miliciano, que empujó a su tío esposado con el extremo de su rifle. Yeorg se mantuvo bien erguido, y se le antojó más alto que Nereus, pese a la envergadura de este último.

—Una oferta, Captison, y un minuto para aceptarla —anunció Nereus—.

Conecte la red tridimensional. Diga a su pueblo que deponga las armas y se someta al poder imperial. A mí, como su sucesor. O morirá aquí, ante los ojos de su sobrina.

Yeorg Captison no vaciló. Enderezó los hombros y logró imprimir dignidad a su viejo y roto uniforme bakurano.

—Lo siento, Gaeri. No mires. Recuerda mi valentía.

—Gaeriel. —El gobernador Nereus se humedeció el labio superior—.

¿Efectuarás la transmisión? Tal vez podrías dorar la píldora...

En aquel instante, el miliciano situado detrás de tío Yeorg se dobló y cayó. Un penetrante zumbido electrónico surgió de los cascos de los cinco milicianos. Gaeri saltó hacia el más cercano, cogió su rifle y lo apuntó en dirección al gobernador Nereus. Era evidente que éste había vacilado.

Su adornado desintegrador continuaba en la funda.

Los cinco milicianos se retorcieron. Incluso desde aquella distancia, el zumbido hería sus oídos. ¿Qué estaba pasando?

—Quítese el desintegrador, Nereus —dijo con voz temblorosa.

Fuera lo que fuese, parecía su oportunidad.

—Ni siquiera sabes dónde está el seguro —replicó el gobernador, pero mantuvo las manos sobre el escritorio.

Tío Yeorg cogió con movimientos torpes el rifle de otro miliciano. Aunque seguía esposado, el miliciano ya no tenía su rifle.

La consola de mando del gobernador Nereus destelló y se apagó. La puerta se abrió. Eppie Belden entró con un paso vigoroso, sorprendente para una mujer de 132 años. La seguía su enfermera de cara redonda, Clis.

—Aja —exclamó Eppie—. Los tenemos a todos. —Se encaminó sin vacilar hacia el gobernador y le quitó el desintegrador de la funda. Después desarmó a los restantes milicianos—. Clis —ordenó —, busca un vibrocuchillo y corta las esposas de Yeorg.

Clis salió a toda prisa, pálida y poco feliz con la confrontación. Gaeri comprendió a Clis. Lo sorprendente era la valentía de Eppie.

—Tú —rugió Eppie al gobernador Nereus—, si esas manos se mueven, eres hombre muerto. ¿Comprendido?

—¿Quién eres, anciana?

Eppie lanzó una carcajada.

—Adivínalo, jovencito. Soy la venganza de Orn Belden.

Belden: los labios de Nereus formaron la palabra.

—No puede ser usted —gritó—. Las lesiones del neocórtex son permanentes.

—Díselo al comandante Skywalker.

La mejilla del gobernador Nereus se agitó.

—¡A estas alturas, Skywalker ya habrá muerto! Se lo comerán vivo. De dentro afuera...

Dio la impresión de que Eppie se encogía.

—Cobarde.

Apunto el desintegrador a su pecho para silenciarlo. El hombre respiró hondo, abrió y cerró los puños. La escena se prolongó varios segundos, hasta que Eppie bajó el arma apenas.

—Voy a entregarte a los rebeldes —gruñó—. Tenía en mente que fueras juzgado por un tribunal revolucionario de Bakura, pero si has matado al Jedi de los rebeldes, sospecho que su venganza será mucho más refinada que la de Bakura.

Gaeri deseó que Eppie le matara ahora (tenía suficientes redaños para ello), pero Eppie opinaba de manera distinta. Gaeri miró por la ventana del despacho. Otro miliciano se retorcía sobre el sendero

del jardín. Un compañero suyo se quitó el casco, lo tiró a un lado, se arrodilló, se cubrió los oídos con las manos y agitó la cabeza. >... —¿Dónde estabas, Eppie? —preguntó Gaeri.

—Muy cerca, en el complejo —murmuró la anciana—. ¿Es verdad lo que ha dicho de Skywalker?

—No tenemos la confirmación de que haya muerto, pero el gobernador Nereus... le infectó. ¿Cómo lo has hecho?

Movió una mano para abarcar el centro de mando de Nereus y los milicianos caídos.

Eppie miró a Nereus.

—Un par de docenas de viejos amigos que aún ocupan altos cargos, con buenos códigos de acceso. Una fuerza de invasión alienígena que mantiene a casi todos sus milicianos demasiado ocupados para cuidar sus espaldas. Y un nuevo aliado. Entra —gritó hacia atrás.

Erredós Dedos, el androide de Luke, entró.

—Cuando la patrulla de emergencia te recogió —siguió Eppie—, encontró una terminal maestra y me llamó. Envié a un amigo a buscarlo. Este amiguito vale su peso en combustible de reactor de los circuitos maestros.

—¿Le quitaste el cepo?

Nereus retorció las manos a sus costados.

—Deberías maniatarle —susurró Gaeri—. Está perdiendo el control.

Eppie movió el seguro del arma.

—Casi tengo ganas de que intente algo.

Luke, aovillado en la oscuridad, tuvo una idea. Respiró con lentitud y concentró su atención en los puntos de instinto vivo que moraban en su pecho. Tocó uno. Neurológicamente primitivo, su única reacción fue encogerse y continuar comiendo. Eran parásitos, sin duda. Sintió su hambre voraz.

Cuando el pánico amenazó con inmovilizarle, pensó en el olor a sangre, dulce, caliente, algo metálico. Extendió una mínima sonda hacia uno de los seres.

Una conciencia minúscula comprendió. Luke imaginó partes de boca que se aflojaban y una cabeza que se volvía hacia él. Era dificilísimo proyectar el olor al tiempo que juzgaba su efecto sobre la primitiva conciencia alienígena. Acarició el segundo ser con el olor.

Su corazón latía sordamente alrededor de su punto de conciencia. Apartó la ilusión del olor unos milímetros, una tentación para que la siguieran. Una conciencia se oscureció y olvidó el olor. La rozó de nuevo con el tentador aroma a vida. Lo reconoció. Se acercó más.

No podía concentrarse en ambos seres. Su cuerpo deseaba toser y, al cabo de unos momentos, algo empezó a gestarse.

Inhaló con cautela y estalló. Algo salió disparado de su boca.

Uno no era suficiente. Casi agotado, creó de nuevo la ilusión y acarició al ser restante. Captó su atención un instante, pero luego la perdió. Lo atacó de nuevo con la percepción.

Esta vez, lo consiguió. Muy lentamente, lo condujo por un oscuro túnel bronquial. Irradiaba un hambre feroz. Procuró no toser o tragar saliva.

Respiró hondo, hasta que los pulmones le dolieron.

Entonces, tosió. El ser se aferró a sus dientes y le mordió. Luke lo escupió, y después lo buscó en la oscura cabina. Notó que aplastaba algo.

No pudo encontrar al otro parásito.

Quedó tendido sobre la cubierta, demasiado agotado para sentirse victorioso, y se cerró al mundo exterior para realizar un ejercicio de concentración. Su desesperación aumentó poco a poco, y entonces recordó a Dev. Tenían que encontrar una forma de salir del *Shriwirr*. Sin energía, y sujeto a un ataque, era probable que estallara a su alrededor.

No podía. El sueño le dominaba, al igual que el trance de curación Jedi.

Le dolían los ojos. Si los cerraba unos momentos...

Un brillo en una mampara atrajo su atención. ¿Veía luces en el pasillo?

—Luke —llamó la voz de Leia—. ¡Luke!

Se levantó de la cubierta, incrédulo.

—¡Aquí!

Le ardía la garganta. Estaría sangrando.

Una linterna de bolsillo iluminó el puente del *Shriwirr*, seguida por un brazo esbelto. El resto de Leia llevaba una mascarilla respiratoria, traje de vuelo y botas magnéticas. Han y Chewie aparecieron detrás. Su linterna brillaba como la vida misma.

—¿Cómo has subido a bordo? —preguntó Luke.

Leia corrió hacia él.

—Dejaron abiertos los muelles de aterrizaje. Se han ido. La nave está desierta, salvo por ti.

—¿Dónde está...? —empezó Luke.

Entonces, vio a Dev.

El chico estaba tendido a su lado, envuelto en sus ropas. Respiraba con lentitud. Enormes quemaduras rojas surcaban sus brazos y cara. Sus párpados cubrían cavidades hundidas.

A su lado, sobre la cubierta, se retorcía un ser largo y grueso como un dedo. A la luz, sus patas cortas se agitaban frenéticamente. Su cuerpo, gordo y húmedo, a rayas verdes y negras, se estrechaba hasta un extremo puntiagudo. Leia, asqueada, lo aplastó.

—Gracias —susurró Luke.

—Tranquilo, muchacho.

Han se arrodilló y se lo cargó al hombro.

Luke tragó saliva.

—Coged a Dev.

—Estás de broma... ¡Leia!

La joven estaba intentando arrastrar al muchacho inconsciente. Chewie la apartó y alzó a Dev como un muñeco.

—Vámonos —ordenó Han.

Ya a bordo del *Halcón*, Leia se arrodilló junto al catre de Luke y apoyó la cabeza en su hombro. Él aceptó el vínculo con su fortaleza. Se bañó en la energía terapéutica de tacto limpio, cálido y familiar. Cuando tragó saliva, ya no le dolió la garganta. No tardaría en poder respirar sin toser.

¿Dónde habría contraído aquellos repugnantes parásitos?

Se incorporó.

—Descansaré más tarde —insistió—, de veras.

—Lo necesitas —murmuró Leia—, pero ahora no tenemos tiempo. Aún hemos de dar cuenta del *Dominante*. Sus equipos de reparación habrán estado ocupados.

—¿Qué ha pasado?

Luke se encogió al pensar en Pter Thanas. ¿Le habría condenado a la esclavitud?

—Sus impulsores laterales han estallado, de modo que no puede maniobrar.

Además, Bakura ha enloquecido. Al parecer, ha empezado la revolución.

Luke se levantó. La pierna derecha todavía le dolía, pero no tanto.

—Estoy preparado —dijo, pero permitió que Leia le sostuviera.

Fueron juntos a la cabina. Leia le ayudó a sentarse.

—Hola, jovencito —le saludó Han—. Para estar muerto, tienes muy buen aspecto.

Chewbacca corroboró sus palabras con un bramido.

Luke carraspeó a modo experimental.

—Gracias. —Señaló la radio subespacial—. ¿Sabéis algo de Gaeriel Captison?

—Tal vez —dijo Han—. Un grupo afirma que ha detenido a Wilek Nereus. Se han atrincherado en el sector de los despachos imperiales del complejo.

—Dio la impresión de que el *Dominante* pasaba bajo el casco del *Halcón*; una ilusión, por supuesto. Era el *Halcón* quien estaba maniobrando, no el *Dominante*—. Cetrespeó se encargó de facilitar la recarga de los bancos de energía mientras estábamos en la nave de los Flautas. Creo que podremos dispensar a Thanas el trato que merece. Después ya nos ocuparemos de Nereus.

—Es fácil de...

—Espera —dijo en voz algo más alta Luke.

De haber estado en el lugar del comandante Thanas, habría ordenado destruir el enorme y valioso crucero antes de que cayera en manos de la Alianza. No divisó ni un solo caza TIE. Se habrían dispersado, temerosos de ser atrapados por las ondas expansivas de un crucero de clase Galeón al estallar. Como para confirmar las suposiciones de Luke, una babel de voces rebeldes anunció que el *Dominante* había perdido los generadores de los escudos. *Perdidos, no. Los ha desconectado,* adivinó Luke.

—¡Allá va!

Han imprimió un giro de ciento ochenta grados al *Halcón* para asestar un golpe mortal.

—¡Espera! —repitió Luke—. Esa nave nos interesa. Aun averiada, es una buena presa. —Luke se inclinó hacia el micrófono—. A todas las fuerzas —ordenó—. Soy el comandante Skywalker. Alto el fuego. Fuerzas de la Alianza, confirmen la recepción.

—¿Qué? —preguntó Han.

Tres pilotos jóvenes también protestaron.

Luke repitió la orden, y luego trató de proyectar la Fuerza hacia el comandante Thanas una vez más. No pudo. Pese a haber expulsado los parásitos antes de que royeran su corazón, estaba demasiado débil para utilizar la Fuerza. Si Thanas se decantaba por destruir al *Dominante*, Luke no podría hacer nada.

Excepto...

Proyectó calma en la Fuerza. Paz. La paz era posible...

Y era la última oportunidad de Thanas.

Pter Thanas se encogió cuando oyó la orden de Skywalker por la radio subespacial. Durante la batalla, algo había despertado en él, algo importante. Algo que había sepultado años atrás, en Alzoc III.

Nereus no vacilaría en enviarle allí. Desvió la vista hacia un compartimento protegido por barrotes rojos. Albergaba una palanca con la inscripción «autodestrucción». Otro compartimento, en mitad del puente, contenía a su pareja. Si se tiraba de ambas al unísono, volarían el generador principal del *Dominante*. La explosión destruiría todo cuanto lo rodeara.

Su carrera había terminado.

Se volvió hacia su ayudante, un hombre que se erguía muy tieso.

—Que todo el mundo abandone la nave —ordenó.

Los miembros de la tripulación tal vez consiguieran alejarse lo suficiente para escapar a la destrucción. Los tripulantes del puente, sin embargo, debían permanecer en sus puestos. Así lo regulaba la disciplina imperial.

El funcionamiento de las palancas era instantáneo.

El joven ayudante removió los pies, a la espera de la siguiente orden.

Thanas contempló sus botas negras, inmaculadamente relucientes sobre una cubierta reluciente. En Bakura, al igual que en Alzoc III, había recibido órdenes antiéticas de un oficial superior al que no respetaba. Aquéllos podían ser sus últimos momentos, sacrificados a un Imperio indiferente...

El legado de un emperador muerto.

O podía recapacitar y admitir que toda su vida era una equivocación.

Una vez más, recordó las órdenes del gobernador Nereus. Se irguió con frialdad y paseó la vista por el puente. Su tripulación se estaba preparando para un acto final de heroísmo.

—Comunicaciones —ladró—, pónganme con Skywalker. Dondequiera que esté.

—Entendido, señor.

Pter Thanas se volvió hacia el puesto de comunicaciones y apoyó una mano sobre su desintegrador. Alguien del puente le estaría observando.

—Comandante Skywalker —dijo, mientras quitaba el seguro—, debo hacerle una advertencia. Cualquier contacto que establezca con humanos pone en peligro sus vidas. Nereus me dio órdenes estrictas de impedirle regresar a Bakura.

Dice que es portador de una especie de infección o plaga.

—Ya me he ocupado de eso —contestó la voz de Skywalker—, antes de que pudiera extenderse. Recuerde que soy un Jedi.

Tendría que haberlo imaginado. De todos modos, la voz de Skywalker sonaba débil.

—¿Es eso cierto, o está mintiendo?

—Estoy a bordo del *Halcón* con mis amigos más íntimos. Si abrigara alguna duda, no estaría aquí.

Thanas paseó la vista por el puente.

—Muy bien. Si rindo el *Dominante*...

Captó movimientos por el rabillo del ojo. Un tripulante se puso en pie de un salto y lanzó la mano hacia su cinturón. Thanas se volvió y le aturdió.

El delegado de Seguridad Imperial, infiltrado en la nave para impedir que cayera en manos enemigas.

—¿Sigue ahí, comandante Thanas? —preguntó la voz de Skywalker.

—Una pequeña distracción. Si rindo el *Dominante*, ¿garantiza que dejará en libertad a los miembros de mi tripulación, que se han limitado a obedecer mis órdenes?

—Sí —contestó Skywalker con voz ronca—. Enviaremos a todo el personal imperial a un punto de recogida neutral, y permitiremos que regresen a sus hogares..., a menos que alguno quiera desertar. Debe dejarles elegir.

—No puedo.

—Ya me encargaré yo.

Thanas aferró la barandilla. ¿Qué clase de traidor entregaba una propiedad imperial y concedía a personal imperial la posibilidad de cambiar de bando?

La clase de traidor que aún estaba en deuda irreparable con los mineros esclavos de Talz. Quizá la Alianza sería más indulgente que aquel coronel de Alzoc III.

—De acuerdo —dijo—. Llévenme a la Alianza y trátenme como quieran.

Skywalker exhaló un profundo suspiro.

—Acepto su nave y, de momento, su persona. Envíe a mi... —pareció vacilar—, a mi nave insignia un médico. Me ocuparé de que también sea liberado.

—¿Está enfermo?

—Ya le he dicho que había solucionado el problema. Tengo otro humano a bordo que sufrió graves quemaduras. Creo que si recibe ayuda inmediata, sobrevivirá.

—Oh. —Thanas entorno los ojos—. ¿Sibwarra?

Skywalker vaciló.

—Sí.

—Pide demasiado. —¿Qué entidad irracional y sobrenatural había resucitado a Luke Skywalker para que juzgara sus escrúpulos? Paseó por el puente entre los bancos de instrumentos—. Pero quiero que Sibwarra sea juzgado.

Por el Imperio o la Alianza, me da igual, mientras sea un jurado humano.

Veré qué puedo hacer.

—Enviaré una tripulación mínima al *Dominante* —dijo Skywalker.

La voz de Solo se impuso a la de Skywalker.

—Será mejor que venga desarmado, en un bote salvavidas. Estoy haciendo una gran concesión al dejarle subir a bordo.

—Comprendido..., comandante.

El altavoz enmudeció.

Thanas respiró hondo. No tenía ni idea de lo que sucedería a continuación, pero no pensaba arrastrar a su tripulación. Se enfrentaría solo a la ira de la Alianza, con plaga o sin ella. O casi solo.

—Tripulación de puente, suban a los botes salvavidas. Reserven una embarcación de evacuación biplaza.

—Señor.

Un hombre salió huyendo de la cubierta.

—Que alguien le reduzca. —Thanas señaló con un cabeceo al agente de Seguridad tendido sobre la cubierta—. Llévenle con ustedes. Capitán Jamer, tome el mando.

—Señor.

Un hombrecillo se adelantó. Pter Thanas se acarició el mentón y llamó al centro médico. Tal vez Skywalker había neutralizado la amenaza de contagio, pero Thanas no se sentiría seguro en presencia del Jedi hasta que sus médicos le examinaran.

Luke miró a Han, quien acercó el *Halcón* a un diminuto objeto redondo. Los sensores confirmaron dos formas de vida.

—¿Estás seguro de que debe subir a bordo? —preguntó Han.

Luke suspiró, cansado de discutir.

—Sí. ¿Alguna pregunta más?

—¿Por qué? —se encrespó Han.

—Estamos todos un poco nerviosos —dijo Leia—, pero es el único sitio donde podemos dejarle. Voy a confirmar ahora mismo los rumores sobre Salis D'aar.

—Bien, aun desarmado, no se quedará mucho tiempo en mi nave. Le esposaremos a Chewie..., no, a Cetrespeó, y le encerraremos en la bodega.

Cetrespeó le entretendrá.

Luke sonrió.

—Es un castigo horroroso para cualquiera.

—Pobre Thanas —admitió Leia.

Chewbacca manipuló con delicadeza los controles de la antecámara de compresión, preparó el cierre al vacío para la apertura manual, y después, Luke, Han y Leia se acercaron a la esclusa y esperaron. Varios minutos más tarde, el comandante Thanas entró con las manos en alto. La postura deformaba su túnica caqui.

—Vengo desarmado —insistió—. Regístrenme.

Leia pasó un analizador de armas sobre él.

—Parece limpio —anunció.

Entretanto, el pequeño y delgado acompañante de Thanas recorrió el cuerpo de Luke con un sensor médico. Luke permaneció inmóvil, y supuso que Thanas había elegido al médico por sus ojos grandes, mentón suave y apariencia inofensiva.

—¿Qué hay en ese maletín? —preguntó con brusquedad Leia.

—Material médico. Tratamiento para quemaduras. El comandante Skywalker pidió...

—Por aquí.

Luke salió de la esclusa.

El médico guardó el sensor en un bolsillo.

—Skywalker también está limpio, comandante. Un examen preliminar muestra una grave bronquitis mecánica, pero no existe infección.

Se encogió de hombros.

Luke no abrigaba dudas, pero el diagnóstico del médico acabó de tranquilizarle. Se internó en la nave.

Cetrespeó estaba sentado ante un tablero holográfico. Detrás, sobre un catre, Dev yacía inmóvil. Cetrespeó se levantó.

—Saludos —empezó jovialmente—. Soy...

—A callar —murmuró Leia—. Espósate con el comandante Thanas. Acompáñale a la bodega. Te has convertido en carcelero hasta nueva orden.

Una esposa se cerró alrededor de la muñeca de Thanas, y la otra sujetó la de Cetrespeó.

—Muy bien, Alteza. Venga conmigo, señor. Soy Cetrespeó, androide de protocolo...

Luke guió al médico hasta Dev y apartó la sábana que cubría los brazos chamuscados del joven.

—Se encuentra en un trance de curación Jedi —explicó— y no sufre dolores, de momento. A ver qué puede hacer por él.

—Lo intentaré, pero francamente, ya he visto antes quemaduras de este tipo. —Pasó el rhedisensor sobre el pecho de Dev y meneó la cabeza—. Hay poco que hacer. Tal vez viva un día, si tiene... No diré suerte. Si recobra la conciencia, sufrirá. Los daños internos son... Bien, no hay nada que pueda mantenerle con vida.

—Le ruego que lo intente. Cambió de opinión sobre los *ssi-ruuk*.

Y Dev poseía un gran potencial de Fuerza. Tenía que sobrevivir.

—Ummm —respondió el médico sin mucho entusiasmo.

Rebuscó en su maletín.

Luke apenas podía moverse. Se reunió con Han en la cabina, tambaleante.

—Hemos recibido una invitación de una dama llamada Eppie Belden —anunció Han—. Dice que te conoce. Está con tu amiga Gaeriel en el complejo Bakur.

Según parece, tienen un desagradable prisionero que desean entregar a la Alianza.

—¿El gobernador Nereus? —preguntó Leia.

—Eso parece.

La última vez que había visto a Gaeriel, Erredós la estaba sacando a rastras de la cantina. De pronto, recordó la cena que habían compartido.

La noticia, no obstante, sugería que Gaeri se encontraba bien. ¿Eppie se había curado? ¿Habían capturado al gobernador Nereus?

—¿Puedes posar el *Halcón* sobre algún aeródromo del tejado?

Leia rió.

—Han es capaz de posar el *Halcón* sobre un cubito de hielo, si le da la gana.

Luke paseó la vista por la cabina y contó cabezas.

—Supongo que habrás pedido refuerzos —dijo a Han.

—Yo, hum, acabo de ordenar a tu nueva tripulación del *Dominante* que se disponga a disparar sobre la guarnición imperial de Salis D'aar. Tardarán un poco. Nuestro escuadrón de cazas B lo está remolcando para colocarle en posición. Además, dos pilotos de cazas X están en camino para cubrirnos.

—Buen trabajo, Han.

Y Luke tenía su reputación de Jedi. Mientras no se tambaleara a la vista de todos, los imperiales le considerarían una amenaza. Imaginó la cara del gobernador Nereus cuando bajara vivo del *Halcón*.

—Tus amigas bakuranas prometieron esperarnos en el aeródromo. Veremos si lo consiguen.

—Voy a acostarme. —Luke emitió una última tos—. Levantadme cuando estemos a punto de aterrizar.

El *Halcón Milenario* atravesó una capa de nubes en dirección a Salis D'aar.

Se elevaba humo sobre la ciudad y hacia el oeste, al otro lado del río.

Han conectó un sensor remoto cuando deceleraron. Luke, que miraba entre las cabezas de Han y Chewie, distinguió un grupo de gente apostada tras una barricada, en el aeródromo del tejado. Una forma familiar se destacaba.

—¡Erredós! —exclamó.

Un revoloteo de faldas largas verde azuladas que se alejaba de la zona bloqueada debía ser Gaeriel. El *Halcón* descendió sobre sus repulsores. El primer ministro se erguía cerca de un desafiante Wilek Nereus, que aún llevaba su uniforme imperial de galones rojos y azules.

—No tiene pinta de prisionero —murmuró Leia, y señaló por la portilla—. Os apuesto a que el gobernador Nereus no piensa rendir la guarnición de Salis D'aar. Eso nos puede demorar mucho tiempo.

Han extendió la mano hacia los controles de los cañones situados en la panza de la nave.

—Ni te atrevas. —Leia meneó la cabeza—. Hemos vuelto a la diplomacia.

—Y tenemos al comandante Thanas —añadió Luke—. Podría convencer a la guarnición de que se rindiera.

El *Halcón* tocó tierra con un golpe sordo.

—Sobre todo, si tú se lo dijeras —replicó Leia—. ¿Cómo te sientes?

¿Podrías...?

—No puedo presionarlo. Será mejor que te encargues tú.

—De acuerdo —gruñó Leia—. He fundado suficientes células de la Resistencia para saber lo que pasa si se hace una chapuza.

Leia aferró su asiento mientras Han se levantaba y deslizaba el desintegrador en la funda de la pierna.

—Adelante, Vara de Oro —dijo por el comunicador—. Conduce a Thanas a la rampa principal.

Luke se puso en pie con más lentitud. Leia casi vio a dos Lukes: uno fuerte, osado y victorioso (la imagen que pretendía proyectar), y otro encogido, preocupado, agotado y dolorido. Lo bastante cansado para cometer errores.

Leia cuadró los hombros.

—¿Quieres quedarte a bordo hasta que sepamos con certeza cómo se desarrolla la situación? —preguntó.

—Oh... Bueno. —Luke se rascó la nuca—. De todos modos, Nereus debe pensar que ha terminado conmigo.

Se retiró a un lado de la escotilla principal y desenganchó su espada.

Desde allí, podía escuchar sin que le vieran.

—Id con cuidado.

Cetrespeó apareció por la curva del pasillo. El comandante Thanas se había adaptado a su paso.

—Su androide cuenta historias muy interesantes —comentó con sequedad el comandante—. Pese al hecho de que insiste, machaconamente, en que no es un buen contador de historias.

¿Educando al prisionero, Cetrespeó? El comandante Thanas estaría harto de escuchar propaganda imperial.

La escotilla principal siseó y se abrió. Leia bajó por la rampa. El grupo del tejado se precipitó hacia ellos, con Captison al frente, .seguido por el gobernador Nereus y su escolta femenina..., y Erredós. Han no apartó la mano del desintegrador. En cuanto Leia y Han pisaron el tejado, la joven volvió la vista atrás. Cetrespeó bajó a continuación, esposado a Thanas.

Chewie salió el último, con la ballesta preparada. El aire olía a humo de una manera desagradable.

—¡Erredós! —exclamó Cetrespeó—. No puedes imaginarte lo que he sufrido...

—Olvídalo —replicó Han.

El comandante Thanas, sin hacer caso de su escolta metálico, caminó con la vista clavada en el frente, sin expresión, como un hombre que esperara un brutal rapapolvo. Rebasó a Leia al pie de la rampa y adoptó la posición de firmes, lo mejor que pudo para estar esposado a un androide de protocolo.

—Supongo que no esperará felicitaciones. —El gobernador Nereus cubrió la distancia que les separaba, con las manos enlazadas a la espalda—. Hace unos años, cuando mandaba un crucero, un comandante que rindió su nave fue conducido al muro más próximo y fusilado.

Leia avanzó.

—Le hemos traído para demostrar que está en nuestro poder, gobernador. No es su prisionero, sino el nuestro. Como usted, según me han dicho.

—Ya me gustaría verles reteniéndonos a los dos.

—Ya no le quedan fuerzas especiales. Ordene a su guarnición que se rinda, y usted y los suyos podrán abandonar Bakura en libertad... de inmediato.

Una patrulla de cazas X apareció entre las nubes de humo.

El gobernador Nereus sonrió con placidez a Leia.

—Tal vez ha olvidado que todavía estoy al mando de tres mil hombres destacados en tierra. Además, los supervivientes imperiales están aterrizando en todo Bakura a bordo de botes salvavidas mientras hablamos.

Sólo una nave se ha rendido.

—Gobernador, hemos desplazado el *Dominante* a una órbita estacionaria —replicó Leia, apoyada por una mirada agradecida de Han—. Sus armas apuntan a la guarnición de Salis D'aar. Sé que no están diseñadas para el ataque a un planeta, pero si damos la orden ocasionarán considerables daños. Aunque le dejáramos en libertad, no podría esclavizar Bakura indefinidamente contra la voluntad de su pueblo.

—¿No? Ésa es la política imperial habitual. Funciona en toda la galaxia.

Mientras hablaba, el gobernador Nereus mantenía las manos abiertas. Era evidente que el desintegrador de Han le ponía más nervioso de lo que demostraba.

Alguien empujó a Leia por la izquierda. Gaeriel se interpuso entre el gobernador Nereus y Han, sin estorbar a éste para que disparara. Leia nunca la había visto tan desafiante. Tiró el chal sobre su hombro y encajó un rifle desintegrador bajo el brazo. Se balanceó, preparado para ser utilizado. Por fin, Leia intuyó lo que Luke veía en ella.

—Gobernador —anunció Gaeriel—, si nada más se puede obtener de su traicionera conducta, haré un pequeño gesto. Dimito del servicio imperial.

Nereus apoyó las manos sobre las franjas de sus pantalones.

—No puede. Está a las órdenes del Imperio.

—Creo que no, Excelencia. —La joven hablaba con calma, pero Leia vio que sus ojos desigualados estaban hinchados, como si hubiera llorado. Si había llorado por Luke, se llevaría una gran sorpresa —. Princesa Leia, le ruego acepte mis felicitaciones por su victoria...

Gaeriel se puso rígida y palideció, como si hubiera visto un fantasma.

Leia giró en redondo.

Luke había aparecido en el centro de la escotilla principal del *Halcón*, con la espada en la mano, pero apagada, y parecía una sombra ataviada de gris recortada contra el interior oscuro del *Halcón*. Habría apostado cualquier cosa a que su sonrisa estaba relacionada con la boca y los ojos abiertos de Gaeriel. La diminuta mujer que se erguía junto a ella sonrió.

—Hola, Jedi —susurró.

Wilek Nereus se quedó sin palabras.

—¡No! —exclamó, y el horror deformó sus facciones—. ¡No puede ser! ¡Vuelve a bordo! ¡Nos infectarás a todos! No te das cuenta...

Luke avanzó un paso.

—Gaeriel Captison está a las órdenes de Bakura, no del Imperio.

El gobernador Nereus se precipitó hacia Gaeriel. Con una agilidad impropia de su edad y envergadura, arrancó el rifle de sus manos.

Luke se agachó. Han ya había desenfundado el desintegrador. Nereus disparó dos veces. Un proyectil rebotó en el casco del *Halcón*. El otro voló hacia Luke, pero la hoja de la espada devolvió el rayo hacia su origen.

Wilek Nereus se desplomó con ojos inexpresivos. Luke también cayó. Gaeriel contuvo el aliento. Leia se quedó petrificada. *¡Levántate, Luke!*

Erredós rodó hacia adelante a toda velocidad, sin dejar de emitir pitidos y silbidos. Luke se levantó poco a poco. Mantuvo la espada alzada frente a él, y su zumbido fue el único sonido que Leia oyó sobre los latidos de su corazón. Luke indicó con un gesto al androide que retrocediera. Han se inclinó sobre el gobernador, con el desintegrador preparado, pero Nereus no se movió.

Leia rodeó el cadáver del gobernador Nereus y se dirigió hacia el primer ministro. Captison se puso firmes y recuperó la compostura.

^Señor primer ministro Captison —dijo la princesa—, Bakura ha recobrado la libertad. Si su pueblo decide unirse al Imperio... —Movió la cabeza en dirección al comandante Thanas—. Nos iremos y dejaremos que rijan sus destinos. El comandante Thanas supervisará la defensa contra los *ssi-ruuk*, si regresan antes de que el Imperio les envíe otro gobernador. Pueden seguir solos, sabiendo que los *ssi-ruuk* quizá vuelvan, pero si deciden alinearse con la Alianza, podríamos negociar una tregua de paz al instante.

Captison saludó militarmente a Leia, y después a Luke.

—Alteza, comandante, les damos las gracias. Sin embargo, es improbable que la guarnición imperial se rinda.

Luke bajó poco a poco por la rampa. Leia confió en que ninguno de los presentes advirtiera que su andar reposado era debido a la debilidad, no a la dignidad.

—Hemos aceptado la rendición del comandante Thanas —dijo Luke—, incluido el *Dominante*, las fuerzas destacadas en tierra y la guarnición imperial.

Leia contuvo el aliento, a la espera de que el comandante Thanas contradijera la afirmación de Luke. El enjuto imperial frunció el ceño, pero no dijo nada. ¿Se mordía la lengua, o Luke le impedía hablar?

—Comandante Thanas —dijo Luke—, queda en libertad. Si los ciudadanos de Bakura deciden que el Imperio se marche, usted supervisará la retirada de las tropas.

Thanas asintió y alzó la muñeca, arrastrando el brazo de Ce—trespeó.

—Suéltale, Cetrespeó —ordenó Luke.

El androide extrajo un chip maestro y lo movió sobre las esposas de Thanas.

Luke se acercó a Thanas y le miró a la cara.

—Tome el mando de sus hombres, señor. Recuerde que la nueva tripulación del *Dominante* está vigilando.

Thanas abrió la boca como si fuera a hablar, pero luego cambió de opinión.

Un patrullero local surgió del cielo neblinoso y aterrizó cerca del *Halcón*. Dos oficiales bakuranos salieron, sujetando una camilla repulsora.

Corrieron hacia el cuerpo de Nereus.

El comandante Thanas giró sobre sus talones, sin modificar su rígida postura militar.

—Destacamento, sígame.

Los milicianos de Nereus siguieron a Thanas hacia el ascensor más cercano.

—¿Confías en él? —preguntó Leia a Luke—. ¿Qué le has hecho?

—Nada. —Los ojos de Luke siguieron al comandante—. No se ha olvidado del *Dominante*. Aunque no funcione a pleno rendimiento, nosotros controlamos la superficie. Además, tengo un presentimiento.

—Si me perdonan —el primer ministro Captison enarcó sus pobladas cejas blancas—, debo efectuar una transmisión de emergencia. Casi puedo asegurarles que el pueblo bakurano decidirá unirse a la Alianza, después de todo lo sucedido hoy, pero he de consultarle.

Leia también estaba casi segura.

—Por supuesto.

Inclinó la cabeza en señal de respeto. Vio complacida que Luke la imitaba, y hasta Han se ponía firmes. Captison se encaminó hacia otro ascensor diferente.

¿Sigues atento, padre? Leia miró hacia atrás, pero lo único que vio..., o sintió..., fue un cielo gris y brumoso. Cada planeta que arrebataban al Imperio significaba una nueva derrota para el fantasma de Darth Vader.

Por otra parte, si Anakin Skywalker se tomaba la molestia de seguir vigilando, ya no significaría una preocupación para Leia. Había encontrado la paz en plena batalla.

Gaeriel empujó a la anciana hacia Luke. Leia supuso que se trataba de Eppie Belden.

—¡Buen trabajo, jovencito! —La diminuta mujer aferró el codo de Luke, después estrechó su mano y la agitó vigorosamente—. Y gracias. Si Bakura puede hacer algo por ti, sólo hace falta que lo digas.

Gaeriel desvió la vista.

—Estás vivo —dijo, con auténtico alivio—. ¿Cómo...?

—¿Podemos hablar más tarde? Tengo a un... amigo muy enfermo a bordo. Le están curando unas quemaduras.

Olvídate de Dev Sibwarra, quiso gritar Leia. *Está muerto. Esta chica es tu gran oportunidad. ¡No la dejes escapar, si la quieres!*

—Oh —exclamó Gaeriel, y dio un paso atrás—. Adelante. Te esperaré.

Leia frunció el ceño en dirección a la espalda de su hermano. Ya estaba a mitad de la rampa. Caminaba muy tieso, con la cabeza gacha.

Gaeriel tocó el brazo de Leia.

—Jamás había conocido a nadie como él, Alteza.

—Ni volverá a ocurrirle jamás, si él se marcha de Bakura —murmuró Leia—.

Perdone.

Corrió en pos de Luke.

21

Luke se reunió con Leia en la escotilla.

—Es lo bastante fuerte para llegar a ser un buen aprendiz —se apresuró a explicar—. Y también lo bastante joven. Hemos de salvarle.

—Te ayudaré en lo que pueda, Luke, pero...

El médico del comandante Thanas apretaba una mascarilla y un tubo transparente contra la boca de Dev, y había vendado los ojos heridos del muchacho.

—Purga de bacterias —explicó—. Quizá logremos algo, quizá no. En cualquier caso, le he administrado un calmante para el dolor.

De pronto, Dev levantó un brazo. Luke se inclinó y le dedicó una sonrisa de aliento.

—¿Dev? Soy yo, Luke.

Dev se quitó el tubo de la boca.

—¡Espere! —gritó el médico.

Un líquido pegajoso cayó a la cubierta. Luke cogió el tubo para que dejara de manar. El olor dulzón evocó siniestros y claustrofóbicos recuerdos de un depósito en el helado Hoth. El médico agarró el tubo y lo sujetó a una abrazadera.

—No deje que hable mucho rato, si de veras quiere salvarle.

Luke se arrodilló.

—Dev, puedes empezar tu auténtico adiestramiento incluso antes de que tu cuerpo sane. Te mantendrá ocupado.

—Oh, Luke. —Dev sonrió levemente—. Nunca podré llegar a ser un Jedi. He estado... —Respiró hondo y prosiguió con un gran esfuerzo—... controlado.

Por otros... durante demasiado tiempo, Luke. Gracias por dejarme terminar puro.

Luke cogió la mano chamuscada de Dev entre las suyas.

—Los cirujanos de la Alianza hacen maravillas con las prótesis. Te tratarán en Endor.

—¿Prótesis? —Dev enarcó las cejas sobre el vendaje—. Eso suena a tecnificación.

Se estremeció.

—¡No le deje hablar más!

El médico empujó a un lado a Luke y bajó la mascarilla sobre la cara de Dev. Luke se apoyó contra la mampara y se proyectó hacia la presencia de Dev para tranquilizarle. Dev resplandeció en la Fuerza, tan puro como había afirmado. Se habría concentrado en sanar su espíritu, no su cuerpo, mientras se encontraba en el trance Jedi.

Pero daba la impresión de ir menguando. Luke se arrodilló de nuevo y envolvió a Dev con su potencia, para intentar anclar con más vigor la presencia de Dev a su cuerpo estragado. Dev le devolvió una oleada de gratitud.

De pronto, un chorro de luz surgió del lugar que Dev ocupaba en la Fuerza.

Luke se encogió.

—Dev —llamó, alarmado.

El destello se desvaneció. La presencia de Dev Sibwarra se disolvió en un inmenso y alterado mar de luz.

—Le hemos perdido —gruñó el médico, después de echar un vistazo al medisensor—. No tenía la menor oportunidad, comandante.

Luke le miró fijamente. *¿Dónde está la justicia?,* quiso gritar. *Había dado un salto hacia adelante. Habría aprendido el control.*

¿O no? Luke tuvo la impresión de ver a Yoda de pie sobre la mesa de juego del *Halcón*, apoyado en su bastón y meneando la cabeza.

—Lo siento. —El médico cogió su tubo, lo enrolló y metió sus demás instrumentos en el maletín —. Hice lo que pude con mi equipo portátil.

—Estoy segura —murmuró Leia.

Luke se cubrió los ojos con ambas manos y tosió.

—Será mejor que descanse, señor —dijo el médico.

Las voces de Leia y del médico perdieron intensidad y se alejaron. Luke, de rodillas, recordó al joven que había sufrido, escapado y muerto en el regocijo de la victoria.

Un rato después, una mano menuda se apoyó sobre su hombro.

—¿Leia? —preguntó en voz baja—. ¿Has...?

—No, Luke. Leia ha bajado a negociar. Soy yo.

Era la voz de Gaeriel. ¿Han la había dejado subir a bordo? Luke luchó por incorporarse, pero su pierna derecha no respondió.

—Ayúdame —murmuró.

Gaeriel tiró de él con un brazo. Ante su sorpresa, se quitó el chal que había atado alrededor de su cintura. Cubrió con delicadeza el rostro de Dev.

—Gracias —murmuró Luke—. Nadie ha tenido el detalle.

—Lo hice por tu bien, no por el suyo. —Gaeriel enarcó una ceja—. ¿Al final se enmendó?

—Sí —contestó Luke en voz baja.

—¿Por qué? —susurró Gaeriel—. ¿Por qué querías salvarle a él, entre todo el mundo?

Luke, incapaz de mirarla a los ojos, clavó la vista en la cubierta.

—Había conocido el sufrimiento. Quería que también conociera el poder.

—No estoy segura de que le enseñaras tan sólo el poder. También le enseñaste la compasión humana.

Control. Debía controlarse. Deseaba derrumbarse en sus brazos. Intentó sonreír.

—No. —Gaeri deslizó las manos alrededor de su cintura, y después las subió hasta sus hombros. Le apretó contra ella—. Desahógate, Luke —susurró—.

Duele, lo sé. Más tarde, recibirás alegría. El Cosmos equilibra.

Luke se dejó de fingimientos, la abrazó y lloró. Ella se irguió y le aceptó. Quizá verle de aquella manera equilibró los recuerdos de sus poderes. Por fin tranquilizado, la guió hasta las sillas de la mesa holográfica.

—¿Cómo lograste...? —Gaeriel no terminó la frase—. Supongo que mataste a las larvas tricoides.

—¿Eran eso? ¿Cómo lo sabes?

—Yo también ingerí una. Nereus me consiguió un médico, pero tú no tenías.

—Tenía la Fuerza.

—Estuviste maravilloso en la cantina. Jamás lo olvidaré.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Ella le miró. Hebras de cabello color miel, agitadas por los ventiladores del *Halcón*, cayeron sobre su cara.

—Tu planeta es muy hermoso —murmuró Luke—. Me alegro de haberlo conocido.

—No tengo el menor deseo de volver a marcharme.

—Bakura enviará una embajada a la Alianza —dijo Luke, intentando disimular su última esperanza —. Estás perfectamente capacitada para ello.

—Cuando llegue el momento, designaré a otra persona, Luke. He de trabajar aquí. Eppie me necesitará, y también tío Yeorg. Soy una Captison. He sido adiestrada para esto.

—Yo... comprendo.

Decepcionado, apoyó los codos sobre la mesa holográfica y movió las piernas. La derecha todavía le dolía cuando la doblaba, y también respirar fuerte. Había pasado todo el trayecto hiperespacial de vuelta a Endor en otro trance curativo. O eso, o 2-1B le arrojaría a un tanque de nuevo.

Probablemente ambas cosas.

—¿Vais a tomar prisioneros de guerra? —preguntó en voz baja Gaeriel.

—Nosotros no hacemos eso. Nos convertiría en mentirosos, y desacreditaría nuestros objetivos. Cada miliciano que enviemos a casa contará a tres o cuatro más que la Alianza... Bien, que les tuvimos en nuestro poder, pero les dejamos en libertad.

—Luke —susurró la joven. Apoyó las yemas de los dedos sobre su hombro—. Lo siento.

Sintió la ternura que había deseado, pero demasiado tarde. Se volvió hacia ella poco a poco y se abrió por completo a la Fuerza, con la esperanza de que la sensación perdurara. Esta vez, ella no alzó sus defensas.

—¿Por qué? —preguntó—. Ha sido una victoria de la humanidad.

Las mejillas de Gaeriel enrojecieron.

—Quiero ser tu aliada, Luke. Pero desde lejos.

Luke rechazó una silenciosa desolación que amenazaba con provocar otro desplome emocional. No debía pensar que iba a pasar la vida solo.

—Desde lejos —repitió, y tocó con una mano vacilante su cara—. Pero por una vez, desde aquí.

Ella se precipitó en sus brazos. Luke la besó, dejó que el momento inundara su percepción, labios cálidos como pétalos y la profunda ternura de su presencia vital.

Antes de que ella pudiera soltarse y arruinar el recuerdo, Luke la apartó.

—Te veré fuera —murmuró. Ambos se pusieron en pie. La acompañó por el pasillo, evitando cojear.

El médico le interceptó en lo alto de la rampa.

—Creo que necesita cuidados, señor. Le aseguro que, ideológicamente, soy neutral.

—Adiós —musitó Gaeri.

Luke estrechó su mano. *Que la Fuerza te acompañe, Gaeri. Siempre*. La siguió con la mirada hasta que desapareció en un ascensor, con un último revoloteo de faldas. La brisa levantó remolinos de fina ceniza procedente de las hogueras que ardían sobre la permacreta. Hacía mucho rato que el último miliciano había desaparecido, siguiendo al comandante Thanas.

Luke se volvió hacia el médico imperial.

—De acuerdo —dijo, y se frotó la frente.

Otra vez.

—Vamos, pequeñín. —Han estaba apoyado contra una mampara—. Aprovechemos el médico, ahora que tenemos uno.

Luke dejó que le guiaran hacia un catre. Exhaló un suspiro con cautela y se tendió para que examinaran su pierna y los pulmones.

Era estupendo que Thanas y su guarnición ignoraran que el *Dominante* no implicaba ninguna amenaza para Salís D'aar. Su nueva «tripulación» consistía en dos irritados jóvenes calamarianos, que se habían quedado sin permiso para bajar a tierra.

Fila tras fila, mil funcionarios imperiales abordaron un amplio pero antiguo buque espacial, bajo la inspección del comandante Thanas. Bakura quería que el Imperio se marchara. El anuncio se había conocido el día anterior, dos horas después de la muerte de Nereus. La mitad de sus hombres no se habían presentado. Algunos se daban por muertos o habían desertado. Otros habían desaparecido la noche anterior. La gente de Skywalker cumplía su promesa, sin asomo de duda. La mayoría de los oficiales de Thanas se encontraban al frente de la formación', pero notó la ausencia de dos supervisores médicos y el oficial de meteorología. Todo el material bélico imperial, incluidas las armaduras de los milicianos, quedaban en manos de los bakuranos, y formarían el núcleo de su nuevo sistema defensivo. Unidades de aquella fuerza no tardarían en engrosar las filas de los rebeldes.

No quedaban muchos cazas TIE, pues los *ssi-ruuk* y los rebeldes los habían diezmado. Aquello le preocupaba.

Dos guardias bakuranos, los únicos hombres armados que se veían (no, uno era una mujer), se situaron detrás de él. Por fin, la última unidad subió.

—Suban la rampa —ordenó Thanas en tono militar.

Siguió en posición de firmes. Las miradas de los bakuranos quemaban su nuca. Vio que un experimentado piloto de guerra imperial torcía el cuello detrás de la ventana de la cabina. Thanas le saludó, y después indicó con una mano que despegara. Retrocedió.

Los motores se encendieron. Siguió retrocediendo, al igual que los guardias bakuranos. La lanzadera se elevó y comenzó un lento giro.

Libre..., tal vez. Pter Thanas hundió la mano izquierda en su bolsillo.

Mantuvo el saludo militar mientras su mano se cerraba sobre algo pequeño y duro. Un bakurano adoptó la posición de disparo.

Poco a poco, Thanas extrajo su navaja plegable de mango color perla.

Indiferente al guardia, apoyó la barbilla sobre el pecho y cortó los galones rojos y azules de su uniforme. Los guardó en el bolsillo.

Después se volvió hacia el guardia acuclillado.

—Señor —dijo—, lléveme a presencia del primer ministro Captison. Si piensan adaptar para el servicio un crucero de clase Galeón, necesitarán un asesor experimentado. Conozco ese crucero.

El bakurano bajó su rifle desintegrador.

—¿A las órdenes de la Alianza, señor?

Thanas asintió.

—Exacto, soldado. A las órdenes de la Alianza. Acabo de desertar.

—Oh, sí, señor. Sígame.

Thanas caminó a buen paso hacia un vehículo terrestre bakurano.

Un caza TIE fue a parar a la Alianza como botín. El comandante Luke Skywalker tomó el mando..., con la reticente aprobación del médico.

Al acercarse al crucero capturado ssi-ruuvi, recién reparado y rebautizado *Sibwarra* (aunque la pequeña tripulación de la Alianza lo llamaba el *Flauta*, y sospechaba que aquel nombre perduraría), aferró los controles con las manos protegidas por los guantes de un traje de vacío. Comparado con un caza X, era como pilotar una caja de carga sin escudos. Giraba y aceleraba como una rata aterrorizada, pero oscilaba, inestable en cada plano de la trayectoria.

No sólo se trataba de su deseo, largo tiempo reprimido, de pilotar un caza TIE, al menos una vez, lo que le había impulsado a solicitar la misión.

Debía regresar al puente de aquella nave para echar un vistazo final.

Tenía la impresión de que el olor de la oscuridad seguía pegado a su piel, tan cerca había estado de caer. ¿Cuántas veces debería renunciar a la oscuridad? A medida que su poder y conocimientos aumentaran, ¿serían más frecuentes las tentaciones?

Posó el caza con cautela en un enorme muelle ssi-ruuvi, tal vez el mismo donde Han había aterrizado para rescatarle. La tripulación bakurana sustituía lo entregaría a un piloto rebelde para transportarlo en su momento a la flota, puesto que el crucero de Luke había quedado destrozado. Se establecerían comunicaciones regulares entre Bakura y la Alianza. El almirante Ackbar quizá querría utilizar el caza TIE en alguna futura operación clandestina, si bien Luke recomendaría protección del fuego antiaéreo.

Atravesó el puente a toda prisa, se detuvo un momento en la escotilla y contempló la febril actividad que se desarrollaba.

Parecía extraño, pero no hostil. Era un simple receptáculo de plástico y metal. No obstante, hasta las mamparas de las naves parecían hechizadas por el largo engaño y los años de servidumbre de Dev, y con las energías humanas esclavizadas que Luke había liberado.

Luke sobrevivió, y también la oscuridad. Cada día se vería forzado a elegir.

Luke recorrió la nave de arriba abajo. Cuando terminó, tres horas después, marchó con la conciencia tranquila. No quedaban energías humanas cautivas.

Han apretó un dedo contra el oído e indicó con un gesto a Luke que se sentara detrás de Chewbacca. Cuando bajó la mano, gruñó a Chewie.

—Me da igual lo que estuvieras haciendo. Los circuitos de grabación tendrían que estar siempre en funcionamiento.

Chewie golpeó una mampara con la llave inglesa. Era evidente que el *Halcón*, tantas veces modificado, había vuelto por sus fueros.

—¿Qué pasa?

Luke, aún de pie, se mezcló en la discusión.

—Una transmisión de larga distancia por radio subespacial. De Ackbar, también, codificada. Tuve que decodificarla cuando llegó, porque Bola de Pelo, aquí presente, desconectó...

—¿Ackbar?

Leia apoyó una mano sobre el hombro de Luke. Éste la tocó, agradeciendo el consuelo.

—Sí —bramó Han—. Algo acerca de un «grupo de combate imperial», algo «pequeño», y «deprisa, si podemos».

—Dispersamos a muchos, de vuelta a Endor. —Leia se inclinó hacia adelante—. Los exploradores de Ackbar habrán localizado a un grupo, y piensa que nosotros podremos ocuparnos. El Imperio es todavía muy vasto.

Hemos de mantener la aceleración de su decadencia.

—Bien, ha llegado el momento de regresar —dijo Luke—. ¿Después...?

Miró a Han para que confirmara.

—Oh, sí. Por supuesto, muchacho —murmuró Han—. Ve abrochándote, Leia. Luke ha de concluir unos asuntos. Sólo tardará un momento.

—Escuche, ama Leia. —Cetrespeó llamaba por el comunicador de su puesto, que era la mesa de juego, donde también se encontraba Erredós—. Deje que le cuente cómo llegué al *Halcón*, disfrazado con una armadura de miliciano...

Luke se encaminó a la esclusa principal, a donde Chewbacca había transportado el cadáver de Dev. Extendió la mano con aflicción y acarició el suave chal de Gaeri con las yemas de los dedos. Chewbacca lo había atado con fuerza alrededor de la cabeza y los hombros de Dev, después de envolver el resto del cuerpo con una manta vieja. Les había perdido a los dos, Gaeriel y Dev..., aunque ambos le habían tocado y enseñado. Los dos perdurarían en su recuerdo.

—Gracias —susurró.

—¿Preparado, Luke? —preguntó Leia en voz baja por el comunicador.

Luke salió de la esclusa. Se cerró automáticamente con un siseo detrás de él.

—Un momento —dijo.

Corrió hacia la cabina y miró por la portilla principal.

Leia cogió su mano. Han cerró la escotilla e invirtió los impulsores laterales. Cuando el *Halcón* aceleró hacia el cielo, el cuerpo de Dev cayó hacia Bakura. Terminó de quemarse, puro y limpio, en la atmósfera del planeta.

Luke contempló el meteoro, un momentáneo destello luminoso..., como toda vida. Nada, en la inmensidad del tiempo. Pero todo, en la Fuerza.